

Las rondas campesinas y
**LA DERROTA
DE SENDERO
LUMINOSO**



CARLOS IVÁN DEGREGORI
JOSÉ CORONEL / PONCIANO DEL PINO
ORIN STARN

2da. edición

Carlos Iván DEGREGORI, antropólogo, es investigador principal del Instituto de Estudios Peruanos y profesor de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Sobre el tema de la violencia política en Ayacucho, el IEP publicó en 1990 su libro *El surgimiento de Sendero Luminoso*.

José CORONEL, antropólogo, es investigador del Instituto para la Paz (IPAZ) de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga y ha sido profesor en dicha universidad durante largos años.

Ponciano DEL PINO, historiador, es profesor de Historia de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga.

Orin STARN, antropólogo, es profesor en la Universidad de Duke, Carolina del Norte, EE.UU. Sobre el tema de las rondas campesinas, el IEP publicó en 1991 su libro *Reflexiones sobre rondas campesinas, protesta rural y nuevos movimientos sociales*; y en 1993, *Hablan los ronderos: la búsqueda de la paz en los Andes*, del cual fue editor.

Carlos I. Degregori, José Coronel y Ponciano del Pino son licenciados de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga. En distintos momentos, Starn, Coronel y del Pino han sido investigadores afiliados del IEP.

LAS RONDAS CAMPESINAS
Y LA DERROTA DE SENDERO LUMINOSO

Las rondas campesinas y
**LA DERROTA
DE SENDERO
LUMINOSO**

CARLOS IVÁN DEGREGORI
JOSÉ CORONEL / PONCIANO DEL PINO
ORIN STARN

Esta publicación forma parte del "Programa Institucional de Investigación y Proyección en el Área de Gobernabilidad y Política Pública", auspiciado por la Fundación Ford.

© IEP ediciones
Horacio Urteaga 694, Lima 11
☎ 432-3070 /424-4856
Fax [51 1] 432-4981
E-mail: iepedit@iep.org.pe

Impreso en el Perú
Primera edición, febrero de 1996. 1,000 ejemplares.
Primera reimpresión, junio de 1996. 1,000 ejemplares

ISBN 84-89303-55-X
ISSN 1019-4517

DEGREGORI, Carlos Iván

Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso / Carlos Iván Degregori, José Coronel, Ponciano del Pino y Orin Starn.-- Lima: IEP/Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, 1996. (Estudios de la Sociedad Rural, 15)

VIOLENCIA/RONDAS CAMPESINAS/VIOLENCIA POLÍTICA/CAMPESINOS/SENDERO LUMINOSO/RONDEROS/TERRORISMO/SOCIEDAD RURAL/MOVIMIENTOS SOCIALES/GRUPOS RELIGIOSOS/PERÚ/AYACUCHO/HUANTA/RÍO APURÍMAC/LA MAR/CANGALLO/

W/14.04.02./E/15

Contenido

PRESENTACIÓN	11
I. Ayacucho, después de la violencia <i>Carlos Iván Degregori</i>	15
II. Violencia política y respuestas campesinas en Huanta <i>José Coronel</i>	29
III. Tiempos de guerra y de dioses: Ronderos, evangélicos y senderistas en el valle del río Apurímac <i>Ponciano del Pino</i>	117
IV. Cosechando tempestades: Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso en Ayacucho <i>Carlos Iván Degregori</i>	189
V. Senderos inesperados: Las rondas campesinas de la sierra sur central <i>Orin Starn</i>	227

Sin los campesinos pobres, no hay revolución. Negar su papel es negar la revolución. Atacarlos es atacara la revolución.

Mao Zedong

En la tragedia griega el centro del escenario lo ocupaban los héroes, únicos que se hallaban en contacto directo con los dioses. La vida cotidiana tenía reservado, en cambio, un espacio subalterno y sin rostro: el del *coro*. Lo formaban las mujeres, los niños, los esclavos, en una palabra, todos los que se quedaban en la ciudad cuando los demás partían en busca de la aventura, del poder y la gloria.

En *La República*, Platón trazó el correlato político de esta visión del mundo: el gobierno de su sociedad ideal no estaría en manos de inexpertos sino de reyes-filósofos, únicos que se hallarían en contacto directo con la verdad. Fueron cambiando los decorados y los personajes, pero la política siguió siendo presentada como el espacio público de lo grandioso...

Hasta que el coro comenzó a rebelarse. No mediante gestas épicas como la toma de la Bastilla o el asalto al Palacio de Invierno, sino de modos menos deslumbrantes, pero también menos episódicos, hablando cuando no le corresponde, saliéndose del lugar asignado, plantándose en medio del escenario y exigiendo que se le oiga.

José Nun
La rebelión del coro

Presentación

ESTE LIBRO NARRA historias que a pesar de su importancia son todavía poco conocidas. Son historias de guerra, de violencia por momentos atroz, y de muerte. Pero también, y sobre todo, de lucha obstinada por la vida y por la dignidad.

Una de ellas, escrita por José Coronel, se desarrolla en los valles y en las punas de Huanta, que saltaron a la (mala) fama en enero de 1983, a raíz del asesinato de ocho periodistas en la comunidad de Uchuraccay. La masacre activó viejos reflejos en los que los campesinos quechuas aparecieron como arcaicos y/o brutales; en todo caso, incomprensibles. Estas páginas presentan una historia diferente, en la que la violencia en Huanta tiene explicaciones distintas y son más bien protagonistas urbanos occidentales, los que la ejercen de manera insuperablemente más brutal.

Otra historia, escrita por Ponciano del Pino, tiene lugar en las selvas del Apurímac y del Ene, hasta hace algunas décadas habitadas mayoritariamente por asháninkas. En el último medio siglo, un verdadero huayco de colonos procedentes de la sierra de Ayacucho transformó el valle hasta convertido en el único polo rural dinámico del departamento. Hasta que llegó la guerra. Militares, terroristas, ronderos, evangélicos, cocaleros y narcotraficantes se enzarzaron entonces en un intrincado tramado de alianzas y traiciones, que culminó con la derrota de Sendero Luminoso (SL).

El surgimiento y desarrollo de los Comités de Autodefensa Civil, también llamados rondas campesinas, es el hilo conductor de ambas historias.

Complementan el volumen tres trabajos. Uno de Carlos Iván Degregori, combina la crónica y el análisis para presentar un balance de 13 años de violencia y un panorama del campo ayacuchano después de la guerra. Otro, también de Degregori, reconstruye la trayectoria de senderistas, campesinos y militares a lo largo de la década de 1980, tratando de en-

contrar las razones que llevaron a la convergencia de los dos últimos, la generalización de las rondas y el aislamiento y derrota de Sendero Luminoso en Ayacucho. El tercero, del antropólogo Orin Starn, profesor de la Universidad de Dulce, escrito a partir de visitas a la sierra central desde 1991 ya Ayacucho desde 1993, ubica las rondas en el contexto del debate académico contemporáneo sobre movimientos sociales.

El libro constituye, a su manera, un homenaje a los campesinos quechuas de Ayacucho. Hombres y mujeres en un principio absolutamente desarmados, destinados a jugar el papel de coro griego, extras de película, masa de maniobra o carne de cañón, que se las arreglaron para retomar en sus manos su destino, hasta donde les fue posible. Hombres y mujeres que, desafiando pronósticos y análisis, lograron encontrar su camino en el laberinto de una guerra ajena, mezclando ambigüedad, astucia, tenacidad y paciencia, audacia y prudencia, adaptándose, resistiendo o huyendo cuando no había alternativa, hasta optar pragmáticamente por una alianza con las FFAA cuando éstas modificaron su conducta frente al campesinado, y emerger victoriosos de la guerra, más pobres que antes y con cicatrices todavía no plenamente conocidas, pero orgullosos y a veces sorprendentemente optimistas sobre su futuro.

No son, como se ve, héroes de celuloide, pero son. En algunos lugares, seducidos o presionados por SL en los primeros tiempos; en otros, empujados por la miseria, el abandono del Estado y el vale todo del capitalismo de la competencia total, a aliarse con el narcotráfico, esa forma tortuosa de capitalismo salvaje. Con frecuencia violentos, autoritarios, pero reconstruyendo el tejido social destruido por la guerra y ampliando sus márgenes de independencia con respecto a las FFAA.

Héroes anónimos, que según sostiene las tesis centrales de este libro: 1) no fueron marionetas sino actores con voluntad propia que, recurriendo a palabras de José Nun, se plantaron en medio del escenario y le malograron el libreto al rey-filósofo, y 2) infligieron así la primera derrota estratégica a SL en diez años de guerra, facilitando el camino para la captura de Abimael Guzmán y la debacle final del senderismo. Héroes anónimos que murieron por millares, rescatados algunos de ellos del olvido en las largas listas de nombres que aparecen en el artículo de José Coronel.

El libro es también, por voluntad de sus autores, un homenaje a la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga. Los tres autores peruanos son licenciados en Antropología de la UNSCH, escuela donde enseñaron figuras tan dispares pero importantes como Efraín Morote Best, Tom Zuidema o Luis Guillermo Lumbreras. Una escuela que nació

con la vocación de contribuir al estudio y la solución de los problemas de la denominada "área de influencia" de la universidad; una escuela tensio-nada entre la apertura y el enclaustramiento, que dio sus mejores frutos y comprendió mejor su entorno precisamente cuando se abrió a ideas, per-sonas y corrientes de pensamiento muy variadas.

Los textos son, de paso, una reivindicación de la Antropología. Desde el poder se trató de descalificar con frecuencia a quienes criticaban la polí-tica antisubversiva "desde sus escritorios". Nada más alejado de los escri-torios que la Antropología, disciplina que hizo del trabajo de campo rito de pasaje y viaje iniciático, privilegiando, muchas veces de manera exage-rada, el "estar allí", en el lugar de los acontecimientos. En este volumen la exageración se convierte en mérito en el caso de José Coronel y Ponciano del Pino, profesores de la UNSCH que no sólo pasaron en Ayacucho los más duros años de la violencia sino que, como también lo hicieron mu-chos otros profesionales ayacuchanos, tuvieron la presencia de ánimo para salir al campo, y hoy nos presentan lo que podríamos llamar "etnografías a salto de mata" de la provincia de Huanta y del valle del río Apurímac en los tiempos de violencia. La investigación se desarrolló en condiciones su-mamente adversas, pero el resultado es sin duda alguna un aporte para comprender la historia peruana de estos años difíciles.

La idea del presente volumen nació en la cuarta reunión del Semina-rio Permanente de Investigaciones Agrarias (SEPIA IV) celebrada en Iquitos en agosto de 1991, donde Coronel y del Pino presentaron sus pri-meros avances de investigación. Con el auspicio de la Fundación Ford, el Instituto de Estudios Peruanos desarrolló en 1992-1993 un Taller de In-vestigaciones sobre el tema "Conflicto, violencia y solución de conflictos en el Perú", bajo la dirección de Carlos Iván Degregori y Jaime Urrutia, que reunió a varios de los investigadores que habían presentado ponencias en el SEPIA IV, entre ellos Coronel y del Pino. Degregori corrió a cargo de la revisión final y edición de los trabajos.

El Instituto de Estudios Peruanos y la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, así como los autores del presente volumen, espe-ran que su publicación contribuya en algo al respeto y comprensión mutua entre los peruanos, a saldar la deuda histórica y presente con las pobla-ciones campesinas quechuas, y a la construcción de la paz en Ayacucho y en el país.

Cecilia Blondet/IEP
Enrique González Carré/UNSCH

I

Ayacucho, después de la violencia

Carlos Iván Degregori

*Introducción*¹

La niebla me envuelve y parece que camino sobre un aerolito suspendido en medio de la nada. Una nada lechosa, gélida, silente. El viento sopla, se lleva mi gorro y comienza a disipar lentamente la bruma. A pocos pasos logro distinguir la silueta borrosa de Ponciano. Volvemos de Uchuraccay, soy el último de la fila. A mi izquierda surge de repente, inmenso, el Apu Razuwillca rugoso y erizado de cumbres como lomo de estegosaurio.

Recuerdo cuando lo veía desde mucho más lejos, desde mi casa de Ayacucho, cubierto de nieve en las mañanas cristalinas de invierno. Han pasado muchos años y una guerra, la peor desde aquella entre los orejones cusqueños y la Confederación Chanka, que asoló la región y provocó una diáspora de mitimaes por todos los Andes en el siglo XV.

1. Este trabajo se basa en breves recorridos por comunidades de Cangalla y de la sierra de Huanta y La Mar. Por su valor simbólico, la atención se centra a veces en Umarm, comunidad de Cangalla arrasada por las FFAA el 27 de agosto de 1985; y en Uchuraccay, comunidad iquichana de las punas de Huanta donde murieron asesinados ocho periodistas el 28 de enero de 1983. Posteriormente fue arrasada varias veces por Sendero Luminoso. Agradezco a José Coronel y Ponciano del Pino, así como a Isabel Coral de CEPRODEC, Víctor Belleza de "Visión Mundial" y Carlos Loayza del IER "Tasé María Arguedas" por su invaluable ayuda en estos viajes. La bibliografía mencionada hace referencia a la del capítulo IV.

1. LOS FRUTOS (AMARGOS) DE LA GUERRA

Tras 13 años de violencia (1980-1993) la región se encuentra devastada, su ya exigua infraestructura destruida, la mayoría de su población en extrema pobreza. Entre 1975 y 1991, durante la crisis que ha sido calificada como la peor de nuestra historia contemporánea, el PBI nacional creció apenas 1.78%, pero el de Ayacucho se derrumbó cayendo 13.88% (*Ideéle*, n. 62, 1994).

La población fue diezmada. Entre 1983 y 1984 tuvo lugar allí un verdadero genocidio. En esos dos años murieron 4,858 ayacuchanos, casi uno de cada cien. En trece años (1980-1993) murieron 10,561, dos de cada cien (*Ideéle*, n. 62, 1994). Si el país entero hubiera soportado ese nivel de violencia, hubieran fallecido 450 mil peruanos y no 25 mil. Decenas de miles de ayacuchanos huyeron hacia otros departamentos. Como resultado de ese cataclismo, Ayacucho es el único departamento donde el número de habitantes disminuyó en términos absolutos entre 1981 y 1993 en 3.5%. Si descontamos la provincia de Huamanga, donde se ubica la capital departamental hipertrofiada por refugiados de guerra, la mengua llega a 15.1%; y si nos concentramos en las áreas rurales, la curva demográfica cae en picada en 23.3%.

Los cambios en el campo son profundos, brutales. En 1994 viajamos dos veces por las zonas rurales de Huanta, La Mar y Cangallo, las provincias más golpeadas por la violencia. Entre 1980 y 1993 murieron en Huanta, víctimas de la violencia política, 3.68 personas por cada cien habitantes; en Cangallo 2.86 y en La Mar 2.66 (*Ideéle*, n. 62, 1994). Si la proporción de víctimas a nivel nacional hubiera sido semejante a la de Huanta, habrían muerto en esos años por la violencia más de 800 mil peruanos. En distintos puntos se divisaban desde el camino aldeas destruidas y abandonadas, que de lejos parecían ruinas prehispánicas o coloniales. Abandonadas porque fueron arrasadas, como Umarm en Cangallo o Uchuraccay en Huanta, o porque eran indefendibles. Meses después, recorriendo los mismos caminos, advertimos vida entre unas ruinas: humo de algún fogón, *llicllas* de colores, alguna calamina brillando al sol. Era Pallqa, donde dieciocho viudas con sus hijos habían regresado y trataban de reconstruir sus vidas. Desde 1992 retornos semejantes se suceden en muchas aldeas de la región. En Umarm, abandonado desde 1985, lo primero que tuvieron que hacer los retornantes fue desbrozar la maleza que en más de ocho años había invadido el pueblo y devorado su plaza. En Uchuraccay, el 10 de octubre de 1993 la diáspora de sobrevivientes con-

vergió sobre la aldea desde distintos puntos: Tambo, Huanta, río Apurímac, Huamanga, Lima. Setenta llegaron finalmente hasta el caserío abandonado. Varios que se creían muertos se reencontraron. Otros, que partieron chiquillos, diez años después regresaban casados. Los retornantes formaron un círculo y decidieron celebrar una asamblea. "Comencemos con una oración", dijo alguien, tal vez un evangélico. Cinco mamachas se pusieron al frente. Apoyados sobre sus fusiles y escondiendo el rostro, los ronderos lloraron.

Aquellos que no fueron desplazados, tuvieron en muchos casos que cambiar de manera radical el patrón de poblamiento. Según Jaime Urrutia (comunicación personal) el patrón que ha surgido en ciertos lugares se parece al del período Intermedio Tardío (ss. XIII-XV), con aldeas fortificadas en las cumbres de colinas o cerros. Porque los campesinos que vivían dispersos o en pequeños caseríos y no pudieron o no quisieron huir, tuvieron que concentrarse para defenderse. En algunos casos, obligados por el Ejército; en otros, por voluntad propia. Murallas, palizadas y torreones; o simples torretas de vigilancia, salpican el paisaje rural.

Se modificó también el patrón de ocupación del territorio. El ideal andino de utilización de un máximo de pisos eco lógicos (Murra 1975) sufrió a causa de la guerra. Si bien la realidad es muy variable, tendencialmente puede afirmarse que las punas fueron abandonadas, el ganado robado por los ejércitos en pugna y las cabezas sobrevivientes vendidas a precio de regalo en Ayacucho. Parte de las tierras de secano, todo lo que quedaba lejos de los nuevos asentamientos, aquellos lugares donde no se podía ir y volver en el mismo día (y de día), tuvieron también que abandonarse (Urrutia 1985).

De esta forma, se acentuaron las diferencias intrarregionales. Mientras algunas zonas se hundían, otras hasta prosperaban. Fue el caso del pequeño valle del Huatatas, cerca de Ayacucho, que abastecía de panllevar a la ciudad y que sufría menos las incursiones senderistas. Si se graficara la suerte del valle del río Apurímac durante estos años, la curva semejaría una montaña rusa. Después de haber sido el único polo rural dinámico del departamento, cayó en crisis profunda hacia mediados de la década de 1980 para luego emprender una recuperación espectacular a partir de la concentración en el cultivo de la coca y la elaboración de pasta básica de cocaína. Hoy que los precios de esos productos se derrumban, la crisis vuelve a ser gravísima, aunque por el momento no violenta.

Tanto o más importante que las vicisitudes económicas ha sido, sin embargo, el impacto de la violencia en el tejido social y en el imaginario

regional. Entre 1980 y 1982 Sendero Luminoso (SL) derrotó fácilmente a las Fuerzas Policiales (FFPP) en las provincias norteñas de Ayacucho: Huamanga, Huenta, La Mar, Cangalla, Vilcashuamán y Víctor Fajardo. El 26 de diciembre de 1982, el presidente Beláunde encargó a las Fuerzas Armadas (FFAA) el combate a la subversión". Entre 1983 y 1985 el tejido social, ya entonces bastante frágil, quedó hecho trizas: destrucción de organizaciones campesinas, desaparición de comunidades, desmembramiento de familias, desplazamientos masivos, un éxodo sin precedentes de poblaciones que en muchas partes quedaron literalmente entre dos fuegos. En 1985 escribí sobre lo sucedido en Umaro:

"...cuando en 1983 llegó el Ejército, SL que tenía una fuerte presencia en el pueblo ordenó a los habitantes replegarse hacia las partes altas de la comunidad. El que permanecía en el pueblo era traidor...y moría. Las FFAA, por su parte, les ordenaron regresar al pueblo: el que se quedaba en las alturas era terruco...y moría. Entonces, los que pudieron huir lo hicieron. El resto comenzó a morir. Unos en el pueblo, otros en las cuevas de las alturas donde habían vivido como trogloditas durante dos años. Hasta que en agosto [de 1985] la mayoría de los que quedaban fueron masacrados por el Ejército. Dicen los sobrevivientes que los muertos los sobrepasaban en número y, por tanto, no pudieron enterrarlos. Y acabaron por huir sin rumbo" (Degregori 1985a:54).

Muchos de los que no huyeron fueron deglutidos por "el nuevo estado" senderista en construcción o quedaron como parias sin ningún derecho, mendigando la protección de las FFAA. Por la misma época en que las FFAA arrasaban Umaro, los senderistas incursionaban en Huayao (Tambo/La Mar):

"Hostilizados por SL, los campesinos bajaron a establecerse como refugiados más cerca a la guarnición de Tambo, formando una de esas barriadas rurales que han proliferado y donde la población campesina se desangra lentamente. Mendigos, sin tierra ni ganando, diezmado por la Marina que lo confiscó y lo vendió todo a intermediarios también, de poco les palió a los

2. Sobre los primeros dos años de violencia política en Ayacucho, véase: Gorriti 1990. Sobre la estrategia antisubversiva de las FFAA y su actuación en el período 1983-1985, véase, entre otros: González 1985, Mauceri 1989, Noe 1989, Degregori y Rivera 1993, Tapia 1996.

Huayao la cercanía al cuartel. En setiembre, SL les pidió regresar a las alturas, posiblemente porque es época de siembra y sus huestes necesitan alimentos. Al negarse, los campesinos fueron masacrados a machetazos. Habían pedido protección militar desde varios días antes, pero después de Accomarca³ el Ejército prefiere esperar la definición de la nueva estrategia prometida por el gobierno y en parte deja hacer y deja pasar” (Degregori 1985:54).

No en todas partes la destrucción llegó a tales extremos. En muchos casos comunidades y familias extensas probaron su resistencia y elasticidad para adecuarse al contexto de guerra. Surgieron incluso nuevas organizaciones de mujeres: clubes de madres, comités de vaso de leche, que se aglutinaron hasta conformar la Federación Departamental de Clubes de Madres de Ayacucho, que en 1991 celebró su I Congreso con ocho bases provinciales. Según Isabel Coral (comunicación personal) una de las razones por las cuales sobrevivieron fue porque los contendientes no las consideraron tan peligrosas por ser mujeres.

Más difícil que constatar la destrucción del tejido social es evaluar el impacto cultural y psicológico de esa destrucción, descubrir las "cicatrices de la violencia", del miedo y la convivencia con la muerte. En muchos casos los campesinos han elaborado la violencia traumática convirtiendo a los senderistas en demonios o anticristos y a las FFAA, especialmente a los Marinos de los años 1983-1985 en mercenarios extranjeros o *pishtacos*⁴. Posiblemente porque les resultaba inconcebible que alguien tratara así a su prójimo, o a su compatriota.

3. En la comunidad ayacuchana de Accomarca (Cangallo) ocurrió una masacre de campesinos el 14 de agosto de 1985. A raíz de esos hechos, el entonces flamante presidente Alan García pidió en decisión inédita la renuncia del Jefe Político Militar de Ayacucho, de su superior, el Jefe de la II Región Militar con sede en Huancayo, y del Presidente del Comando Conjunto de las FFAA. El gobierno prometió una nueva política contrainsurgente, con énfasis en la acción social y los planes de desarrollo para las zonas de emergencia, que nunca llegó a plasmarse. Según Mauzeri (1989:53), como reacción a la presión gubernamental y a las críticas por su comportamiento en materia de derechos humanos, el Comando Conjunto de las FFAA: "acordó en setiembre de 1985 la 'restricción' de operaciones militares en las zonas de emergencia por un período provisional".

4. Sobre "el regreso de los pishtacos" durante los peores años de violencia, véase: Ansión 1989, Portocarrero 1991.

Más fácil de percibir para el visitante fugaz es la configuración de un nuevo centro simbólico. Si antes lo ocupaba la placita con su iglesia católica, hoy se encuentran: la cancha de fútbol, que es al mismo tiempo y literalmente "plaza de armas" pues es el lugar en el que cada mañana y cada noche forman —o formaban— los ronderos; el asta donde se iza casi obsesivamente la bandera; la capilla evangélica, y la escuela. Esta última ya estaba allí desde antes, en muchos casos también la cancha, aunque no en lugar tan prominente. El asta y la capilla evangélica nos hablan del surgimiento de nuevas identidades.

La población evangélica se ha multiplicado en los años de guerra en todo el departamento. En 1981 eran el 3.7% de la población, hoy son el 10.15%. En las provincias más afectadas por la violencia, el crecimiento ha sido significativamente mayor. En Huanta pasaron del 4.1% en 1981 al 14.95% en 1993; en La Mar del 7.8% al 16.3% y en Cangallo del 4.3% al 20.25% (INE 1983, INEI 1994). No hay datos precisos pero en las zonas rurales la población evangélica es todavía más numerosa, bordea el 40% en un censo de cinco comunidades de Huanta hecho por Visión Mundial⁵. Mientras tanto, los templos católicos rurales, varios de ellos coloniales, se encuentran en total abandono.

En el izamiento de la bandera y la conformación de las rondas se advierte por cierto la influencia del Ejército, último y único representante del Estado en muchos lugares durante esos años. Antes los campesinos iban a los cuarteles a hacer el servicio militar, que era visto como una de las vías troncales para la "integración nacional". Hoy los cuarteles van a los campesinos. Se ubicaron primero en las capitales de distrito —Tambo, San José de Secce— y luego en plenas zonas rurales, como en el propio Uchuraccay. Entre otras cosas, desde los cuarteles se difunde el que podríamos llamar nacionalismo de los símbolos patrios que, junto con la legitimación de las FFAA y una cierta militarización de la vida cotidiana son subproductos de la guerra senderista.

Pero más allá del nacionalismo de los símbolos patrios, el Estado vuelve a hacer sentir su presencia en muchas áreas rurales, o la hace sentir prácticamente por primera vez en otras. El gobierno, o más precisamente el Ministerio de la Presidencia y las FFAA, desarrollan niveles de asistencialismo relativamente importantes si tenemos en cuenta la situación de la región. Los carteles con sus lagos son ubicuos. El FONCODES (Fondo

5. Comunicación de Ponciano del Pino.

de Compensación y Desarrollo Social) y el PAR (Programa de Apoyo al Repoblamiento) distribuyen calaminas, reparten plantones, ganado (sobre todo menor), construyen carreteras y expanden hacia el campo programas de salud. Si en las elecciones de abril de 1995 Fujimori obtuvo más del 65% de los votos emitidos en las provincias norteñas de Ayacucho, no fue pues sólo por los éxitos de su primer gobierno en la lucha antisubversiva.

Desde la sociedad, se advierten cambios importantes en los poderes locales. Como se lee por ejemplo en las novelas de Arguedas, el gamonalismo tradicional venía siendo afectado en la región desde mediados de siglo, y aún antes, por la expansión del estado, el mercado, los medios de comunicación y las grandes migraciones. En la década de 1970, la Reforma Agraria acabó por arruinado. SL trató de nivelar esas ruinas y construir sobre ese terreno desbrozado su "nuevo poder". Luego entraron a tallar las FFAA. Vinculados a uno y otro bando, o entre ambos combatientes, especialmente cuando la violencia comenzó a amainar, fueron surgiendo nuevos focos de poder local cuyo perfil recién comienza a decantarse.

La nueva configuración y distribución del poder a nivel local y regional es un tema importante que los trabajos de Coronel y del Pino en este volumen comienzan a asediar. Pero además de esos cambios en la economía del poder, parecería estar gestándose en el campo una manera en cierta medida nueva de entender el Perú, al menos embrionariamente ciudadana, que se traduce en demandas de urbanización y distritalización. En las punas de Huanta, por ejemplo, Ccarhuahurán, Iquicha y el propio Uchuraccay, pugnan por convertirse en distritos. La distritalización es vista como la mejor forma de ampliar los espacios de autogobierno, ser reconocidos, negociar y recibir fondos del estado, por ejemplo a través del controvertido Decreto Legislativo 776 promulgado en 1992, que regula la distribución de rentas municipales. Ser distrito se vuelve todavía más importante a partir de la promulgación en 1995 de la nueva ley de Tierras N° 26505, que erosiona las prerrogativas de las comunidades campesinas.

En conclusión, como dijimos, el visitante encuentra hoy una región devastada, con su ya exigua infraestructura destruida, en pobreza extrema y con muy pocas probabilidades de desarrollo dentro del actual modelo macroeconómico. Pero no encuentra una población derrotada, abatida o desesperanzada sino llena de una vitalidad asombrosa en medio de su ruina. Tal vez ello se deba, en parte, a varios resultados inesperados de la guerra, no necesariamente deseados por los combatientes, definitivamente no por SL.

II. LOS FRUTOS (AGRIDULCES) DE LA GUERRA

En primer lugar, han saltado en pedazos todas las imágenes sobre la otredad del "Perú Profundo" que todavía plagaban, por ejemplo, el Informe Uchuraccay (Vargas Llosa 1983), y se han modificado, entre otras, las relaciones indios/mistis, ciudad/campo, hombre/mujer. En realidad, se han *acelerado* una serie de procesos que ya estaban en marcha desde antes del inicio de la aventura senderista.

En Huanta por ejemplo, según relata José Coronel, los "indios" o *chutos* están armados y más cerca de la ciudad. Dos hechos permiten graficar la nueva situación. En la década de 1960 los terratenientes huantinos construyeron un canal que pudo haber ampliado las tierras irrigadas de los pagos ubicados en las laderas por encima de la ciudad de Huanta. Pero hicieron el trazo de tal modo que el canal benefició sólo a sus haciendas; los campesinos no tuvieron capacidad de presión y terminaron añadiendo una cuenta más a su rosario de resentimientos (Degregori 1990). En 1990, en lo peor de una dura sequía, campesinos desplazados de las partes altas y reubicados más cerca de la capital provincial bajaron a Huanta a solicitar que la ciudad compartiera con ellos el agua potable, para poder regar en horas de la noche. Su pedido fue aceptado sin mayor oposición. Es cierto que no encontraron como interlocutores a los viejos terratenientes, pero también lo es que, organizados en rondas y armados, los campesinos tenían una mayor capacidad de presión.

El desplazamiento y el retorno ilustran los cambios en las relaciones ciudad-campo. La gran mayoría de los desplazados adquirió experiencia urbana: en Huanta, Ayacucho, Ica, Huancayo o Lima. No existen cifras oficiales ⁶ pero aproximadamente un tercio de los desplazados está regresando, la mitad o más se insertará definitivamente en las ciudades donde se refugiaron y el resto vivirá con un pie en la ciudad y otro en el campo. Casi todos están desarrollando estrategias familiares de reproducción que abarcan ciudad y campo y que un sector de ellos ya ponía en práctica en diversos grados aún antes de la guerra ⁷.

Los que retornan no quieren volver a la situación anterior y buscan la urbanización de sus centros poblados. Si en décadas previas los campesinos se preocupaban por conseguir ingenieros que trazaran los planos del

6. Sobre el desplazamiento, véase: Coral 1994.

7. Véase, por ejemplo, el capítulo sobre Huahuapuquio en: Golte y Adams 1987.

territorio comunal para exigir su reconocimiento legal o para las disputas contra haciendas o comunidades vecinas, hoy solicitan planos para darles a sus aldeas un trazo urbano y tratan de conseguir agua corriente y luz. Es frecuente ver campesinos subiendo con largos tubos de plástico al hombro, para llevar agua a las aldeas y construir piletas. Reclaman, asimismo, mejores medios de comunicación. Más por razones estratégicas que por responder a dicho reclamo, la carretera llegó en 1995 a Uchuraccay y hoy atraviesa el territorio iquichano, legendario por su aislamiento. Las radios se vuelven indispensables y las antenas parabólicas dejan de ser un imposible. Así recuerda Teódulo, que salió de Umaro adolescente y volvió adulto, la experiencia del primer grupo de avanzada de retornantes: "Al principio perdimos la idea de qué día estábamos, qué mes estábamos, no sabíamos, o sea, habíamos vuelto a lo primitivo". Y añade, reclamando una radio: "lo que extraño son las noticias. No tenemos radio, no llega periódico, no hay TV; pero lo que más extraño son las noticias".

No comparto siempre ni necesariamente el entusiasmo con lo que he llamado "mito del progreso" (Degregori 1986), pero dejo constancia de su fuerza entre los campesinos. Y considero que la escuela sigue siendo una de las encarnaciones más rotundas de ese mito. En 1987, quejándose porque la violencia les impedía trabajar sus chacras y educar a sus hijos, un campesino de Acos-Vinchos (Huamanga), le decía a Celina Salceda, de manera diríamos descarnada: "Educación es pues progreso. Por ejemplo ustedes están en progreso, trabajan, tienen su platita. Aquí todo atrasado, todos analfabetos, no podemos progresar..." (*Ideología* 10:34). En estos años, una de las primeras tareas de los retornantes es la reconstrucción de la escuela, aunque sea reducida a un cubículo de calaminas como en Uchuraccay, o entre las ruinas del concejo municipal, en la habitación contigua a lo que durante años fue una fosa común, como en Umaro.

También, en circunstancias muy adversas pues la guerra es un contexto favorable más bien para las eclosiones machistas, se han modificado las relaciones de género. Para las desplazadas, el solo hecho de salir de su comunidad de origen, especialmente si lo hacían sin el esposo, significó un cambio profundo⁸. Las que se quedaron, por su parte, ganaron la experiencia, por más limitada que fuera, de participar en organizaciones de supervivencia como los clubes de madres, que se multiplicaron hasta confor-

8. Debo esta sugerencia a Jean Weiss, quien piensa desarrollada en trabajo de campo.

mar la mencionada Federación Departamental, que hoy cuenta con once bases provinciales. Finalmente, las que fueron enroladas como 'masa' en los denominados 'comités populares', destacaron en la resistencia contra SL ⁹. Ciertamente que estos cambios no eliminan el problema de la discriminación de género, pero parecen modificar parcialmente sus términos ¹⁰.

III. LOS COMITÉS DE AUTODEFENSA CIVIL

El acontecimiento que marca la diferencia entre la desesperanza y la vitalidad, lo constituye la generalización de los Comités de Autodefensa Civil (CDC), también llamados rondas campesinas. Según el Instituto de Investigaciones para la Defensa Nacional (INIDEN), en marzo de 1994 existían en Ayacucho y Huancavelica alrededor de 1,655 CDC que agrupaban a 66,200 ronderos y contaban con 6,060 escopetas proporcionadas por el gobierno ¹¹.

Desde que tomaron el control de la región en 1983, las FFAA trataron de agrupar a los campesinos en núcleos poblados cerca a los cuarteles y organizados en comités de autodefensa civil, semejantes a las patrullas

9. Las mujeres de SL asombraron por el papel especialmente mortífero que cumplían, y porque el énfasis senderista en captar y promover militantes femeninas contrastaba con el desinterés del resto de los partidos políticos (véase: Kirk 1993). Pero también en la resistencia contra SL las mujeres jugaron un papel importante. Este tema está presente en un trabajo que prepara Ponciano del Pino sobre Sello de Oro, famosa 'base de apoyo' senderista.

10. Sobre la persistencia de las desigualdades de género, véase el artículo de Orin Starn en este mismo volumen.

11. Las cifras fueron proporcionadas en un seminario del INIDEN por el Grl. Cano y son citadas en: Tapia 1996. Según dicha fuente, en 1994 existían a nivel nacional 5,786 CDC con 400,360 ronderos y 15,390 fusiles proporcionados por el gobierno. Pero estas cifras incluyen un porcentaje significativo de las rondas de Piura y Cajamarca, surgidas en la década de 1970 en un contexto diferente, previo al conflicto armado. Cuando en 1992 fue promulgado el Decreto Legislativo 741, que reconocía legalmente a los Comités de Autodefensa, un sector de esas rondas norteñas optó por convertirse en CDC. Pero las diferencias siguen siendo notorias. La prueba es que en la Zona de Seguridad I, que abarca Tumbes, Piura, Cajamarca, Lambayeque, La Libertad, Ancash y Amazonas, se encuentra el 40% del total nacional de CDC y el 60% de ronderos, pero sólo el 13% del total de armas repartidas (2,000). Si se pudiera singularizar Piura y Cajamarca, el porcentaje de armas descendería todavía más. Ayacucho y Huancavelica, por el contrario, con el 28.6% del total nacional de CDC y el 16.5% del total de ronderos, acaparan el 39.4% del total de fusiles repartidos.

civiles y las "aldeas modelo" de Guatemala (Americas Watch 1986). Los resultados fueron variables. Como relatan Coronel y del Pino, en algunas zonas como las punas de Huanta, ciertos bolsones en las alturas de La Mar o el valle del río Apurímac, el campesinado comenzó a organizarse contra SL aún antes de la llegada de las FFAA. Allí donde éstas impulsaron compulsivamente su conformación, las rondas funcionaron en cierta medida cuando la presencia militar era intensa, pero tendían a des activarse apenas la presión disminuía. Tampoco los militares tenían una estrategia definida y sostenida en el tiempo sobre las rondas y el campesinado reubicado, que era tratado por lo general de manera violenta y humillante como en el caso ya citado de Huayao. Mucho tenían de coloniales las tácticas de esos años. Las agrupaciones de campesinos se asemejaban a las reducciones toledanas del siglo XVI (Urrutia 1985) y las obligaciones de trabajar gratuitamente para el cuartel o haciendo obras en las capitales de distrito se asemejaban a la mita-plaza de esos tiempos. En 1987 el mismo campesino de Acos-Vinchos que alababa las ventajas de la educación, le contaba a Celina Salcedo las razones por las cuales decidieron salir de una de esas "reducciones":

"La Base [militar] nos obliga a trabajar en el distrito, ahora último estamos haciendo plantaciones de tuna para la capital del distrito... Las autoridades del distrito son sabidos, les dice a los de la Base para que nos obliguen, y nosotros trabaja que trabaja para el distrito. No nos daban nada, peor, nosotros llevábamos nuestras herramientas, nuestra coquita...Nuestros animales estaban abandonados... y nuestra chacra nada, estaba botado... Hemos dicho hasta cuándo vamos a estar al servicio del distrito, mejor trabajamos en nuestro pueblo, aunque sea muriendo estaremos, pero en nuestra tierra, trabajando nuestras chacritas. Así hemos vuelto." (Ideología 10: 34).

Sin embargo, hacia fines de la década las rondas comenzaron a multiplicarse por toda la región. Un conjunto de factores contribuyeron a su generalización: un cambio en la estrategia de SL, que consideró llegado el momento de pasar al "equilibrio estratégico" en su guerra e intensificó las demandas sobre el campesinado, provocando el incremento de sus retenciones; un cambio por la misma época en la estrategia de las FFAA, que pasaron de la represión indiscriminada y los reflejos conosureños de los primeros años a una represión más selectiva y a relaciones más bien paternalistas con la población, sacando a relucir viejos reflejos velasquistas, bas-

tante modificados por cierto en el nuevo contexto ¹². Estos cambios empalmaron con el hastío campesino con una guerra que, en medio de una dura sequía, se prolongaba y se volvía más sangrienta sin que ellos le encontraran ningún sentido. Surgió entonces, en mayor o menor medida, una voluntad campesina de organizarse en rondas, que constituye el elemento clave de su generalización.

¿Fueron los campesinos carne de cañón? En cierta medida, sí: las rondas están definitivamente subordinadas a las FFAA. Pero ellos lo ven de otra manera, más ambigua, o más compleja. Se quejan en algunos casos de la desidia militar, pero al mismo tiempo están orgullosos de haber ganado la guerra. Están orgullosos, incluso, de ser mejores combatientes que los militares. Orgullosos pero al mismo tiempo prudente, reclamando la presencia del estado para la reconstrucción de sus aldeas y reclamando la protección militar, más como una suerte de retaguardia que de paraguas: una última línea de defensa. Así, dentro de una relación de subordinación con las FFAA, los campesinos han logrado negociar espacios crecientes de independencia.

El periodista huantino Artemio Sánchez grabó un video en Ayahuanco, en el extremo norte de su provincia, allí cerca a donde está situada la famosa 'base de apoyo' de Viscatán, lugar donde hasta ahora (1995) se rumorea que puede estar el refugio de 'Feliciano', el líder senderista disidente que se empeña en continuar la guerra ¹³. Lamentablemente, el video no ha sido difundido a nivel nacional. En él se puede ver a Tankar y a Ronald, comandos cuyas declaraciones ilustran sentimientos que hasta donde pude constatar parecen extendidos entre los ronderos. Según ellos, las rondas en esa zona surgieron independientemente del Ejército: "en el cuartel de Pampas ni siquiera sabían". Los campesinos decidieron organizarse por su cuenta porque: "cuando vienen los subversivos, pasando ocho días como quien dice vienen (los militares). Si vamos a Castropampa ¹⁴ son tres, cuatro días. Dónde estarán ya pues los subversivos". En un pasaje de la graba-

12. Dos precisiones. 1) Esos reflejos pugnaban por expresarse de manera confusa desde 1984 (véase: Mauceri 1989). 2) Los cambios en la estrategia contrainsurgente no eliminaron las violaciones de los Derechos Humanos. Las masacres y fosas comunes tendieron a desaparecer, pero por esa misma época Perú pasó a ocupar durante cuatro años consecutivos (1988-1991) el primer lugar en el mundo en detenidos-desaparecidos (*Ideéle* 1992:34).

13. Sobre la división de SL, véase: Degregori 1996, Tapia 1996.

14. El cuartel de Pampas se ubica en la provincia de Tayacaja (Huancavelica), más cerca de Ayahuanco que el cuartel de Castropampa, en las afueras de la ciudad de Huanta.

ción, Ronald habla sobre los militares, cuya presencia es ahora más continua en la zona, y les pide: “que sufran, que aprendan a ser valientes como nosotros. Nosotros estamos luchando, no ellos. Ellos sólo están en sus bases, vienen, las armas que hemos capturado se las llevan para su ascenso”.

En conclusión, si bien en muchas zonas surgieron de manera compulsiva, las rondas de Ayacucho y en general de la sierra central y surcentral no son sólo ni principalmente títeres de la FFAA. En términos de Touraine, configuran “formas de acción colectiva”, de actores con voluntad y objetivos propios, capaces de tomar opciones aún en las condiciones más adversas. Son, a su manera, un movimiento social que, definitivamente, no es como aquellos que habíamos amado tanto. A diferencia de sus primas norteñas de Piura y Cajamarca¹⁵ estas rondas están armadas y militarizadas, son más jerárquicas, actúan en estrecha relación con las FFAA. Pero al mismo tiempo han permitido en muchas partes la reconstrucción de aldeas y comunidades, el surgimiento de nuevos liderazgos, una nueva relación con los poderes locales e incluso con las FFAA. Han levantado la moral, elevado la autoestima y otorgado cierto poder al campesinado, incluyendo a la población más india (quechuahablante), más rural, más pobre. Las rondas no han eliminado por cierto las contradicciones internas, los nuevos caudillismos y las viejas discriminaciones, como señala ampliamente Orin Starn en este mismo volumen. Pero el balance, en el que los autores coincidimos al margen de énfasis particulares, es esperanzador.

Se sustenta mejor un balance de este tipo, si se ubica el caso ayacuchano en perspectiva comparada. En Guatemala, por ejemplo, hubo un grado significativamente mayor de imposición por parte de las FFAA en la conformación de las patrullas civiles. Parte de la población huyó del abusivo control militar y conformó “comunidades de población en resistencia”, una suerte de campamentos de desplazados rurales con grados variables de vinculación —y de contradicciones— con los grupos alzados en armas¹⁶.

15. Hay una extensa bibliografía sobre las rondas de Piura y Cajamarca, surgidas desde la década de 1970 en un contexto distinto. Véase, entre otros: Gitlitz y Rojas 1985, Starn 1991, Huber 1995.

16. Sobre la violencia en Guatemala véase, entre otros: Smith 1990, Carmack 1988, Stoll 1993. En un trabajo excelente y polémico sobre los mayas ixiles del altiplano guatemalteco, Stoll presenta un análisis que se asemeja en mucho a los que desarrollamos en este volumen. La parte central de su libro está dedicada a describir cómo los ixiles respondieron a la violencia: “usando las patrullas civiles, congregaciones religiosas y otras instituciones aparentemente subordinadas y conformistas para reconstruir la sociedad civil, es decir, espacio político para tomar sus propias decisiones” (1993:xiv).

En el caso ayacuchano, cuando las rondas se generalizan y se expanden hacia el sur del departamento, la población queda dividida gruesamente entre comités de autodefensa y "comités populares" senderistas. Pero nadie quiere huir hacia los comités populares que, por el contrario, comienzan a desgranarse, primero a partir de la fuga de arrepentidos individuales y luego por el éxodo masivo de los llamados 'capitulados'. Lo cual dice mucho más de la brutalidad senderista que de los buenos modales militares, pero dice algo también sobre las diferentes estrategias contrainsurgentes puestas en práctica en ambos países —genocida en Guatemala, autoritaria no-genocida en el Perú¹⁷— y sobre las distintas formas de dominación estatal: mucho más oligárquico-excluyente en Guatemala, algo más hegemónico-transformista en el Perú.

El desenlace del conflicto sugiere otra comparación. En Colombia, parte del campesinado en armas se convirtió en sicario de otros bandos en pugna, especialmente narcotraficantes. En el caso peruano, conforme disminuye la intensidad del conflicto, las rondas tienden a ser reabsorbidas por la organización comunal. Tal como explican los otros artículos de este volumen, comandos de sobrenombres tan brutales como El Chacal o El Salvaje, lo que más quieren es volver a la vida civil para concentrarse en la reconstrucción de su economía familiar. Lo cual debe llevar a replantear la imagen del Perú como país esencialmente violento, que cobró auge en la década pasada.

¿Cómo y por qué se produjo esta 'rebelión del coro'? ¿Cómo así, aquellos que tenían asignado el papel de "fuerza principal de la revolución", aliados fieles y segundo violín del "proletariado" acabaron por malograrle el libreto al rey-filósofo y terminaron escenificando lo que era, al menos en parte, su propia creación colectiva? Usando la fraseología del propio Abimael Guzmán (1979): ¿cómo la chispa se rebeló contra la hoguera?, ¿cómo los granos lograron detener la rueda de molino sin ser hechos polvo?

Los artículos que componen este volumen comienzan a dar respuesta a estas preguntas.

17. Sobre los cambios en la estrategia de las FFAA, véase, además de los mencionados en la nota 2: Obando 1991.

II

Violencia política y respuestas campesinas en Huanta

José Coronel

*Introducción*¹

Desde la capital tiende a verse al campesinado ayacuchano como un grupo social homogéneo. Nada más falso. En la parte andina de la provincia de Huanta, por ejemplo, son claramente diferenciables dos sectores: los iquichanos, comuneros de altura, y los campesinos pequeños propietarios independientes del valle. El presente trabajo se centra en esos actores sociales y trata de reconstruir las diversas respuestas que desarrollaron frente a la violencia política durante los años 1980-1993. Desde la perspectiva campesina nos aproximamos a otros actores, como el Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso (SL) y las Fuerzas Armadas (FFAA).

El trabajo retorna un artículo previo (Coronel y Loayza 1992) sobre un tema similar en las provincias de Cangallo y Huamanga. Esta vez seleccionamos las comunidades de Culluchaca y Ocana, y el pago de Cangari, todos en la sierra de Huanta, que corresponden a tres microrregiones de la provincia y que respondieron de distintas formas frente a la violencia política.

1. Esta investigación fue factible gracias al apoyo del Instituto de Estudios Peruanos, en cuyo Taller "Conflicto y solución de conflictos en el Perú" se desarrolló la investigación. Expreso mi agradecimiento a Carlos Iván Degregori por su asesoría y paciente lectura de los borradores, así como mi reconocimiento a Jaime Urrutia y Carlos Monge, por las sugerencias y observaciones aportadas.

El trabajo de campo se efectuó entre los años 1992-1993. Realizamos entrevistas a autoridades comunales, comandos de Defensa Civil y comuneros de base, logrando vencer en parte los recelos suscitados, gracias a antiguas amistades en la zona, de la que somos originarios. Asistimos a múltiples asambleas comunales así como a las reuniones de la Asociación de Desplazados de la provincia, cuya junta directiva fue una valiosa fuente de información y de contactos en el campo. Utilizamos, asimismo, diversas fuentes escritas, incluyendo las tesis existentes sobre la zona en la Universidad de Huamanga y abundante información periodística.

Abordamos el tema a partir de una periodificación de la violencia en la provincia, exponemos luego los tres estudios de caso, continuamos con un análisis comparativo y presentamos finalmente nuestras conclusiones. La constatación central del estudio es que los Comités de Defensa Civil (CDC) se generalizan en el valle de Huanta hacia fines de la década de 1980 como resultado de la convergencia entre la voluntad campesina y la estrategia contrainsurgente del Estado, que deja atrás el accionar fundamentalmente represivo de los primeros años para intentar una aproximación al campesinado. Esta convergencia tuvo lugar en medio del incremento de las acciones militares de SL, que trataba de alcanzar el “equilibrio estratégico” en su guerra contra el Estado. Esta nueva etapa de la guerra senderista implicó un incremento en las exigencias al campesinado y una ampliación de blancos militares, incluyendo a campesinos del valle. La posibilidad de una escalada de violencia todavía mayor, sin que los campesinos percibieran beneficio o perspectiva alguna luego de nueve años de guerra, favoreció la masificación de los CDC, que aislaron socialmente y derrotaron políticamente a SL en la provincia.

En el nuevo escenario que se abre después de la captura de Abimael Guzmán en 1992, los CDC tienden a asumir funciones de colaboración en distintas tareas colectivas, cuyo objetivo no es ya sólo la defensa, sino la reconstrucción de las comunidades. Estas se encuentran, es verdad, subordinadas al Ejército. Empero, logran espacios mayores de autonomía conforme se van recuperando las condiciones de paz. En perspectiva, parecen abrirse posibilidades de una mayor presencia campesina en las instancias de poder local y regional.

1. HUANTA, ESTRUCTURAS Y ACTORES

1. El escenario

La provincia de Huanta abarca 3,258 km² y comprende dos paisajes mayores: el serrano, que abarca las dos terceras partes de su territorio, y el de ceja de selva, que cubre el resto (CORDE-Ayacucho 1988:7).

La sierra

El área serrana se ubica entre los 2,280 y los 4,900 msnm. Para los fines del presente estudio vamos a distinguir allí tres zonas: el valle, la zona intermedia de las "laderas" y las alturas o punas (véase gráfico 1). En el valle, a su vez, son claramente distinguibles dos sectores:

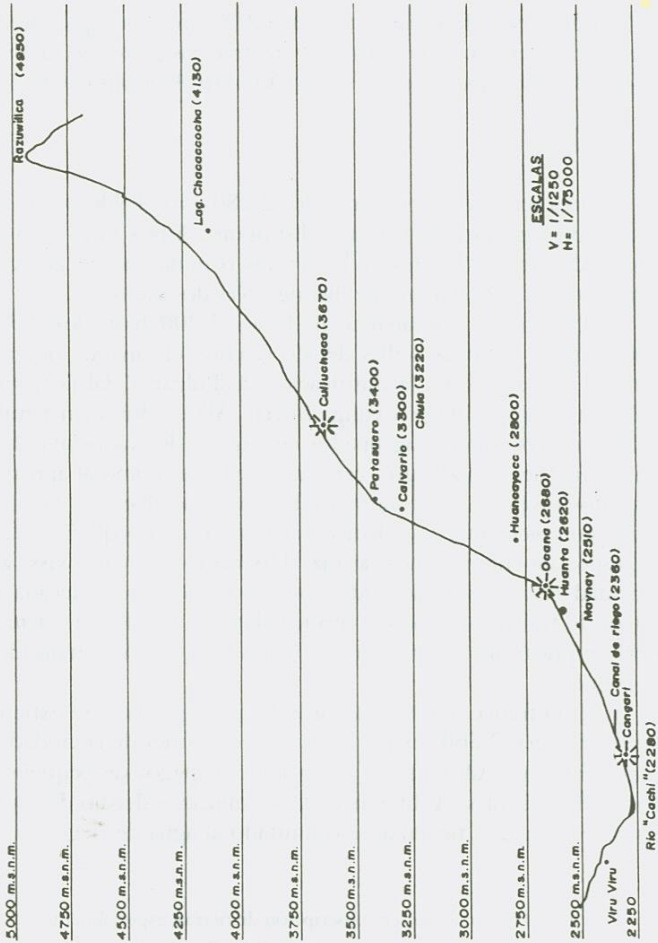
a. Una franja que abarca desde los 2,200 hasta los 2,360 msnm., comprendida entre las orillas del río Cachi y el canal de riego del mismo nombre. De acuerdo a la clasificación de Pulgar Vidal (s/f), esa franja se ubica en el piso ecológico yunga fluvial. Allí predominan familias de parcelarios independientes agrupados en pagos², dedicados al cultivo de hortalizas, frutales, maíz negro, cereales, alfalfa, así como al aprovechamiento de frutos silvestres como la tara y la tuna, que alberga a la *cochinilla*³. En forma complementaria se dedican a la crianza en pequeña escala de ganado, especialmente vacunos de raza Holstein y Brown Swiss, aunque esta actividad resultó muy afectada por la violencia en la década pasada. La fuerza de trabajo utilizada es principalmente familiar. El *ayni*, que hacia 1980 se practicaba ya en forma muy limitada, se ha revitalizado en medio de la guerra.

b. Otra franja, que forma parte del piso quechua, se extiende entre el canal de riego (2,360 msnm) y las inmediaciones de la ciudad de Huanta (2,650 msnm). Allí también se encuentran pagos de pequeños propietarios independientes. A diferencia de los ubicados debajo del canal de riego Cachi, estos pagos tienen acceso limitado al agua de riego proveniente de

2. Pago, del latín *pagus*, circunscripción de tierras, especialmente de viñedos u olivares. Unidad administrativa de origen colonial, que en el caso de Huanta agrupa actualmente un promedio de 60 familias y cuenta con su propio sistema de autoridades: presidente, teniente gobernador, agente municipal.

3. Cochinita, insecto hemíptero de la familia de los coccidos, parasita las pencas de la tuna; reducido a polvo se emplea para dar color grana a la seda, lana y otras fibras.

Gráfico 1
PISOS ECOLÓGICOS Y SUB ZONAS DE LA PARTE ANDINA
DE LA PROVINCIA DE HUANTA



las lagunas del nevado Razhuillca, a través de turnos mensuales que dependen principalmente de las lluvias. Los habitantes se dedican al cultivo de cereales, principalmente maíz, y en menor medida a los frutales. Se ocupan también de la crianza de ganado vacuno en pequeña escala. La población migra temporalmente a la selva del río Apurímac, para atender sus parcelas y/o trabajar como peones; también migran estacionalmente a Lima, y concurren frecuentemente a la ciudad de Huanta, donde se desempeñan como peones de construcción civil o pequeños comerciantes.

Entre el valle y las punas, es decir, entre los 2,650 y los 3,500 msnm. se encuentra la franja intermedia de las *laderas* de los últimos contrafuertes de la Cordillera Oriental del Razhuillca, que se ubica al este de la ciudad de Huanta. Se trata de un espacio de pronunciadas pendientes, poco propicio para la agricultura, en el cual se encuentra un mosaico de parcelas de secano sembradas de maíz, cebada y habas. Este es el sector que más expulsa trabajadores a la colonización del río Apurímac. Los que permanecen se dedican al comercio de ganado de diverso tipo, que ofertan en Huanta, Huancayo y Lima. En estas laderas subsistían en la década de 1960 algunas haciendas de propiedad de la Iglesia o la Beneficencia Pública. Predominaba, sin embargo, la pequeña propiedad.

Las alturas o punas se extienden desde los 3,500 a los 4,900 msnm. Espacio de amplias planicies donde se encuentran las comunidades genéricamente conocidas como *iquichas*, que producen principalmente tubérculos y en menor medida cebada y habas, destinadas en su mayor parte al autoconsumo. Criaban, además, ovinos, vacunos y cerdos que generalmente comercializaban en la feria local de Chaca y en la dominical de Huanta. La fuerza de trabajo era familiar y comunal; las formas de trabajo colectivo —faenas, *minka* y *ayni*— mantenían su vigencia. Los comuneros poseían limitada experiencia migratoria estacional al valle del río Apurímac. Hasta la década de 1960, la población de las alturas vivía bajo el régimen de hacienda en relaciones serviles de trabajo. La reforma agraria las reconoció como comunidades campesinas. Esta población de las alturas, que fue una de las más estables durante la historia republicana, resultó muy duramente golpeada por la guerra.

B. El área selvática

Pasando el abra de Tapuna (3,700 msnm) se vislumbra un paisaje muy diferente: la ceja de selva, el piso ecológico yunga que se extiende entre 2,300 y 1,000 msnm. Es un espacio caracterizado por pendientes sua-

ves donde se cultivaron tempranamente la coca, la yuca, el cube. Allí se encuentran los poblados de Ayna y Machente. Las familias de colonos provienen principalmente de los pagos del valle y laderas de Huanta; durante la década de 1980 migraron también importantes grupos de comuneros de las alturas. La fuerza de trabajo es principalmente familiar y la producción es principalmente para el mercado extrarregional.

La selva de Ayacucho comprende también el piso ecológico denominado rupa-rupa, que descende de los 1,000 a los 500 msnm. Espacio de selva tupida y clima tropical donde los principales cultivos hasta antes de la expansión de la coca eran café, cacao, ajonjolí; frutas como papaya, piña, plátanos, naranjas. Allí se encuentran los centros poblados de Sivia, Llochegua, Mayapo. En la zona existe un amplio sector de asalariados agrícolas que trabajan en las tierras de medianos propietarios, quienes combinan la producción agrícola y el comercio. Empero, la mayoría de los colonos recurren principalmente a la fuerza de trabajo familiar.

2. La población

Según el Censo de 1981 la población de la provincia de Huanta era de 76,060 habitantes, con un 82% de población rural y 18% de población urbana. Según datos del último censo de 1993, la población se ha reducido a 60,819 habitantes, un 61% rurales y un 39% urbanos (ver cuadro 1). Los distritos donde la población ha descendido más son Ayahuanco y Santillana, los más alejados de la capital provincial, colindantes con los distritos de Pangoa (Satipo-Junín) y de Echarate (La Convención-Cuzco).

El censo resulta el indicador más objetivo de los efectos de los trece años de guerra interna, que obligó a desplazarse a miles de familias y ocasionó un escalofriante número de víctimas. Sólo en 1984 se registraron 935 muertos en la provincia (Starn 1993:35). La población desplazada se refugió en las capitales de distrito y en la ciudad de Huanta, lo que explica el gran incremento porcentual de la población urbana. La colonización del río Apurímac, especialmente los centros poblados de Sivia y Llochegua, fue otro de los lugares de concentración de los desplazados.

3. El poder local

Hacia la segunda mitad de la década de 1960, los hacendados de Huanta se encontraban en crisis, agobiados por una serie de hipotecas, procesos de compra-venta, escasa producción y falta de crédito. El sector

Cuadro 1
Población de la provincia de Huanta: 1993

	Total	Hombres	Mujeres	Urbana	Rural
Huanta	23,293	10,803	12,490	15,985	7,308
Ayahuanco	2,696	1,326	1,370	314	2,382
Huamanguilla	4,836	2,205	2,631	1,585	3,251
Iguain	1,675	718	957	341	1,334
Luricocha	4,434	2,044	2,390	866	3,568
Santillana	6,158	2,773	3,385	694	5,464
Sivia	17,717	9,446	8,271	3,912	13,805
Total provincial	60,809	29,315	31,494	23,707	37,112

Fuente: INEI 1994.

más numeroso de terratenientes era el que tenía sus estancias en las alturas, con una bajísima productividad de tubérculos y ovinos que les permitían, sin embargo, mantener cierto prestigio y utilizar los escalones del poder local —subprefectura, gobernación, juzgado— para neutralizar protestas y ganar juicios.

Entre 1961 y 1963 se habían producido movilizaciones campesinas reclamando la supresión de formas de explotación servil como el "semanero", prestación de servicios domésticos semanales en la casa hacienda, o el "hierbaje", pago por cabeza de ganado por el consumo de pastos. En 1967 los pequeños propietarios del valle se movilaron contra el pago de predios rústicos. En 1969 volvieron a movilizarse en defensa de la gratuidad de la enseñanza (véase Castillo 1972, Degregori 1990). La estocada final al poder terrateniente la dio la ley de Reforma Agraria, que se aplicó en la zona entre 1972 y 1976. Pero el gobierno militar de entonces nominó como alcaldes y subprefectos a ex-policías y empleados públicos sin representatividad alguna.

La vuelta al régimen constitucional significó el acceso al poder local de los sectores medios. En el proceso electoral de 1980 postularon como candidatos a la alcaldía provincial dos comerciantes, uno de las filas de Acción Popular y el otro del APRA. Se presentó también como candidato de los sectores medios, bajo el emblema de la Izquierda Unida (IU), un intelectual, el historiador Enrique Sánchez Torres, inscrito dentro de una vertiente socialista desarrollada en Huanta desde los años 30 (véase Coronel 1983). Retomando los símbolos de esta corriente, desarrollando una am-

plia labor cultural, especialmente a través del Centro Cultural Huanta, y proyectando una imagen democrática y de eficacia profesional, Sánchez ganó la alcaldía provincial en 1980. Hasta 1982 la alcaldía contribuyó a quebrar el estilo autoritario y excluyente de los "notables" en el ejercicio del poder local, ampliando la participación ciudadana, incluyendo la campesina, a través de cabildos, comisiones de trabajo, visitas a pagos y comunidades.

También en los distritos los terratenientes fueron desplazados del ejercicio del poder local por miembros de una incipiente burguesía rural, que se incluía en el círculo de notables de la ciudad de Huanta, en la cual residían normalmente. Se trataba de propietarios de fundas de 20 a 50 has. con una producción agroindustrial en pequeña escala (caña de azúcar, vid), que impulsaban además la crianza de ganado mejorado (vacunos, cerdos), frustrada abruptamente por la reforma agraria. Algunos de ellos asumieron alcaldías locales a partir de la influencia que tenían en los pagos en donde se ubicaban sus propiedades y aún en los pagos vecinos, en los que contrataban peones.

En los pagos, los cargos de autoridad como teniente gobernador, juez de paz, repartidor de aguas, se encontraban en manos de campesinos medios, que jugaban un rol ambiguo. Por una parte como autoridades, por otra como portavoces de reclamos de sus pagos ante las oficinas estatales en la capital de provincia ⁴. Compartían condiciones de vida y valores culturales con la población del lugar y terminaban asumiendo con frecuencia la defensa de las reivindicaciones campesinas. El ejercicio de estas autoridades se basaba en el consenso antes que en la fuerza. Tal vez, simplemente, porque existía fuerza policial disponible en el pago. Eran las normas consuetudinarias las que posibilitaban el ejercicio de la autoridad. Sin em-

4. Un caso paradigmático es el de Eduardo Cárdenas, reiteradas veces autoridad en su pago de Pampachacra, propietario de cuatro has. de tierra con riego y una media docena de cabezas de ganado Holstein cuya producción de leche y queso comercializaba en la ciudad. Con experiencia migratoria en Lima, donde trabajó ocho años como obrero y con instrucción primaria completa, Cárdenas fue autoridad en su pago y luego fundador de la Asociación de Pequeños Propietarios del valle, protagonista en la protesta contra el impuesto predial en 1967 y en la movilización popular de 1969 por la gratuidad de la enseñanza. Otro caso es el de don Francisco Santillana, propietario de tres has. de cereales y frutas, y de una pequeña tienda en el pago de Mainay; múltiples veces teniente gobernador y repartidor de aguas y simultáneamente activista incansable a favor de candidatos izquierdistas para la diputación provincial en diversas campañas electorales.

bargo, eso no significaba que no utilizaran el cargo para el logro de beneficios menores, tales como el uso más frecuente de turnos de riego.

En las alturas, la crisis de los poderes locales fue brusca. A fines de la década de 1960 los terratenientes aún seguían ejerciendo autoridad en sus estancias, ya sea directamente o a través de arrendatarios y administradores; y mantenían su influencia política en distritos como San José de Santillana y Ayahuanco. La reforma agraria erradicó este poder, produciendo un vacío, pues aquí no hubo lugar para el surgimiento de elites alternativas, agrarias o profesionales. El ejercicio precario del poder local, a nivel de cabeceras de distritos, pasó a manos de pequeños comerciantes y empleados estatales con escasa legitimidad social. En las ex-haciendas, los micro poderes locales pasaron a ser ejercidos por las autoridades comunales.

La organización multicomunal, distrital y provincial propugnada por la Federación Provincial de Campesinos de Huanta e impulsada por activistas de diversas organizaciones de izquierda en la década de 1970, no cuajó. Eran muy diferentes los criterios de liderazgo manejados por los activistas y por los comuneros. Los primeros usaban un criterio de clase dentro de un contexto de relativa homogeneidad en la pobreza, propio del régimen de hacienda que los campesinos acababan de dejar. Los comuneros destacaban su identificación con sus valores culturales y con su experiencia como agricultores.

4. Reforma Agraria y recomposición social

La aplicación de la Reforma Agraria tuvo distinta significación en las alturas y el valle. En este último, el régimen de hacienda se encontraba en bancarrota. En 1972, los técnicos del Ministerio de Agricultura constataron que sólo el 16% de las tierras de las haciendas estaban cultivadas. Por eso, su valorización fue ínfima. Haciendas de antiguo prestigio como Huanchacc o Iribamba fueron valorizadas en SI. 19,634 (US\$ 456) y 24,768 (US\$ 576) respectivamente, incluyendo el valor de los activos (Auqui 1987). Ellas, conjuntamente con otras siete haciendas, pasaron a formar parte de la Cooperativa Agraria de Producción (CAP) "Gervasio Santillana". En su condición de socias de esa empresa asociativa, varias comunidades ubicadas hacia la parte alta del valle se beneficiaron con la adjudicación de tierras de secano. Se trataba de 127 familias, sin mayor identificación con las tareas de la empresa en las tierras irrigadas. Hacia 1977, el fracaso de la CAP era evidente. Sólo diez de los 127 socios iniciales trabajaba regularmente en la CAP y 23 lo hacían ocasionalmente (Coronel 1978).

Fue en las partes altas de la provincia donde la reforma agraria fue más relevante. De un total de 109 haciendas afectadas en la provincia, 94 se ubicaban en las alturas. Se trataba de propiedades con tierras de baja productividad agrícola, ocupadas mayormente por pastos silvestres y sin instalaciones para uso agropecuario. Los técnicos optaron entonces por la "cesión gratuita" a los ex-feudatarios y comuneros, previa conformación de 50 "grupos campesinos" (Región Agraria XVIII 1982)⁵. Ninguno de ellos llegó a funcionar debido a la resistencia de los beneficiarios que exigieron y lograron en la mayoría de los casos el reconocimiento de los grupos como comunidades campesinas.

La desaparición de la clase terrateniente generó un vacío de poder a nivel distrital y zonal. No obstante, dentro de los linderos de cada comunidad de altura se fortaleció la autoridad personificada en los *varayoccs*, dentro de una sensación general de cambio de época.

5. Perfil sociocultural del campesinado

Durante la República, Huanta fue escenario de movimientos sociales de envergadura regional (véase: Husson 1992), que repetidamente desembocaron en acciones militares, incluyendo la toma de la capital de provincia y el asedio a la capital departamental. En esas acciones el papel protagónico lo tuvo el campesinado, en especial los iquichanos de las alturas, cuya participación definió varias veces las confrontaciones por el control del poder local. Durante la invasión chilena, fueron igualmente ellos quienes enfrentaron a las tropas del coronel chileno Martiniano Urriola, desde el puente de Mayocc sobre el río Mantaro hasta las alturas de Macachacra (véase: Sánchez 1984). Durante la década pasada, fue una vez más el campesinado el que definió el curso de la guerra, enfrentando a las huestes de SL, que se ensañaron particularmente con el campesinado de las alturas.

El campesinado muestra en la provincia diferencias socioculturales que es preciso perfilar, en tanto están asociadas a diversas respuestas a la violencia política. Haremos a continuación un breve recuento de la situación a inicios de la década de 1980, que fue profundamente trastornada por la guerra.

La organización típica de los campesinos de las alturas era la comuni-

5. Grupo Campesino, era el nivel mínimo de empresa asociativa implementado por la reforma agraria.

dad campesina, que pese a haber estado sometida al régimen de hacienda, fue capaz de mantenerse como el referente social fundamental. En la década de 1970 constatamos la vigencia de las autoridades tradicionales o *varayoccs*; las faenas y el *ayni* vinculados a las exigencias del sistema rotativo de cultivos; la solución de conflictos entre comuneros dentro de la misma comunidad. Prevalecía la identidad comunal sobre la individual y se valoraba de modo especial el "buen comportamiento", el respeto a las jerarquías, las costumbres, el trato fraterno, marcando rotundamente el trato diferente con los hacendados y foráneos.

En cambio, entre los campesinos del valle existía una larga tradición de propiedad individual de parcelas de cultivo, con relativa especialización y uso de la fuerza de trabajo familiar. La unidad típica eran los pagos de pequeños propietarios con sus respectivas autoridades, siendo las de mayor consenso los miembros de las Juntas de Regantes. Hacia la década de 1960, las formas de trabajo colectivo como la *minka* y el *ayni* tenían reducida convocatoria y se realizaban con poca frecuencia, aunque las faenas sí seguían relativamente vigentes.

El contraste entre puna y valle se advertía nítidamente en el idioma (véase: cuadro 2). En el momento de estallar la violencia, con una economía principalmente autárquica y experiencia migratoria muy limitada, casi la totalidad de los comuneros de las alturas era monolingüe quechua. Por contraste, en el valle el bilingüismo era un fenómeno mucho más extendido, aunque el quechua seguía siendo el idioma de la comunicación familiar. Entre los jóvenes estudiantes, el bilingüismo era la norma.

Cuadro 2
Población quechuahablante entre campesinos del valle y las alturas: 1979

Pago/Comunidad	Ubicación	Hablan sólo quechua
Chacco	Valle	30.5
Durazno Pata	Valle	48.5
Pampachacra	Valle	41.5
Culluchaca	Alturas	95.0

Fuente: Abilio Cárdenas, *Análisis socio-económico de los campesinos parcelarios en el valle de Huanta*. Tesis, UNSCH, Ayacucho, 1979.

Entre los comuneros de altura, la indumentaria estaba conformada por pantalones de bayeta, ponchos y polleras multicolores, todas de fabricación

casera, complementadas por rebozos de *lucre* y sombreros manufacturados en la ciudad. Las mujeres generalmente no usaban zapatos, los varones usaban *llanques* confeccionados de desechos de llantas. Entre los campesinos del valle, la vestimenta era de origen fabril, aunque generalmente de baja calidad: fustanes de *lucre*, camisas "kaki" o franelas, zapatos de "jebe" o cuero corriente. Entre los hijos de campesinos que además tenían tierras en la selva, la vestimenta era similar a la de sus compañeros de la ciudad.

Por las diferencias climáticas y culturales, las viviendas eran también diferentes. En las alturas, los campesinos tenían chozas pequeñas, con puertas de menos de 1.50 m. de altura, con paredes de barro y piedra, techos de *ichu*, piso de tierra, sin ventanas; choza que hacía de dormitorio y despensa, más una *chuclla* (choza muy pequeña) que hacía de cocina; detrás de la choza se encontraba el corral de llamas y ovinos y un pequeño huerto, generalmente de col y cebollas. Algunos llegaban a construir varias chozas, unas al lado de otras, sin comunicación entre sí, y al medio un patio. En el valle las viviendas tenían generalmente tres ambientes: un cuarto amplio hacía de dormitorio-despensa, un corredor y cocina contruidos con adobes o tapias, techo de teja. Muchas de estas viviendas tienen un segundo piso, que hace de depósito de los cereales cosechados, el corredor sirve para recibir a las visitas y en ocasiones de dormitorio.

Los comuneros de las alturas mantenían sus expresiones musicales típicas. Como afirmaba Vergara (1983): "Existe una calendarización de cantos y música, de acuerdo a las fiestas y actividades agropecuarias como la *qachua* en la cosecha, el *qarawi* en la señal de ganado, *qarawi* de matrimonio, muerte, etc.". En los carnavales desarrollaban una violencia ritual entre familias extensas y barrios, expresada en el contenido de las canciones, los *seqollos* y los *atipanacuy* ⁶. La influencia de la música extrarregional era débil. Entre los campesinos del valle, por otra parte, seguía vigente el huayno y un amplio repertorio de canciones, de acuerdo a las festividades. Empero, la riqueza creativa era menor y la música huanca tenía una notable influencia a través de las radios y de la frecuente presencia de orquestas que interpretaban música del valle del Mantaro.

En los largos años de violencia, el panorama de la provincia cambió sustancialmente. Comunidades enteras desaparecieron. Surgieron un rosa-

6. *Seqollos*: azotes con látigo que parejas de jóvenes contrincantes se propinan por turnos en las pantorrillas, muchas veces hasta sangrar, sin dar muestras de dolor. *Atipanacuy*: competencia entre dos jóvenes que se agarran mutuamente del cinturón (*chumpi*), intentando derribar al otro.

rio de campamentos, que van desde agrupaciones de chozas hasta centros semiurbanos. Tanto campesinos del valle como de la puna se vieron obligados a migrar, aprendieron usos y costumbres urbanas, se incrementó el bilingüismo, la celebración de diversas festividades decreció significativamente. En los últimos años, la vida social y cultural comienza a reconstruirse, regresa un sector de desplazados, reviven las comunidades y se va advirtiendo un nuevo perfil sociocultural de la provincia, cuya descripción rebasa los marcos del presente estudio.

II. LOS AÑOS VIOLENTOS

1. La "reconstitución"

Hacia inicios de la década de 1960, en Huanta existía un Comité Provincial del Partido Comunista Peruano (PCP), conformado por algunos artesanos, empleados, profesores y estudiantes. El PCP huantino desarrollaba una práctica política legal, que se dinamizaba en períodos electorales, en especial en la ciudad y en el valle de Huanta.

Las elecciones generales de 1962 fueron de particular efervescencia en la zona, donde llegaron los máximos líderes del APRA, de Acción Popular y del Frente de Liberación Nacional (FLN), general Panda Egúsqiza. Este último, con el marco de una simbología influenciada por la revolución cubana, recibió el apoyo de la izquierda huantina.

Las elecciones fueron anuladas por un golpe de Estado, pero en 1963 fue convocado un nuevo proceso electoral. Ese año visitó Huanta un joven profesor de filosofía de la Universidad de Huamanga, Abimael Guzmán. El llegó como parte de la campaña a favor del FLN, pero centró sus exposiciones en la divulgación de los fundamentos teóricos del marxismo. Al año siguiente, Guzmán volvió a Huanta, ya como portavoz de la posición maoísta dentro del PCP, tensado por las repercusiones de la polémica internacional entre los partidos comunistas de la Unión Soviética y China; polémica que fue vista por la militancia local como un peligro para la unidad partidaria. Efectivamente, en la IV Conferencia del PCP celebrada en 1964, se produjo la ruptura entre prosoviéticos y prochinos. El Comité Regional de Ayacucho, jefaturado por Guzmán, se alineó con éstos últimos, que adoptaron el nombre de PCP "Bandera Roja", encabezados por el abogado Saturnino Paredes, asesor de la Confederación Campesina del Perú.

La base de unidad programática de los maoístas fue la definida en su V Conferencia de 1965, cuya tesis central estaba fuera de discusión: priorizar el trabajo campesino en función de la guerra popular prolongada. Sin embargo, el trabajo político del Comité Regional de Ayacucho se concentraba en fortalecer su presencia en la universidad, en el magisterio y en las organizaciones barriales de la ciudad de Ayacucho, con esporádicas visitas al campo.

Los maoístas no tuvieron base alguna en Huanta hasta 1968. Ese año se constituyó en esa ciudad el Comité Local "Lenin", que seguía la orientación ideológica maoísta pero no estaba sujeto orgánicamente al Regional de Ayacucho, en tanto se había iniciado ya una nueva polémica dentro de la propia Bandera Roja, entre la dirección nacional y la denominada "facción roja" liderada por Guzmán.

Entre 1968 y 1969, el Comité Local "Lenin" avanzó entre los estudiantes secundarios, logró contactos entre los campesinos del valle y tuvo importante presencia en la gran movilización de junio de 1969 que involucró al conjunto de la población de Huanta, y luego de Ayacucho, en defensa de la gratuidad de la enseñanza (Castillo 1972, Degregori 1990). Los maoístas huantinos participaron sin coordinación con el Comité Regional de Ayacucho, que inicialmente restó importancia a las movilizaciones en Huanta, inmersos como estaban en la lucha interna partidaria. El Regional, sin embargo, destacó ese mismo año a Osmán Morote, importante dirigente, y a un pequeño grupo de militantes a realizar un diagnóstico de las comunidades de las alturas de Huanta. Morote redactó entonces la tesis con la cual se graduó de antropólogo en la Universidad de Huamanga. El trabajo de campo lo realizó en la hacienda Chaca, tomándola como prototipo "del régimen servil de explotación existente en el área andina del país".

En junio de 1970, Morote y su grupo fueron capturados en el valle de Huanta, en la hacienda Iribamba, bajo la acusación de sabotaje a la Reforma Agraria. Su detención arrastró la de Guzmán. Todos terminaron recluidos varios meses en la cárcel de Lurigancho (Lima). El trabajo de los seguidores de Guzmán se paralizó en la provincia hasta aproximadamente 1975, manteniendo sólo algunos contactos. Para entonces la ruptura entre Bandera Roja y la "facción roja" se había consumado. Ya en 1970 había nacido el PCP "Sendero Luminoso" y las energías de Guzmán estaban centradas en la "reconstitución del partido", principalmente en la ciudad de Ayacucho.

Hacia 1976, SL volvió a destacar cuadros al valle de Huanta, a partir

de contactos previos con estudiantes y profesores rurales. Probablemente influyeron en esa decisión la importante concentración campesina en el valle y su fácil acceso. No desarrollaron trabajo gremial, se limitaron a captar jóvenes simpatizantes, establecer contactos campesinos con visitas periódicas de activistas destacados desde la ciudad de Ayacucho. Posiblemente por esos años SL haya contado ya con un Comité Local propio, pero no se observaban líderes locales, aunque la presencia de emisarios desde Ayacucho era notoria.

Durante ese mismo período (1976-1979), en las partes altas de la provincia no se observa la presencia de militantes de SL. Así lo indican activistas de la Federación Provincial de Campesinos, que tenía sus bases más significativas en las comunidades de las punas ⁷. Así lo ratifican también un equipo de antropólogos de la Universidad de Huamanga, que durante esos años realizaban investigaciones en la zona ⁸. Esta postergación se explicaría por el limitado número de cuadros disponibles, y por la confianza en contar fácilmente con ellos a partir del diagnóstico de Osmán Morote. Los de las alturas eran: "campesinos pobres, ex-siervos, seguros combatientes de la guerra popular".

2. 1980-1982: La expansión senderista

A partir de 1976-1977, SL cambió su forma de trabajo en el campo ⁹. En los pagos del valle de Huanta, como Luricocha e Iguain, se hacen presentes en grupos de tres. Eran grupos mixtos de universitarios provenientes de Ayacucho, hombres y mujeres entre 20 y 25 años de edad que eran recibidos por los padres de estudiantes secundarios y algunos universitarios. Los jóvenes visitantes ofrecían su fuerza de trabajo en los quehaceres agrícolas. Su objetivo era establecer contactos y captar simpatizantes; no tenían interés en participar en la Asociación de Pequeños Propietarios del valle, ni en la Junta de Regantes. Su trabajo tenía un carácter totalmente clandestino. En su propaganda no utilizaban casi documentos o publicaciones, se limitaban a exposiciones orales reiterativas en círculos muy limi-

7. Activistas como los estudiantes universitarios huantinos Manuel Oré, Carlos Auqui, Máximo Rico, posteriormente desaparecidos o asesinados.

8. Equipo dirigido por el antropólogo Abilio Vergara.

9. Es por esos años que, según documentos oficiales, SL decide iniciar las acciones armadas. Véase: PCP 1988).

tados. Posteriormente, algunos de ellos figurarían en los periódicos como dirigentes; tal el caso de Guillermo Durand¹⁰.

La presencia de activistas huantinos recién se advierte a partir de los años 1979-1980. Se trataba de estudiantes secundarios y universitarios que estudiaban en Huamanga y Lima, hijos de pequeños comerciantes, empleados y profesores, en su mayoría varones entre 17 y 25 años de edad naturales de la ciudad de Huanta y algunos hijos de campesinos relativamente acomodados. Esta primera promoción de cuadros locales senderistas, es mencionada por los campesinos como gente que tenía ascendiente en la población por su conducta, en tanto "no abusaban", explicaban, dialogaban y algunos eran amigos de sus hijos¹¹. El discurso de estos cuadros encontraba audiencia entre los jóvenes estudiantes y los campesinos medios, que manejaban el castellano y tenían experiencia previa en la recepción de propaganda izquierdista del PCP "Unidad" (prosoviético), el FLN y la Izquierda Unida. Como veremos, receptividad no significaba identificación.

Entre los campesinos, el discurso senderista recalca la oposición campo-ciudad, que a nivel regional reviste connotaciones étnicas. La población urbana trata despectivamente a los campesinos del valle como "los cholos de Maynay, Pampachacra, etc.", como "los *chacra maqtacuna*" (muchachos chacareros), en especial en escuelas, colegios, oficinas estatales, reuniones sociales; marginan a sus organizaciones y autoridades de los niveles de decisión política local. Esa discriminación resulta muy ofensiva para los campesinos del valle en tanto existe en realidad una gran proximidad sociocultural entre ellos y los habitantes de la ciudad, especialmente en comparación con los campesinos de las alturas, y a veces poca o ninguna diferencia de ingresos económicos.

SL no se interesó por las reivindicaciones campesinas. Por ejemplo, el represamiento de las lagunas del Razhuilca, que concitaba el interés de todos los parcelarios del valle. Posteriormente, SL inclusive se opuso a su ejecución. Utilizaba, sí, la bandera de la parcelación de la CAP "Gervasio

10. Información proporcionada por ex-docentes de los pagos de Cangari, Viru-Viru, Chihua y la comunidad de Ocana.

11. Entre estos activistas los campesinos recuerdan a Amílcar Urbay, ejecutado en la ciudad de Ayacucho el 3 de marzo de 1982, luego de! asalto senderista al CRAS de esa ciudad; a Nori Canchari, detenida por la Infantería de Marina en el pago de Chihua el 24 de octubre de 1984 y luego desaparecida junto con otros tres senderistas; y a Leonidas, ejecutado en el CRAS de Lurigancho el 19 de junio de 1986, durante la masacre de casi 300 inculpados por terrorismo.

Santillana", que ya había fracasado como empresa y tenía abandonadas tierras con riego. SL llegó a repartir aproximadamente 140 has. entre los campesinos de los pagos vecinos, aunque estos no llegaron a explotarlos debido a que los "Sinchis" primero, y luego los Infantes de Marina se hicieron presentes en la zona. Similar proceso se dio en la CAP "Chirapa".

En este período SL se presentaba también con un perfil moralizador, sancionando ladrones, directores de escuela, amenazando a comerciantes usureros. Así, SL logra la participación campesina en la ejecución de las sanciones, que consistían en la flagelación y el rapado de cabelleras.

El discurso senderista tuvo diversos grados de aceptación en el valle. Fue entre los jóvenes estudiantes donde encontró apoyo activo. Entre ellos SL formó militantes que preparaban contactos y proporcionaban información. Entre los campesinos obtuvieron un nivel de apoyo pasivo, en especial entre los parcelarios más asentados en sus tierras, como son los de los pagos ubicados bajo el canal de riego: Viru-Viru, Cangari, Chiwa, Azángaro. Similares resultados obtuvieron entre los campesinos vecinos de la CAP "Gervasio Santillana". En cambio, entre los parcelarios ubicados por encima del canal de riego, caracterizados por su frecuente migración a la selva y la ciudad, con tierras de limitado acceso al riego, la actitud fue de neutralidad o aceptación entendida como un cierto grado de sometimiento, llegando a darse casos de rechazo como en Pampachacra. Sin embargo, entre 1980 y 1982 no se registraron acciones militares senderistas en el valle, a diferencia de lo sucedido en Huamanga, Víctor Fajardo, Vilcashuamán ... o las alturas de Huanta.

Luego de la presencia de Osmán Morote entre 1968 y 1969, no volvió a registrarse la presencia de militantes senderistas en las punas, hasta los años 1979-1980, según múltiples testimonios¹². Las columnas senderistas que llegaron a las alturas poco antes del inicio de las acciones armadas, estaban conformadas por jóvenes "colegiantes" entre 16 y 20 años de edad, todos foráneos. Los entrevistados identifican a algunos de Huamanguilla o Huanta; pero ningún iquichano llegó a ser dirigente, ni aún a nivel local. Los senderistas no contaron con los puentes que significaron los estudiantes secundarios en el valle, y que en las alturas simplemente no existían. Conceptos como Estado, clases sociales, partido, nueva democra-

12. Testimonios de comuneros refugiados en la ciudad y valle de Huanta como Claudio Lapa Cabezas (Iquicha), Fortunato Araujo (Culluchaca), Elías Ccente (Uchuraccay); confirmados por comuneros entrevistados en la base de Chaca, como Pablo Pariona, de esa comunidad.

cia, no lograban ser traducidos culturalmente. A su vez, los referentes culturales andinos no eran conocidos por estos militantes senderistas. Lo que es más, no les interesaban, en tanto ellos buscaban "transformar la mentalidad fatalista-feudal" y hacer que asumieran una "filosofía de lucha"¹³. Reducían su discurso a la afirmación entusiasta del incontenible desarrollo de la guerra popular, que conduciría a los campesinos pobres como ellos al poder, arrasando con la Policía y el Ejército, y todos aquellos que se opusieran a la revolución.

Es en el nivel de las reivindicaciones donde el desencuentro resulta patético. SL levantaba banderas antifeudales y antiterratenientes, justamente cuando la Reforma Agraria acababa de adjudicar las tierras de las haciendas a las comunidades, y los terratenientes desaparecían como clase social en uno de sus últimos reductos, que eran precisamente las alturas de Huanta y La Mar. Ni siquiera podía hablarse de campesinos "ricos" o de comerciantes entre la población de las alturas, en tanto recién dejaban de estar bajo el dominio del régimen de hacienda, que los había mantenido en diversos grados de sujeción servil. La Reforma Agraria no formó CAP ni SAIS que pudieran ser presentadas como la nueva expresión del "gamonalismo" y dar base social a la confrontación, como ocurrió en las partes altas del valle del Mantaro (Manrique 1989).

SL recurrió a la ocupación de áreas de ex-haciendas que habían quedado bajo conducción de familiares de los ex-propietarios, que las recibieron en calidad de trabajadores directos. En 1981 tomaron posesión de tierras de la antigua hacienda Chaca, que venía conduciendo un hijo de los ex-hacendados residente en el lugar. SL dispuso la explotación colectiva de las tierras para beneficio común de los campesinos de Chaca, exigiendo la participación de todos, inclusive las mujeres, en el trabajo de las chacras. Pero luego ordenó que las cosechas pasen a ser una contribución a la "revolución", lo cual generó descontento, manifestado en expresiones como la siguiente:

*"Ni hacienda timpupipas warmitacca manam llamkachiracuchu chacrapicca". "Cosechatañatacc quiquillancu Apacuncu)". Ni en los tiempos de la hacienda se obligaba a trabajar a las mujeres en la chacra. Después la cosecha se la llevan sólo ellos [los senderistas]*¹⁴.

13. Conferencia de Abimael Guzmán en el auditorio de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, junio de 1973.

14. Entrevista con Pablo Pariona, ex-presidente de la comunidad de Chaca, mayo 1992.

SL ofrecía también la toma de la ciudad, la imposición de un nuevo orden, donde "los *chutos*" tendrían participación en el gobierno¹⁵. Estas referencias sí encontraron asidero en la memoria colectiva campesina, que evocaba a su líder iquichano Navala Huachaca y las movilizaciones del siglo pasado, en que efectivamente tomaron la ciudad de Huanta en reiteradas oportunidades (véase: Cavero 1953, Husson 1992). También en sus exigencias moralistas SL encontró aceptación, en tanto las sanciones que practicaban como azotes a abigeos y adúlteros; corte de cabellera, etc. se inscribían dentro de una práctica andina previa.

Como resultado de esas aproximaciones, SL logró un nivel de aceptación de una parte de los comuneros de las alturas de Huanta, Santillana, Ayahuanco. Pero a partir del segundo semestre de 1982 desconoció a las autoridades tradicionales de las comunidades, amenazándolas de muerte cuando se resistían a dejar sus cargos. Esa nueva actitud de SL estaba en conformidad con su "Tercera Campaña de batir para avanzar a las Bases de Apoyo", dentro del "Segundo Gran Plan de Desplegar la guerra de guerrillas". SL decidió terminar con la presencia del Estado en las zonas de guerrillas y montar los "Comités Populares", órganos de gobierno senderista, embrión de las "bases de apoyo" que deberían implementarse a partir de 1983 (véase Gorriti 1990). En las punas de Huanta, eso significaba desconocer la organización jerárquica y ritualizada de las comunidades iquichanas, de claro perfil étnico, cuyas autoridades tradicionales o *varayoccs* constituían la personificación de la comunidad. Agredirlos significó el inicio de una confrontación que se prolongaría durante toda una década.

Se insistió mucho en señalar que la prohibición senderista de concurrir a las ferias habría sido la causa de la confrontación con los comuneros. Sin embargo, en la serie de testimonios que hemos recogido, aparece en primer lugar la negación, sustitución e incluso asesinato de autoridades comunales como la causa principal del rechazo campesino a SL. En algunos casos, nuestros entrevistados asociaron el ataque a las autoridades tradicionales con el ataque a "nuestro padre".

Las amenazas de SL contra las autoridades motivaron la realización de múltiples asambleas de coordinación entre comuneros de Huaychao,

15. Los campesinos de las alturas de Huanta sufrían una fuerte discriminación étnica. Los pobladores urbanos los llamaban *chutos*, *sallqas*, denominaciones peyorativas equivalentes a primitivos, salvajes.

Uchuraccay, Ccarhuahuran, Cunya, Macabamba, Purus (véase mapa 1)¹⁶. Allí, hacia fines de 1982 acordaron enfrentar a las columnas senderistas. SL asesinó por entonces al presidente y al teniente gobernador de Huaychao, Eusebio Ccente y Pedro Rimachi, respectivamente; así como al campesino Eulogio Quispe¹⁷. Poniendo en práctica su acuerdo, en enero de 1983 los campesinos de Huaychao mataron en represalia a siete jóvenes miembros de una columna senderista, que frecuentaba la zona.

Fue entonces que se produjeron los sucesos que hicieron mundialmente famoso el nombre de Uchuraccay. Ocho periodistas de Lima y Ayacucho se dirigieron a las alturas de Huanta a investigar los sucesos de Huaychao y encontraron trágica muerte en Uchuraccay el 26 de enero de 1983 (véase: Vargas Llosa y otros 1983, Mayer 1991). Los Ccente de Huaychao tenían muchos parientes en Uchuraccay —el actual presidente de esta comunidad es Elías Ccente— y ya existían acuerdos para coordinar la resistencia. Paralelamente, se habían hecho presentes los *sinchis*, distribuyendo víveres y alentando la eliminación de todo extraño que no llegara por helicóptero. La presencia de los "sinchis" con toda su parafernalia de guerra —ametralladoras, granadas, fusiles, pertrechos— en claro contraste con las armas portadas por las columnas senderistas, pudo reforzar la determinación de los comuneros de confrontar a SL. Pero hay que precisar que la decisión inicial había sido tomada antes.

3. 1983-1985: La Infantería de Marina arremete contra los campesinos del valle y SL contra las comunidades de altura

La Infantería de Marina ingresó a Huanta el 21 de enero de 1983. Las FFAA se habían hecho cargo de la lucha contrainsurgente en el departamento de Ayacucho tres semanas antes. Llegaron luego de dos años de avance senderista, después de la toma de Vilcashuamán, el asalto a la cárcel de Ayacucho, el entierro multitudinario de la lideresa senderista Edith

16. Entrevistas en las comunidades de Purus, Cunya, Uchuraccay, Ccarhuahurán, con los dirigentes: Adrián Ñahupa Huaña, Policarpo Huaylla Ccoripuri, Leandro Ccente y Albino Nolasco Huanaco, respectivamente. Las entrevistas se realizaron en presencia de grupos de comuneros de base entre abril de 1992 y febrero de 1994.

17. Informe de Nicolás Ramos Huachaca, Secretario del Comité de Administración de la comunidad de Uchuraccay, el 6 de diciembre de 1993 en Uchuraccay, en presencia de dos ex-varayoccs.

Lagos (véase: Gorriti 1990); con la idea de un Ayacucho "senderizado" sin distinguiendo zonales ni sociales.

La Infantería de Marina se presentó en Huanta como una fuerza de ocupación extranjera, con un desprecio étnico hacia los campesinos, a quienes ejecutaban con saña para luego participar en agasajos y fiestas en la ciudad, sin ninguna mala conciencia. Se trataba de ejecuciones de gente de otra naturaleza, inferior a la suya. No mostraron ningún interés de dialogar con las autoridades, de explicar a la población la causa que defendían: ocupando escuelas, locales comunales, campos deportivos; ingresando a las capillas, interrumpiendo festividades, destilando desprecio étnico hacia los "cholos de Huanta". Los marinos realizaron una "dragonada", un despliegue militar aparatoso, tanquetas incluidas, contra campesinos desarmados de los pagos del valle, dejando a su paso una secuela interminable de ejecuciones sumarias, detenciones-desapariciones, cuando las columnas senderistas ya se habían replegado y llamaban a los campesinos a replegarse al monte. Las víctimas de Pucayacu, Kallqui o la desaparición del periodista Jaime Ayala son sólo los casos más conocidos (véase DESCO 1989). En la historia republicana de la provincia, sólo se pueden encontrar experiencias similares en los años de la invasión chilena y en la expedición "Pacificadora" del Coronel Domingo Parra¹⁸.

La población de la ciudad de Huanta fue objeto de similar represión. Sometida a un toque de queda riguroso, en horas de la noche se sucedían los allanamientos domiciliarios contra docentes, estudiantes, empleados, activistas de la izquierda legal como los de la Federación Provincial de Campesinos de Huanta, que durante la década de 1970 habían desarrollado su labor gremial al margen de SL.

El objetivo probable de la Infantería de Marina en Huanta fue "sacar al pez del agua", es decir, cortar cualquier nivel de apoyo de la población a las huestes senderistas. Pero la represión indiscriminada tuvo un efecto contraproducente: el rechazo a las FFAA y cierta tolerancia hacia SL. Esa actitud se expresó nítidamente en el rechazo a la propuesta de los "navales" de constituir los Comités de Defensa Civil durante todo el período de su permanencia, y aún después. Asimismo, en la no denuncia de una serie de depósitos senderistas de municiones, armas, explosivos, ubicados en

18. Domingo Parra, ex-Prefecto del Callao, fue nombrado por el Presidente Nicolás de Piérola, para comandar un destacamento de 800 hombres en la Campaña de Pacificación de la Provincia de Huanta, entre 1896-1897, con motivo de la rebelión campesina contra el impuesto a la sal.

cuevas en la parte baja del valle, que recién fueron hallados por el Ejército hacia 1989.

Entre la población urbana cundió el pánico y se produjo una migración sin precedentes de sectores medios —profesores, empleados, pequeños comerciantes— principalmente a Lima. Allí tomaron tierras frente al CRAS de Lurigancho con el aval de Oscar Venegas, alcalde huantino del distrito de San Juan de Lurigancho (1983-1985), y fundaron el Asentamiento Humano "Huanta Chico". Otro grupo tomó tierras en la zona de Canto Grande, en el mismo distrito.

También en las alturas de Huanta se sintió la represión de los navales: en Uchuamarca, Pallcca, Uchpapata, Razhuillca. Empero, fue SL quien se ensañó con las comunidades de las alturas, a partir de la decepción que sintieron por el rechazo de los ex-siervos, que consideraban "seguros combatientes" a su lado pero que fueron los primeros en enfrentados, aún antes de la intervención de las FFAA en la región. Varias de las comunidades altinas aceptaron constituir Comités de Defensa Civil en coordinación con la Infantería de Marina. Las columnas senderistas arremetieron entonces contra más de cuarenta comunidades de los distritos de Huanta, Santillana y Ayahuanco (ver cuadro 3). Señalaremos algunos casos.

Uchuraccay fue objeto de incursiones senderistas en mayo de 1983, luego de la fiesta del Espíritu Santo, con el saldo de ocho comuneros asesinados; el 16 de julio, durante la fiesta de la Virgen del Carmen, cuando fueron asesinados seis comuneros y el cuerpo de uno de ellos fue cercenado; el 25 de diciembre, cuando fueron asesinados otros seis comuneros¹⁹. Los senderistas escogían los días de fiesta, para sorprender a la población reunida y acorralarla, con el afán explícito de intimidarla y lograr su sometimiento. Una nueva incursión senderista en febrero de 1984 motivó el éxodo de los comuneros que todavía quedaban en Uchuraccay²⁰. Los comuneros uchuraccainos desplazados, residentes en el valle y la ciudad de Huanta nos señalaron 45 nombres de víctimas de SL en su comunidad²¹,

19. Información de Nicolás Ramos Huachaca, Elías Ccente, Antonio Soto Ticlla, autoridades de la comunidad de Uchuraccay.

20. Esta información fue obtenida en el mismo Uchuraccay, en una reunión de directivos sobrevivientes, luego de culminar la marcha de retorno el 6 de diciembre de 1993.

21. En la asamblea de desplazados de la comunidad de Uchuraccay, celebrada en la ciudad de Huanta el 17 de enero de 1993, los comuneros dan los nombres de 45 víctimas caídas en su mayoría durante los años de 1983-1984. Estos son: Pablo Taype, Marcial Pérez, Benito Yancce, Alejandro Pérez, Lucas Ayala, José Ayala, Juan Cárde-

varios de ellos antes del asesinato de los periodistas, acción en la que no negaban su participación. Al parecer, este reconocimiento sería un mecanismo defensivo, justificatorio, frente al escarnio de que fueron objeto en esos años dondequiera que iban: en el valle, en la ciudad de Huanta o en la colonización del río Apurímac.

Ccarhuahurán, centro histórico de los Iquichas, se convirtió ya en 1982 en lugar de asambleas de coordinación de comunidades que rechazaban la pretensión senderista de desconocer las autoridades tradicionales e imponer las suyas. Las columnas senderistas ingresaron a Ccarhuahurán en marzo de 1983 y asesinaron a dos *varayoccs*: Emiliano Cruz Quispe y Teófilo Cruz Ticlla, así como al teniente gobernador, Lorente Chocce.

En agosto de 1983 llegó a Ccarhuahurán la Infantería de Marina, constituyendo Comités de Defensa Civil sobre la base de los grupos de autodefensa que ya habían surgido a fines de 1982. SL volvió a atacar y esta vez los asesinatos fueron indiscriminados: el 13 de octubre masacraron a 17 comuneros²². Los navales establecieron un destacamento de 36 soldados en Ccarhuahurán, lo cual disminuyó la frecuencia de ataques de SL e influyó en el agrupamiento allí de ocho comunidades, que mantuvieron sus propias autoridades —presidente, secretario, tesorero y vocales, así como su respectivo Comité de Defensa Civil— las cuales coordinaban con las de Ccarhuahurán, y éstas, a su vez, con los oficiales de la base militar (véase: gráfico 2).

La concentración en la "base multicomunal" de Ccarhuahurán, que llegó a agrupar 600 familias, mejoró la capacidad de respuesta a los ataques senderistas, pero significó un cambio radical en las condiciones de vida. Por

nas, Enrique Huamán, Candi Ñahupa, Juan Ayala, Emilia Ccahuana, Malci Mauli, Juana Huachaca, Baltazar Ñahupa, Faustino Quispe, Marcial Huamán, Dionicio Ñahupa Daniel Chocce, Saturnino Ayala, Telis Ayala, Malqui Gavilán, Justiano Peña, Alejandro Gavilán, Olimpio Gavilán, Albino Romero, Baltazar Figueroa, Ignacia Figueroa, Constantino Soto, Saturnino Gavilán, Samuel Huaylla, Severino Morales, Dionicia Morales, Jesús Mauli, Justina Figueroa, Juana Figueroa, Samuel Mendoza, Lorenzo Figueroa, Téofilo Chávez, Santos Yance, Teodoro Soto.

22. Información de dirigentes de la comunidad de Ccarhuahurán como Albino Nolasco Huanaco, Cirilo Cruz Mendoza, Francisco Chocce, quienes recuerdan los nombres de diez de las víctimas: Efraín Nolasco, Valentín Cruz Ticlla, José Cruz en compañía de dos de sus hijos y esposa, Jacinto Velásquez Nolasco, Elena Cruz Huanaco, Félix Quispe en compañía de su esposa Maximina Chocce y uno de sus hijos, Felicitas Nolasco Cayetano, Irinia Chimaico Huamán, Lucas Huanaco Huamán y el niño Saturnino Ñaupá Hipuri de 8 años.

Cuadro 3
Comunidades de las alturas de Huanta atacadas por columnas
de Sendero Luminoso*

Comunidad	Período (años)	Nº de víctimas	Situación actual (1994)
1. Uchuraccay	82-84	20	Retornan parcialmente en diciembre 1993. También fueron agredidas por las FFAA.
2. Macabamba	83-84	15	Comunidad abandonada.
3. Iquicha	83-90	33	Comunidad abandonada.
4. Cunya	83-84	26	Comunidad abandonada.
5. Tircos	83-84	12	Comunidad abandonada.
6. Llacchuas	83-84	31	Comunidad abandonada.
7. Ccarhuahurán	83-92	68	Permanece en su base de defensa civil multicomunal.
8. Chaca	83-92	58	Permanece en su base de defensa civil multicomunal.
9. Culluchaca	83-89	69	Se desplazó a un lugar próximo a la ciudad de Huanta (Mororo).También fue agredida por las FF AA.
10. Huaychao	83-89	?	Luego de un desplazamiento temporal (1984-1985), retornaron a su comunidad.
11. Pallcca	83-84	?	Comunidad que se desplazó a la base de Chaca. También agredida por las FFAA.
12. Rumichaca	83-84	12	Comunidad abandonada.
13. Oorus	83-84	15	Comunidad que ha retornado en enero 1994.
14. Huallhua	83-92	19	Comunidad que ha retornado en 1987, luego de un período de desplazamiento 1984-1986.

(continúa)

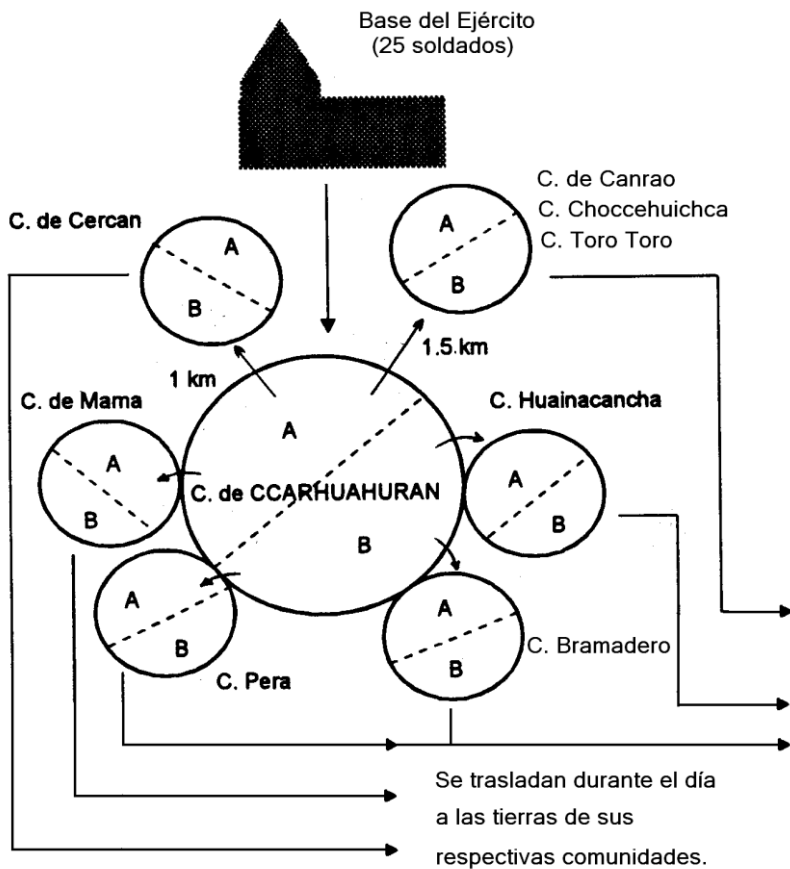
Cuadro 3 (continuación)

Comunidad	Período (años)	N° de víctimas	Situación actual (1994)
15. Buena Libra	83-84		Comunidad abandonada.
16. Huarcatán	83-84		Comunidad despoblada
17. Viscatán	83-88		Comunidad despoblada
18. Chachaspata	84-87	18	Retorno parcial desde 1990.
19. Paloma Alegre	83-84	7	Retorno parcial desde 1991.
20. Yanacocha	83-84		Comunidad abandonada.
21. Mayhuavilca	83-85	14	Retorno parcial desde 1991.
22. La Libertad	83-84	6	Retorno parcial desde 1991.
23. Puca Colpa	83-91	27	Se mantuvo con desplazamientos temporales
24. Sachabamba	83-90	15	Se mantuvo con desplazamientos temporales
25. Ayahuanco	83-89	25	Capital de distrito despoblada.
26. Noa	83-84		Retorno parcial desde 1991.
27. Luicho Pata	83-84		Comunidad despoblada
28. Tambo Pacocha	83-88		Comunidad despoblada
29. Jaucan Tancar	83-88	17	Retorno limitado desde 1991.
30. Llacatapata	83-85	12	Retorno limitado desde 1992.
31. Sanabamba	83-89	8	Retorno limitado desde 1991.
32. Moyobamba	83-84		Comunidad despoblada
33. Viracochán	83-92	22	Nueva sede de la capital de Con breves períodos de desplazamiento a Cobriza.

* Los campesinos son renuentes a dar información sobre el número de víctimas a manos de las FFAA.

Gráfico 2

Agrupamiento multicomunal de Ccarhuahuran



A = Autoridades comunales

B = Comités de Defensa Civil

un lado, reducción de áreas de cultivo, disminución del número de cabezas de ganado por familia. Por otro, realización de asambleas casi cotidianas, que hacían posible la socialización de las experiencias traumáticas vividas, la ubicación en el escenario de la guerra y la definición de su papel en el desenlace de la contienda. Estas asambleas y la tareas comunes —turnos de vigilancia, patrullas— permitieron una recuperación de la autoestima, luego de la inicial sensación de impotencia frente a la feroz agresión senderista. El agrupamiento multicomunal implicó además la superación, aunque fuera temporal, de las viejas rencillas por linderos y otras rivalidades.

Pese a todas las dificultades, el agrupamiento de comunidades en bases de defensa civil en lugares como Ccarhuahurán, Huaychao o Chaca, significó la posibilidad de contar con algunos servicios que en la dispersión previa aparecían poco probables. El factor fundamental para estos nucleamientos multicomunales no fue la presencia del Ejército, pues ni en Huaychao ni en Chaca existieron ni existen destacamentos del Ejército. El factor principal fue la decisión campesina de defender sus tierras, su organización social, sus referentes étnico-culturales.

La comunidad de Chaca, zona de presencia inicial de SL, fue objeto de ataques desde el primer semestre de 1983, cuando se conformó allí el CDC. Según informe de sus ex-autoridades²³, entre 1983 y 1984 fueron asesinados 58 comuneros. En menor medida, Chaca continuó siendo objeto de incursiones hasta 1992. Allí se nuclearon siete comunidades: Purus, Paccre, Cunya, Macabamba, Llacchuas, Palcca y Parccora, con un total aproximado de 1,000 habitantes. Allí las viviendas no están claramente separadas por comunidad, excepto el caso de Purus, pero cada comunidad tiene sus propias autoridades y los CDC de cada comunidad pertenecen a uno de los cinco grupos formados para distribuirse las tareas de vigilancia.

En Iquicha SL asesinó a 21 campesinos en 1983 e incendió sus viviendas, motivando el desplazamiento de los comuneros hacia la comunidad de Challwamayo y el pueblo de Tambo, en la provincia de La Mar. La comunidad de Cunya, vecina de Chaca y Uchuraccay, fue atacada el 16 de abril de 1984 con el saldo de 18 comuneros asesinados²⁴. En este caso, la mayoría de familias desplazadas se refugiaron en Chaca. Llacchuas fue objeto de ataques senderistas entre noviembre de 1983 y abril de 1984 con el saldo

23. Los comuneros Pablo Pariona, Jacinto Farfán, Vicente Yaranga, entrevista de noviembre de 1992.

24. Información de Policarpo Huaylla Ccoripuri, presidente y en presencia de los demás miembros de la comunidad asistentes a la Asamblea en la ciudad de Huanta.

de 31 víctimas²⁵, procediendo a agruparse también en Chaca. SL extendió sus incursiones a las comunidades de Ayahuanco, en el extremo norte de la provincia, donde atacó Pucacolpa, Huallhua, Pampa Ccoris, Noa, Huarcatán. El 24 de noviembre de 1984, los comuneros de Pucacolpa, organizados ya en CDC realizaban una patrulla y cruzaban el río Viscatán, lugar próximo al fortín senderista del mismo nombre, cuando cayeron en una emboscada con el saldo de 29 víctimas²⁶. Viscatán constituye el corredor más corto entre la parte serrana de la provincia y el valle del río Apurímac y el Ene y es hasta hoy uno de los últimos fortines senderistas.

Pese a estos casos de nucleamientos multicomunales que hemos referido, la tendencia mayoritaria de las comunidades atacadas por SL fue la migración hacia la ciudad y el valle de Huanta; la colonización del río Apurímac; los pueblos de Churcampa, Pampas y Cccoris en la provincia de Tayacaja-Huancavelica; el pueblo de Tambo, en la provincia de La Mar (ver mapa 1); o fuera de la región. Según fuentes de la Asociación de Comunidades Desplazadas de la provincia, el número de familias que migraron compulsivamente, en especial de las alturas de Ayahuanco, Santillana y Huanta, fue 2,700²⁷. Para el caso de las alturas de Huanta y parte de Santillana, la información por comunidades arroja un total de 1,048 familias, es decir, aproximadamente 5,000 personas (ver cuadro 4). En las diversas asambleas de comunidades desplazadas, realizadas en la ciudad de Huanta, la totalidad de delegaciones —más de cuarenta— señalaron haber sido agredidas por las columnas senderistas y en múltiples casos también por las FFAA²⁸.

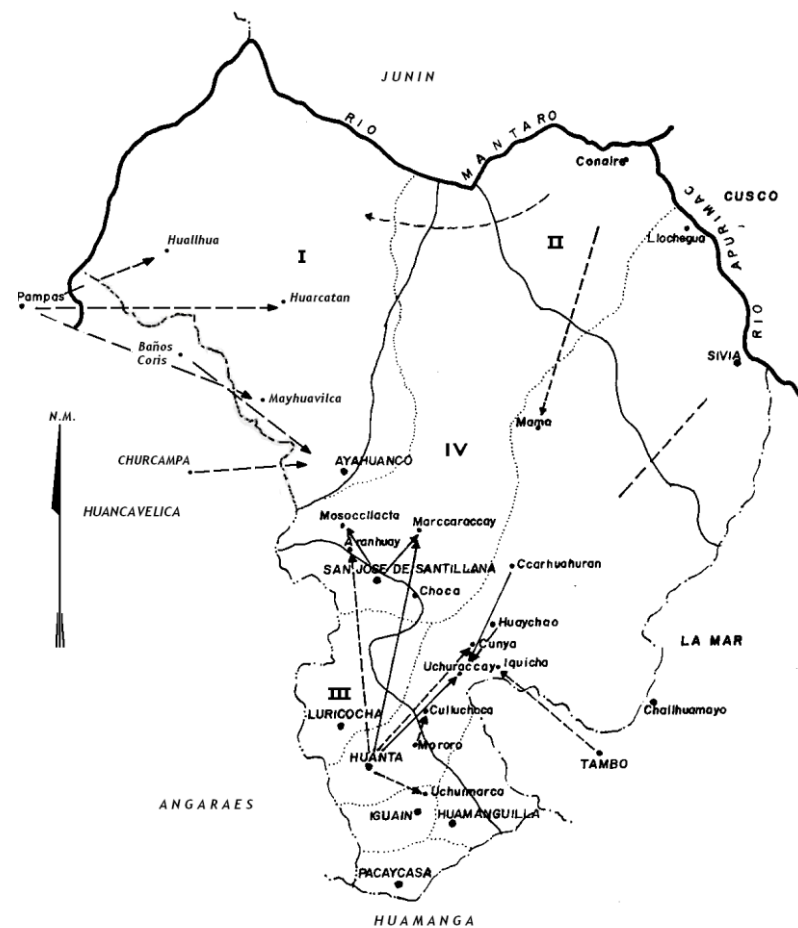
25. Información del delegado de la comunidad de Llacchuas, Emilio Chocce, durante la Asamblea de desplazados de la Provincia de Huanta, realizada el 28 de noviembre de 1992.

26. Informe de Aurelio Romero Aguila, dirigente fundador del Comité de Defensa Civil de la comunidad de Pucacolpa.

27. Información registrada por la Asociación de Comunidades Desplazadas de la Provincia de Huanta, para octubre de 1993. El pedido más generalizado entre las comunidades retornantes, por retomar y aún entre las que permanecieron en las agrupaciones multicomunales, era el de planchas de calamina. Lo hacían en previsión de nuevas incursiones senderistas, pues cada ataque conlleva el incendio de sus viviendas de techo de "ichu". Las calaminas servirían para reconstruir sus casas, capillas y escuelas.

28. Es el caso de Uchuimarca, Razuhuillca, Uchpapata, Culluchaca. Estas comunidades atacadas por las FFAA aún temen precisar fechas y número de víctimas.

MAPA 1
RETORNO E INTENCION DE RETORNO DE POBLACIONES DESPLAZADAS
DE LA PROVINCIA DE HUANTA



LEYENDA	
I	AREA INTERANDINA DEL MANTARO
II	AREA SELVA
III	AREA ANDINA AYACUCHO HUANTA SAN MIGUEL
IV	PUNA
—→	COMUNIDADES QUE HAN RETORNADO
- - -→	COMUNIDADES CON INTENCION DE RETORNO
.....	LIMITE DISTRITAL

A. LIBARES

Cuadro 4
Familias comuneras de las alturas de Huanta desplazadas
al valle, laderas y ciudad de Huanta (1983-1989)

Comunidad de origen	N° de familias
1. Uchuraccay	92
2. Iquicha	68
3. Orccohuasi	44
4. Incaraccay	20
5. Pampalca	21
6. Parccora	30
7. Pallcca	35
8. Ccarhuacc	56
9. Llacchuas	51
10. Cunya	131
11. Marccaraccay	71
12. Tanahuasi	76
13. Marcabamba	21
14. Ccatopata	48
15. Chincho	30
16. Uchuimarca	31
17. Culluchaca	75
18. Tocas Qesera	29
19. Ccarasencca	30
20. San Luis	32
21. Sañucc	37
22. Pampacancha	20
Total	1,048

Fuente: Asociación Provincial de Desplazados de Huanta, diciembre de 1992.

4. 1986-1989: Una suerte de calma chicha

A partir de 1985, SL disminuyó significativamente el número de sus acciones en el departamento de Ayacucho. De 2,651 víctimas de la violencia política en 1984, se bajó a 602 en 1985 ya cifras similares en los años siguientes (ver: cuadro 5). La Infantería de Marina se retiró de Huanta en julio de 1985, siendo reemplazada por el Ejército, que construyó su cuartel en Castropampa, en la periferia de la ciudad, e inició una política de re-

Cuadro 5
Víctimas por violencia política en Ayacucho, 1980-1993

Año	Nº víctimas	Año	Nº víctimas
1980	1	1987	524
1981	2	1988	637
1982	164	1989	707
1983	1486	1990	603
1984	2651	1991	809
1985	602	1992	474
1986	556	1993*	224

*Hasta el 30.10.93.

Fuente: DESCO-CDMISEDH.

Elaboración: COMISEDH.

presión relativamente más selectiva, buscando cierta aproximación con la población y sus autoridades. La tropa y la oficialidad del Ejército, por otro lado, mostraban menos distancias socioculturales con la población, en comparación con los navales.

En esos años retornó al valle de Huanta una relativa calma. SL concentró su accionar en el área urbana. Los parcelarios recuperaron sus niveles de producción agrícola, consiguieron préstamos a interés "cero" del Banco Agrario, dinero que en este caso sí destinaron a la adquisición de abonos e insecticidas, principalmente para el cultivo de hortalizas, salvo un pequeño sector que lo destinó al comercio.

Las elecciones municipales, que se habían realizado muy irregularmente debido al frecuente retiro de candidaturas por temor a las amenazas senderistas, se llevaron a cabo con normalidad el 8 de agosto de 1987, concurriendo a votar inclusive campesinos de la zona selvática de la provincia (Sivia, Llochegua). Compitieron centralmente la IU y el APRA que, aprovechando su condición de partido gobernante, desarrolló una campaña intensa y logró el triunfo.

Las comunidades de las alturas vivieron también un período de relativa calma, fortaleciéndose las agrupaciones multicomunales de Ccarhuahurán y Chaca. Es más, se dieron casos de retorno. Los comuneros regresaron a Huaychao, donde persisten hasta la fecha. Iquicha retornó a su centro en agosto de 1987, buscando mantenerse neutral en el conflicto, lo cual generó sospechas entre las FFAA y las comunidades vecinas, que desencadenaron nuevos ataques, como referiremos más adelante. Igualmente

retornaron en octubre de 1986 los comuneros de Culluchaca, aunque años después volverían a migrar en grupo.

¿Por qué esta relativa calma?

El repliegue de SL en la región obedecería a varios factores, entre ellos la decisión del IV Pleno de su Comité Central, celebrado entre abril y mayo de 1986, de expandir el accionar a toda la sierra del país, de Cajamarca a Puna (véase: González 1986). Otro factor fue la arremetida de las FFAA entre 1983 y 1984, que afectó las redes de apoyo de las columnas guerrilleras, antes que la estructura partidaria. El gobierno aprista, en su fase inicial, influyó también en la generación de condiciones para este período de relativa paz: la sanción de masacres como la de Accomarca en 1985, el impulso a los encuentros campesinos llamados "Rimanacuy", el aceleramiento de los procesos de reconocimiento legal de comunidades, el crédito agrario a interés "cero", en fin, la imagen de cambio en la relación con el campesinado, con respecto al anterior gobierno acciopopulista, aunque este proceso quedó frustrado con la masacre de Cayara en 1988. Otro factor importante fue el retiro del destacamento de la Infantería de Marina y su reemplazo por tropas del Ejército. Pero la falta de iniciativa en la realización de operativos contrainsurgentes, de parte del Ejército, obedecería a: "cierto desgano del Estado Mayor de las FFAA en la acción antisubversiva, ante el recorte de sus prerrogativas por parte del gobierno aprista" (Degregori y Rivera 1993:12).

Sin embargo, en 1988 SL intensificó nuevamente su accionar en la región, especialmente en las áreas urbanas, con una serie de ejecuciones selectivas y convocatorias a "paros armados". En el primero de ellos, entre el 18 y 21 de julio, asesinaron a un concejal de IU que conducía su vehículo en la carretera Huanta-Ayacucho, e incendiaron un ómnibus. En noviembre convocaron a otro paro de siete días, entre el 21 y el 27, cometiendo asesinatos selectivos en Ayacucho. Durante 1989 se incrementó el número e intensidad de las acciones senderistas. Otro "paro armado" fue convocado entre el 20 y el 26 de febrero; mes en el que SL atacó también las bases de defensa civil de Ccarhuahurán y Chaca. En las Fiestas Patrias de ese año, SL volvió a convocar otro "paro armado" para los días 27, 28 y 29 de julio. A diferencia de la ciudad de Ayacucho, donde el paro fue acatado, la medida fue ignorada en Huanta. Este rechazo al "paro armado" fue la expresión tangible de la oposición a SL de la población urbana y amplios sectores del campesinado del valle.

SL intensificó por entonces su presencia en los pagos del valle que menos receptivos se habían mostrado frente a sus llamados —Pampachacra, Mainay, Caballocancha— imponiendo el reclutamiento de jóvenes e incrementando sus exigencias de entrega de víveres. Por su parte, el Ejército intensificó sus patrullajes con el subsecuente retorno de las detenciones, torturas, en fin, la incertidumbre.

A las 8 de la noche del 10 de noviembre de 1989, SL incursionó en la ciudad de Huanta con columnas armadas que ingresaron por diversas partes de la ciudad, con fuego graneado de fusilería y estruendo de dinamitaros, inmovilizando al Ejército por 45 minutos. En la refriega cayó otro concejal de las filas de IU. Al día siguiente se suspendieron las elecciones municipales: los senderistas habían conseguido su objetivo inmediato.

Luego de haber vivido condiciones de relativa paz durante los años 1986-1987, la población, en especial el campesinado, sentía una aguda desazón por la nueva escalada de acciones senderistas. La preocupación creció con el anuncio de una etapa superior de la guerra: el llamado "equilibrio estratégico" (véase:PCP 1991). Se extendió entre el campesinado una sensación de hastío frente a un conflicto sin reglas mínimas, sin logros que mostrar luego de nueve años en que habían sido, mas bien, la principal víctima.

5. 1990-1993: generalización de las rondas y aislamiento de SL

Durante el primer semestre de 1990 la conformación de comités de defensa civil se generalizó en el valle de Huanta. En abril se constituyó el CDC de Quinrapa, en mayo los de Cangari- Viru Viru y Azángaro, pagos donde SL había tenido mayor influencia política. Entre mayo y julio los comités se extendieron a los 24 pagos del valle, los bajíos del distrito de Luricocha e Iguain. Se reactivaron asimismo los CDC de las laderas de los cerros próximos a la ciudad, que habían tenido una existencia efímera entre 1983 y 1985 bajo presión de las FFAA.

El 21 de setiembre de 1990 una columna senderista arremetió contra la base de Cangari-Viru Viru, ubicada en el extremo sur del valle, en el límite con las provincias de Huamanga y Angaraes (Huancavelica). La alarma oportuna y la acción coordinada hicieron posible una resistencia victoriosa. El 7 de diciembre de 1990 SL volvió a atacar otra base denominada Villa Florida, a 4 km. de Cangari. Esta vez, los atacantes, que portaban dos metralletas, lograron tomar la base, ejecutaron a cuatro ancianos que no habían podido huir y acto seguido incendiaron las viviendas y dos carros que circunstancialmente se encontraban allí esa noche. La

media noche del 27 de octubre de 1991, aproximadamente cien senderistas atacaron nuevamente Cangari-Viru Viru. El asedio se prolongó por más de cuatro horas, pero con refuerzos de pagos vecinos, los de Cangari evitaron el arrasamiento.

Las columnas senderistas continuaron atacando CDC como el de Pacosán, ubicado en el extremo norte del valle de Huanta. Empero, la base sobrevivió y en algunas oportunidades ha tomado la iniciativa de atacar a los senderistas cuando éstos pasaban por las cercanías. SL continuó atacando también a CDC de las laderas, como los de Patasuco y Ccaccas, que no se concentraron en bases fortificadas y mantuvieron su patrón de asentamiento disperso. En las demás bases los senderistas se limitaron a robar ganado, amenazar y hostilizar en algunas noches.

¿Por qué cambiaron de actitud los campesinos del valle?

Confluyeron diversos factores. Por un lado, la conducta de los senderistas que ampliaron sus blancos entre campesinos del valle y no mostraban logro alguno luego de nueve años de guerra, anunciando más bien una intensificación de la violencia. Por otro, la experiencia de los CDC del río Apurímac, que desde 1988 venían mostrando singular eficacia al liberar más de veinte poblados del control senderista y que en 1989 habían liberado pueblos mayores como Santa Rosa, Quimbiri, Rosario, Acón. Muchos campesinos de Huanta se familiarizaron con esa experiencia en sus frecuentes viajes al Apurímac para atender sus parcelas o trabajar como peones. Allí tenían que cumplir tareas de vigilancia en los CDC de su respectivo sector. Constataron entonces que ocupaban puestos importantes campesinos como Antonio Cárdenas, presidente del Comité Central de Defensa Civil del río Apurímac, natural del valle de Huanta; o Hugo Huillca, natural del distrito de Luricocha. Es decir, gente como ellos. Esta experiencia fue importante para que los CDC aparecieran como una opción viable y reproducible en los pagos del valle de Huanta.

En ese contexto se hizo presente otro factor: el protagonismo del nuevo comandante del destacamento del Ejército acantonado en Huanta, y del Sub-Oficial apodado "Centurión", quienes luego de la muerte de dos oficiales y un Sub-Oficial durante una emboscada senderista ocurrida en enero de 1990, asumieron con particular energía la tarea de constituir los CDC por todos los medios, incluido el castigo físico y algunas ejecuciones extrajudiciales como la ocurrida en Chilcawaicco, a fines de setiembre de ese año. Los oficiales visitaron sistemáticamente pago por pago, aceptan-

do "arrepentidos" en los CDC, a condición de que se presentaran todos los sábados acompañados de sus respectivos "comandos" de base en Castro Pampa. Organizaron un sistema de vigilancia, de tal manera que para transitar de un pago a otro los campesinos debían portar un pase, y aquel que no lo tuviera debía ser detenido. Sin embargo, la campaña represiva de la Infantería de Marina en los años previos había sido muchísimo más cruenta, pero no consiguió su objetivo de constituir los CDC. Por ello consideramos que además de la coerción, la masificación de los CDC fue también producto de la voluntad campesina, luego de la experiencia de una década de guerra.

Los CDC del valle formaron un estrecho cordón de vigilancia alrededor de la ciudad de Huanta, de tal manera que desde 1991 no se registraron atentados en la ciudad. Los grandes desfiles de campesinos armados en la Plaza Principal, que inicialmente generaron temor entre la población urbana, constituyen ahora parte del programa rutinario de los diversos festejos del calendario cívico, en tanto los rumores iniciales sobre la intromisión campesina en el control urbano, no se concretizaron.

Los CDC se han centralizado sólo a nivel de sectores, el mayor de los cuales agrupa a 18 bases o pagos. La centralización no alcanza el nivel distrital ni provincial. La incorporación de los campesinos del valle y los comuneros *chutos* de las alturas en una misma instancia centralizadora enfrentó los prejuicios y recelos, en especial de parte de los campesinos del valle. El referente principal siguió siendo la comunidad, el pago. El funcionamiento de los CDC por tan sólo los últimos cuatro años en el caso del valle, y el declive del accionar senderista, no han permitido la emergencia de un liderazgo más representativo.

Quienes buscan mayores niveles de centralización son algunos campesinos ricos venidos a menos o abogados, que tratan de recuperar presencia en el poder local, mediando entre los CDC y las reparticiones estatales, pero no logran ser reconocidos por los campesinos.

Durante las elecciones municipales de enero de 1993 participaron como candidatos 18 campesinos de diversos CDC en la lista de la Unión Cívica Independiente (UCI), obteniendo una votación mayor que la Izquierda Unida, pese a las limitaciones de su campaña. La participación de esta lista con mayoría campesina en las elecciones municipales fue un hecho sin precedentes en la historia local, en tanto el Concejo Municipal es un viejo reducto de los notables de la ciudad, donde se incluyen representantes de los sectores medios urbanos, pero en ningún caso campesinos. Esta vez la votación por la lista campesina fue limitada, pero queda

abierta la posibilidad de una reconfiguración del poder local con una presencia campesina inédita.

En la alturas de la provincia, mientras tanto, las bases multicomunales consolidaron su organización durante el período 1990-1993, en el contexto de una reducción de la frecuencia de ataques senderistas, o de las FFAA. Las autoridades comunales retornaron sus funciones y las asambleas comunales ejercieron una mayor fiscalización sobre los comandos de defensa civil, en tanto los nominan por períodos cortos de tres meses.

La disminución no significó que no se produjeran incursiones senderistas. El 12 de diciembre de 1990, aprovechando el retiro temporal de la base del Ejército, SL tomó un barrio de la base de Ccarhuahurán asesinando a 21 comuneros²⁹ Ronderos de los demás barrios persiguieron y llegaron a cercar a la columna senderista, ocasionándole un número de bajas no precisable. Desde esa fecha no volvieron a producirse ataques. Los senderistas se limitan ahora a robar ganado, incluidos caballos, unas dos o tres veces al año.

La base multicomunal de Chaca, que no cuenta con base del Ejército, fue blanco de incursiones senderistas anuales. La más grave se produjo el 31 de julio de 1992, cuando asesinaron a seis comuneros e incendiaron 96 chozas del sector menos protegido de la base. La población de los demás barrios, en especial el grupo conformado por los comuneros de Purus, enfrentó y rechazó a los atacantes. 1993 fue el primer año en que Chaca no fue objeto de ataques senderistas. Pese a todas las peripecias sufridas durante casi una década (1983-1992), Chaca se mantuvo como firme base multicomunal de Defensa Civil y fue hasta 1994 sede de la feria semanal de la microrregión, a la cual concurrían campesinos de las comunidades iquichanas y por cierto comerciantes de la ciudad de Huanta.

La comunidad de Iquicha, luego de una incursión senderista en 1983 se desplazó de su núcleo histórico hacia el pueblo de Tambo y la zona de Challwamayo, donde permanecieron hasta 1987. Ese año retornaron, pero en 1990 fueron objeto de una acción combinada de miembros de las FFAA y del CDC de CCentabamba. El periodista ayacuchano Magno Sosa recogió sobre este caso la siguiente información:

29. Información de las autoridades del barrio de Cercan (Ccarhuahurán), ya mencionadas.

"Una columna del Ejército, acompañada de ronderos de Qentabamba, acusa a los comuneros de Iquicha de colaborar con Sendero, por no haber acudido a ayudarlos cuando fueron agredidos por los terroristas en un lugar relativamente próximo a Iquicha (...) Después de tener encerrados a los iquichanos durante 48 horas en el local de la escuela, los sacaron para trasladarlos a Uchuraccay, donde dieron muerte a 13 hombres" (Sosa 1990).

Esta brutal agresión motivó una nueva migración masiva de los iquichanos a Tambo, Challwamayo y en menor medida a la ciudad de Ayacucho, desplazamiento que dura hasta la fecha, ahora nuevamente han acordado retornar y, se encuentran solicitando el apoyo para la reconstrucción de su pueblo, ante diversas instancias estatales.

Ante la sustantiva disminución de la violencia política, a partir de 1991 múltiples grupos de comunidades desplazadas, en especial de las alturas, acordaron retornar a sus comunidades de origen y llegaron a formar una Asociación Provincial de Comunidades Desplazadas, con el apoyo inicial de la Federación Agraria Departamental de Ayacucho (FADA) aunque rápidamente se autonomizó. En la primera asamblea general de la Asociación, realizada en noviembre de 1992, la absoluta mayoría de las 33 delegaciones votaron por el retorno, a condición de que esté garantizada su seguridad. Un sector minoritario solicitó nuevos centros de trabajo en la ciudad de Huanta, donde residen; otros plantearon que se les otorgue en posesión temporal tierras sin labranza en las laderas y el valle de Huanta. Durante un encuentro provincial realizado en mayo de 1993, la totalidad de las delegaciones acordaron organizar el retorno, exigiendo al mismo tiempo ante la Comandancia del Ejército y la Subprefectura, la instalación de destacamentos militares en lugares estratégicos de las zonas altas.

El retorno ha comenzado. El proceso tiene etapas de ensayo. En el caso de Marccaraccay, por ejemplo, en octubre de 1992 se realizó una primera marcha simbólica con la participación de más de 160 comuneros de Marccaraccay y de comunidades vecinas, limitándose a un acto ceremonial ya la siembra de áreas reducidas. Los comuneros volvían periódicamente, desde la ciudad, para atender el cuidado de los sembríos. El 21 de junio de 1993, luego de observar durante más de un semestre que SL no agredía en ninguna oportunidad las marchas iniciales, retornaron 250 familias con el apoyo inicial del Programa Nacional de Apoyo Alimentario (PRONAA), el Centro de Promoción de Desarrollo Poblacional (CEPRODEP) y el Centro de Socorro "San Alfonso". Llevaban una limitada cantidad de víveres y sus propios animales domésticos. Se dedicaron a reconstruir sus viviendas,

su local comunal, y esperar el período de siembra; pero el apoyo prometido en calaminas, semillas y herramientas se hizo esperar, motivando el regreso a la ciudad de aproximadamente el 60% de los retornantes. Entrevistados estos últimos, afirman que prefieren estar "en un ir y venir", sin dejar sus pequeños trabajos en la ciudad y atendiendo la chacra temporalmente, pues de otra forma no pueden cubrir sus necesidades económicas.

Las familias desplazadas de Uchuraccay se organizaron para el retorno desde julio de 1992 en la ciudad de Huanta. Su primera marcha, cargada de emotividad, tuvo lugar en octubre de 1993, sembrando cinco hectáreas. El 6 de diciembre retornaron 60 familias. Quienes volvían de las bases multicomunales de Ccarhuahurán y Huaychao portaban algunas cabezas de ganado, a diferencia del grupo que retornaba de la ciudad y del valle de Huanta, que no llevaba más que sus pertenencias personales. La mayoría de los retornantes eran jóvenes entre 20 y 35 años. Entre los varones predominaba la ropa manufacturada; entre las mujeres, en cambio, la vestimenta tradicional: polleras de bayeta, *llicllitas*, mantas. La absoluta mayoría eran todavía analfabetos, pero bilingües quechua-castellano. De 120 comuneros registrados en el padrón de retornantes, sólo 28 rubricaron sus firmas, los demás estamparon sus huellas digitales. La mayoría eran evangelistas, fe que asumieron durante su permanencia en la ciudad de Huanta. Los retornantes obtuvieron el apoyo del Concilio Nacional Evangélico (CONEP): calamina, semillas, financiamiento de un comedor temporal. El cuartel de Castropampa, por su parte, ha destacado 20 hombres para la base de Uchuraccay.

El núcleo estable de retornantes está conformado por aquellos que se habían refugiado en Ccarhuahurán y Huaychao. En cambio, quienes se refugiaron en la ciudad de Huanta, confiesan un deseo mayoritario de distribuir su tiempo anual entre sus parcelas de Uchuraccay y sus trabajos en la ciudad. Para sustentar su decisión afirman: "es que ya tenemos nuestras casitas en Huanta", refiriéndose a las viviendas que construyeron por invasión tolerada por el Municipio en los barrios marginales de Nueva Jerusalén, Chancaray y Accoscca.

En el distrito de Ayahuanco también se ha dado en los últimos años un retorno paulatino de grupos de familias de las comunidades de Huallhua, Noa, Pucacolpa, Sanabamba, Tambopacocha y Viracochán, hasta lograr un promedio de 80 familias por base comunal de defensa civil. Estas familias, que retornan de los pueblos huancavelicanos de Pampas, Churcampa, Cobriza, Ccoris y, en menor medida, de la ciudad de Huanta, tienen proyectado repoblar también la capital distrital: Ayahuanco.

Entre enero y mayo de 1994 retornaron los desplazados de Purus, Uchuimarca e Iquicha, principalmente desde la ciudad de Huanta, el pueblo de Tambo y la ciudad de Ayacucho, salvo el caso de Purus, en que la mayoría de los retornantes provenían de la base multicomunal de Chaca.

En cuanto al valle de Huanta, la interrogante es si la población se mantendrá en las concentraciones de viviendas de las bases de defensa civil, o si volverán a su patrón poblacional disperso. La tendencia predominante es a permanecer como centros semiurbanos. La mayoría de bases ha mandado a elaborar planos. El caso paradigmático es el de Quinrapa, con 170 familias asentadas en más de 10 has. de tierras en gran parte planas, que pertenecían a la ex-CAP Gervasio Santillana y donde han construido viviendas de adobes y techos de teja, de acuerdo a un plano urbano, con espacio reservado para una plaza central, posta de salud ya construida, escuela, local comunal y capilla evangélica. Quinrapa dista 3 km. de la ciudad, tiene carretera de acceso y viene tramitando la instalación de corriente eléctrica.

III. TRES RESPUESTAS CAMPESINAS: CULLUCHACA, OCANA, CANGARI

1. **Culluchaca**

Culluchaca es una comunidad de las alturas de Huanta, de la etnia de los iquichas. Durante largo tiempo fue comunidad cautiva de la hacienda del mismo nombre, de propiedad del convento de Santa Teresa de la ciudad de Ayacucho. En la década de 1960, sin embargo, los campesinos se movilizaron y lograron expulsar al arrendatario de la hacienda.

Como la mayoría de las comunidades altinas de la provincia, Culluchaca enfrentó tempranamente a SL y, por ello, fue objeto de reiterados ataques de las columnas senderistas entre 1983 y 1984. La comunidad tuvo que trasladarse primero a la vecina base de defensa civil de la comunidad de Pampacancha, bajo presión de la Infantería de Marina. Pero allí fueron objeto de otro ataque devastador, que provocó la migración masiva hacia las laderas próximas a la ciudad de Huanta. En agosto de 1986, en el contexto de un claro descenso del accionar senderista en la zona los culluchaquinos decidieron retornar a sus tierras, donde permanecieron hasta 1990. Sin embargo, en febrero de ese año volvieron a ser objeto de otro ataque senderista, ante lo cual tomaron la decisión colectiva de trasladarse al lugar

denominado Morara, ubicado entre la comunidad y la ciudad de Huanta, sin dejar de atender sus tareas agropecuarias en la comunidad.

a. Referencias generales

La comunidad, situada a 12 km. al noreste de la ciudad de Huanta, ocupa 4,631 has. entre los 3,100 y los 4,700 msnm. Su relieve es accidentado, las pendientes pronunciadas provocan una erosión constante, que empobrece las tierras cultivables que ocupan 616 has.

En 1976 vivían en Culluchaca 351 familias (Vergara y otros 1983). Para 1993 la cifra se había reducido a 120. La absoluta mayoría era monolingüe quechua. En 1979 sólo un 5% era bilingüe incipiente, sabían firmar un 13% y de éstos, el 4.9% podía leer y escribir con dificultad en castellano (Vergara y otros 1983).

La comunidad estaba compuesta por seis *barrios*. La producción era principalmente para el autoconsumo y el trueque con productos del valle como maíz y frutas. Si bien las relaciones con la ciudad no tenían mayor relevancia para la economía familiar, allí adquirían productos como aguardiente, sal, azúcar, fósforos. La migración era asimismo muy limitada y temporal, principalmente a las laderas, al valle de Huanta y en menor medida a la colonización del río Apurímac, para trabajar como peones agrícolas.

El estar sometida a relaciones serviles (pago de renta en trabajo: *yerbaje*, *semanero*) no anuló la organización comunal, que se convirtió más bien en un espacio de resistencia eficaz. Así, luego de una secuencia de acciones legales e ilegales, en 1962 expulsaron al arrendatario Anatolio Bendezú y se posesionaron de las tierras, situación que luego fue legalizada por la Reforma Agraria.

Desde 1961 la comunidad participó como base de la Federación Provincial de Campesinos de Huanta (FPCH), pero lo hizo a partir de su propia organización enviando al varayocc mayor como delegado (Vergara y otros 1983). Ese gesto no fue valorado por los activistas de organizaciones de izquierda de la FPCH, que reclamaban delegados específicamente elegidos para cumplir tareas gremiales, sin comprender las características de Culluchaca, con un escaso nivel de diferenciación social y una cierta homogeneidad en la pobreza.

La Oficina Zonal de Reforma Agraria intentó convertir a la comunidad en "Grupo Campesino", pero fracasó por la resistencia de los comuneros, que expulsaron a los técnicos del Ministerio de Agricultura, exi-

giendo cerradamente su reconocimiento como comunidad, anhelo que lograron en 1983 (Unidad Agraria XVIII 1988).

Más allá de la familia nuclear, la familia extensa y la comunidad constituían los niveles de organización e identidad más importantes. La comunidad era además decisiva en la reproducción ideológica a través de su sistema de autoridades, las faenas, asambleas y festividades. La escuela era otro foco de transmisión de ideología en confrontación con la tradición comunal, pero aún epidérmica en tanto los jóvenes acudían sólo a la primaria elemental.

Hasta 1980, el sistema de *varayoccs* constituía el eje de la vida social de la comunidad. A su alrededor se organizaba la actividad productiva, las relaciones sociales y las festividades religiosas. Las varas se ordenaban jerárquicamente de la manera siguiente: llaccta vara, campos, regidores, alfacires. El llaccta vara o vara mayor organizaba los ciclos de rotación de los cultivos (*muyuy*), las faenas, las festividades religiosas, conducía las asambleas y solucionaba conflictos internos. Los *campos* se encargaban del cuidado de los recursos naturales (pastizales, árboles) y de las sementeras, vigilando y sancionando los "daños" ocasionados por animales así como los casos de abigeato. Los regidores estaban encargados de hacer cumplir las disposiciones del vara mayor y los campos. Finalmente, los alfacires, dos por cada uno de los seis barrios de la comunidad, eran los encargados de ejecutar las tareas señaladas como responsabilidad del llaccta vara. Muchas veces también cumplían encargos de las autoridades nacionales.

Un comunero que no hubiera pasado mínimamente el cargo de alfacir, no era reconocido como tal. Los criterios para la elección de autoridades eran el buen comportamiento, el respeto a los valores culturales compartidos, el conocimiento y manejo de las tareas productivas. La elección de las autoridades se realizaba el día de la fiesta patronal, el 7 de octubre, día de la Virgen del Rosario. La asociación entre autoridad comunal y ritual religioso era una constante: en faenas, festividades, asambleas; en el desplazamiento de la autoridad de un barrio a otro; en la manera en que los comuneros se dirigían a los *varayoccs* para cualquier consulta; en el inicio de cada reunión, cuando los varas hincaban una rodilla para besar el crucifijo incrustado en la vara de chonta del llaccta vara y luego colocaban sus respectivas varas aliado de la que acaban de reverenciar. Los *varayoccs* presidían, además, cada una de las etapas de las festividades religiosas, ya que los sacerdotes no solían llegar.

Se trataba, pues, de una sociedad jerarquizada y ritualizada, que SL ignoró, imponiendo su propio sistema de autoridades: los Comités Popu-

lares encabezados por jóvenes comisarios "colegiantes", a partir de un supuesto criterio de clase personificado en el partido.

1980-1982. Los "colegiantes"

Los comuneros, entrevistados en reiteradas reuniones en su actual asentamiento de Mororo, afirman colectivamente que los senderistas recién se hicieron presentes en Culluchaca en el segundo semestre de 1980³⁰. En la memoria colectiva de los culluchaquinos queda muy poco del discurso político senderista, lo que más recuerdan son las arengas que aludían a la toma de la ciudad de Huanta:

"Llacatatam ccapisun, llapa autoridadmi tucuncca, llapa apum chin-cancca. Manañam sallqa runapacc despreciocuna canccachu" [senderistas y campesinos] *tomarían la ciudad y todas las autoridades y los ricos desaparecerían. Ya no habrían más desprecio para con los campesinos de las alturas.*

Estas referencias a la oposición campo-ciudad adquieren en la región connotaciones étnicas y reviven memorias de las reiteradas oportunidades en que los iquichanos tomaron Huanta (véase: Caverro 1953). Empero, SL presentaba una imagen endeble del Ejército, cuando decía que "derribarían helicópteros con huaracas", lo cual provocaba la risa de los comuneros con quienes conversamos, entre quienes había licenciados.

El discurso político de SL no engarzaba con ninguna reivindicación económica, en una comunidad que por sus propios medios había reclamado su derecho a la tierra, legitimado por la Reforma Agraria poco tiempo antes de la presencia senderista. Sin cooperativas ni SAIS en la microrregión, sin fundos ni medianas propiedades significativas en su vecindad, SL no tenía manera de polarizar la relación campesinos-Estado, como ocurrió en otras regiones como la sierra central (véase: Manrique 1989:152-153). Tampoco tenía mayor incidencia el abigeato, a diferencia de las provincias sureñas de Ayacucho —Cangallo, Víctor Fajardo, Vilcashuamán— donde en múltiples casos SL sancionó abigeos y se presentó como garantizador del orden social.

30. Un equipo de investigación de antropólogos y agrónomos de la UNSCH dirigido por A. Vergara, presente como dijimos en esa zona entre 1979-1980, afirma que no observó presencia alguna de activistas de SL.

En un contexto microrregional donde no existía presencia estatal alguna, SL se presentó en Culluchaca como un poder, castigando adulterios y robos menores. En un principio fueron aceptados por la comunidad, que les proveía de alimentos y alojamiento en sus frecuentes visitas. Los comuneros entrevistados señalan que los senderistas eran "colegiantes" (estudiantes) foráneos; y que después sólo ocurrieron casos aislados de hijos de comuneros que dieron su apoyo activo a los senderistas, pero que ninguno de ellos llegó a tener ningún cargo. Son reiterativos al recalcar la juventud de los senderistas, entre 16 y 23 años, en tanto la autoridad en Culluchaca estaba asociada con la experiencia y la edad.

En el segundo semestre de 1982, los senderistas desconocieron a los *varayoccs* y dispusieron la instalación de un Comité Popular. Al mismo tiempo, prohibieron la concurrencia a las ferias, generando inmediato rechazo. Entre noviembre de 1982 y enero de 1983 los culluchaquinos participaron de reuniones en Huaychao, donde a su vez se informaron de asambleas en Uchuraccay y Ccarhuahurán, en las cuales se expresaba la misma voluntad de coordinar acciones para expulsar a SL. Precisamente entonces hicieron su ingreso en la zona los Sinchis y el 21 de enero de 1983 la Infantería de Marina, con ostentación de todo su aparato bélico.

c. 1983-1985. Genocidio (senderista)

El 10 de octubre de 1983 SL ejecutó a dos *varayoccs* y al teniente gobernador de Culluchaca, acusándolos de colaborar con la Infantería de Marina y de negarse a dejar sus cargos. Esta matanza y la presión de la Marina, motivaron el traslado de los habitantes de tres de los barrios de Culluchaca a la vecina base contrasubversiva de la comunidad de Pampacancha. Sin embargo, la población de otros tres barrios permaneció en sus tierras, por lo cual fueron acusados de pro-senderistas por los Infantes.

La base de defensa civil de Pampacancha fue objeto de repetidas incursiones senderistas, una de ellas, en abril de 1984, dejó 22 víctimas. En represalia, la Infantería de Marina atacó a las comunidades que no se habían concentrado en la base de Pampacancha, entre ellas los tres barrios de Culluchaca que habían permanecido en sus tierras, con el saldo de doce víctimas³¹. El 27 de agosto de 1984 SL volvió a arremeter contra Pampa-

31. Información de comuneros de Culluchaca, reunidos en asamblea realizada en Morara el 10 de diciembre de 1992.

cancha, produciendo 51 víctimas de Culluchaca y seis de Pampacancha, según testifican los comuneros hoy reunidos en Mororo. Al preguntárseles cómo fue posible que asesinaran a tantos, responden: "*Chaccopi jinamccaicuycu huaraco, papay*" en un *chaco* nos cercaron y concentraron. Eran cientos de atacantes, entre los cuales había muchos campesinos mal armados cuyo origen no precisan, limitándose a señalar que procedían de lugares alejados; había también jóvenes de ambos sexos, de vestimenta urbana predominante aunque con sombreros y *quipies* ligeros³², parte de ellos tenían fusiles de largo alcance y los "comandos", metralletas. Esta incursión puntiva conllevó el traslado masivo de familias hacia los pagos próximos a la ciudad de Huanta y, en menor medida, al valle.

d. 1986-1989. Los comandos

En el contexto de una relativa calma regional y confiando en que la violencia sería un fenómeno pasajero, un 50% de los comuneros que se dispersaron en 1984 retornó a Culluchaca en agosto de 1986; los demás prefirieron permanecer en las proximidades de la ciudad de Huanta. Pese a ser pocos, los culluchaquinos no aceptaron concentrarse en la vecina base multicomunal de Chaca, resguardando su independencia. Conscientes de su debilidad militar, los retornantes amenazaron quitar el derecho de usufructo de sus parcelas a aquellos comuneros que no regresaran. En esa etapa los cargos de varayoccs dejaron de ejercerse, por los riesgos y por la precariedad económica en que vivían, ya que el cargo conllevaba diversos gastos en las festividades religiosas, que no estaban en condiciones de sufragar. La necesidad absorbente de seguridad, hizo que los comandos de defensa civil nominados por el Ejército entre los licenciados, se constituyeran en la autoridad principal, sobreponiéndose tanto a los varas como al presidente del comité de administración, teniente gobernador, agente municipal, cargos estos que eran ejercidos por períodos cortos de entre tres y seis meses, por temor a las ejecuciones senderistas. Empero, las condiciones defensivas reales eran débiles, en tanto los comuneros organizados en el CDC sólo contaban con rejonas, lanzas, huaracas y escopetas artesanales denominadas *tirachas*, mandadas fabricar con mecánicos de la ciudad de Huanta.

32. *Chaco* = rodeo de animales. *Quipe* = pequeña carga sostenida en las espaldas de una persona con unas mantas pequeñas atadas hacia los hombros y cuello.

Aunque el área de tierras cultivadas se reducía a las áreas próximas al núcleo de la base de defensa civil, los comuneros tenían la opción de pasar en las tierras abandonadas de su propia comunidad y de comunidades vecinas como Uchuraccay y Accopite. Entre 1986 y 1988 un grupo significativo de jóvenes jefes de familia accedió al crédito sin interés del Banco Agrario. Según cuentan, delegados de Culluchaca asistieron a los *Rimancuy* o encuentros campesinos que organizó el gobierno aprista.

La comunidad comenzó un proceso de reconstrucción, hasta que SL hizo nuevamente su aparición en 1989, exigiendo la incorporación de reclutas para sus columnas. Ya mermada en su fuerza de trabajo, Culluchaca volvió a resistirse. El 12 de febrero de 1990, las columnas senderistas ingresaron y reclutaron a la fuerza a siete jóvenes, anunciando que regresarían para ejecutar *yanauimas*, amenaza que venían repitiendo desde 1989 y que esta vez motivó la realización de una serie de asambleas donde acordaron el desplazamiento masivo al lugar denominado Mororo, equidistante entre la comunidad y la ciudad de Huanta. El 18 de marzo cien familias culluchaquinas abandonaron una vez más sus tierras y se instalaron en una extensión de aproximadamente 10 has. de tierras rocosas y de pendiente empinada, inaptas para la agricultura pero muy propicias para un fortín. Allí construyeron sus chozas, previo contrato con el propietario de los terrenos, a quien concedieron el uso de pastos de la comunidad a cambio de la posesión temporal de Mororo.

e. 1990-1993. Morara

Desde su asentamiento en Mororo, los comuneros no volvieron a sufrir nuevos ataques. Los senderistas se limitaron al hurto de ganado que pastaba en las partes más altas de la comunidad. Sin embargo, los años 1990-1991 fueron años difíciles, principalmente debido a la sequía y el trabajo que implicó la construcción de viviendas, aunque modestas, en su nuevo asentamiento. Muchos jefes de familia se vieron obligados a migrar temporalmente al río Apurímac o la ciudad de Huanta, solicitando el permiso respectivo a la autoridad comunal. Los que permanecieron en Mororo se dedicaron a cuidar el ganado de Culluchaca, donde se dirigían diariamente en una jornada de aproximadamente tres horas de caminata, aprovechando los pastizales de las zonas próximas a puquiales.

Pese a su precariedad económica, los desplazados adquirieron dos fusiles Mauser a US\$ 650 cada uno, con la aportación de todos los jefes de familia; realizaron asimismo faenas para construir torreones de vigilancia y

un pequeño local escolar; cada 15 días desarrollaban asambleas donde trataban diversos problemas y procesaban ágilmente conflictos internos.

Los "comandos" de Defensa Civil de la comunidad asistían todos los sábados al cuartel de Castropampa, a informar sobre cualquier desplazamiento sospechoso en las inmediaciones de la comunidad, y a recibir instrucciones sobre la realización de patrullas mixtas conformadas por miembros del Ejército y de los CDC, especialmente hacia las alturas del Razhuilca.

1992 y 1993 fueron años de recuperación por la presencia de lluvias oportunas y la ausencia de incursiones senderistas, que todavía golpearon a la vecina Patasucro. Las autoridades comunales consiguieron apoyo, aunque limitado, de parte de ONG como el CEDA (Centro de Estudios para el Desarrollo de Ayacucho), de programas estatales como el PRO-NAA y municipales como el Vaso de Leche.

f. Trece años después

Sin embargo, a pesar de la cierta recuperación de los últimos tres años, en términos demográficos, organizativos y de calidad de vida la comunidad ha quedado profundamente debilitada por una década de violencia. El indicador más directo de este debilitamiento es la reducción de la población a un tercio de la registrada para 1979. La caída demográfica se acentúa entre los adultos varones. Actualmente la comunidad registra 30 viudas, con la consiguiente escasez de fuerza de trabajo, así como de candidatos para ocupar los diversos cargos comunales a los que acceden sólo los varones. Sin embargo, Culluchaca persiste en mantenerse como una unidad y no acepta incorporarse a agrupaciones multicomunales como la de Chaca.

El sistema de autoridades tradicionales o varas ha dejado de funcionar. Durante los años ochenta fueron los "comandos" de los CDC, conformados por licenciados del Ejército, los que sustituyeron a las autoridades comunales y se condujeron sin mayor fiscalización. Son las viudas las que más se quejan de su actuación, recordando las exigencias de cuotas, turnos de vigilancia, apropiaciones de alimentos y enseres por parte de los "comandos",

Empero, en los últimos tres años se advierte una relativa recuperación de la organización y la vida comunal. Las autoridades comunales —presidente, teniente gobernador, agente municipal— han recuperado sus funciones y ejercen sus cargos por períodos anuales, realizando asambleas

mensuales, conduciendo faenas y dirimiendo conflictos internos. Tan es así, que en 1994 convocaron a los culluchaquinos desplazados en el valle de Huanta para que regularizaran su situación en una asamblea general. Con la aceptación de las 22 familias desplazadas asistentes, la reunión acordó exigirles la regularización del pago de sus cuotas y el compromiso de concurrir a las faenas para mantener derechos sobre sus tierras en Culluchaca.

Los comandos de defensa civil han pasado a ser electos por períodos de tres meses, en tanto ahora la preocupación principal no es ya la seguridad sino la economía familiar. Los jóvenes aceptan el cargo como un real sacrificio, en tanto que mientras ejercen de comandos desatienden sus chacras, no pueden trabajar como peones en el río Apurímac o en la ciudad. En estas nuevas condiciones, sin dejar de cumplir con sus tareas de vigilancia los "comandos" asumen tareas de apoyo a las autoridades comunales, al modo de los antiguos "alfacires" frente a los varayoccs. Ellos son los encargados de hacer las citaciones para las faenas, velar por el cumplimiento adecuado del trabajo durante las mismas y cobrar las multas por inasistencia; acompañan, asimismo, a las autoridades comunales en sus gestiones en la ciudad.

La autoridad comunal ha logrado contactos con instituciones estatales y algunas ONG. Desde fines de 1992, con motivo de las elecciones para el Congreso Constituyente, las elecciones municipales y el referéndum de 1993, Culluchaca ha sido visitada por activistas y candidatos, oportunistas que aprovecharon para presentar reivindicaciones, mostrando mayor interés frente al gobierno local, pero sin niveles de coordinación con otras comunidades.

La guerra no destruyó los referentes culturales. Mitos, creencias, costumbres, resultaron mas bien revalorados en medio del trastocamiento de las condiciones de vida, del *chaqwa* o desorden de toda una década. Regresan incluso viejos personajes míticos como el *nakaq* o pishtaco, cuya presencia se reporta en diversos sitios acechando a los caminantes. Los comuneros participan en concursos de música y danza y reciben premios en eventos organizados por la Unidad de Servicios Educativos y el Municipio. Ahora son mejor recibidos por el público urbano, entre el cual se encuentran muchos desplazados de las alturas.

En este nuevo contexto, en diciembre de 1993 y luego de reiterados debates en diversas asambleas, los comuneros concentrados en Mororo acordaron retornar a Culluchaca. Al parecer, el retorno de los comuneros de Uchuraccay fue un factor que ayudó a superar las dudas anteriores. Solicitaron al mismo tiempo el apoyo de FONCODES, el Ministerio de Agricultura y el CONEP, para la reconstrucción del local comunal, iglesia,

escuela y sus propias viviendas, así como la extensión de la carretera de Patasucro a Culluchaca, de aproximadamente 10 km.

En tanto por lo menos una parte de las tierras no dejaron de ser cultivadas y en tanto el ganado se encuentra en la comunidad, los culluchaquinos tienen ventajas evidentes en relación a la mayoría de las comunidades que abandonaron por un promedio de siete años sus tierras y que a partir de fines de 1983 organizan marchas de retorno.

2. Ocana

Ocana es una comunidad cuya organización social se encontraba debilitada ya en la década de 1970 (Coronel 1972) debido, entre otros factores, a la amplia movilidad espacial de su población. La mayoría de pobladores migra estacionalmente a sus parcelas en el río Apurímac, donde tienen una zona de concentración —Mayapo— poco antes de la confluencia del Apurímac con el Mantaro. Asimismo, mantienen fluido contacto con la ciudad de Huanta donde cursan estudios muchos de sus hijos. Concurren, además, a la feria dominical donde ofertan ganado, especialmente caprino, aunque en modesto número; y en proporciones muy limitadas: maíz, trigo, pacaes, guindas, paltas.

Se trata de una comunidad de modestos recursos y población escasa —122 familias en 1976 y 75 familias en 1992— sin mayores posibilidades de oferta de reclutas, ni de víveres, condiciones que probablemente le permitieron un espacio a su opción de relativa neutralidad. Porque en la década pasada Ocana trató de asumir una posición neutral frente a los actores de la guerra: no ofreció apoyo activo a SL, ni conformó tampoco un CDC, logrando atravesar la década sin mayores estragos, en comparación con los iquichas o los campesinos del valle.

a. Referencias generales

Ocana se ubica entre el valle y las punas, en el piso ecológico quechua alto, entre los 2,700 y los 3,000 msnm., en el distrito de Luricocha, a 7 km. de la ciudad de Huanta. Cubre un área de 946 has., 414 de las cuales le fueron otorgadas por la Reforma Agraria en 1974. Sólo el 24% de esas tierras son cultivables, el resto son pastizales y eriazos. Las tierras cultivables son en su absoluta mayoría de secano, poco fértiles en comparación a las parcelas irrigadas del valle. Por ello su oferta de productos agrícolas para el mercado es casi siempre irrelevante.

Dentro de esa estrechez de recursos, existen capas sociales diferenciadas a partir de los ingresos provenientes de la explotación de parcelas en el río Apurímac. En Ocana no se dieron conflictos importantes, ni tomas de tierras de las haciendas vecinas, sólo reclamos por el cobro de *yerbaje*. Los campesinos más acomodados habían venido comprando tierras de las haciendas vecinas de Iribamba y Pampay desde los años 1960-1961 (Coronel 1979). En 1974 la Reforma Agraria entregó a la comunidad los pastizales y algunas tierras cultivables de las haciendas. De esa manera, para 1980 no existían conflictos comunidad-hacienda. El reclamo de los comuneros era, en todo caso, la adjudicación individual de esas tierras.

El patrón de asentamiento es disperso en función de las parcelas de cada familia. La comunidad conserva el idioma quechua, así como ritos y creencias andinas como el pago a los *wamanis* o cerros tutelares; fiestas como las Cruces o el Santiago, música y danzas como el *jaille* en navidad, *negritos* durante la limpieza de acequias. Al mismo tiempo, se observa una influencia de la música huanca a través de las radios y de orquestas que se hacen presentes en la fiesta patronal.

Los varones adultos tienen en promedio primaria completa y las mujeres adultas primaria incompleta. Los hijos estudian primaria en la escuela de Ocana y secundaria en menor porcentaje en la ciudad de Huanta. De modo excepcional, algunos estudian en el Instituto Pedagógico Superior de Huanta o la Universidad de Huamanga.

En Ocana, según informan los ancianos, el sistema de varayoccs se perdió hace cinco décadas. Las autoridades son el presidente, teniente gobernador, agente municipal, juez de paz, repartidor de aguas, todos ellos electos en asamblea comunal y ratificados por la Subprefectura y el Juzgado de la provincia, respectivamente. Quienes ejercían estos cargos en la década de 1970, eran frecuentemente los comuneros más acomodados. La autoridad comunal asumía la representación ante las diversas reparticiones estatales, autorizaba o no la apertura de nuevas chacras en las tierras de pastizales, planificaba la distribución de aguas de regadío, organizaba las faenas de limpieza de acequia, arreglo de caminos, refacción de iglesia, escuela, casa comunal, etc. Conflictos menores como el *daño* de animales a las cementeras o robos menores también eran resueltos por la autoridad comunal. En los pocos frecuentes conflictos mayores —robo de ganado, agresiones físicas— concurrían al puesto policial de la cercana capital de distrito.

Las relaciones entre los comuneros y sus autoridades estaban desprovistas del ceremonial advertido en las comunidades de las alturas. Aquí se daban debates y discusiones abiertas en las asambleas y en algunas festivi-

dades eran frecuentes las recriminaciones al ejercicio de las autoridades. La identidad comunal subsistía por oposición a los pequeños propietarios de los pagos del valle, aunque la identidad familiar e individual tendía a cobrar mayor importancia.

b. *Gonzalo, garantía de triunfo*

Desde 1977 se hicieron presentes en la comunidad, activistas senderistas como Guillermo Durand recuerdan algunos comuneros que supieron de su real identidad a través de estudiantes lugareños que habían estado en la ciudad de Ayacucho, donde éste fue un reconocido dirigente estudiantil. Los activistas solían movilizarse en grupos de cinco, generalmente jóvenes de ambos sexos entre 20 y 28 años, ajenos a la zona pero con contactos a través de jóvenes ocaninos que cursaban estudios secundarios en la ciudad de Huanta. De no ser así, se ofrecían como fuerza de trabajo para diversas tareas agrícolas a cambio de alimentación. En ocasiones no eran recibidos y se dedicaban a recoger cochinilla.

Recuerdan algunos ex-docentes que los senderistas anunciaban "el incendio de la pradera" y el carácter invencible de la guerra popular. Insistían en que el triunfo estaba próximo porque contaban con un "partido reconstituido", con un dirigente, el camarada Gonzalo, que nunca antes había tenido el pueblo peruano, y con "el pensamiento guía del presidente Gonzalo" que era el armamento más poderoso. Afirmaban que la Reforma Agraria desarrollaba una nueva forma de feudalidad y anunciaban el reparto de tierras de la vecina CAP "Gervacio Santillana", la erradicación de los comerciantes abusivos y los abigeos, la toma de los puestos policiales y con las armas allí capturadas, *wachachisum*³³, es decir, conseguirían otras hasta tomar Lima.

Los comuneros de Ocana habían participado en la movilización popular de 1969 por la gratuidad de la enseñanza donde varios resultaron heridos; vieron también caer campesinos del valle en el intento de toma del puesto policial de Huanta. Sabían, entonces, que lo que anunciaban los senderistas no era tarea fácil y, lo que es más, esta tarea no aparecía engarzada al logro e objetivos específicos. Los comuneros ahora entrevistados dicen que los escuchaban porque eran perseverantes, "insistentes como los evangelistas", aunque sus metas les parecían irreales. Sin embargo, la posi-

33. *Wachachisum* = haremos parir.

bilidad de acceder a ciertos niveles de ejercicio de autoridad era un atractivo para jóvenes rurales normalmente menospreciados en la ciudad.

c. 1980-1982. Poco que ofrecer

En 1980 la presencia senderista se intensificó. Los jóvenes cuadros exigían la asistencia masiva de los comuneros a sesiones nocturnas, donde los militantes exponían con pasión su programa y el inminente avance incontenible de la "guerra popular". Ponían como ejemplo las acciones en Vilcashuamán, Víctor Fajardo, Cangallo y la propia ciudad de Ayacucho, de las que los comuneros tenían referencias a través de las radioemisoras de Huanta. Empero, durante 1980-1981 SL no desarrolla acciones militares en la zona.

A nivel reivindicativo, el discurso senderista no tenía objetivos concretos que ofrecer: la oferta de redistribuir las tierras de la CAP "Gervacio Santillana" no tenía mayor significación en tanto la comunidad había recibido en adjudicación 414 has. en aplicación de la Reforma Agraria y en tanto 37 comuneros de Ocana eran socios y en la práctica venían usufructuando individualmente las parcelas entregadas en posesión, debido al virtual abandono de la empresa por parte de los funcionarios del Ministerio de Agricultura.

Tampoco la dimensión moralista de SL tenía mucho que ofrecer en tanto era poco frecuente el abigeato y la presencia de comerciantes muy limitada pues los comuneros comercializaban directamente su ganado en la feria dominical de Huanta. Los senderistas se limitaron durante ese período a aplicar castigos físicos —latigazos, corte de cabellera— en contados casos de adulterio v robos menores.

En Ocana se incorporaron a las columnas senderistas algunos jóvenes, que luego no volvieron a aparecer por la comunidad ni la zona. Pero entre la población adulta SL sólo consiguió un apoyo pasivo: víveres, alojamiento, información. Aún a este nivel, la colaboración se retrajo luego del inicio de acciones militares senderistas en la zona ³⁴, que trajeron como consecuencia una serie de operativos de rastrillaje por la zona, incluyendo

34. El 24 de agosto de 1982 SL ataca el puesto policial de Luricocha, a sólo 3 km. de Ocana; el 2 de setiembre incursiona en el Proyecto de Desarrollo de Iribamba, virtualmente colindante con Ocana, donde destruyen e incendian equipos; el 4 de octubre ataca el puesto policial de Mayocc, a unos 15 km. al norte de Ocana, con el saldo de cuatro policías muertos.

Ocana, con las consiguientes detenciones, robos, torturas, que trastocaron la vida cotidiana.

d. 1983-1984. El pánico

En 1983 se hicieron presentes en Ocana las patrullas de la Infantería de Marina. A pesar de que las columnas senderistas se habían replegado de la zona varios meses antes, en setiembre los marinos victimaron a siete campesinos en la comunidad vecina de Pampa y a tres en Ocana donde las víctimas fueron jóvenes que no tenían relación con la subversión. Se trató, pues, de una represión ciega que produjo temor generalizado y el desplazamiento de muchos jóvenes hacia la selva.

Pero el hecho que definió este período fue el asesinato de dos familias a manos de SL, el 27 de julio de 1984. Lucio Barboza, antigua autoridad comunal que había expresado su rechazo a SL, alcanzó al parecer información a los Marinos sobre los movimientos de los senderistas a los que anteriormente había dado alojamiento. Barboza fue asesinado junto con su esposa y dos de sus hijos. Asimismo fue asesinada la familia de su hermano Blas, también dirigente.

Al margen de si proporcionó o no información, el asesinato de Barboza y su familia tenía el evidente propósito de quebrar cualquier posibilidad de respuesta organizada contra SL. Los asesinatos conmovieron en efecto a los comuneros, vinculados por múltiples lazos a las familias asesinadas. Pese a que éstas pertenecían a la capa acomodada, compartían vida cotidiana, faenas, festividades, aynis, compadrazgos, más allá de las diferencias económicas, finalmente menores.

El pánico se apoderó de la comunidad. Los familiares de los Barboza migraron a Lima, otros huyeron hacia el río Apurímac. Los que quedaron no pernoctaban en sus viviendas. Según expresan: "*Tutan tutanmi monte-cunapi puñullaranicu*" (noche tras noche dormíamos en el monte). Los que se quedaron rompieron los niveles de colaboración que la comunidad venía prestando a los senderistas. Pero al mismo tiempo, conscientes de su debilidad, trataron de seguir el camino de la neutralidad: no apoyaban a SL pero tampoco lo denunciaban cuando pasaban en columnas por las partes altas de la comunidad. Acudían a los llamados de las FFAA pero no mostraban iniciativa en las patrullas. Un comunero ex-teniente gobernador de Ocana dice: "*Imanaymancutacc wacnanacc alli allin armasccacuna yaycucaicamuptin* qué haríamos si tantos (senderistas) bien armados ingresan a nuestra comunidad".

Patrullas mixtas de navales y campesinos miembros de los CDC de las laderas de Huanta (Patasucro, Uchpapata, Ccaccas), incursionaron entonces con frecuencia en Ocana, acusando a los comuneros de pro-senderismo, robando ganado y enseres y procediendo a detenciones arbitrarias. Los comuneros denunciaron estos abusos ante la Subprefectura. El 29 de Enero de 1985, el periodista Abilio Arroyo que viajaba a Ocana a confirmar la denuncia, se encontró casualmente con nueve miembros del Ejército Guerrillero de SL, que aceptaron responder a sus preguntas. La entrevista nos ofrece una valiosa aproximación al perfil de los senderistas que realizaban labor proselitista en el área rural de la provincia. Se trataba de jóvenes entre 15 y 27 años, aunque el grupo incluía dos niñas entre 12 y 15 años. "Se expresaban con dificultad en un castellano de fuerte acento andino", informa Arroyo. Eran foráneos, pero por sus características fenotípicas, la vestimenta y el bilingüismo subordinado quechua-castellano, podían pasar inadvertidos entre los jóvenes de Ocana. Transcribimos pasajes relevantes de la entrevista:

Senderista 1: "Tengo dos años y tres meses sirviendo a mi pueblo: yo he estado por Ayacucho, Huancavelica y finalmente por Huanta", responde uno de los más jóvenes.

Senderista 2: "Como bien sabemos, de acá a dos años estaremos llegando al poder. Esto nos ha planteado el Presidente Gonzalo y sus dichos se tendrán que cumplir".

A. Arroyo: ¿Creen ustedes, en verdad, que van a llegar en dos años al poder?

Senderista 1: "Si en dos años no podemos, por lo mucho será de acá a cuatro años".

Senderista 2: "A los enemigos del pueblo los aplastamos como ratas, como insectos".

A. Arroyo: ¿Algún día darán una tregua ustedes?

Senderista 3: "Nosotros seguiremos adelante y no habrá paz, ni tregua en Ayacucho. Vamos a decretar paro en Huancavelica, Ayacucho y Apurímac... Va a correr sangre, van a haber muchos muertos".

A. Arroyo: ¿Por qué matan ustedes, con tanta crueldad a campesinos indefensos, y a veces sin que estos hayan recibido una advertencia?

Senderista 1: "Nuestro partido está aplicando mayor violencia y cohesión. Si nosotros cayéramos en la pasividad y la contemplación fracasaríamos (...) No queremos traidores, por eso los cortamos", responde el que parece ser el Comisario Político (Arroyo 1985:22-25).

Arroyo observa que el nivel de formación de estos cuadros es bajo, la mayoría de ellos sólo asiente a lo que expresan tres de ellos. El que parecía ser el comisario político, recurrió varias veces a un cuaderno, como una suerte de catecismo. La referencia reiterada a Ayacucho como el eje de definición de la confrontación con el Estado revela una percepción regional de la guerra. Encontramos en esta entrevista una ratificación de la información que nos proporcionaron los comuneros que entrevistamos: la condición foránea de los jóvenes, su confianza en una próxima victoria, el autoritarismo y el menosprecio por la vida.

e. 1985-1990. Neutralidad

Este fue un período de relativa calma en Ocana. SL no los vuelve a agredir y el Ejército, que había reemplazado a la Infantería de Marina, asumió una actitud represiva menos indiscriminada. En 1987 retornaron varias familias que habían migrado a la ciudad de Huanta o a la selva, en tanto sus tierras en ningún momento habían sido invadidas.

Durante los primeros años del gobierno aprista, se proyecta una cierta imagen de fiscalización gubernamental del accionar de las FFAA y de preocupación por la recuperación económica de la región. En junio de 1986 se realizó el Primer Encuentro de comunidades campesinas en Ayacucho, organizado por la Federación Agraria Departamental (FADA) con la asistencia de 200 delegados, entre los cuales se contaba la delegación de Ocana. Los reclamos se centraron alrededor de los préstamos del Banco Agrario y mejores precios para la producción agrícola. En las provincias sureñas de Vilcashuamán, Víctor Fajardo, Cangallo, las delegaciones reclamaban garantías frente a las FFAA. En julio de 1987 tuvo lugar en Ayacucho un "Rimanacuy" con la asistencia de 300 delegados. El de Ocana era a su vez dirigente de la Liga Agraria de Huanta y, como tal, recibió un pequeño tractor entregado a la Liga. Las delegaciones comuneras exigían la presencia de técnicos agropecuarios en las comunidades a través de los Comités de Desarrollo Comunal (CODECO), que buscó poner en marcha el gobierno aprista entre los años 1987-1988.

Los comuneros participaron masivamente en las elecciones municipa-

les del 8 de agosto de 1987 a nivel distrital y provincial. Pero en 1988, nuevamente el clima de relativa paz se enrarece, SL convoca a paros armados, que incluyen la voladura de torres de conducción eléctrica, incluidos los tramos colindantes con Ocana y Pampay. Los paros armados no afectaron mayormente la actividad económica de los comuneros, en la medida en que su oferta de productos al mercado era muy limitada y ocasional. Pero el Ejército sanciona a las autoridades comunales, acusándolas de negligencia en la vigilancia de sus respectivas áreas.

Los senderistas retornan con sus visitas nocturnas, su exigencia de reclutamiento de jóvenes y sus amenazas a aquellos que conformen los CDC. La comunidad se resiste al reclutamiento forzado. En general, vuelve la incertidumbre de una guerra sin fin, con la posibilidad concreta de muertes entre los comuneros y sus familias, sin conseguir reivindicación alguna. Un anciano expresa así su percepción de esos años: "*Huatan huatan, pakan pakan, llaquividalla, wañuchicuylla, mana imatapas qawaspa*" (año tras año ocultándose y compartiendo una vida triste, sin ver resultado positivo alguno)³⁵.

f. 1990-1993. Vigilancia y hastío

Durante los primeros meses de 1990 se generalizaron los CDC en el valle de Huanta, y la comunidad de Ocana también conformó su respectivo comité. Los comandos son nominados por el Ejército, entre los jóvenes licenciados y estos, en el caso de Ocana, son hijos de comuneros de la capa social pobre, ex-arrendatarios de las haciendas vecinas, algunos de ellos con experiencias migratorias frustradas en Lima.

Entre 1990-1991, al asumir la tarea central de organizar la defensa con aval del Ejército, los comandos de defensa civil se sobrepusieron a la autoridad comunal. Y ésta, ante la ausencia de sus líderes tradicionales por migración o muerte, tampoco hizo esfuerzo alguno por resistir. Los comandos dispusieron la conformación de grupos de vigilancia, incluyendo mujeres y ancianos; recabaron el cobro de cuotas para la compra de armas y municiones; organizaron jornadas de trabajo en la construcción del cuartel de Castropampa en Huanta, así como de torreones en los diversos puntos de acceso a Ocana; organizaron la concurrencia a los desfiles en Huanta; en coordinación con el Ejército, dispusieron sanciones para quie-

35. Entrevista con el comunero Saturnino Oré, de 65 años de edad.

nes incumplían sus obligaciones con el CDC; conformaron los grupos que participaban en patrullas conjuntas con el Ejército ³⁶.

Los comandos de Ocana presionaron a los comuneros acomodados residentes en Huanta y a los familiares de los residentes en Lima, a fin de que colaboraran con cuotas para las tareas de vigilancia, bajo la amenaza de cuestionar su derecho a cultivar sus tierras. Se generó así un conflicto con los acomodados que emigraron y ahora afirman, refiriéndose a los jóvenes comandos: "*Atrevido maqtacuna, paycunañama dueñucca*" o los atrevidos, ellos nomás ya pues son dueños.

Las exigencias mencionadas, aparecieron excesivas, en tanto desde 1984 Ocana no había sido objeto de ataques senderistas. Surgió así una resistencia a las disposiciones de los comandos, pese a que estos contaban con el respaldo del Ejército. La absoluta mayoría de familias no acataron la orden de construir nuevas viviendas concentradas en una base de defensa civil en la parte alta de la comunidad, arguyendo diversas razones, entre ellas el que esas agrupaciones no contarían con corrales para sus animales. El número de concurrentes a los desfiles disminuyó. Los grupos de vigilancia no informaban sobre el paso de pequeños grupos de senderistas por las inmediaciones, produciéndose ataques como el de Pajosán (1992), que motivaron la presencia de los *Tinres* en Ocana, para sancionar a sus autoridades. Los *Tinres* eran grupos de campesinos bien armados y subvencionados, que tuvieron corta presencia en el valle, encargados de supervisar y entrenar a los CDC y enfrentar a las columnas senderistas.

En conclusión, tampoco el nuevo modelo organizativo del CDC llegó a tener capacidad de convocatoria entre los comuneros, entre otras razones, porque sus dirigentes no tenían legitimidad y porque el riesgo de ataques senderistas se consideraba muy bajo. Los comuneros cumplían con conformar los grupos de vigilancia, pero no mostraban iniciativa ni beligerancia frente a SL, sino que trataban de mantenerse neutrales, arguyendo su debilidad demográfica y la precariedad de sus armas. Empero, un factor subyacente era la posibilidad de trasladarse a sus parcelas en el río Apurímac o de refugiarse en Huanta; en tanto las parcelas que poseen en Ocana son de baja productividad y entre los años 1990-1991 sufrieron los efectos de una dura sequía.

36. En referencia a los patrullajes, uno de los comandos de Ocana tenía abierto un proceso judicial por el asesinato de un joven de la vecina comunidad de Pampay, en acción comandada por el suboficial Centurión en la cual, según refiere, el referido comando de Ocana fue obligado a servir de guía.

g. Trece años después

Entre 1992-1993, conforme se afirma una relativa paz, la autoridad de los comandos disminuye. Las autoridades comunales recuperan el ejercicio de sus funciones y vuelven a ser nominadas por períodos anuales, mientras que los comandos han pasado a ser electos en asamblea comunal por períodos cortos de tres a seis meses. Empero, las nuevas autoridades comunales son también jóvenes entre 23 y 35 años de edad, los mayores y los miembros de las familias dirigentes tradicionales han sufrido cierto descrédito por su incapacidad para afrontar los años de peligro.

La captura de Abimael Guzmán tuvo un efecto psicológico importante, aunque los comandos entrevistados dicen que ellos "no creen en las cartas" y que "los terrucos siempre estarán al acecho". Lo real es que la población asume sus tareas productivas como preocupación central mientras las exigencias de seguridad pasan a segundo plano, dándose incluso un relajo en el cumplimiento de los turnos de vigilancia. Los viajes periódicos a la selva, para atender sus parcelas en el río Apurímac se han regularizado, algunas de las familias que habían migrado a Lima o Huanta, han retornado. El puesto policial de la capital de distrito ha sido retirado, con el beneplácito de los campesinos, que dicen que "no servía para nada": "cada vez que los terrucos volaban torres y les avisábamos, ellos no se movían y nosotros solos teníamos que patrullar"³⁷. Es que antes de 1980 la policía era vista como la encarnación de la autoridad del Estado en el área rural de la provincia, mientras que en el nuevo contexto de guerra aparecen como superfluos. El campesino armado se sabe más capaz que el policía en la hora de la confrontación, por lo menos en sus tierras.

Sin embargo, el vacío de liderazgo producido en 1984 por los asesinatos senderistas no ha logrado ser cubierto hasta la fecha. La concurrencia a asambleas y faenas sigue siendo limitada. Las autoridades hacen gestiones ante las reparticiones estatales, pero no tienen el dinamismo, por ejemplo, de las autoridades de las comunidades desplazadas de las alturas, ni la capacidad de presión de los directivos de los pagos del valle.

Es en la cultura donde se observa mayor dinamismo. También aquí las ofrendas al *wamani* se practican con mayor frecuencia, para pedir protección al ganado que había sido objeto de múltiples robos; se recurre a la práctica de la *wischupa* para lograr la cura de diversas enfermedades o ma-

37. Entrevista con Juan Rodríguez, comando de Ocana (nombre supuesto).

lefcios. Los rumores sobre la presencia de los *nakaq* o pistacos, se hicieron fuertes entre 1989 y 1990. Asimismo, las reuniones en los domicilios de las familias católicas que poseen estatuillas de santos, como Santa Rosa, la Virgen del Carmen, Santiago, son asiduamente concurridas y las imágenes veneradas con rezos y cirios. Las fiestas mayores como la de las Cruces o la fiesta patronal, no contaron esos años con la concurrencia de los migrantes residentes en Lima o en el río Apurímac, que anteriormente contribuían con los *carguyocc* para los gastos que implicaban la contratación de bandas de músicos, *danzaqs*, corridas de toros³⁸. De esta manera, estas festividades se festejan modestamente pero con entusiasta participación de la comunidad, que mantiene su identidad por oposición a los *sallqas* de las comunidades de altura, así como frente a los pequeños propietarios independientes de los pagos del valle.

Por otra parte, en Ocana no se presenta la problemática del retorno en la medida en que la comunidad como tal no se desplazó, ni tampoco la población concentró sus viviendas. El retorno de las familias que migraron compulsivamente a Lima y el valle del río Apurímac, se viene dando de modo paulatino e individualizado.

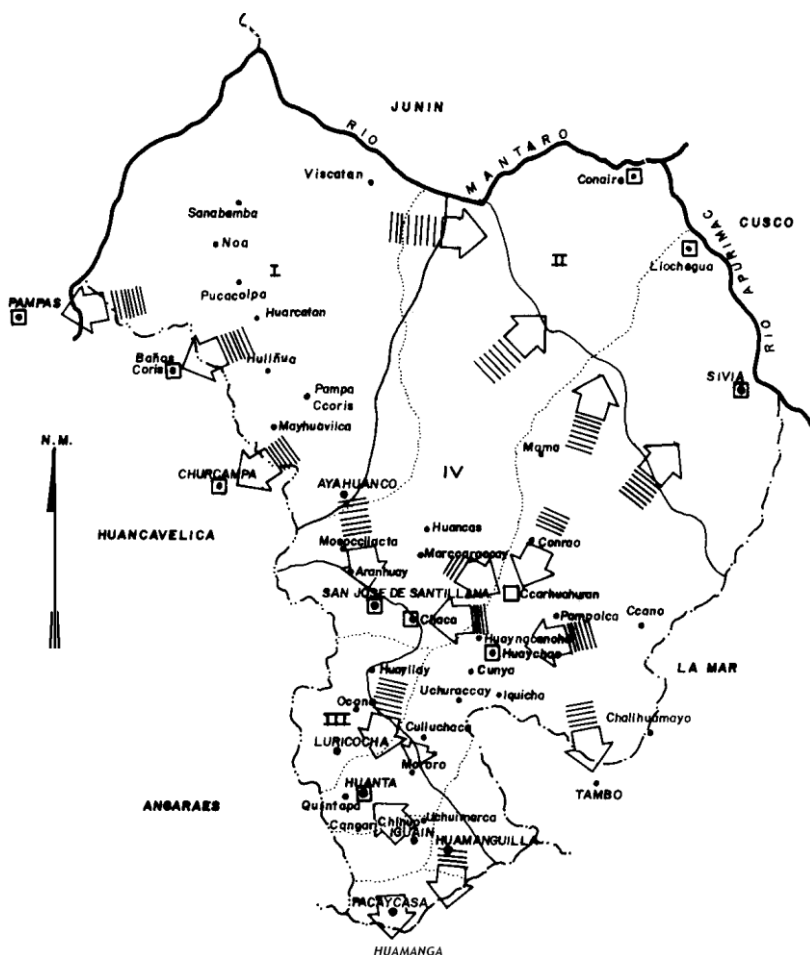
Queda entre signos de interrogación un posible fortalecimiento de la organización comunal, ahora en manos de comuneros jóvenes de los estratos más pobres, y el impulso de proyectos de desarrollo —agroganadero, artesanal, piscigranjas— que sean capaces de modificar la condición de expulsara de migrantes de esta comunidad. En caso contrario, Ocana avanzaría hacia su conversión en un pago más de pequeños propietarios independientes.

3. Cangari

Cangari es uno de los 24 pagos del valle de Huanta. Por su ubicación estratégica a modo de puerta de entrada al valle desde Huamanga y colindante con la provincia huancavelicana de Angaraes (ver mapa 2), Cangari fue objeto de atención especial, tanto de parte de SL como de las FFAA.

38. *Wischupa* = costumbre que consiste en dejar a la vera del camino los restos de flores, de preferencia claveles, maíz molido, sal azul, cigarrillos, monedas, con las que previamente se frotó el cuerpo de algún familiar enfermo, con la expectativa de que la primera persona que pase cerca o coja las monedas se lleve el mal, quedando curado el familiar enfermo. *Carguyocc* = mayordomo, persona responsable de pasar el cargo, de organizar la fiesta comunal. *Danzaq* = danzante de tijeras.

MAPA 2
ZONAS DE EXPULSION Y RECEPCION DE DESPLAZADOS
DE LA PROVINCIA DE HUANTA



LEYENDA	
I	AREA INTERANDINA DEL MANTARO
II	AREA SELVA
III	AREA ANDINA AYACUCHO HUANTA SAN MIGUEL
IV	PUNA
	ZONAS GENERADORAS DE DESPLAZAMIENTO
	CENTROS RECEPTORES
	LIMITE DISTRITAL

A. LINARES

Los senderistas destacados a Cangari, Chiwa y Viru- Viru desarrollaron un trabajo político cuidadoso, según cuentan los campesinos. No presionaban ni imponían, logrando así diversos niveles de apoyo en amplios sectores de la población. Los entrevistados de Cangari, dicen que el apoyo fue mayor en Chiwa, y éstos dicen lo contrario. En términos generales, SL sí logró apoyo en Cangari, que se constituyó en una de sus fuentes de suministro de alimentos y corredor de tránsito entre Ayacucho y Huanta, y entre Huancavelica y Huanta.

Entre 1983 y 1985, la infantería de Marina, cual ejército de ocupación, aplicó una represión indiscriminada, con ejecuciones múltiples, exposición de cadáveres a la vera de los caminos, exigiendo la conformación de CDC. Empero, los campesinos del valle y en particular los de Cangari rechazaron esta propuesta y se resistieron a su puesta en práctica. Es recién en 1990 que se organizan en defensa civil, junto al pago vecino de Viru- Viru con cuyos habitantes se atrincheran conjuntamente en un fortín, dentro del cual resisten victoriosamente el ataque de columnas senderistas en dos ocasiones.

a. Referencias generales

El pago de Cangari se encuentra en el extremo sur del valle de Huanta, en el distrito de Iguain, colindante con el río Cachi, entre los 2,280 y 2,400 msnm. (ver mapa 2). Cangari abarca un área de 219.80 has., 114 de las cuales son de regadío permanente a partir de la canalización del río Cachi. La población en 1979 era de 71 familias (Luján 1981) y en 1983 de 100 familias (Región Agraria XVIII). El incremento se produjo por la instalación en Cangari de familiares de los ex-feudatarios de la hacienda Cangari, que llegaron de sus comunidades de origen, así como por la incorporación de campesinos de pagos vecinos a través del matrimonio.

En 1983, sesenta familias poseían en promedio 1 ha. bajo riego y otra hectárea de tierras de secano. Treintiocho familias poseían menos de una hectárea, aunque tenían acceso a la cosecha de frutos silvestres de la tara y la cochinilla en los terrenos de secano del pago. Estas condiciones favorecían la especialización en el cultivo de hortalizas y permitían la suficiencia de la fuerza de trabajo familiar para atender los cultivos. Hasta la década de 1970 la ganadería tenía relevancia en la economía familiar, e incluía la crianza de ganado vacuno mejorado Holstein. Pero durante la década de 1980 fue diezmada y recién estos últimos años inicia un proceso de recuperación paulatino.

A diferencia de los pagos ubicados por encima del canal de riego, donde la mayoría de la población migra por largas temporadas al río Apurímac o a trabajar en la ciudad de Huanta como peones de construcción, artesanos o pequeños comerciantes, en Cangari la posibilidad de obtener cosechas al año y el cultivo de hortalizas, exigen una atención constante que limita la migración; al mismo tiempo, la relativa especialización restringe la presencia de comuneros desplazados de las alturas (Cárdenas 1979) Esa permanencia de la población en Cangari facilitó la labor política de SL.

Los niveles de diferenciación social son aún hoy mínimos, en tanto recién hacia fines de la década de 1960 habían dejado su condición de feudatarios de la hacienda Cangari, y durante la década de 1980 la economía familiar se alteró sustantivamente. Empero, en conjunto los campesinos del sector del valle ubicado bajo el canal de riego tienen un ingreso promedio mayor que el de los campesinos de la parte alta del valle, las laderas y las punas.

A nivel educacional se advierte una diferencia generacional marcada: por una parte los padres, ex-feudatarios de hacienda con un nivel de escolaridad incipiente y un bilingüismo subordinado quechua-castellano; por otra parte los hijos, que estudian secundaria en Huanta e incluso una minoría con estudios cursados en institutos superiores y/o en la Universidad de Huamanga.

Hacia la década de 1980, Cangari presentaba una realidad social débilmente integrada, debido entre otras causas a la heterogeneidad de procedencia de los nuevos pequeños propietarios, originarios de otras haciendas huantinas e incluso de Huancavelica. Ellos, mediante la compra-venta o hipotecando por varios años su fuerza de trabajo, habían logrado adquirir parcelas de 1 ha. promedio de extensión.

En 1972, la oficina zonal de Reforma Agraria de Huanta propuso la constitución de una CAP en Cangari, sobre la base de las 375 has. que quedaban de la hacienda, chocando contra el rechazo campesino. Sólo se conformó un Grupo Campesino con 27 ex-feudatarios del sector Jononja.

Los pequeños propietarios de Cangari iniciaron sus trámites de reconocimiento como pago en 1968 (Castillo 1971). Hacia fines de la década de 1970, no había logrado cuajar un liderazgo reconocido en el pago; la capacidad ejecutiva de las autoridades era escasa; eran frecuentes las querrelas por linderos de tierras y por el acceso a los frutos silvestres de la tara y la cochinilla. En conjunto, hacia 1980 Cangari aparecía como un grupo social débilmente estructurado, despectivamente tratado aún por los par-

celarios antiguos del valle, que se referían a ellos como "la gente de Trelles"³⁹. Sin embargo, luego de la puesta en uso del canal de riego Cachi en 1975, llegaron a conseguir una alta productividad en sus sembríos de hortalizas y una dinámica relación con el mercado, que reforzaron a la familia como unidad productiva.

b. 1980-1982. Campo vs. ciudad

SL inició su trabajo político en Chiwa, Cangari y Viru-Viru hacia el año 1976. Anteriormente, cuadros como Osmán Morote habían visitado la zona con fines de diagnóstico. Los senderistas llegaron primero a Maynay y Chiwa, a las casas de campesinos ricos cuyos hijos eran estudiantes en la ciudad de Huanta y en Ayacucho. Luego, a través de estos campesinos y sus hijos, hicieron contactos en Cangari donde no realizaron labor alguna a nivel gremial sino que buscaron mimetizarse entre la población ofreciéndose como mano de obra para las tareas agrícolas.

Por esos tiempos los senderistas criticaban los objetivos corporativos de la Reforma Agraria y sus empresas asociativas. Pero lo que les permitió una audiencia campesina fue el prestigio de la izquierda como tendencia política con presencia en el valle desde los años 30. SL capitalizó especialmente el recuerdo de las heroicas jornadas de junio de 1969, auténtica movilización popular por la gratuidad de la enseñanza. En sus primeras visitas los cuadros se dirigieron a los domicilios de algunos de los activistas de entonces.

Una presencia más sistemática de SL se dio a partir de 1976. En ese momento su discurso en contra de las empresas asociativas empalmó con las inquietudes de campesinos que por sus propios medios habían dejado la condición de colonos de hacienda y deseaban a toda costa mantener su condición de pequeños propietarios independientes. Favoreció significativamente el establecimiento de SL en Cangari, la ausencia de autoridades legitimadas y un liderazgo reconocido, de modo que su propuesta de un nuevo ordenamiento social no encontró alternativas ni barreras de contención, a diferencia de las comunidades de las alturas.

Los campesinos ricos de Chiwa, cuyas parcelas colindaban con Cangari, los recibieron como antes recibían a los activistas de izquierda, amigos de sus hijos en la ciudad, con la peculiaridad de que los senderistas se

39. La familia Trelles fue dueña de la hacienda Cangari hasta la década de 1960.

ofrecían como fuerza de trabajo para las tareas agrícolas y se quedaban más tiempo, en especial desde 1980. Desde Chiwa, con un estilo de trabajo obsesivamente clandestino, SL estableció una red de contactos, en especial entre jóvenes estudiantes hijos de campesinos. Algunos de ellos llegaron a ser dirigentes locales como Amilcar Urbay y Nori Canchari, camarada "Georgina", pero los mandos mayores provenían de la ciudad de Ayacucho. Según señalan los campesinos y algunos profesores, durante ese período la supeditación de los mandos locales frente a los cuadros ayacuchanos era notoria. Además del verticalismo de la organización senderista, influyeron en esta férrea supeditación los antecedentes autonomistas del "Comité Lenin" huantino durante la movilización popular de 1969 (Degregori 1990) y toda una tradición de oposición Huanta-Ayacucho, que fue motivo de atención de la dirección central de SL.

El discurso político senderista enfatizaba la oposición campo-ciudad, la marginación social y política del campesinado por parte del poder local y regional, que tiene connotaciones étnicas y se expresa como desprecio de los "niños", los "decentes" de la ciudad hacia los cholos de Cangari y otros pagos. Como dijimos, ese desprecio crea un profundo resentimiento en tanto aparece sin fundamento, dada la proximidad cultural y la similitud racial entre los habitantes de la ciudad y los campesinos del valle.

En ese contexto, desde la perspectiva campesina la promesa de tomar el poder era percibida como acceso al poder local y regional, como revancha de esa marginación. SL prometía una victoria próxima y segura, presentando como muestra de su eficacia los múltiples asaltos a puestos policiales en las provincias sureñas de Ayacucho, quebrando la imagen de los policías que aparecían hasta entonces como la personificación del Estado en el campo. El paradigma reiterativamente señalado era el de la Revolución China, que a pesar de haber enfrentado dificultades infinitamente mayores, había conquistado el triunfo.

A nivel reivindicativo, SL no tenía nada que ofrecer a los pequeños propietarios de Cangari, salvo reorientar la política de precios una vez conquistado el poder. Antes bien, SL se oponía al represamiento de las lagunas de Razhuilca, viejo anhelo de los campesinos del valle, aunque no impidió el uso de la irrigación Cachi, porque esto habría significado la ruptura con los campesinos. La exigencia de no concurrir al mercado pareció desde el inicio irreal para los campesinos de Cangari y no fue acatada, sin mayores consecuencias. La posterior disminución de la producción se debió a las propias condiciones de la guerra (cupos, confiscaciones). Los profesores de Cangari fueron presionados por los cuadros senderistas

para que modificaran el contenido de la asignatura de Historia del Perú, incluyendo como etapa fundamental la que se inicia con la fundación del Partido Comunista por José Carlos Mariátegui. Uno de estos docentes informa que los senderistas los reunían a orillas del río Cachi para exponerles su programa., pero que ellos no acataban esas orientaciones y preferían solicitar su traslado; sabían, sí, de reuniones continuas de algunos grupos de sus alumnos con los senderistas.

c. 1983-1985. *Genocidio (naval)*

En 1983 la Infantería de Marina se hizo cargo de la contrainsurgencia en Huanta y a partir del segundo semestre de 1983 desarrolló una represión ciega. SL, por su parte, abandonó al campesinado a su suerte. Son tiempos de masacres. Ello de agosto de 1984 fueron asesinados seis campesinos miembros de la iglesia evangélica presbiteriana en Kallqui. El 22 de agosto se encontraron 49 cadáveres en Pucayacu y en octubre del mismo año la comunidad de Uchuymarca fue virtualmente arrasada por los Navales, arguyendo que todos los comuneros eran pro-senderistas ya que su presidente era un colaborador declarado de SL. El 24 de octubre la Infantería de Marina detuvo en Chiwa a 40 campesinos, que posteriormente desaparecieron.

En Cangari, según informan los campesinos, en ese período fueron ejecutadas más de 15 personas, con la particularidad de que en varios casos, los asesinatos incluyeron a varios miembros de una misma familia, por ejemplo las familias Castillo, Núñez, Mallma, Canzio⁴⁰. Los asesinatos se cometían a plena luz del día y con ensañamiento inaudito, como en el caso de la señora Antonia Condori, victimada según nos relatan por la Marina a punta de bayonetas y su cuerpo incinerado en la puerta de su casa, sobre una pira de leña. La población juvenil de Cangari migró masivamente a Huanta, la selva o Lima, debido a que las patrullas eran cotidianas y el tránsito por el pago se convirtió en un real riesgo de vida.

Sin embargo, la exigencia de los navales de constituir comités de defensa civil en Cangari y Viru- Viru no fue acatada. Es verdad que SL amenazaba a los que se convertían en *yanaumas*, pero para entonces sus columnas se habían replegado del valle y el poderío militar ostentado por la

40. Informe de la anciana Mariana González (nombre supuesto) de 71 años de edad, viuda, propietaria de tierras en Cangari, residente en la ciudad de Huanta.

Marina y los sinchis era inmensamente superior al de SL. Por esa razón considero que la represión no basta para explicar el rechazo a la constitución de los referidos CDC hasta el fin de la década.

Probablemente los navales buscaban aislar a SL. No sólo no lo lograron, sino que por oposición y resentimiento los campesinos protegieron a los senderistas, ocultando por ejemplo información sobre sus desplazamientos o sobre los lugares de almacenamiento de armas y recursos logísticos, que recién se descubrieron en 1989 en la vecindad de Cangari.

Durante esos años SL se replegó del valle, pero también asesinó a campesinos comprometidos en la constitución de CDC en pagos como Quinrapa, Ishpico y Palmayocc. El campesinado, por su parte, se dividió. Los comuneros de las laderas, particularmente los de Patasucro, Ccaccas, Pultunchara, San Miguel de Pucaraccay, organizados en CDC, participaron en patrullas mixtas con los Marinos e incursionaron en los pagos del valle, entre ellos Cangari. Buscaban senderistas y se dedicaban a robar ganado, infligir castigos físicos y colaborar en detenciones de cangarinos. Estos hechos dejaron resentimientos, que aún hoy impiden niveles de coordinación o el surgimiento de liderazgos distritales o provinciales.

d. 1986-1988. Reconstrucción

El segundo semestre de 1985 se retiró de Huanta el destacamento de la Infantería de Marina. Contribuyeron a su retirada las múltiples denuncias de las organizaciones de Derechos Humanos y de la prensa nacional e internacional, a propósito de casos como el asesinato del periodista Jaime Ayala, el de los evangélicos de Kallqui y el hallazgo de fosas comunes en Pucayacu. La retirada se produjo, además, como parte de la orientación inicial del gobierno aprista, que a propósito de la masacre de Accomarca (setiembre de 1985), destituyó incluso al Comandante General del Ejército y al Jefe Político-Militar de Ayacucho, generales César Enrico Praeli y Wilfredo Mori, respectivamente.

El reemplazo de la Marina por un destacamento del Ejército, significó un alivio para el campesinado y la población urbana de Huanta, en tanto su acción represiva fue menos indiscriminada. Seguramente estas conductas diferentes obedecen a orientaciones distintas, en diversos periodos, del propio Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas. Pero a partir de esta experiencia subregional constatamos un matiz importante que sí diferencia la actitud de la Marina y la del Ejército, frente a la población serrana. La Infantería de Marina, en especial su oficialidad, exhibe un alto grado

de violencia y particular ensañamiento contra los indios, los cholos, que hacen patente un deprecio étnico. La oficialidad del Ejército, por el contrario, dialoga con las autoridades campesinas y del pueblo, tiene entre sus oficiales gente de origen serrano, más aún entre la tropa. Durante los años 1986-1987, se redujo a una quinta parte el número de víctimas en relación a 1984 (DESCO 1989).

Las columnas senderistas se replegaron hacia Huancavelica, Junín, Cusco y Apurímac, luego de la ruptura de gran parte de sus redes de apoyo en la región, aunque sin que haya sido afectada su estructura partidaria⁴¹.

Durante 1986-1987 la presencia senderista en Cangari fue ocasional. El campesinado del valle ya se había distanciado de SL debido al asesinato de dirigentes como Eduardo Cárdenas, que en 1967 había sido uno de los más destacados organizadores de la Asociación de Pequeños Propietarios del valle y en junio de 1969 había sido dirigente del movimiento por la gratuidad de la enseñanza, motivo por el cual había purgado prisión en Lima. SL mostraba así su conducta letalmente excluyente de cualquier liderazgo alternativo, aún a nivel local.

Disminuido el accionar de SL y las FFAA, los campesinos de Cangari recuperaron en parte sus condiciones de producción, obtuvieron préstamos sin interés del Banco Agrario, enviaron sus delegados al Rimanacuy de Ayacucho en julio de 1987, participaron masivamente en las elecciones municipales en Huanta en agosto del mismo año.

e. 1988-1990. Guerra y hastío

Hasta que en 1988 las columnas senderistas regresaron a Cangari, anunciando esta vez una nueva etapa de la guerra, que afirmaban sería definitiva. Es el período en que los nuevos mandos senderistas son los conocidos como Percy y Raúl, jóvenes de aproximadamente 25 años procedentes de las laderas. Según documentación que el CDC de Cangari encontró posteriormente, los senderistas dividieron el valle en dos zonas: el norte comandado por Percy y el sur por Raúl. Informan los campesinos que, a diferencia de los cuadros de la primera época, la formación política de Percy y Raúl era muy deficiente. Mostraban, más bien, una conducta impositiva: exigían el enrolamiento de los jóvenes que quedaban en el

41. Sus fuerzas se trasladaron e hicieron sentir su presencia político-militar en los departamentos de Huancavelica, Pasco, Apurímac.

pago; obligaban a entregar alimentos y se encargaban personalmente de cobrar cupos en dinero a profesionales y comerciantes de Huanta, conforme revelaron luego de ser detenidos. Peor aún, mostraban una conducta relajada, hacían uso particular de parte de los cupos cobrados y cambiaban con frecuencia de pareja. Precisamente las últimas —Maribel y Zoraida— "arrepentidas" que actualmente son miembros de un CDC cercano al de Cangari, facilitaron su captura.

La propuesta senderista de intensificar la guerra iba a contracorriente de las tendencias generadas en la relativa paz de los años previos. Se presentaba más bien asociada a las terribles vivencias de los años 1983-1984 con su secuela de desapariciones, ejecuciones, alteración total de las condiciones de vida, bloqueo de la vía de ascenso social a través de la agricultura y el comercio con la selva e incluso imposibilidad de reproducir la economía familiar. Había transcurrido casi una década de violencia sin que los campesinos percibieran ningún logro, ni tampoco perspectivas de triunfo, cuando al principio de los años ochenta se les había anunciado reiterativamente una victoria cercana.

El descontento crecía en tanto el anuncio de una etapa de agudización de la guerra fue aparejada con la convocatoria a paros armados, que hicieron sentir sus efectos en Cangari, dada la relación cotidiana con el mercado. Además, la secuela de atentados en la ciudad y el derribamiento frecuente de torres de conducción eléctrica, motivaban incursiones del Ejército contra los campesinos de los pagos del valle, entre ellos Cangari.

Una demostración del nuevo estado de ánimo del campesinado y la población urbana fue el desacatamiento de la convocatoria a un paro armado del 27 al 30 de julio, con motivo de Fiestas Patrias. Fue el primer acto de rebeldía regional contra SL. Los campesinos del valle, incluidos los de Cangari, se hicieron presentes en la ciudad, arreando sus toros para la tradicional corrida de Fiestas Patrias. Para entonces, los cangarinos tenían información detallada y en diversos casos experiencia directa sobre el eficaz funcionamiento de los CDC del río Apurímac, que parecían una experiencia replicable. Grupos de campesinos comenzaron a reunirse clandestinamente en Cangari, en el domicilio de un licenciado, con el fin de organizarse para capturar a los senderistas. "Si son tan pocos", decían. Poco después, el domicilio referido fue allanado por un comando senderista, con el afán de ejecutar al dueño de casa, que circunstancialmente no se encontraba en su vivienda y luego tuvo que refugiarse en Huanta. Pero para 1989 el rechazo a SL ya era un estado de ánimo colectivo en el pago.

f. 1990-1993. *Combates y victorias*

En este contexto encontramos el sustento social para la generalización de los CDC en el valle de Huanta a principios de 1990, meses antes de iniciarse el gobierno del Ing. Fujimori y años antes de la captura de Abimael Guzmán.

El trabajo del comandante Alfonso Hurtado y del suboficial conocido por el apelativo de "Centurión" como impulsores de estos comités fue exitoso en tanto la política contrainsurgente empalmó con el hastío campesino frente al accionar senderista y la ausencia de perspectivas. Los campesinos entrevistados señalan que la coerción del Ejército, incluyendo asesinatos y castigos físicos, aceleró pero no fue la causa central para la constitución de los CDC. Afirman que el comandante Hurtado dio la justificación para una acción conjunta del campesinado, evitando que SL pudiera señalar responsables individuales y cayera sobre ellos. Dice uno de los entrevistados: "fue la señal para pasamos los CDC, *pero todos*" (énfasis nuestro).

Hurtado y Centurión mostraron un peculiar dinamismo en las cotidianas visitas a los diversos pagos del valle: censaron a la población, establecieron sistemas de control en cada pago, entrenaron "comandos" entre los licenciados, acogieron y utilizaron "arrepentidos", detuvieron, torturaron y, según denuncias, desaparecieron gente. Sin embargo, las atrocidades cometidas por la Infantería de Marina fueron incomparablemente mayores, como ya señalamos, pero no lograron la conformación de los CDC. Por ello, sin negar el papel de la presión militar evidente, ni el papel de Hurtado y Centurión, consideramos que es la decisión campesina la que explica la conformación del CDC de Cangari-ViruViru, con participación general de los campesinos, especial dinamismo e iniciativas en la construcción de su sistema de vigilancia y en la confrontación armada con las columnas senderistas; con directivos de reconocido prestigio, que fueron reelectos luego de su gestión en los años cruciales de 1990-1991. Asimismo, el primer comando del CDC de Cangari ha sido también comando de los 17 CDC del Sector "C" de Huanta, al cual pertenece Cangari.

El 21 de setiembre de 1990 a la medianoche, unos 70 senderistas atacaron Cangari-Viru Viru con el objetivo de arrasar el recién constituido CDC. Algunos iban armados con fusiles FAL pero la mayoría eran campesinos con *tirachas* y lanzas provenientes de las laderas, gentes que vivían en comunidades con tierras de secano y solían ir a Cangari a trabajar temporalmente como peones.

Los de Cangari estaban mal armados, sólo algunos tenían fusiles y escopetas adquiridas en la selva; la absoluta mayoría se defendió con petardos de dinamita y tirachas hechas de tubos galvanizados, madera y fierro, fabricados por mecánicos de la ciudad de Huanta. El enfrentamiento duró más de cuatro horas hasta que, antes del amanecer, los senderistas se retiraron sin haber logrado su objetivo y sin dejar víctimas. Fue una gran victoria para el CDC, obtenida gracias al bien montado sistema de vigilancia que incluía vigías en los caminos de acceso, la alarma oportuna, el refuerzo de los campesinos de Viru- Viru y la concentración de la población en una parte alta de la comunidad donde habían construido pequeños parapetos. En la resistencia tenaz participaron todos —hombres, mujeres, niños, ancianos— conocedores de que SL no perdonaba a los *yanaumas* en que ellos se habían convertido.

Luego de este episodio se fortaleció la relación entre los "comandos" de defensa civil y los campesinos de base; se multiplicaron las iniciativas para organizar la vigilancia, las cotizaciones para la compra de armas y la construcción de un fortín que se ubicó en un morro, a unos 50 m. de altura en uno de sus extremos. Los turnos de vigilancia se volvieron particularmente estrictos, los campesinos de otros pagos y los visitantes de la ciudad debían portar un pase del Comandante de la base del Ejército en Huanta.

Para SL, Cangari era un objetivo que no podía abandonar fácilmente. Por eso volvió a atacar, el 27 de octubre de en 1991, también a la medianoche. Esta vez eran más de 120, con un importante contingente campesino de apoyo. El primer comando de Cangari se encontraba en esos momentos en la ciudad de Huanta, donde había realizado algunas gestiones. Al escuchar el estruendo de los dinamitazos, claramente perceptibles desde la ciudad, reunió rápidamente a seis comandos del pago de Quinrapa, muy próximo a la ciudad, y se dirigió al cuartel, pidiendo la salida de un destacamento. Los militares se negaron, pero le entregaron granadas y municiones. Con esos pertrechos partieron raudamente, llegando a Cangari después de más de tres horas de iniciada la contienda, en un momento crucial en que la población resistía concentrada en su fortín, pese a su inferior armamento. Los refuerzos contribuyeron al desenlace, logrando una vez más el retiro de los senderistas. Esta vez los defensores tuvieron una baja: "Lucas" un "arrepentido" natural de uno de los pagos de ladera, que se había refugiado en la base de Cangari.

La nueva victoria contribuyó a elevar la autoestima de los campesinos, anteriormente tan maltratados por la Infantería de Marina y considerados

"masa" por SL. De este modo, en octubre de 1992 tomaron la iniciativa frente a una columna que transitaba cerca de su pago: la cercaron, la capturaron y requisaron sus armas, sin llegar a ejecutarlos. "¡Eran tan muchachos!", dicen. Las armas recogidas fueron entregadas al Ejército, creyendo que serían formalmente adjudicadas al CDC, pero no ocurrió así. En el futuro, afirman, no volverán a cometer el mismo error de entregar lo que requisen.

Luego del ataque de 1991, SL no volvió a asediar Cangari. ¿Por qué? Probablemente mucho tiene que ver la estrategia senderista, que esos años concentró sus fuerzas en las ciudades, particularmente Lima. Durante 1992 y 1993, en el valle SL sólo incursionó en las bases más débiles como Pajosán en el extremo norte, y algunas bases de las laderas como Patasucro. En las alturas sólo atacaron Cancha Cancha (Huamanguilla), donde SL asesinó a nueve comuneros el 3 de setiembre de 1993. Por lo demás se limitaron a robar ganado, incluido el caballar que, a juzgar por los pellejos encontrados, lo utilizaban para su alimentación. Por el contrario, en diversos tramos de la carretera de acceso al valle del río Apurímac, SL siguió asesinando pasajeros y conductores hasta 1993.

g. Trece años después

A partir de la presente década, los campesinos de Cangari, anteriormente poco vinculados entre sí, se concentraron en un pequeño asentamiento semiurbano dentro del reducido espacio del fortín que construyeron y comparten con los pobladores de Viru- Viru. Allí desarrollaron asambleas cotidianas, discutieron sus problemas comunes y generaron un nuevo colectivo que, entre otras, tiene las siguientes características:

a. Ejercicio de niveles de solidaridad, previamente inexistentes. Si alguien enferma su atención es asumida como responsabilidad de todos; las desavenencias por el acceso al "monte" para recolectar tara y cochinilla, son ágilmente resueltas; también se resuelven los *daños* a los cultivos por parte del ganado. Nadie, absolutamente nadie está excluido de participar en los turnos de vigilancia ni exonerado de pernoctar en el fortín. No existen privilegios.

b. Cohesión social, con una dirigencia reconocida, distribución de tareas productivas y de autodefensa entre todos los miembros del pago, en base a la comprensión cabal de que la seguridad es realmente tarea de todos. El incumplimiento de responsabilidades conlleva sanciones.

c. Fortalecimiento de elementos de la cultura andina, como la música y

las festividades tradicionales que son revaloradas luego de tantos años de penurias. Hacia la década de 1970, en el valle de Huanta la música y los instrumentos típicos venían siendo desplazados por la música huanca y expresiones musicales urbanas. Ahora las pandillas de carnaval usan instrumentos como quena, tinya, esquila, pincullo e incorporan nuevos números como la representación bufa de la captura de un *terruc*o por parte de ronderos. El que representa al *terruc*o aparece vestido de colegial, el rondero de campesino y el soldado con su uniforme, los tres portando armas, acompañados de *quilles* (ofrendas) de los productos alimenticios que siembran y usando vestimenta típica: ponchos, mantas, polleras, llicllitas, chumpis.

Hacia los años 1989-1990 se reavivó intensamente la creencia en el *nakaq* o pistaco, el degollador, de tal manera que cuando salían a vender sus productos en la ciudad, los campesinos lo hacían en grupos de familias. Naturalmente que el temor a SL también estaba presente, pero se sabía que los *terruc*os atacaban durante la noche, mientras que los pistacos atacaban a los caminantes solitarios a cualesquiera hora⁴².

Los campesinos de Cangari, que hasta la década de 1960 eran tratados despectivamente como "indios de Trelles", ahora asoman con una imagen protagónica por su comprobada capacidad militar para enfrentar a SL, generando una mezcla de temor y respeto entre la población urbana. En 1990-1991, debido a la sequía, los CDC del valle plantearon al gobierno municipal de Huanta la distribución del agua de consumo humano de la ciudad durante las noches, para el regadío de las chacras.

Con motivo de las elecciones municipales de enero de 1993, el presidente del CDC de Cangari-Viru Viru fue uno de los 18 campesinos que integraron la lista de la Unión Cívica Independiente (véase: capítulo II). Empero, la mayoría de los cangarinos entrevistados expresan su respaldo al "chino" Fujimori, porque enfrentó a los senderistas como no lo hicieron ni García ni Belaúnde.

En conjunto, la preocupación central de los cangarinos es hoy la producción. Están pendientes de la instalación de la Caja Rural y de las actividades de la Empresa Multicomunal recientemente constituida en la provincia, para obtener créditos e incrementar su producción. En años recientes la producción agrícola se ha recuperado en gran medida, quedando pendiente la recuperación de la ganadería, diezmada durante los años de guerra. Los directivos del CDC y las autoridades del pago vienen

42. Sobre los pishtacos en Ayacucho en la década de 1980, véase: Ansión 1989.

intensificando sus gestiones ante el gobierno central y el local para la construcción de carreteras de acceso directo a sus pagos, instalación de corriente eléctrica, agua potable, reconstrucción de postas de salud, escuelas, locales comunales.

La perspectiva de una especialización militar entre los campesinos que actúan como comandos, no tiene sustento económico-social. La producción minifundista en el valle no permite una cotización regular y significativa, que permita el asalariamiento de los "especialistas" del CDC. De tal manera que los "comandantes" de defensa civil reelectos hasta por dos veces, solicitaron a la asamblea campesina no volver a ser nominados, debido a que las tareas de defensa les impedían viajar a la selva y/o la ciudad, a realizar trabajos que complementan sus ingresos.

El CDC se supedita al Ejército, a cuyo cuartel en Huanta deben concurrir cada sábado los comandos y los arrepentidos. Empero, en el nuevo contexto de generalización de los CDC, la coordinación por sectores y la drástica disminución del accionar senderista, la actitud del Ejército se flexibiliza. Ello sucede especialmente a partir de 1992, en que incorporan reclutas lugareños para servir en el cuartel de Huanta. Así, la comunicación con los campesinos se facilita. En las diversas fiestas de los pagos, por ejemplo, no faltan *morocos* (soldados) lugareños vestidos de civil. Las ocasionales patrullas del Ejército ya no roban ganado, ni abusan, aunque sí venden balas. En estas nuevas condiciones, los espacios de autonomía de los CDC, en este caso el de Cangari- Viru Viru, tienden a incrementarse.

IV. LOS FRUTOS DE LA GUERRA

1. Breve comparación de los casos

Las respuestas campesinas frente a la violencia política en Huanta estuvieron asociadas a diversos factores. Entre ellos: el nivel de organización de cada comunidad o pago antes de 1980; la conducta política de SL, diferenciada frente a diversos sectores campesinos; la acción contrainsurgente de las FFAA, diferenciada por períodos y por armas.

a. La organización social

Antes de 1980 Culluchaca mostraba una fuerte organización colectiva, con autoridades legitimadas y su ejercicio ritualizado. La comunidad

acababa de legalizar la posesión de tierras de la ex-hacienda del mismo nombre, en aplicación de la Reforma Agraria. Culluchaca rechazó tempranamente a SL y coordinó acciones con comunidades vecinas, cuando SL pretendió imponer sus "comités populares" con absoluto menosprecio por la norma comunal.

Cangari era un grupo social débilmente estructurado, heterogéneo, cuyos miembros recién dejaban de ser colonos de hacienda; sin autoridades legitimadas, con conflictos internos que eran motivo frecuente de quejas ante la Policía o el Juzgado de Tierras de Huanta. Los pequeños propietarios de Cangari mostraron su rechazo a las empresas asociativas creadas por la Reforma Agraria, oponiéndose a la constitución de la CAP de Cangari. La unidad de producción era la familia y la productividad de sus tierras les permitía educar a sus hijos en la ciudad. A través de estos estudiantes SL consiguió apoyo, mayormente pasivo, entre los jefes de familia. Ese apoyo fue prolongado pese a la feroz e indiscriminada represión de la Infantería de Marina, o tal vez a causa de ella. Durante un tiempo, SL cubrió un vacío de autoridad en Cangari.

En Gcana, el rasgo más destacado era también la débil organización debida principalmente a la migración, que limitaba los trabajos colectivos, la oferta de candidatos para cargos directivos, así como la capacidad de presión frente al poder local y el Estado. En un principio, Ocana acogió a SL y le ofreció un apoyo limitado (información, víveres, posada), pero luego del asesinato de sus antiguas autoridades en 1984 y la posterior represión de la Marina, asumieron una actitud neutral en el conflicto.

b. La conducta de SL

El accionar de SL en cada lugar y período, es el factor dinámico que condiciona las respuestas campesinas. SL arremetió contra las comunidades de altura, primero para imponer sus nuevas autoridades y luego para arrasar con los CDC. Las columnas senderistas dejaron un altísimo número de víctimas y exhibieron un grado de vesania que reflejó su profunda decepción con lo que ellos consideraban una traición de los campesinos pobres, supuesta fuerza motriz principal de la revolución. Asimismo, se advierte el menosprecio étnico de parte de los jóvenes senderistas, procedentes en su mayoría del área urbana de la región y del valle, prejuicios interiorizados en su socialización familiar.

En cambio, frente a los pequeños propietarios del valle, como los de Cangari, SL mostró una conducta más matizada. En la década de 1970 le

dieron atención sistemática a su prédica política. Entre 1983 y 1989 se limitaron a un número limitado de "ejecuciones selectivas". Incluso cuando se constituyen los CDC, SL ataca sólo a algunos como Cangari-Viru-Viru. Y aún cuando logra arrasar algunas bases, "ejecuta" a un número limitado de campesinos. Probablemente evaluaban que era posible recuperar las bases del valle, consideración que no estaría presente en el caso de los *sallqas* de las alturas.

En Ocana, luego de ejecutar a los antiguos dirigentes en 1984, SL no volvió a atacar la comunidad. De esta forma logró cierta complicidad de los campesinos, incluso después de la constitución del CDC, en tanto no eran denunciados cuando se movían a través del territorio comunal. SL consideró irrelevante el CDC de esta comunidad. Tampoco mostró interés en realizar trabajo político allí, en tanto la población juvenil había migrado masivamente y no tenían, por tanto, posibilidad de reclutar miembros para su "ejército guerrillero".

La violencia afectó a las comunidades estudiadas en diverso grado. Es en Culluchaca donde los estragos fueron más dramáticos. La población se redujo a un tercio. La mayor parte de la población migró a la ciudad, el valle de Huanta y el río Apurímac, donde ofertaron su fuerza de trabajo en condiciones precarias como peones agrícolas, peones de construcción, cargadores, pequeños comerciantes. En la comunidad, el área cultivada se redujo a tres de los seis barrios, el ganado fue diezmado por los robos de miembros de las FFAA. SL asesinó sistemáticamente a las autoridades y luego las FFAA implementaron el CDC sobre la base de la estructura comunal, pero sobreponiendo los comandos a las autoridades legales y a las tradicionales. A tal punto que aún hoy, cuando se recupera el ejercicio de la autoridad comunal, el sistema tradicional de *varayoccs* no se ha reconstituido.

En conjunto, Culluchaca salió profundamente debilitada demográfica, económica y socialmente de los 13 años de violencia política. Es en el terreno cultural donde mayor dinamismo muestra, manteniendo sus festividades, recreando sus mitos, enriqueciendo su literatura oral con nuevas narrativas. Durante 1994 muchos retornaron a Culluchaca. El retorno se vio facilitado porque durante la década de violencia no dejaron de cultivar una parte de sus tierras, y la población que se concentró en Mororo siguió atendiendo cotidianamente sus quehaceres agropecuarios, aunque en menor escala.

En Cangari-ViruViru, donde antes de 1980 no existía un liderazgo social reconocido, emergió un nuevo colectivo a través del CDC, con una

dirigencia reconocida y una organización social cohesionada a partir de las tareas comunes de autodefensa y producción. La capacidad defensiva demostrada durante los asedios senderistas reforzó la autoestima de los campesinos, que han logrado mayor presencia frente al poder local y regional. Ante la drástica disminución del accionar senderista, sin abandonar las tareas de vigilancia, el CDC centra hoy sus esfuerzos en las tareas productivas y la gestión de proyectos de financiamiento y crédito agrario, así como en la instalación de servicios: electricidad, agua potable, posta de salud. La tendencia no es la militarización. Por el contrario, los cargos de comandos son asumidos por períodos cada vez más cortos, en tanto el objetivo generalizado es recuperar los niveles de ingreso familiar perdidos durante la guerra. Por último, el patrón de asentamiento disperso ha sido sustituido por concentraciones semiurbanas, que han cambiado el panorama y tienden a urbanizar el campo.

En Ocana, la violencia desatada entre 1983 y 1985 fue muy dura e hizo peligrar su mínima unidad organizativa por la dispersión. Sin embargo, después de 1985 Ocana no fue objeto de nuevas incursiones senderistas, ni de mayor presión del Ejército. La pobreza de recursos y su escasa población contribuyó a su marginalidad y posibilitó la opción neutral asumida por la mayoría de sus miembros. La circunstancia de que el CDC se constituyera por presión del Ejército y con dirigencia digitada entre jóvenes licenciados, hizo que estos no tuvieran capacidad de convocatoria para lograr la concentración demográfica en la base de defensa, ni que los grupos de vigilancia mostraron iniciativa. Aun en las nuevas condiciones regionales y nacionales de recuperación, ni el CDC ni las nuevas autoridades comunales, que en muchos casos son ex-comandos, han logrado revertir la débil estructuración social de Ocana, representativa de comunidades de laderas ubicadas entre el valle y las punas. Queda entre signos de interrogación una posible revitalización de la comunidad.

c. La acción de las FFAA

El accionar de las Fuerzas Armadas resulta más homogéneo en la provincia. Los dos grandes cambios se producen en el segundo semestre de 1985, cuando la Infantería de Marina es reemplazada por el Ejército y a partir de 1990. Este segundo momento es todavía más importante. Los oficiales y suboficiales del Ejército conviven con la población campesina, especialmente del valle, recogen la información directamente, incorporan lugareños a la tropa como reclutas y, sobre todo, tienen en cuenta los gra-

dos de presión a los que habían sido sometidos los campesinos por parte de SL. Dentro de este nuevo enfoque, en 1990 el comandante del cuartel de Castropampa, Alfonso Hurtado, aplica la política del "arrepentimiento" a cientos de campesinos del valle, que debían pasar lista semanalmente en el cuartel. Esta medida resultó muy importante en inclinar la balanza campesina a favor del Ejército.

A modo de conclusiones

Durante los primeros años de la guerra interna (1980-1982), el campesinado de Huanta dio su apoyo en diversos grados a SL, a partir de una asimilación propia del discurso senderista, del cual tomó la reivindicación de clase leída como reivindicación étnica y confiando en una victoria próxima, a partir de una percepción regional del Estado, que veían asociado principalmente con las Fuerzas Policiales.

1. La prédica senderista contó con la ventaja del relativo vacío de poder existente en el campo en el período post-Reforma Agraria, la ausencia de competidores políticos y una débil organización gremial del campesinado en la región.

2. La ruptura entre SL y el campesinado tuvo lugar en diferentes momentos. Se inició a fines de 1982 entre las comunidades de las alturas, precisamente las más pobres, conformadas por ex-siervos de haciendas. No existe, por tanto, correlación directa entre mayor pobreza y mayor apoyo a la violencia política. Por el contrario, la estructura tradicional de esas comunidades resultó la muralla más sólida contra la construcción de los gérmenes del "nuevo Estado" senderista, que implicaba la instalación de "comités populares", previo desmantelamiento del sistema de autoridades tradicionales y, lo que es más, la negación de los criterios consensuales para definir el perfil de las autoridades. En este aspecto, como en muchos otros, SL mostró una conducta política excluyente y un rechazo a las alianzas, que contrasta con diversos procesos revolucionarios, como por ejemplo el vietnamita, donde: "se contó con una estrategia política de aliados, que incluía a las sectas religiosas como la de los budistas, los sectores conservadores maltratados por la dictadura de Ngo Dinh Diem, apoyado por los norteamericanos" (Fitzgerald s/f).

Entre los pequeños propietarios del valle, la ruptura con SL se dio más tardíamente. Tampoco aquí funcionó la asociación entre pobreza y apoyo a la violencia pues fueron estos campesinos, con condiciones de vida relativamente mejores, quienes dieron el apoyo más sostenido a SL

por razones ya expuestas, entre las que destacan la debilidad del grupo, la amplia población escolar y los sentimientos de marginación y menosprecio, canalizados por SL, especialmente entre la juventud. Empero, luego de una década de violencia y vista la irrealidad de una victoria próxima como la que prometía SL, decidieron enfrentarlo.

3. Los senderistas que llegan a las comunidades y pagos de la provincia durante el primer periodo (1980-1982) son jóvenes universitarios y secundarios de ambos sexos, procedentes principalmente de la ciudad de Ayacucho y de los pequeños centros urbanos de la región. Centran su actividad en la prédica política, sin efectivizar acciones militares hasta 1983, en que arremeten contra las comunidades de altura. Allí, por el grado de ensañamiento y el menosprecio étnico exhibido, SL reproduce una vieja actitud colonial y de la república oligárquica frente a los iquichanos.

SL mostró un tratamiento diferente para con los pequeños propietarios independientes del valle de Huanta, tal vez por el apoyo prolongado que esos campesinos les brindaron. Empero, está también presente el sentimiento de una mayor proximidad social de los militantes senderistas con estos campesinos, entre cuyos hijos captaron miembros para el denominado "ejército guerrillero".

4. La mayoría de los CDC que se constituyeron en el área rural de Huanta, se formaron como resultado del empalme entre voluntad campesina y política contrainsurgente. En los casos en que se instalaron bajo presión exclusiva de las FFAA, no tuvieron beligerancia ni continuidad.

Los CDC en las comunidades de altura surgieron en 1983 y se mantienen hasta la fecha, sobre la base de agrupaciones multicomunales. Significaron un trastocamiento en la forma de vida y la superposición de jóvenes licenciados convertidos en comandos de defensa civil, sobre la autoridad comunal, a partir de la priorización de las tareas militares de defensa. De esa manera, el sistema tradicional de *varayoccs* dejó de funcionar. Sin embargo, los CDC hicieron posible la resistencia y frenaron el despoblamiento de las alturas. Comunidades que antes de 1980 tenían una limitada comunicación entre sí, e incluso en diversos casos guardaban una relación conflictiva —como en los casos de Purus y Chaca, Huaychao y Ccarhuahurán, Iquicha y Uchuraccay— comenzaron a coordinar acciones e incluso a agruparse multicomunalmente. En el valle, los CDC posibilitaron el fortalecimiento de la organización alrededor de la tarea común de garantizar la seguridad. Surgió así un liderazgo legitimado, que permitió la coordinación eficaz de acciones con participación plena de la población.

Aun cuando los comandos reciben instrucciones del Ejército acanto-

nado en Huanta, la presencia del Ejército durante estos últimos años (1992-1994) es esporádica; se apersonan principalmente con motivo de organizar acciones de patrullaje hacia las alturas de Razhuilca. Su principal fiscalizadora es la Asamblea General de los campesinos del pago, que los nombra y toma acuerdos sobre el conjunto de actividades de cada pago.

5. En la parte andina de la subregión Huanta, pese a los logros de los CDC, no logró cuajar una "identidad rondera" al estilo de Cajamarca (véase: Huber y Apel 1990, Starn 1991). El referente principal siguió siendo la comunidad, el pago. Los CDC surgieron de la necesidad concreta de enfrentar militarmente a SL. En el nuevo contexto de derrota senderista, los CDC tienden a ser asimilados a la normatividad comunal y a asumir otras tareas más allá de la defensa.

La perspectiva de una militarización de las comunidades no tiene sustento social. A diferencia del valle del río Apurímac, en la sierra no existe la posibilidad de subvencionar a los comandos. El ejercicio del cargo ha sido reducido más bien a seis meses, por exigencia de ellos mismos, apremiados por sus quehaceres productivos.

6. La década de violencia política motivó el desplazamiento de más del 60% de la población de las comunidades de las alturas, una importante migración juvenil de los pagos del valle y las laderas, produciéndose un acelerado proceso de incorporación al mercado, en especial de los quichas, como no había ocurrido en lo que va del siglo. A partir de 1992, esos desplazados se organizaron para planificar un retorno, que muchos comenzaron a efectivizar a partir de 1993. Empero, la tendencia predominante es a permanecer en "un ir y venir" entre la comunidad y la ciudad. Los que retornan de modo permanente son aquellas familias que se desplazaron a las concentraciones multicomunales dentro del espacio de las punas. Pero aún en esos casos, el nuevo patrón de asentamiento es de concentraciones poblacionales semiurbanas.

Entre los campesinos del valle, el desplazamiento generalmente se dio dentro del área de su pago, abandonando su patrón de asentamiento disperso para concentrarse en bases semiurbanas, que en varios casos han logrado una planificación urbana y quedarán como tales —vg. Quinrapa, Huancayocc, Ischpico— perfilando una tendencia de urbanización del valle de Huanta.

44. Los campesinos que contribuyeron decisivamente a nivel regional para ganar la guerra contra SL, esperan con expectativa la atención por parte del Estado con proyectos de desarrollo integral, en la medida en que

los problemas de pobreza y carencia de servicios siguen irresueltos y en muchos casos, particularmente en las comunidades de altura, dramáticamente agudizados con la presencia de huérfanos, viudas, pueblos en escombros.

45. Los CDC han logrado una mayor presencia campesina en el poder local que, dicho sea de paso, sufre una crisis de liderazgo luego de 13 años de ejercicio de los Comandos Político-Militares. Estaría abierta la reconfiguración de estas instancias de poder con una presencia campesina institucionalizada. Empero, en caso de no satisfacerse las reivindicaciones campesinas, se abriría el camino a nuevos conflictos post-SL, con la particularidad de que el actual liderazgo campesino de bases, busca mantenerse al margen del discurso político-partidario.

El desarrollo de estas u otras tendencias está estrechamente relacionado al proceso político nacional: si se amplían las tendencias hacia una institucionalización democrática o se consolidan las tendencias autoritarias que exhibe el actual régimen.

EPÍLOGO

Entre julio de 1994 y julio de 1995, la situación de Ayacucho está marcada por el tránsito a la post-guerra, el descenso sustantivo del accionar senderista y la sensación de que lo peor ya pasó. En este nuevo clima, algunas acciones de SL que no revistieron las características de las llamadas “olas”⁴³ no afectaron las elecciones generales de abril de 1995, ni impidieron las marchas de retorno de las comunidades.

Los miembros de los Comités de Defensa Civil (hoy denominados de Autodefensa) se integran cada vez más a sus tareas productivas con el afán de reconstruir su economía familiar y comunal. Los CDC de cada base se articulan a la dinámica comunal: elección de cargos, fiscalización, apoyo en la organización de faenas en coordinación con el presidente y el tenien-

43. Es decir, acciones convergentes y de envergadura creciente. Sin estas características, se produjeron incursiones senderistas alrededor de la fecha de las elecciones generales y del aniversario del inicio de la lucha armada (18 de mayo): el 7 de abril SL atacó la comunidad de Pampa Ccoris y asesinó a dos ronderos; el 17 de abril “ejecutó” a dos comerciantes en Allccomachay; el 20 de mayo incursionó en la comunidad de Chincho (Angaraes), próxima a la ciudad de Huanta. Por esos días interceptó también algunos vehículos en la ruta al río Apurímac.

te gobernador, acompañamiento en gestiones ante las instancias estatales y ONG en la ciudad, efectivización de sanciones decididas por las autoridades o la asamblea comunal. La excepción son las Sedes Centrales de los CDC, generalmente ubicadas en las capitales de distrito. Allí, la presencia de bases del Ejército y de los directivos de la sede central de autodefensa, en estrecha alianza, favorecen una relación vertical con los CDC dependientes de cada sede, exigiéndoles jornadas de trabajo gratuito para la realización de obras en la capital distrital o sede; la entrega de cupos de ganado ovino etc. Pero se vuelven ya notorias diversas formas de resistencia frente a esta relación de dominación: disminución de la concurrencia a las concentraciones dominicales, discusiones sobre el número de faenas en la sede, fecha de las mismas, etc. Está planteada, pues, la modificación de esta relación que, en el contexto de recuperación de la paz, aparece cada vez más insostenible.

No cuajó, pues, en la provincia, una “identidad rondera” al estilo de Cajamarca (véase Starn 1991, Huber y Apel 1990). El referente principal sigue siendo la comunidad. Tampoco los CDC han avanzado hacia una especialización militar dentro de las comunidades. Empero, los comuneros no aceptan su disolución, porque los CDC ayudan a mantener el orden público apoyando a la autoridad comunal, especialmente en las comunidades retornantes⁴⁴. Lo procedente sería la institucionalización de las funciones que vienen cumpliendo los CDC, convirtiéndolos en una suerte de Policía Rural, paulatinamente incorporados dentro de la administración municipal.

El otro gran cambio en las zonas rurales de Huanta es el retorno, que se ha incrementado hasta adquirir características cuasi masivas. Según el Programa de Apoyo al Repoblamiento (PAR), durante 1994 se registraron 1,596 familias retornantes, ya la fecha —agosto de 1995— exceden las 2,000 (IPAZ), involucrando una población total de aproximadamente 10,000 personas, que corresponden a más de 65 comunidades: 25 del distrito de Huanta, 12 de Santillana y 28 de Ayahuanco. Como parte de esta tendencia, en octubre de 1994 los comuneros de Culluchacha retornaron finalmente a sus tierras, luego de observar que los vecinos de Iquicha y Uchuraccay habían retornado sin problemas de seguridad. Los cullucha-

44. Los delegados de las comunidades retornantes de las provincias de Huanta, La Mar, Vilcashuamán, Cangallo y Huamanga, asistentes al “Primer Seminario sobre Poblaciones Desplazadas” realizado en Ayacucho del 28 al 30 de octubre de 1994, rechazaron unánimemente la posibilidad de desarmar a los CDC.

quinos retornaron pese a haber hecho una serie de construcciones en Mororo, considerando que la recuperación y ampliación de sus condiciones económicas sólo era factible volviendo a la comunidad. Con el apoyo de una ONG están reintroduciendo nuevamente hatos de alpaca.

El retorno tiende a consolidarse pese a las dificultades y a las múltiples carencias. Los retornantes demandan la construcción de carreteras, pequeñas irrigaciones e infraestructura social mínima: escuelas, postas médicas y locales comunales; asimismo, la implementación de proyectos productivos agrícolas, ganaderos, artesanales y de transformación primaria (deshidratación de productos y otros). Paralelamente, exigen el ejercicio de ciudadanía, que vinculan con su nuevo patrón de asentamiento semiurbano y con su condición de combatientes contra la subversión senderista.

Es preciso señalar que esta población retornante alterna su actividad agropecuaria central en la comunidad con períodos en la ciudad para completar sus ingresos familiares. Hasta hace poco viajaban también hacia el valle del Apurímac. Sin embargo, debido a la caída del precio de la hoja de coca, el valle se ha convertido antes bien en una zona de expulsión de población hacia las ciudades y las comunidades altoandinas.

En conjunto, se han dinamizado las relaciones campo-ciudad, pese a las clamorosas desventajas del campesinado para competir en el mercado en las condiciones actuales, dadas por una política arancelaria que privilegia las importaciones de productos alimenticios subsidiados en sus países de origen, la falta de crédito agrario, el virtual abandono de las tareas de capacitación e investigación por parte del Ministerio de Agricultura. Enfrentando las desventajas y en coordinación con diversas ONG, los comuneros —especialmente los retornantes— vienen impulsando proyectos de desarrollo microrregional⁴⁵.

Nuestro trabajo terminaba afirmando que, o bien se institucionalizaba la participación campesina —incluidos los CDC— en los gobiernos locales y se impulsaban proyectos de desarrollo, o se abrían las puertas al surgimiento de nuevos conflictos post-Sendero. El desenlace dependería mucho, decíamos, de la evolución de las tendencias políticas a nivel nacional: si se impulsaba un proceso de institucionalización democrática o se consolidaban las tendencias autoritarias del régimen vigente en 1994.

Pues bien, se ha producido la reelección de Fujimori con la probable

45. Por ejemplo, el PIAR, Proyecto Interinstitucional de Apoyo al Repoblamiento, proyecto de desarrollo microrregional de las comunidades retornantes de la zona altoandina de los distritos de Huanta, Santillana y Tambo.

consolidación de las tendencias autoritarias, pero aún es temprano para precisar la actitud política del campesinado, salvo el caso de un sector de colonos del río Apurímac, cuyo portavoz, el presidente de la Federación de Productores de Hoja de Coca, Hugo Huillca, afirmaba que: “esas mismas armas que combatieron a Sendero podrían dirigirse hacia el Estado, empleados de ENACO, policías?”⁴⁶ para presionar por la inmediata ejecución de programas de cultivo alternativos.

Empero, hasta el momento la opción predominante es la migración desde el río Apurímac hacia las ciudades y los valles interandinos (San Miguel, Huanta), actitud a la que se incorporan destacados comandantes de los CDC como Pompeyo Rivera, más conocido por el apelativo de Huayhuaco, Teodoro Ccollana Sulca (Culanto), Fernando Auqui (Tunchi), así como los conocidos por los seudónimos de Ccarccacha, Ccero, Rayo, Tata, Aucasimi, que piden acogerse a la Ley de Amnistía⁴⁷ para poder trasladarse a la ciudad, porque manifiestan que sólo se están alimentando “de yuca y *pitus* y que la selva está para correrse”⁴⁸. Más que la posibilidad de una acción organizada prima, pues, la búsqueda de salidas individuales.

Podría temerse que de ahora en adelante, si no se ejecutan programas de emergencia (alimentación, salud) y proyectos de cultivos alternativos, los miembros de los CDC tengan una conducta más permisiva frente a las columnas de SL que transiten por su zona y/o desarrollen formas de violencia delictiva. Pero la experiencia de la guerra sucia, a diferencia del caso boliviano por ejemplo, ha sido tan traumática, que hoy no hay valor máspreciado que la paz y la preservación de la vida, aún en las condiciones más precarias, con la esperanza de superarlas más adelante. Los campesinos intuyen que cualquier protesta organizada contra las medidas del gobierno puede ser calificada de subversiva, senderista, de tal manera que la tendencia central, en especial en las comunidades altoandinas, es a concentrarse en la reconstrucción y gestionar ante el Estado y ONG apoyo para la construcción de infraestructura vial, productiva y de servicios. Así también, los campesinos demandan derechos ciudadanos: participación en los gobiernos locales, la instalación de Concejos Menores y en diversos casos la distritalización. Asimismo, solicitan la efectivización del Servicio Mili-

46. Entrevista de Francisco Mattos a Hugo Huillca, en: *La República*, Lima 13.8.95:2.

47. Ley N° 26479 del 14 de junio de 1995.

48. Entrevista concedida en las inmediaciones del poblado de Santa Rosa a los reporteros del periódico ayacuchano *La Calle*, 19.7.95:3.

tar Obligatorio en los CDC de sus propias comunidades. Exigen además, con particular énfasis, la autoadministración de sus Registros Civiles, elección de jueces de Paz, en fin, ser reconocidos en el ejercicio pleno de sus derechos políticos y dejar de ser considerados ciudadanos de segunda clase, como la forma efectiva de lograr una paz duradera.

Huanta, agosto de 1995

BIBLIOGRAFÍA

ANSIÓN, Juan

1989 *Pishtacos, de verdugos a sacaojos*, Tarea, Lima.

ARROYO, Abilio

1985 "Tres horas con Sendero en Huanta", *Caretas*, 11 de febrero, pp. 22-25.

AUQUI TERRES, Moisés

1987 *La Reforma Agraria en Huanta*, tesis para optar el título de Licenciado en Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, Ayacucho.

BELLEZA, Víctor

1993 *Subsistencia, producción y desarrollo en contexto de violencia*, CONEP, Lima.

CÁRDENAS VELASQUEZ, Abilio

1979 *Análisis socio-económico de los campesinos parcelarios del valle de Huanta*, tesis para optar el título de licenciado en Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, Ayacucho.

CASTILLO, Aracelio

1972 *El movimiento popular de junio de 1969 (Huanta y Huamanga, Ayacucho)*, tesis para optar el grado de Doctor en Sociología, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

CASTILLO, David

1971 *Desintegración del latifundio de Cangari*, tesis para optar el título de Antropólogo, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, Ayacucho.

CASTILLO, Oscar

1993 *Vida cotidiana y seguridad pública*, IEP, Lima.

CAVERO, Luis

1953 *Monografía de la Provincia de Huanta*, t. I y II, Lima, Huancayo.

CORDE-Ayacucho

1988 *Anuario Estadístico*, Ayacucho.

CORONEL AGUIRRE, José

1972 *Estudio socioeconómico de la comunidad de Ocana*, Informe de Campo para optar el grado de Bachiller en Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, Ayacucho.

1978 *Efectos de la Reforma Agraria en la comunidad campesina de Ocana*, Informe de investigaciones, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, Ayacucho.

1979 *Efectos de la Reforma Agraria en Huanta*. Informe de campo. Departamento de Ciencias Histórico-Sociales, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, Ayacucho.

1983 "Pugnas por el poder local. Don Manuel J. Urbina y la creación del colegio 'González Vigil', en: *González Vigil. Libro Jubilar 1933-1983*; González Vigil/Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga editores, Huanta, pp. 217-240.

CORONEL, José y otros

1990 *Estudio comparativo de comunidades alto-andinas*, FOMCIENCIAS, Lima.

CORONEL, José y Carlos LOAYZA

1992 "Violencia política, formas de respuesta comunera en Ayacucho", en: *Perú: el problema agrario en debate*, SEPIA IV, UNAP/SEPIA, Lima, pp. 509-538.

COMISIÓN ESPECIAL DEL SENADO DE LA REPÚBLICA

1989 *Violencia y pacificación*, DESCO/Comisión Andina de Juristas, Lima.

1992 *Violencia y pacificación en 1991*, Lima.

CHÁVEZ DE PAZ, Dennis

1989 *Juventud y terrorismo*, IEP, Lima.

DEGREGORI, Carlos Iván

- 1990 *El surgimiento de Sendero Luminoso, Ayacucho 1969-1979*. IEP, Lima.
- 1991 "Jóvenes y campesinos ante la violencia política: Ayacucho 1980-1983", en: *Poder y violencia en los Andes*, Enrique Urbano (comp.), CERA Bartolomé de las Casas, Cusco, pp. 395-417.

DEGREGORI, Carlos Iván y Carlos RIVERA PAZ

- 1993 *Perú 1980-1993: Fuerzas Armadas, subversión, y democracia*, IEP, Lima.

DESCO

- 1989 *Violencia política en el Perú 1980-1982*, tomo I, DESCO, Lima.

FAVRE, Henri

- 1984 "Perú: Sendero Luminoso y horizontes oscuros", *Quehacer*, N° 31, Lima, pp. 25-34.

FITZGERALD, Frances

- s/f *El lago en llamas*, facsímil, pp. 257 y ss.

GORRITI, Gustavo

- 1990 *Sendero, historia de la guerra milenaria en el Perú*, Ed. Apoyo, Lima.

GONZALES, Raul

- 1982 "Ayacucho: por los caminos de Sendero", *Quehacer*, N° 19, Lima, pp 38-62.
- 1990 "La verdadera crisis de Sendero Luminoso", *Quehacer*, N° 64, Lima, pp 8-15.

HUBER, Ludwig y Karin APEL

- 1990 "Comunidades y rondas campesinas en Piura", en: *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos* vol. 19(1), IFEA, Lima, pp. 165-182.

HUSSON, Patrick

- 1992 *De la guerra a la rebelión. (Huanta, siglo XIX)*, CBC/IFEA, Lima-Cusco.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA E INFORMÁTICA (INEI)

- 1994 Censos Nacionales 1993, IX de Población, IV de Vivienda, Departamento de Ayacucho, t. 1-4, INEI, Lima.

LUJÁN M., Cipriano

- 1981 *La pequeña propiedad en Cangari*, tesis para optar el título de licenciado en Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, Ayacucho.

MAYER, Enrique

- 1991 "Peru in Deep Trouble: Mario Vargas Llosa's 'Inquest in the Andes' Reexamined", en: George E. Marcus edit., *Rereading Cultural Anthropology*, Duke University Press, Durham, pp. 181-219.

MANRIQUE, Nelson

- 1989 "La década de la violencia", *Márgenes*, N° 5/6, Casa de Estudios del Socialismo Sur, Lima.

PARTIDO COMUNISTA DEL PERÚ-SENDERO LUMINOSO

- 1988 "Bases de discusión del PCP. Línea militar. Sendero y el Ejército Guerrillero Popular. Estrategia y táctica para la toma del poder" en: *El Diario, suplemento especial*, Lima, 8 de enero.
- 1991 *¡Que el equilibrio estratégico remezca más el país!*, mimeo.

PULGAR VIDAL, Javier

- s/f *Geografía del Perú: las ocho regiones naturales del Perú*, UNMSM, Lima.

REGIÓN AGRARIA XVIII

- 1982 *Registro de áreas de adjudicación por modalidad*, Ayacucho.

RÉNIQUE, José Luis

- 1992 "Violencia y democracia en la sierra sur del Perú: Puno en la era post-velasquista", en *Perú: problema agrario en debate*, SEPIA IV, UNAP/SEPIA, Lima, pp. 441-458.

SÁNCHEZ, Simón Enrique

- 1984 *Huanta, Ayacucho, Huancavelica en la cuarta etapa de la Breña*, 1883, Municipalidad de San Juan de Lurigancho, Lima.

SMITH, Michael

- 1992 *Entre dos fuegos, ONG, desarrollo rural y violencia política*, IEP, Lima.

SOSA, Magno

- 1990 "Ronda fatal", en: *Sí, semanario de actualidad*, N° 189, 30 de setiembre.

STARN, Orin

- 1991 *Con los llanques todo barro. Reflexiones sobre rondas campesinas, protesta rural y nuevos movimientos sociales*, IEP, Lima.
- 1993 "La resistencia de Huanta", *Quehacer*, N° 84, Lima.

UNIDAD AGRARIA DEPARTAMENTAL XVIII

- 1988 *Directorio de comunidades campesinas del departamento de Ayacucho*, Ayacucho.

VARGAS LLOSA, Mario, Abraham GUZMÁN y Mario CASTRO

- 1983 *Informe de la comisión investigadora de los sucesos de Uchuraccay*, Editora Perú, Lima.

VERGARA, Abilio

- 1985 "Culluchaca: algunos elementos sobre la ideología comunal", en *Comunidades Campesinas en Ayacucho*, IER "José María Arguedas"/CCTA, Cusco.
- 1983 "La Sub-Región Huanta. Apuntes para su comprensión", en: *Libro Jubilar del Colegio Nacional González Vigil*, Huanta, pp. 125-177.

III

TIEMPOS DE GUERRA Y DE DIOSES

Ronderos, evangélicos y senderistas en el valle del río Apurímac

Ponciano del Pino

A mis padres, Félix y Nico, quienes supieron apoyarme y comprender los malos ratos que ocasionaban mis viajes al campo.

*Introducción*¹

Han pasado quince años desde que el Partido Comunista del Perú, conocido como "Sendero Luminoso" (SL), diera inicio a uno de los períodos más sangrientos de nuestra historia. Un período de violencia política cruel y sin perspectivas, que dejó como saldo miles de muertos, pueblos abandonados, cientos de huérfanos, ingentes daños materiales.

Desde que SL desatara la violencia en 1980, el proceso de la guerra no tuvo un solo cauce. Las respuestas del Estado y de la sociedad variaron en

1. No hubiese sido posible esta investigación sin el apoyo de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga (UNSCH) y el Instituto de Estudios Peruanos (IEP). Mi agradecimiento a ambas instituciones. El tema se fue perfilando y definiendo gracias a las conversaciones con Carlos Iván Degregori. Jaime Urrutia nos acompañó a lo largo de la investigación. Se sumaron a ellos Romeo Grompone, Luis Miguel Glave, Carlos Monge: y Hortencia Muñoz, quienes en las sucesivas reuniones del "Taller sobre Conflicto y Solución de Conflictos en el Perú" me ofrecieron sugerencias y me motivaron para continuar. También mi reconocimiento a Pablo Rojas, por su ayuda invaluable para esclarecer muchos hechos y procesos de la guerra. La lectura de la versión preliminar estuvo a cargo de Carlos Iván Degregori y Jaime Urrutia, de quienes recibimos valiosas sugerencias. Se sumó a ellos la pasión crítica de Jürgen Golte. Esperamos que todos estos aportes se vean reflejados en el texto; de no ser así, la responsabilidad es enteramente mía. Por último, un especial reconocimiento a María del Carmen Portillo, por su apoyo permanente desde el SEPIA.

el tiempo y en el espacio. El presente trabajo trata de analizar la complejidad de la guerra en un espacio determinado, el valle del río Apurímac, que corre por el extremo nor oriental del departamento de Ayacucho, cruzando las provincias de La Mar y Huanta (ver mapa 1). Queremos evaluar allí las acciones de SL, del Estado y sus fuerzas contrainsurgentes, así como las respuestas de la población civil, que muchas veces fue objeto del encono, tanto de SL como de las Fuerzas Armadas (FFAA) y Policiales (FFPP).

Son muchas las razones que nos llevaron a estudiar el valle del río Apurímac. Por un lado, al iniciarse la guerra y ya desde la década de 1960 el valle se había convertido en el único polo rural dinámico de todo el departamento (Degregori 1986). Por otro lado, allí se organizaron los primeros Comités de Defensa Civil (CDC), entre ellos las rondas de Pichiwilca, prototipo de estas organizaciones, que alcanzaron un alto grado de cohesión y de eficiencia militar en la lucha contra SL. A fines de 1991, Ayacucho llegó a contar con aproximadamente 836 comunidades organizadas en CDC. De ellas, 280 correspondían al valle del río Apurímac y tenían bajo su control el 95% del valle. Yen 1994, el Comando Conjunto de las FFAA registraba para Ayacucho 1,564 Comités de Autodefensa Civil, con 61,450 rondes organizados y 5,583 armas distribuidas, de un total nacional de 4,205 Comités, 235,465 integrantes y 16,196 armas (véase anexo 1).

Por otro lado, en el Apurímac las iglesias evangélicas, especialmente las pentecostales, han jugado un papel muy importante en la lucha contra SL. En una realidad social plagada de pobreza y enfermedades, entre una población de migrantes andinos, en parte desarraigada de sus antiguas comunidades, en medio de la violencia, los evangélicos recrearon horizontes utópicos. Desde 1984 la Iglesia Evangélica Pentecostal comenzó a crecer con gran fuerza. Su mensaje: se vivían tiempos apocalípticos, vísperas de la segunda venida del Espíritu Santo. Era necesario y urgente "elegir el camino de la vida", el "verdadero cristianismo" para asegurar la salvación y la vida eterna. Para SL resultó muy difícil doblegar a estas comunidades, por lo que procedió a combatirlos. Los evangélicos elaboraron entonces una respuesta ideológica, que se tradujo en acción práctica: para el juicio final, la tierra debía quedar limpia de "demoniacos". Por eso era necesario, bajo la protección de Dios, luchar contra las fuerzas del mal. De esta forma, la represión sangrienta de SL encontró como respuesta la acción armada de los evangélicos y la guerra política se convirtió en cierta medida en guerra religiosa, pues los evangélicos no se imaginaban combatiendo contra un enemigo común y corriente, sino contra el propio Anticristo.

Finalmente, otro sector importante de la población vio en la coca y el narcotráfico un escape a la pobreza y la desidia del Estado: una esperanza material. Debido a la violencia, el colapso del transporte terrestre y el derrumbe de los precios de los principales productos —café, cacao, cube— la economía del valle se centró en el cultivo de la coca y el procesamiento de la pasta básica de cocaína.

Al mismo tiempo, entre 1985 y 1987 la indiferencia del Estado y las FFAA frente a las matanzas de ronderos a manos de SL, llevaron a los CDC a establecer alianzas con el narcotráfico, a cambio de armas y recursos, con los cuales a la vez que derrotaron a los grupos armados, mantuvieron "limpia" la zona de la presencia de policías y militares. En medio de las adversidades de la guerra y la pobreza surgió esta alianza peligrosa entre ronderos, cocaleros y narcotraficantes, en la cual estos últimos terminaron financiando la lucha contra SL. Un escenario muy diferente al del Alto Huallaga, donde, con otra disposición de actores, el narcotráfico financió la subversión (véase González 1987, Gonzales 1989).

Se puede decir, entonces, que los CDC constituyeron el lugar de encuentro entre los menesterosos de Cristo y los "ricos" de la coca. Pero sólo un pequeño sector disfrutó de los dólares, mientras la gran mayoría siguió viviendo en condiciones bastante difíciles, con alarmantes problemas de subsistencia y de salud, en un contexto social violento y profundamente complejo.

Con el sustento económico del narcotráfico, con un ejército propio y una religión capaz de "alcanzar lo imposible", en medio de la guerra se produjo un proceso de autonomización relativa del valle en relación al Estado. Alrededor de los CDC los habitantes construyeron sociedad, identidad y autonomía, pero con un perfil mucho más ambiguo y contradictorio del que las ciencias sociales otorgan por lo general a los movimientos sociales.

Este es, en resumen, el argumento central que se desarrolla a lo largo del presente trabajo, que está dividido en cuatro partes. En la primera se esbozan los antecedentes históricos de la colonización, la economía y el proceso religioso del valle. La segunda parte muestra el desarrollo de la violencia, buscando distinguir períodos en la acción armada de senderistas, soldados y ronderos. En la tercera parte se da cuenta de la "Guerra Santa" y de la alianza que establecen ronderos y narcotraficantes. Finalmente, proponemos la tesis sobre el proceso de autonomización relativa de la zona, que cuestiona la imagen de los CDC como simples "defensores" del Estado.

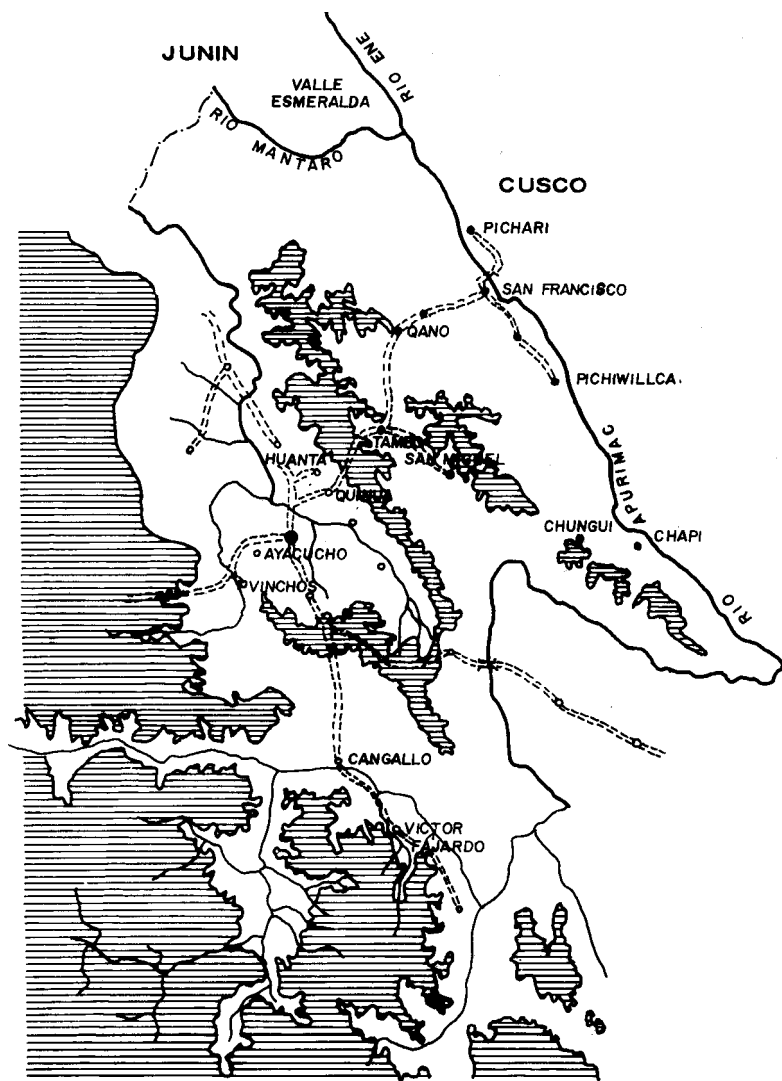
Realizamos el trabajo de campo desde inicios de 1992 hasta mediados de 1993. Por los riesgos que en aquel entonces suponía la violencia de SL, por las sospechas del ejército, la policía y de los mismos comités de auto-defensa, nuestra permanencia en el valle era intermitente, con frecuentes viajes cortos a la zona. Las entrevistas y la observación participante fueron nuestras principales herramientas metodológicas. Pero por la situación ya descrita, muchas entrevistas fueron informales, muy rápidas y sin la necesaria profundidad. La desconfianza rondaba en todos, era imposible buscar una muestra representativa. A pesar de ello, en algunos casos logramos realizar conversaciones detenidas y entrevistamos a algunos de los principales protagonistas en más de una oportunidad. También por la situación de violencia, en varias oportunidades citamos testimonios sin mencionar el nombre de los entrevistados o utilizamos seudónimos. Las fuentes de cifras de muertos y atentados en las que no se señalen las fuentes son información que recogimos en nuestras visitas a la zona. Así mismo, muchas fechas no se precisan con exactitud en el texto porque en la memoria de la gente entrevistada la fecha no es el punto más importante o más recordado.

A pesar del tiempo transcurrido, hemos querido mantener el texto con variaciones mínimas, no sólo porque fue escrito en una época de definiciones, sino porque en él se pueden advertir las tensiones de quienes vivíamos esta experiencia desde Ayacucho. Las angustias y las esperanzas de un proceso que no sólo intentábamos explicar, sino que vivíamos cotidianamente. Por lo mismo, muchos hechos no son otros que nuestras propias experiencias. Al final, incluimos un epílogo para dar cuenta sucinta de lo sucedido en los últimos dos años.

I. PROCESO HISTÓRICO DEL VALLE DEL RÍO APURÍMAC

El valle del río Apurímac está ubicado en la frontera entre los departamentos de Ayacucho, Cusco y Junín (ver mapa 1). Tiene un área aproximada de 930,000 has. que se ubican entre los 400 y 2,500 msnm. El clima es tropical, cálido y húmedo, con temperaturas medias que varían entre 22 y 28° C. Verdor y espesa vegetación adornan el panorama a lo largo del valle, encontrándose pequeñas planicies, apropiadas para la agricultura permanente. Las partes altas se caracterizan por falderías y pendientes, quebradas por innumerables riachuelos tributarios del río Apurímac.

MAPA 1
REGION HUAMANGA



Por su margen izquierda, el valle comprende el distrito de Sivia en la provincia de Huanta; y los distritos de Chungui, Anca, San Miguel, Santa Rosa y Ayna-San Francisco en la provincia de La Mar, ambas pertenecientes a Ayacucho. Por la margen derecha se encuentran los distritos de Vilcabamba y Quimbiri, de la provincia de La Convención (Cusco).

Según el censo de 1981 el valle tenía una población aproximada de 40,000 habitantes, el 60% de ellos ubicados en la margen izquierda y poco más del 11 % en las zonas urbanas. El centro poblado más importante del valle era y sigue siendo el puerto de San Francisco (ver mapa 1). En 1987, de acuerdo al Plan de Desarrollo Microrregional del Valle del Río Apurímac, la población superaba los 70,000 habitantes. Dada la masiva migración de las alturas hacia el valle y el creciente comercio de los últimos años, la población de acuerdo al censo nacional de 1993 bordea los 100,000 habitantes (véase cuadro 1). La población de los distritos por los cuales transcurre el río Apurímac sumaba 111,102 habitantes en 1993 ².

Cuadro 1
Distritos del ámbito del valle del río Apurímac

Distritos	Población total	Superficie Km2
Valle del río Apurímac	111,102	4,024.44
A. Margen izquierda	72,014	1753.37
Provincia de Huanta		
Dist. Sivia	18,001	535.09
Provincia de La Mar		
Dist. Ayna-San Francisco	8,607	480.34
Dist. Santa Rosa	9,930	260.07
Dist. San Miguel	19,520	180.00
Dist. Anco	11,618	155.96
Dist. Chungui	4,338	141.91
B. Margen derecha	39,088	2,271.07
Provincia de La Convención		
Dist. Quimbiri	26,594	1,863.79
Dist. Vilcabamba	12,494	407.28

Fuente: INEI 1994.

2. Sin embargo, tres de esos distritos —San Miguel, Anco y Chungui— abarcan sierra y ceja de selva, por lo cual no es posible consignar la población exacta del valle.

I. El proceso de colonización y la economía del valle

El valle del río Apurímac estuvo poblado originalmente por los asháninkas o *campas*, cazadores y recolectores que practicaban una agricultura de tala y roza. A principios del siglo XVII, los jesuitas iniciaron la colonización de la zona. Aliado de su labor evangelizadora, desarrollaron actividades agrícolas y ganaderas.

Históricamente el valle fue un centro productor de hoja de coca³. Pero es recién entre mediados y fines del siglo XIX, cuando se incrementa la exportación de coca y aguardiente de caña, que el valle comienza a adquirir importancia y atractivo para las poblaciones serranas de Ayacucho. Por esos años, las noticias sobre el fértil y hermoso valle atrajeron a célebres expedicionarios —Gastelú, Samanez, Raimondi, Portillo, Ruiz Fowler, entre otros— cuyos escritos hablan de las excelentes condiciones para promover la colonización.

En la segunda mitad del S.XIX se asentaron allí los primeros colonos serranos provenientes de Huanta. Entre fines del siglo pasado y el primer tercio del presente, tuvo lugar la primera oleada migratoria importante. La colonización abarcó inicialmente el distrito de Ayna, en la provincia de Huanta; posteriormente se extendió a zonas de Anco y Chungui en la provincia de La Mar. Conforme el proceso colonizador se fue ampliando, se desplazaron también comuneros de San Miguel y Tambo, más próximos a la ceja de selva (ver mapa 1).

Esta oleada migratoria recibió respaldo legal de sucesivos gobiernos. En 1899, el de Nicolás de Piérola promulgó la Ley de Tierras de Montaña; una década después, en 1909, el primer gobierno de Leguía promulgó la Ley de Terrenos de Montaña Nro. 1220. En aplicación de esta norma

3. Demetrio O'Higgins (1953) ratificó la propiedad de más de 100 "haciendas" cocaleras en la selva de Huanta en 1799; el mismo Intendente comprobó la existencia en Ancco y Chungui, de "más de setecientas haciendas cocaleras". La cifra más concienzuda para 1826, indica más de 170 haciendas cocaleras a lo largo de la ceja de selva controladas por los iquichanos, campesinos de las alturas de Huanta. Hay que anotar que en ese entonces "hacienda" era sinónimo de propiedad, sin tener en cuenta el tamaño o las relaciones de trabajo existentes en su interior. Sin embargo, para mediados del siglo XIX, Raimondi registraba dos importantes haciendas en la margen izquierda, en la provincia de Huanta: Santa Catalina y Monterrico, con grandes sembríos de coca y caña de azúcar.

4. Para el proceso de colonización del valle, véase: Montero Y otros 1972; Araujo 1976, Araujo y Arguedas 1982.

fue instalada en Ayna la oficina de "Delegación de Tierras de Montaña", a la cual acudían los colonizadores serranos para legalizar la posesión de las tierras apropiadas; convirtiéndose así en propietarios libres. Sin embargo, el proceso colonizador se daba muy lentamente, debido a la dureza del clima y a las enfermedades. La migración era mayoritariamente temporal. Los migrantes, sobre todo varones, continuaban vinculados a su parentela y a sus obligaciones comunales, conservando sus referentes culturales.

Al mismo tiempo, en el valle se establecieron también grandes propietarios, quienes llegaron a ocupar enormes extensiones de las mejores tierras, a costa muchas veces de los asháninkas y de los pequeños parcelarios. Aparecieron así las primeras haciendas, caracterizadas por ser la prolongación del latifundio serrano. La mano de obra estaba conformada básicamente por peones trasladados de las haciendas serranas, pues en muchos casos los propietarios de haciendas en el valle mantenían sus propiedades en las alturas de Huanta y Tambo. En otros casos, se explotaba la fuerza de trabajo de la población nativa.

El cultivo más importante en el valle era siempre la coca, producida con fines comerciales dada la demanda de los campesinos de la sierra. En la segunda década del presente siglo, de modo paralelo a la consolidación del gamonalismo, tuvo lugar el auge de la caña de azúcar, pues los terratenientes serranos demandaban el aguardiente, que, junto con la coca, eran consumidos en las comunidades y haciendas serranas donde el peón recibía estos productos a cambio de su trabajo.

Según Ruiz Fowler (1924), hacia 1907 la población del valle era de unos 3,000 habitantes. Existían 911 has. sembradas de coca. Seguía en importancia la caña, con unas 135 has. Luego venían los frutales, el café y otros productos, con unas 1,000 has. en total. Hasta mediados de siglo los arrieros transportaban al valle alimentos, cereales, carne, ropa y utensilios como ollas, tazas, lámparas, machetes. Por su parte, los campesinos de las alturas bajaban hasta los trapiches de las haciendas a trocar productos de panllevar por hojas de coca y aguardiente. Por esos mismos años, la feria semanal más importante era la de Tambo, en la cual la coca cumplía función mediadora en el intercambio. A medida que fue avanzando la carretera, los arrieros fueron desplazados progresivamente, incrementándose en cambio las ferias semanales.

Desde la década de 1940 se introdujo en el valle el cube, de cuya raíz se extrae el barbasco, sustancia venenosa empleada en la fabricación de insecticidas. El cube adquirió importancia en el mercado internacional y en la zona llegó a tener acogida sobre todo entre los grandes propietarios. La

hacienda Teresita, la más grande del valle (3,000 has.), producía el cube casi como monocultivo, mientras que otras, como Luisiana, lo complementaban con la caña de azúcar. En el *boom* del cube, la hacienda Teresita del evangélico Eduardo Risco, llegó a emplear entre 800 a 1,000 peones y 200 arrieros. En los primeros años de la década de 1950 se construyeron tres aeropuertos en el valle. El primero en la hacienda Teresita, frente al puerto de San Francisco. El segundo en la hacienda Luisiana y el tercero en Sivia, en terrenos de los misioneros franciscanos.

Hacia mediados de la década de 1960, el auge del cube llegó a su fin. Se inició entonces el *boom* del café, cultivo introducido hacia 1930 pero cuya importancia creció con el alza de precios en el mercado internacional y el apoyo del Banco de Fomento Agropecuario, llegando a ubicarse el Perú como tercer productor mundial. El auge del café tuvo implicancias notables en la economía y la organización social del valle, pues supuso una migración masiva de campesinos serranos. La expansión del cultivo requería una mayor cantidad de mano de obra. En las comunidades serranas aparecieron los enganchadores, que buscaban asegurar fuerza de trabajo campesina por medio de adelantos en dinero. A veces el enganchado ganaba un jornal, a veces trabajaba a destajo. En otras zonas, como Chungui, los campesinos recibían cacao y maní a cambio de su trabajo. Mientras los colonos de la etapa inicial interactuaban con sus lugares de origen, los más recientes se establecían definitivamente en el valle y construían sus residencias al lado de sus parcelas, ocupándolas con toda su familia.

La intensa migración generó nuevas demandas de tierras, particularmente en las partes bajas de las áreas de colonización. Sin ningún tipo de planificación ni control estatal se ocuparon tierras "libres". La colonización desbordó hacia la margen derecha, produciéndose algunas invasiones de tierras de haciendas. Entre 1965 y 1970 se dio la mayor afluencia de migrantes, que en los años siguientes tomaron tierras en algunas zonas, basándose en la Ley de Reforma Agraria de 1969. Frente al temor de las invasiones, algunos hacendados optaron por vender sus propiedades.

El crecimiento económico y comercial del valle fue además favorecido con la construcción de la carretera Ayacucho-Tambo-San Francisco, concluida en 1964. La carretera no sólo influyó en la formación de nuevos centros poblados y en la multiplicación de las ferias, sino que generalizó el intercambio monetario en reemplazo del trueque. Llegaron acompañando a los primeros carros una multitud de pequeños comerciantes y mercachifles.

Así, a la migración campesina se sumó la entrada de medianos y pequeños comerciantes. A éstos se sumaron después grandes comerciantes

provenientes de Ayacucho, Junín y Lima. Ellos construyeron sus casas-bodegas en los nuevos poblados. Tiendas bien surtidas en las cuales ofrecían productos de farmacia, bazar, zapatería, insecticidas y alimentos. Los grandes comerciantes introdujeron el sistema del "adelanto", que consistía en entregar dinero y productos manufacturados —ropa, alimentos y medicinas— a los campesinos que, endeudados, se veían en la obligación de entregarles sus productos una vez concluida la cosecha. Los campesinos sufrían otras arbitrariedades de parte de los comerciantes: bajos precios, robo en las balanzas, aprovechamiento de relaciones tradicionales como el compadrazgo o el paisanaje, el engaño puro y simple e incluso la violencia para comprar las cosechas por debajo del precio normal.

El *boom* cafetalero favoreció así a los grandes productores y comerciantes intermediarios. Los pequeños productores se asociaron en cooperativas, buscando superar la intermediación y las arbitrariedades de los comerciantes. Entre 1970 y 1971 se crearon tres cooperativas agrarias de servicios: "Unión Selvática", "Río Apurímac" y "El Quinacho", que en 1977 llegaron a agrupar 895, 1,356 y 1,500 socios respectivamente. Si bien al inicio crearon expectativas entre los productores, las cooperativas no llegaron a satisfacerlas. Por eso, a partir de 1980 los campesinos prefirieron volver a vender sus productos a los comerciantes particulares, cuyo poder resurgió. En 1975 los pequeños comerciantes y productores constituyeron una Asociación de Pequeños Agricultores con la finalidad de competir contra el monopolio de los grandes comerciantes. Con el tiempo, sin embargo, éstos llegaron a infiltrarse en la organización para finalmente controlarla. En 1979, se organizó la Federación Campesina del Valle del Río Apurímac (FECVRA), que llegó a convertirse en una de las más grandes e importantes organizaciones sociales de todo el departamento y a agrupar hasta más de cien bases o "sindicatos" hasta 1983, cuando quedó desactivada por efectos del terror y la violencia represiva, tanto de SL como de la Marina.

A partir de 1980 se carece de información estadística mínimamente confiable, que permita precisar la extensión de los cultivos y la evolución de los precios⁵. Los datos que presentamos a continuación han sido recogidos a partir de entrevistas realizadas a los agricultores del valle.

5. El Anuario Estadístico de la Corporación de Fomento de Ayacucho (CORFA), recoge información totalmente ajena a la realidad. Sólo como ejemplo, en el anuario la superficie sembrada de coca en 1985 suma 800 has. y en 1989, 835 has. Según las cifras, no hubo ningún incremento en el hectareaje, lo cual podría desmentirse a simple vista con un recorrido por el valle.

Hasta 1983 productos como cacao, café, cube y frutas cubrían la mayor extensión de tierras destinadas al cultivo y seguían siendo rentables. Pero cuando a fines de ese año se agudizó la violencia, los agricultores prósperos y los grandes comerciantes abandonaron sus parcelas y negocios para migrar hacia las ciudades. Paralelamente, en dirección contraria, desde las alturas de Huanta, Tambo y La Mar, desde las cabeceras que colindan con la sierra, centenares de familias —en muchos casos pagos y comunidades enteras— huyeron de la violencia represiva de SL y la Marina para bajar a nuclearse en el valle. Por efectos de la violencia, el patrón de población disperso que caracterizaba la zona se transformó. Nacieron múltiples poblados que inicialmente sólo servían para pernoctar, pero que a medida que crecía el terror se convirtieron en residencia definitiva.

La concentración de las familias trajo resultados positivos en el nivel de seguridad, pero el costo fue alto: abandonar sus tierras de cultivo debido a la distancia que se encontraban de las nuevas "bases civiles". Sólo quienes tenían propiedades cercanas podían salir a trabajar durante el día. Quienes intentaron retornar a sus chacras, distantes cuatro a cinco horas de las bases, lo pagaron en muchos casos con su vida.

En la memoria de los pobladores del valle, 1983 ha quedado grabado para siempre, no sólo porque ese año fue el del inicio de la violencia y las ejecuciones sumarias, sino porque entonces se desató una profunda crisis económica. La inestabilidad llevó a que muchos orientaran su producción hacia el cultivo de la coca, que no requería mayores cuidados ni inversión, que producía en las áreas marginales de más baja fertilidad y en una topografía inapropiada para cualquier cultivo alimenticio. La coca era el único cultivo al que se podían dedicar en el escaso tiempo libre que les dejaban las guardias diurnas y nocturnas y los "peinados" periódicos en busca de senderistas, que se generalizaron en el valle.

Contribuyeron a la expansión de la coca la caída vertiginosa de los precios de los otros productos —cacao, café, maní, frutas— y la demanda creciente del narcotráfico, como insumo para la elaboración de pasta básica y clorhidrato de cocaína. La coca no sólo proporcionaba mayor tiempo para las tareas de defensa, sino mejores precios y un mercado seguro.

El período 1985-1987 fue el más sangriento en términos de enfrentamientos entre ronderos y subversivos. En ese contexto se generalizó la comercialización de la pasta básica en la zona. El precio de la hoja se multiplicó geométricamente, beneficiando a los pequeños y medianos productores, quedando hasta la fecha como el único cultivo importante en el valle. Un 90% de la producción ingresa a la maceración y el procesa-

miento de la pasta, ofreciendo el narcotráfico un pago muchísimo mayor al que paga el Estanco Nacional de la Coca (ENACO). Así, a la crisis de los cultivos legales se sumó el abandono estatal, que facilitó la consolidación del narcotráfico en la zona.

La actividad económica y la circulación de capitales provenientes del narcotráfico, no se han traducido en un mayor bienestar para el conjunto de la población. En la zona rural coexisten la pequeña y la gran propiedad; en la zona urbana se observan el hacinamiento y una generalizada falta de infraestructura. Las tasas promedio de analfabetismo y mortalidad infantil siguen siendo mayores que las departamentales, los servicios de agua potable y energía eléctrica prácticamente no existen⁶, casi ningún médico atiende a la población rural (Pérez 1990:463). La población es afectada por endemias como el paludismo, la fiebre amarilla y la tifoidea. Son comunes la tuberculosis, la parasitosis y la anemia crónicas, generadas por las condiciones de hacinamiento y promiscuidad. El abandono progresivo de los cultivos de panllevar ha creado una mayor dependencia alimentaria externa, de productos como fideos y pan.

El dinero proveniente del narcotráfico tampoco se reinvierte en la capitalización de las tierras, sino fundamentalmente en la adquisición de artefactos eléctricos, radios, grabadoras, televisores, VHS, vehículos y botes, entre otros. Resulta paradójico que los carros reciban mejores cuidados que los hijos, limitados a vivir en condiciones infrahumanas, en chozas rústicas de cañas y palmera, alimentados miserablemente a base de harinas, yuca, pitus y granos molidos. Este es el contexto en el cual las iglesias evangélicas se expandieron con rapidez durante los últimos 15 años.

2. La evangelización y las nuevas doctrinas

La presencia religiosa en el valle se remonta a principios del S.XVII, cuando llegaron allí los jesuitas. Pero es recién el siglo pasado cuando la evangelización se consolida. Fueron los franciscanos quienes tuvieron a su cargo la catequización, orientada sobre todo a los nativos de la región. La sede principal de las misiones amazónicas franciscanas estaba en Santa Rosa de Ocopa (Junín). Cuando llegaron a las riberas del río Apurímac,

6. Son excepciones los centros poblados más importantes, como San Francisco, Santa Rosa, Palmapampa, que cuentan con sus propios generadores de electricidad, que sólo los abastecen por tres horas al día (6 a 9 p.m). En estos últimos años, sin embargo, algunos de estos centros han logrado adquirir su propia antena parabólica.

se establecieron en el pequeño poblado de Sivia, donde fundaron un internado de menores en el cual se enseñaba a leer, rezar y un oficio.

La presencia de los franciscanos fue importante hasta mediados del S.XX. Fiestas religiosas se celebraban ostentosamente en los distintos pueblos, similares a las realizadas en las comunidades serranas. Sin embargo, desde la segunda mitad de la década de 1950 los misioneros se replegaron del valle. En los pueblos se dejaron de oír las misas y las fiestas perdieron la importancia y colorido de décadas previas. Las iglesias quedaron abandonadas o desaparecieron. La presencia de sacerdotes se volvió esporádica.

Precisamente cuando los franciscanos se replegaban, hacia mediados de la década de 1950, se establecieron en el valle los primeros misioneros de la iglesia Presbiteriana. En la década siguiente llegaron los de la iglesia Pentecostal. Los misioneros presbiterianos habían arribado a Huamanga en 1937, pero fueron rechazados y expulsados violentamente por los núcleos católicos tradicionales que los señalaron como 'demonios'⁷. La agresión los obligó a abandonar la zona para establecerse en Huanta. ¿Por qué allí? ¿Fue acaso la población huantina más tolerante y receptiva con el mensaje evangélico? Para responder a estas preguntas, retrocedamos en la historia de las provincias de Huamanga y Huanta, opuestas y rivales (véase Degregori 1991).

Durante la Colonia, Huamanga fue sede obispal y lugar de residencia de los encomenderos de la región y de los más prominentes mineros de Huancavelica. Ellos construyeron las casonas e iglesias que distinguen hasta hoy a la ciudad. Alrededor de ese grupo de poder se constituyó un sector importante de artesanos, que le dieron un matiz mestizo a Huamanga. La ciudad se caracterizó por coloridas fiestas religiosas. Cada barrio y cada gremio de artesanos veneraba a sus respectivos patrones con fiestas ostentosas. Desde entonces, el catolicismo se arraigó en la población. Un catolicismo vigilado de cerca por una jerarquía conservadora, vinculada a la aristocracia terrateniente por múltiples lazos.

Huanta llegó a tener la categoría de ciudad recién en la época republicana. Los hacendados de la provincia se mantuvieron mayormente en sus estancias, por lo que las fiestas religiosas nunca adquirieron la importancia que en la vecina Huamanga. En Huanta el catolicismo no estuvo tan vinculado al poder local, tanto que cuando en 1882 fue asesinado en la ciu-

7. Testimonios de los presbíteros Vidal Trujillano y Vicente Saico, que sufrieron en carne propia esta represión.

dad el obispo Juan José Polo, el hecho no causó mayor conmoción. Igual sucedió en 1890 cuando los iquichanos de las punas ingresaron a la iglesia matriz para asesinar al Dr. Feliciano Urbina, caudillo local.

Desde fines del S.XIX las dos provincias divergen en su evolución económica. Huanta se vincula cada vez más al mercado de la sierra central, mientras que Huamanga languidece. También es distinto el proceso sociopolítico. En las primeras décadas del presente siglo, mientras Huamanga refuerza su conservadurismo, Huanta se abre al liberalismo. Surgieron allí una serie de agrupaciones juveniles que tuvieron como principal animador al Dr. Manuel Jesús Urbina. El surgimiento de una pequeña burguesía intelectual posibilitó la configuración de un movimiento liberal que integró y dio cierta homogeneidad a las nuevas clases medias; en segundo lugar, dio sustento a una lucha contra los símbolos del poder tradicional; de allí su anticlericalismo. En Huanta, el discurso liberal cuestionaba la hegemonía ideológica feudal católica, promoviendo la renovación cultural y política (Coronel 1983). Fue en Huanta, además, donde se conformaron los primeros comités del APRA y del PCP. Y fue también allí donde llegaron los primeros misioneros presbiterianos, que establecieron el Instituto Bíblico, la congregación más importante desde la cual comenzaron a expandirse por las serranías de Huanta, Huamanga, Huancavelica y por la selva ayacuchana.

Al igual que las ideas liberales cuestionaron la convivencia entre la aristocracia terrateniente y el catolicismo tradicional, así las iglesias evangélicas cuestionaron las jerarquías sociales al considerar al campesino y al artesano como 'hermanos'. Mientras la jerarquía católica ofrecía un trato que fluctuaba entre el paternalismo y la marginación, los evangélicos establecían una relación mucho más horizontal. De pronto un extranjero 'gringo' se les presentaba y les tendía la mano llamándolos 'hermanos'. Esa actitud cuestionaba por sí sola las relaciones sociales tradicionales. Las iglesias evangélicas ofrecían "igualdad de oportunidades": para llegar a ser pastor no se requería estatus ni profesionalismo, sino entrega y fe en Dios⁸.

Desde la década de 1960, libres de competencia, las iglesias evangélicas desplegaron una amplia labor entre los colonos del valle. Continuas

8. Estas referencias fueron trabajadas por el autor en el segundo semestre de 1992 al apoyar la evaluación y diagnóstico de la Iglesia Presbiteriana de la región de Ayacucho. Nuestro agradecimiento a Luis Ruiz y Bladimiro Chuquimbalqui, presbíteros, quienes desde un principio me ayudaron a acercarme a las iglesias evangélicas y sus feligreses.

campanas en los pagos, facilitaron la receptividad y la conquista de nuevos adeptos. Desde la ciudad de Huanta, radio "Amauta" cumplió una labor eficaz de apoyo a la expansión evangélica, comunicando al valle con las comunidades serranas. En 1980 la iglesia Presbiteriana tenía 108 lugares de culto, seguida de la iglesia pentecostal.

El contexto socioeconómico del valle era propicio para el desarrollo de la doctrina evangélica. Desde la década de 1950 la población migrante comenzó a establecerse definitivamente en el valle. Las comunidades serranas de origen fueron quedando atrás. Los colonos, dispersos en sus parcelas, fueron relegando el sentido cooperativo. Las relaciones capitalistas fueron diluyendo sus tradiciones comunitarias. Se acentuó el individualismo, al cual se sumaba la soledad interior que hizo que muchos asumieran el cristianismo como una necesidad espiritual y una manera alternativa de (re)construir identidad.

Mientras el catolicismo se asocia más a lo comunal, con una fe más ritualizada, las iglesias evangélicas se adscriben a lo que Morse (1982) llama la "racionalidad dialéctica-personal de la teología protestante". Junto con la expansión del mercado, llegaba una ideología que lo sustentaba, el protestantismo⁹. Mientras el mercado individualiza a los hombres, el protestantismo supone "recorrer los senderos privados hacia Dios".

De 1980 en adelante las iglesias evangélicas sufrieron cambios sustanciales. En 1983, los misioneros norteamericanos abandonaron Ayacucho debido a la violencia que había desatado SL y la respuesta también violenta del Estado. Desde 1984 la iglesia presbiteriana experimentó una baja en el número de iglesias y de feligreses, mientras crecía la iglesia pentecostal, con un liderazgo nacional y un mensaje fundamentalista de ribetes apocalípticos, según el cual vivimos en la víspera de la segunda venida del Señor y la riqueza espiritual es, por tanto, lo único a conquistar en este mundo. En medio de la hambruna, las enfermedades y la guerra, este mensaje fue bienvenido entre los sectores menesterosos y excluidos. Frente a las adversidades del presente, el evangelio ofrecía esperanzas de salvación en 'tiempo de plagas'.

9. Uno de los más importantes propietarios del valle en la década de 1950 fue el evangélico Eduardo Risco, quien llegó a construir el primer aeropuerto. A mediados de la década de 1960, el misionero norteamericano Hugo Polizon buscó desarrollar una tecnología que beneficiara la producción agropecuaria y llegó a instalar una pequeña hidroeléctrica.

En la actualidad, un gran porcentaje de la población del valle es evangélica. No hay pago alguno que no cuente con una, dos o más iglesias evangélicas, ya sea Pentecostal, Presbiteriana o Asamblea de Dios. Se viven tiempos de guerra y de dioses.

II. GUERRA Y VIOLENCIA: UNA HISTORIA SIN FIN

El valle del río Apurímac no tuvo prioridad estratégica para SL en los dos primeros años de la "guerra popular", que inició en mayo de 1980. Pero SL era consciente de que tarde o temprano el gobierno dispondría el ingreso de las Fuerzas Armadas a la lucha contrainsurgente, con el consiguiente agudizamiento de la represión. Con eso en mente, el valle fue concebido como zona de repliegue y de reposición de fuerzas para sus militantes que combatían en las serranías.

I. Después de la hora: el desfase senderista

A principios de 1980 el valle era, como dijimos, el espacio más dinámico del departamento, no sólo a nivel económico sino también social. La organización más importante era la Federación Campesina del Valle del Río Apurímac (FECVRA), que a inicios de la década llegó a agrupar 106 bases o sindicatos integrados por pequeños y medianos productores. En julio de 1982 la FECVRA incursionó en la comercialización del cube, rompiendo el monopolio de los grandes comerciantes. El objetivo de la federación era mucho mayor: ingresar a la comercialización de maní, achiote, palillo e incluso cacao. La FECVRA no sólo comercializaba, sino que comenzaba a colaborar en la construcción de postas médicas, escuelas y locales comunales, buscaba instruir a los productores y velar por la seguridad de sus socios, al ser éstos muchas veces agredidos y acusados por los policías como narcotraficantes.

Entonces irrumpió en el valle Sendero Luminoso. Los primeros cuadros llegaron en 1982. Al principio no sumaban más de diez, todos jóvenes entre los 16 y 25 años. Su objetivo prioritario era establecer vínculos locales que permitieran el acceso de los senderistas apostados en las sierras de Huanta y La Mar. Recorrían la zona en visitas periódicas a los agricultores dispersos, les hablaban del partido y de la revolución, de la construcción de un nuevo Estado en el cual los protagonistas serían los obreros y los campesinos; organizaban reuniones y asambleas donde explicaban su

proyecto: era necesario, siguiendo las banderas del maoísmo, cercar las ciudades desde el campo, "hambrear las ciudades", lo cual implicaba volar puentes y bloquear caminos. En una de esas reuniones, entre la multitud, un campesino desconcertado con la propuesta preguntó: "¿qué haríamos con las frutas, el café, el cacao? ¿Se pudrirían!". Los jóvenes militantes quedaron sin respuesta. Después de una pausa, retornaron su discurso y expresaron la seguridad de que "el partido lo decidirá", "la revolución lo solucionará", no había de qué preocuparse ni temer¹⁰.

En otras palabras, el discurso de SL llegaba desfasado. Lejos de su propuesta de "economía de guerra"¹¹, en el valle florecía un mercado dinámico conectado al mundo externo. Políticamente, la FECVRA había alcanzado cierta legitimidad e intentaba competir con los grupos de poder; los pequeños y medianos productores comenzaban a identificarse con ella. Pero el 29 de octubre de 1982, SL asaltó y saqueó el almacén de Edmundo Morales, principal acaparador de cube en Santa Rosa, ofreciendo a los grandes comerciantes el pretexto que necesitaban para denunciar, perseguir y encarcelar a los dirigentes de la FECVRA, acusándolos de autores del asalto. En Machente, SL voló el puente Tutumbaru e incendió un vehículo de la FECVRA que transportaba productos de los socios.

Se iniciaron así los atentados contra la economía y la organización campesina del valle. El desconcierto de la población fue inmediato. A pesar de su trayectoria ascendente, la FECVRA no había logrado construir una organización y una identidad lo suficientemente sólidas como para enfrentar el desafío senderista. La violencia condujo a un pasivo silencio. El gremio se debilitó rápidamente y hacia finales de 1983 quedó desactivado. Algunos dirigentes murieron y otros optaron por salir del valle.

Tampoco podían los pobladores recurrir al Estado en busca de protección. El 28 de diciembre de 1982, el gobierno de Fernando Belaúnde encomendó a las FFAA el control político-militar de Ayacucho. A partir de entonces, el poder civil quedó relegado, la represión y la violencia indiscriminada se generalizaron. Todo "indio" era considerado potencialmente subversivo. Durante 1983 y 1984 este ejército colonial —como lo juzgara Alberto Flores Galindo (1987)— arrasó pueblos enteros del cen-

10. Testimonio de Jacinto, entonces dirigente de la FECVRA. Obligado a renunciar a la dirigencia por SL, tuvo que abandonar el valle a mediados de 1984, cuando la violencia provenía tanto de SL como de las fuerzas contrainsurgentes.

11. Sobre el cierre de ferias y la prohibición de relaciones con el mercado y la ciudad en otras partes del país, véase: Favre 1984, Manrique 1989, del Pino 1992.

tro y norte del departamento, reflejo de una realidad en la cual las relaciones entre los hombres están contaminadas por el racismo, "un problema tan antiguo y tan profundo como el de la violencia" (Flores Galindo y Manrique 1985). La represión brutal obligó a miles de campesinos a abandonar sus tierras. El éxodo fue enorme. Entre 1983 y 1984, un 50% de la población de las alturas de Huanta, mil familias aproximadamente, migró hacia la capital y a los valles de Huanta, Tambo y río Apurímac¹².

SL, por su parte, se replegó hacia el norte del departamento. La selva de La Mar y Huanta fueron su reducto más importante para "jugar a las escondidas", para impacientar a la Marina, encargada de la seguridad en el valle, y para preparar su contraofensiva. Porque a partir de 1983 se desató en el valle la violencia cruel, sistemática e indiscriminada de la Infantería de Marina. Los "navales" levantaban fantasmas donde no los había¹³. Tildaron a la organización campesina de "fachada senderista", desatando una abierta persecución contra los dirigentes que aún quedaban en el valle. Es así como en agosto de 1983 desapareció Julio Orozco Huamaní, el principal dirigente de la FECVRA. Según múltiples testimonios, Orozco fue apresado por los infantes y conducido a la casa hacienda Luisiana, base principal de la Marina en el valle, de donde nunca regresó¹⁴. Los infantes de Marina completaron así la obra de SL, terminando con todo atisbo de organización social. Los productores y campesinos quedaron dispersos y sumidos en las penumbras de una noche de terror.

Con el terror convivía el descontento; no sólo contra SL sino contra la Marina y las Fuerzas Policiales, que por esos años cometían arbitrariedades inclusive mayores que las de SL. La respuesta no tardaría en llegar.

2. La respuesta: los Comités de Autodefensa Civil (CDC)

Probablemente SL nunca imaginó una respuesta mínimamente autónoma de la población civil en su contra; menos aún que la respuesta más contundente provendría del campesinado al cual veían amorfo, incapaz de

12. Informe de la Asociación de Desplazados de Huanta, octubre de 1992.

13. Por esos años Raúl González señalaba que, mientras era necesario un 90% de probabilidades de pertenencia a SL para que una persona fuera desaparecida por obra del Ejército, la Marina sólo necesitaba un 5% de sospecha para apretar el gatillo (véase González 1984).

14. La hacienda Luisiana era y continúa siendo propiedad de José Parodi, ex-diputado de Acción Popular, entonces partido de gobierno.

iniciativa política. Será por ello el calificativo de "mesnada", acuñado contra las rondas, que ellos imaginaban totalmente sometidas a las órdenes y decisiones del comando militar. En un trabajo anterior sobre las comunidades del suroeste de Huamanga (del Pino 1992), enfatizamos la voluntad política de los campesinos de abanderar la lucha contra la violencia subversiva. Al inicio, SL menospreció esta actitud, pues suponía que todo respondía a la imposición del comando militar. A la luz de los hechos vemos cuánto se equivocó¹⁵. Postulamos que hay muchos lugares donde los CDC surgen por iniciativa campesina, otros donde la imposición juega un papel importante y hasta brutal; pero en todos aquellos que son operativos, hay algo de voluntad campesina. La coordinación con el Ejército, incluso recibiendo órdenes de él, no le quita valor a esa decisión política. En última instancia, la capacidad de decidir en razón de sus intereses dio lugar y facilitó el crecimiento de la organización campesina contra SL. Sucedió aquello que Nun llama "la rebelión del coro", que quiebra con la imagen de la política como acción de un círculo entendido, "presentada como el espacio público de lo grandioso por oposición a la estera privada en que casi todos vivimos nuestra vida diaria, sudorosa y poco mostrable" (Nun 1989:11).

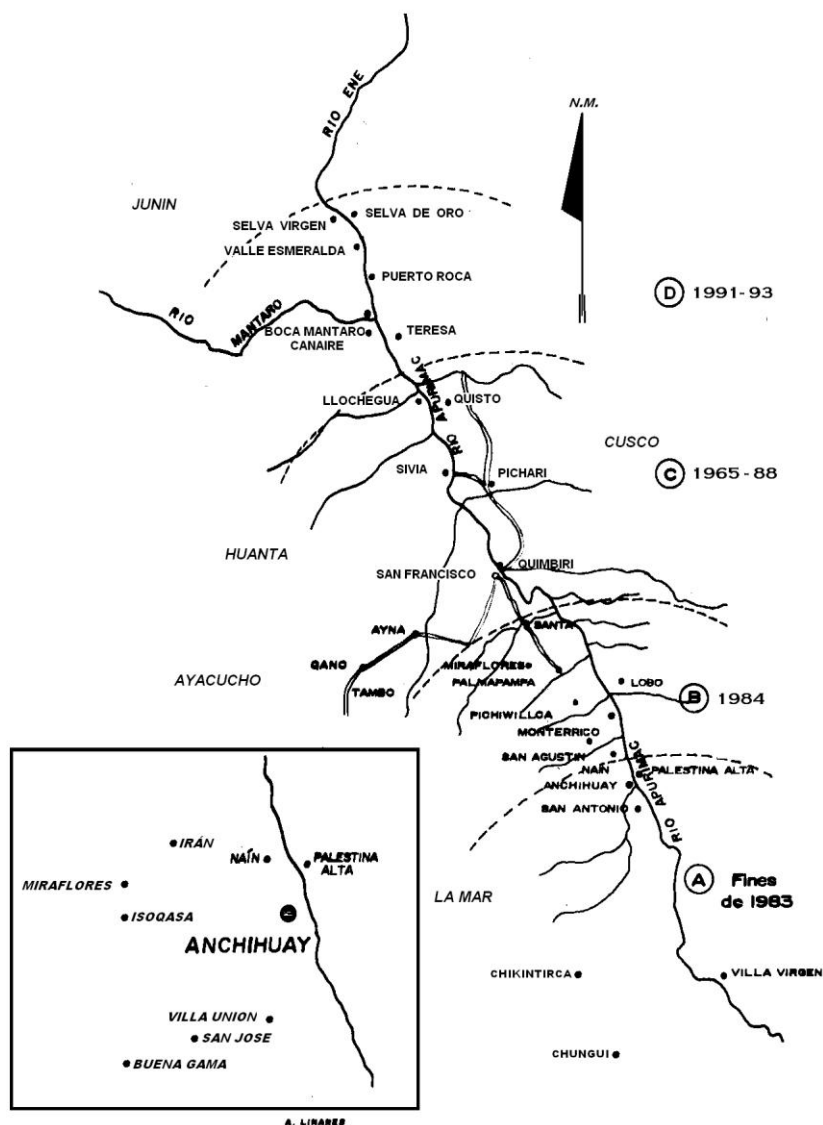
a. *Chikintirca y Anchihuay*

Todo comenzó en el distrito de Chungui (La Mar), en las comunidades de Chikintirca y Anchihuay. La primera, ubicada en frontera con la sierra; la segunda, en las riberas mismas del río Apurímac (ver mapa 2). Los senderistas llegaron a Chungui a finales de 1982, provenientes del sur de San Miguel, de Chapi, lugar donde operaban sus primeros cuadros. En una asamblea informaron de su presencia y de sus planes para la conquista del poder. En diciembre de ese año, el mismo grupo mató a tres autoridades comunales que se negaron a colaborar y/o dejar su lugar a los nuevos comisarios senderistas. Luego se supo que en otros pueblos del distrito,

15. También se equivocaron muchos intelectuales y políticos, quienes vieron a un campesinado pasivo y atrapado entre dos fuegos; y a los CDC como fundamentalmente impuestos por las FFAA. Llama la atención el caso de Nelson Manrique, quien al estudiar la Guerra del Pacífico consideró que el campesinado de la sierra central fue capaz de desarrollar una conciencia nacionalista (Manrique 1981). Sin embargo, para hechos que tienen lugar un siglo después, considera al campesinado organizado en los CDC fundamentalmente como 'carne de cañón' de las FFAA y de SL (Manrique 1989: 166),

MAPA 2 ORGANIZACIÓN Y DESARROLLO DE LOS COMITES DE DEFENSA CIVIL

VALLE DEL RIO APURIMAC



entre ellos Mongoy, habían matado un número igual de campesinos. Desconcertados, muchos abandonaron el lugar.

Pero cuando el departamento de Ayacucho fue declarado en estado de emergencia por el gobierno, SL se replegó hacia Santa Rosa y las comunidades ubicadas hacia el norte, río abajo. Aprovechando el temporal repliegue de SL, el temor inicial fue rápidamente superado. En Chikintirica, comunidad serrana del distrito de Chungui, la asamblea comunal llegó a la conclusión de que: "teníamos que defendernos de esos extraños, sino nos iban a exterminar". La tradición organizativa de las comunidades de Chungui hizo posible esa respuesta. Se organizaron en "montoneras", tal como ya lo habían hecho al paso del ejército chileno por Huanta en 1883 (véase del Pino 1990); y en 1923 contra los abusos del terrateniente Añaños, el más poderoso de la provincia, a quien despojaron de sus bienes y obligaron a abandonar sus tierras (Vila 1974).

Anchihuay fue otro de los pueblos de Chungui que se enfrentó a SL. Ubicado en la margen izquierda del río Apurímac, Anchihuay es relativamente grande con una población promedio de 400 familias. A su alrededor se agrupan ocho pagos (véase mapa 2). Del 50 al 60% de las familias son evangélicas. Sólo en Anchihuay y sus alrededores existen ocho iglesias pentecostales.

En la región sur, como se puede ver en el siguiente cuadro, se ubica el mayor número de iglesias pentecostales (35), a diferencia de la iglesia presbiteriana, que sólo llega a tener siete. La respuesta a SL justamente proviene del sur del valle, donde el fundamentalismo evangélico de los pentecostales es la ideología dominante.

Iglesias evangélicas en el valle del Apurímac (1993)

Iglesia	Región sur (Anchihuay)	Región central (San Francisco)	Región norte (Llochegua)
Pentecostal	35	32	?
Presbiteriana	7	23	33

SL se presentó en Anchihuay a mediados de 1982. Según la población, al principio sólo visitaban chacra por chacra. No mataban. "Entraban al púlpito y hablaban cómo iba a ser su plan". Luego ya exigían asambleas y nombraban a sus propias autoridades, "responsables del partido". Por último: "ellos ya obligaban a todos los jóvenes y también a las señori-

tas a hacerse empadronar a un padrón, para que ya puedan estar a tiempo completo en esa acción" (Celestina, 25 años). El testimonio de Susi es similar: "Ya los senderistas venían, llevaban a la gente a cometer una serie de atentados. Entonces, como la gente es mayoritariamente evangélica, no sabíamos cómo reaccionar". Los pobladores argumentaban que no podían seguirlos a robar, a matar, porque esos eran hechos condenados por el evangelio. También aquí el repliegue senderista fue aprovechado por los campesinos.

Así, cuando SL quiso regresar al sur del valle, no pudo hacerla pues varios pagos se habían organizado para defenderse. Su única opción fue tratar de ingresar a sangre y fuego. La consigna senderista fue: "arrasar con los evangelistas", "terminar con las mesnadas".

Al principio, pareció anecdótico ver a unos cuantos campesinos armados con hachas, machetes, chafles y algunas viejas escopetas de caza, decididos a enfrentarse contra un enemigo dispuesto a todo. Sin embargo, las acciones emprendidas contra SL a fines de 1983 llegaron a generalizarse en la zona sur, río arriba, a mediados de 1984. Muchos pagos de los alrededores siguieron el camino de Chikintirca y Anchiuay, entre ellos Pichiwillca y Palmapampa, que llegarían a ser famosos por la fortaleza de sus rondas. Pichiwillca logró el liderazgo por su juventud y por el papel que cumplió Antonio Cárdenas, entonces joven de mucha iniciativa, cualidad que le valió para hacer de Pichiwillca la ronda líder. Por otro lado, Pichiwillca pasó a ser zona de frontera entre los territorios dominados por SL y aquellos controlados por las rondas, lo cual le exigía mayor organización y capacidad de respuesta; y los impulsaba a buscar la generalización de los CDC para no enfrentar solos a SL.

La reacción contra SL puede explicarse, entre otras causas, porque si bien los militantes llegan tarde a la zona, sus exigencias son casi inmediatas. Es que ya desde 1982 el Comité Central de SL había decidido "batir el campo", liberarlo de toda presencia del Estado y exigir mayor compromiso de la población y de los jóvenes (Gorriti 1990). Por eso los asesinatos de autoridades comienzan muy poco después de la llegada de SL a la zona. Pero implementar ese acuerdo partidario sin trabajo político previo, conllevaba mayores riesgos de una reacción adversa de la población, como efectivamente sucedió.

El crecimiento de la organización en esos pagos fue facilitado, además, por la presencia del Ejército en la zona. En realidad, entre 1983 y 1985 la Marina estuvo a cargo del valle, pero su presencia se limitó fundamentalmente a la carretera Tambo-San Francisco. Atrincheros en su cuartel de

Luisiana no realizaron mayores patrullajes. Fueron destacamentos del Ejército los que en varias ocasiones "peinaron" el valle. Hacia el sur llegó a principios de 1984 una patrulla militar al mando del "Mayor Rick", quien trataba de ejecutar los planes del Comando Político-Militar de Ayacucho de organizar a la población contra SL. Rick encontró acogida favorable entre comunidades que se habían opuesto a SL desde un principio, como Chikintirca y Anchiuay. Es el Ejército el que bautiza a las "montoneras" como Comités de Defensa Civil (CDC) y facilita su organización y expansión hacia el norte¹⁶. Más avanzado el año 1984 se estableció una base militar en Santa Rosa, pero los efectivos llegaban muy poco a los poblados del sur, que están a más de un día de camino en bote, río arriba. Es decir, los CDC del sur se desarrollaron con mayor autonomía que aquellos adyacentes a la base.

Sin embargo, el apoyo tácito del Ejército favoreció la expansión de los de Pichiwillca hacia el norte, hasta Santa Rosa. Primero enviaban oficios a cada pago, para que se organizara, dando un plazo de quince días. En caso de incumplimiento, se advertía que las represalias serían duras.

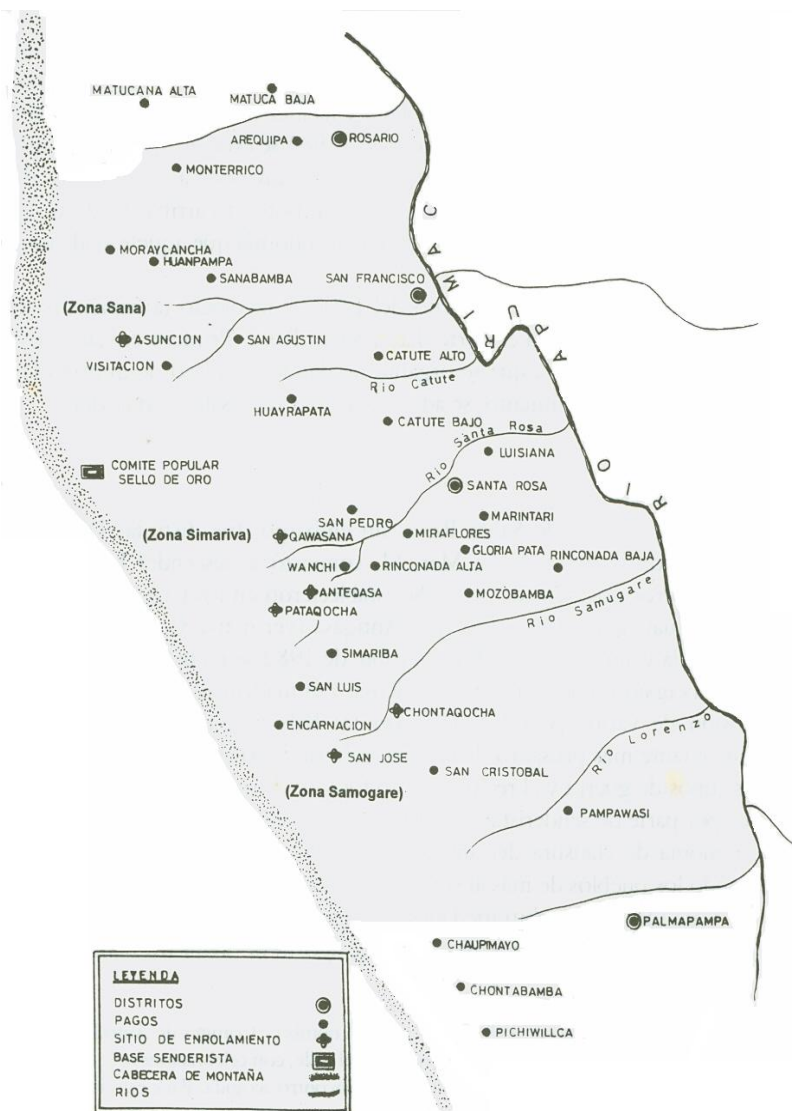
b. Santa Rosa

La experiencia de Santa Rosa, sin embargo, fue distinta. Desde las fronteras de la sierra de La Mar, SL comenzó a descender hacia Santa Rosa y otros poblados del valle. Se establecieron en los pagos de frontera como Huayrapata, Chontaqocha y Antiqasa (ver mapa 3), donde recibieron ayuda y alimentos. El 29 de octubre de 1982 se recuerda como la primera incursión senderista en Santa Rosa. Esa madrugada se escuchó la explosión de varios petardos de dinamita: habían asaltado la tienda del comerciante más próspero de la zona, Edmundo Morales. Luego vinieron los cupos de guerra y el reclutamiento forzoso de los hijos de los campesinos por parte de senderistas, que tomaron el colegio secundario durante la ceremonia de clausura del año escolar. Esta actitud coactiva se agudizó cuando los pueblos de más al sur comenzaron a organizarse contra SL.

Cansado de las arbitrariedades, el pago de San Pedro se negó a colaborar y expulsó a los senderistas. El 1 de agosto de 1984 los habitantes se

16. El 21 de julio de 1984 se oficializó el nombre "Comités de Autodefensa Civil". Esa fecha es recordada año a año en el sur del valle, con celebraciones cívicas. Es necesario precisar que en comunidades donde no encontró acogida, Rick ejerció violencia y dejó a su paso muertos y desaparecidos.

MAPA 3 ZONA SANTA ROSA



organizaron en CDC y por propia iniciativa decidieron agruparse y pernoctar en el poblado por las noches. El 15 de setiembre, un grupo armado incursionó en el pueblo, dejando como saldo diecinueve campesinos muertos. La matanza llegó a oídos de la Guardia Republicana (GR), establecida en Luisiana. En el trayecto hacia San Pedro, la GR confundió con subversivos a los campesinos de Wanchi, quienes también iban en ayuda de sus hermanos de San Pedro, asesinando a veinte de ellos.

Luego de estos sangrientos eventos, la población de esa zona quedó entre dos fuegos. El Ejército decidió concentrar a los pagos de las alturas en el valle, para evitar confundirlos con los senderistas. Esta acción definió el masivo desplazamiento de muchos pagos de altura hacia el valle. Catorce pagos se concentraron en los alrededores de Santa Rosa, conformando un cuerpo de defensa de aproximadamente 700 varones entre 18 y 50 años de edad¹⁷. SL, por su parte, aceleró el enrolamiento masivo y el "cierre" de territorios. Pueblos enteros quedaron atrapados como Anteccasa, Asunción, Cahuasana, Patacocha, entre otros, todos ellos ubicados en las cabeceras de montaña. Posteriormente, esta población cautiva pasó a formar la 'masa' del Comité Popular 'Sello de Oro' (ver mapa 3).

Para los otros pagos, la concentración en el valle significó el abandono de sus chacras. SL había sido claro en advertirles que si se marchaban con los *yanaumas*¹⁸ nunca podrían volver a sus tierras, pues serían 'ajusticiados'. La advertencia se cumplió al pie de la letra. La gran mayoría de quienes bajaron al valle tuvieron que resignarse a sobrevivir como peones, contratistas o, en el mejor de los casos, arrendando pedazos de terreno. La desesperación creció entre las familias agobiadas por la falta de alimentos y las epidemias que azotaban principalmente a la población infantil.

Mientras cientos de familias descendían de las alturas y cabeceras que colindan con la sierra, los grandes y medianos propietarios del valle migraban hacia las ciudades. La población originaria de Santa Rosa abandonó sus parcelas. En 1981 la localidad tenía 3,500 habitantes, a fines de 1985, apenas eran 540. Tomando en cuenta los pagos concentrados, el total ascendía a 3,594. Estas cifras nos permiten deducir que un sector murió a consecuencia de la violencia, el hambre y las enfermedades; otro quedó

17. Santa Rosa comprende 49 pagos distribuidos en 3 zonas: Samogare, Simariva y Sana. Según el Censo Nacional de 1981, el distrito tenía 19,390 habitantes (ver mapa 3).

18. En quechua, "cabezas negras", término con el que los senderistas designaban a los integrantes de los CDC.

bajo el control armado de SL y un tercer sector migró en procura de seguridad y paz.

Al principio, los CDC de Santa Rosa no tuvieron una actitud decidida en la lucha contra SL. Esto dio lugar a que las rondas de Pichiwillca y Palmapampa llegaran a la zona a principios de 1984 y coaccionaran a la población. Recién entonces comenzaron a organizarse y hacer las guardias. Algunos pagos concentrados en Santa Rosa, ante la lejanía de sus tierras y viendo las penurias que atravesaban allí, optaron por volver y formar nuevas bases de defensa. Una de las más importantes fue Miraflores (ver mapa 3). Estas primeras bases de los CDC —Anchihuay, Palmapampa, Miraflores y Santa Rosa— comenzaron a bajar hacia los pagos ubicados hacia el norte. Llegaron a Quimbiri, frente al puerto de San Francisco, Sivia, Llochegua y hasta Boca Mantaro. Este proceso cobró poco tiempo y muchas vidas. Se impuso la "ley de la jungla", ya no sólo SL y las FFAA tenían el derecho de quitar vidas humanas, sino también los ronderos.

SL, por su parte, al ser desplazado del espacio comprendido entre Anchihuay y Santa Rosa, se refugió en las cabeceras de sierra y en el valle del Ene. La organización de los CDC y la concentración de los habitantes de las cabeceras en la parte baja del valle, lo privó no sólo de un importante contingente social, sino también de un espacio estratégico que conectaba el valle con las alturas de Huanta y La Mar, una zona que posteriormente se convirtió en el centro desde el cual los CDC se expandieron por todo el valle e influyeron en las organizaciones de las serranías de la región. Un documento interno al cual pudimos acceder, reconoce autocríticamente los errores que permitieron la formación de las que SL denomina "mesnadas" y ayuda a comprender el repliegue de SL hacia las cabeceras. Allí se dice: "en la selva, alejarse parcialmente de los poblados montoneras y conquistar bases de apoyo en zonas apartadas"¹⁹. Fue en cabeceras donde se ubicaron dos bases importantes de SL: el Comité Popular 'Sello de Oro', en La Mar, y Viscatán, en la caja de selva al norte de Huanta.

Al norte de San Francisco, en los pagos ubicados entre Sivia y Santo Domingo, la formación de los CDC transcurrió por sendas todavía más dramáticas.

10. Manuscrito de un militante senderista, que transcribe minuciosamente acuerdos partidarios que datan de mediados de la década de 1980.

c. *Llochegua*

Hasta fines de 1983, Llochegua era sede de una de las ferias más importantes del valle. Como recuerda un poblador: "el lugar se había convertido en un centro donde proliferaban cantinas, discotecas; había mucha plata". La importancia de la feria y el movimiento comercial se debían al vínculo de la zona con la coca y el narcotráfico. La mayoría de agricultores preferían el cultivo de la hoja de coca. Llochegua era el centro de la comercialización de la pasta básica, que de allí era trasladada a Quinteni para ser transportada en avionetas hacia Colombia. La zona estaba libre de policías, a merced de los narcotraficantes; tanto que en diciembre de 1983, cuando varios miembros de la Policía de Investigaciones del Perú (PIP) bajaban por el río rumbo a Canaire, en busca de traficantes y dólares, hallaron la muerte en una emboscada tendida por los narcos.

SL comenzó a operar en la zona comprendida entre Sivia y Boca Mantaro desde los primeros meses de 1983. Llegaron en actitud pacífica, reunieron a los pobladores en asambleas y tras los discursos y la exigencia de cupos, se retiraron. Hasta esa fecha la zona aún era tranquila. Fue en el puerto de Sivia donde se iniciaron los problemas para la parte norte del valle. Allí, en octubre de 1983 unos hombres disfrazados con ponchos, simulando ser campesinos, dieron muerte en pleno día a un capitán EP y a varios soldados del puesto de Pichari, base del batallón de Ingeniería, que habían bajado a Sivia a efectuar compras de rutina.

Hasta entonces, el batallón de Ingeniería asentado en Pichari desde antes de 1980 se había mantenido al margen de la lucha antisubversiva y por su buen trato se había ganado el aprecio de la población. La matanza significó un brutal viraje. Enterados de la muerte de sus compañeros, llegaron a Sivia quince soldados disparando y gritando: "ahora sí se jodieron, porque hasta ahora nosotros nada les hemos hecho a ustedes, pero ahora sí, vamos a hacer desaparecer Sivia". La población, desconcertada, no sabía qué hacer. Aterrada, la gente gritaba: "¡Ahora, qué nos irá a pasar con esta desgracia!".

Los que pudieron escaparon al monte y los que se quedaron fueron víctimas de las represalias. Toda la población fue concentrada en el aeropuerto. Varones, mujeres, niños, ancianos, quedaron expuestos al calor por muchas horas hasta que los soldados pasearon entre la multitud a unos encapuchados, quienes seleccionaron a sus víctimas. Fueron separados algunos jóvenes, de quienes nunca más se supo el destino. Días después, entre la población circulaba el rumor de que "habían sido enterrados

vivos con un tractor", a espaldas del cuartel de Pichari. Posteriormente el Ejército estableció una base militar en Sivia. Desde allí, los soldados hacían continuamente rastrillajes, tanto a pie como en helicóptero. El 5 de julio de 1984 el ejército ingresó a Llochegua, reuniendo a la gente para luego asesinar a seis personas, entre campesinos y profesores. En una semana Llochegua quedó despoblada; desaparecieron los comerciantes, se cerraron las tiendas y la feria fue abandonada.

A la semana de ocurrida la matanza, SL bajó al pueblo a pedir colaboración. La población se mostró disconforme y salió al frente el comerciante Izarra, quien reprochó a los senderistas, diciéndoles: "ahora vienen a pedir ayuda, por qué no vinieron para defendernos cuando estaban los militares"²⁰. La osadía la pagó con su vida: le dispararon un tiro delante de la gente. Lo mismo hicieron con el señor Lozano —a quien mataron "a punta de cuchillos" por haber dado de comer a los militares— y con dos peones de un fundo cercano. El turno de matar le tocaba a SL.

Días después de la muerte del señor Izarra, los militares llegaron a Llochegua. Enterados de que el grupo senderista, integrado por unos 70 jóvenes, había bajado de las alturas partieron hacia Yaruri, pago ubicado en la parte alta de Llochegua. En esa incursión cayeron más de diez senderistas. Los militares empadronaron a los habitantes de Yaruri y nombraron autoridades encargadas de organizar a la población en grupos de auto-defensa, nombrando un teniente gobernador y un jefe de seguridad. Luego los militares abandonaron el lugar. Al caer la noche, los *tucos*²¹ bajaron a matar a las autoridades nombradas por el Ejército. Entonces, muchas poblaciones de las cabeceras decidieron bajar a Llochegua en busca de refugio. El 17 de setiembre la población de Periavente se concentró allí. En represalia, SL incendió todas sus casas. Yaruri, Chihuillo, Rinconada, Huayrapata, Guayaquil, Mejorada, siguieron a Periavente: "los campesinos bajaban con sus cositas, sus animalitos, en busca de protección". Finalmente, en setiembre de 1984, se estableció otra base militar en Llochegua, pueblo que creció rápidamente tras haber quedado casi despoblado, llegando a albergar más de dos mil habitantes.

Sin embargo, la presencia de los militares no suponía garantía defini-

20. Testimonio de Juan, quien por esos años laboraba como profesor en Llochegua. La entrevista fue hecha a mediados de 1985, cuando el testigo huyó hacia Ayacucho. Debo este material a Carlos Iván Degregori.

21. Apócope quechuzado de "terroristas". *Tuco* es también un tipo de lechuza.

tiva de seguridad. La población se vio obligada a organizarse para asumir su propia defensa ... y la de los militares. Porque, como cuenta Carmela:

"Los campesinos se daban cuenta que los militares eran pura fórmula, porque los militares esperaban que los pobladores los cuiden. Dijo el capitán que si algo le ocurría a sus soldados, él iba a barrer con toda la población. Los militares en realidad dormían tranquilos. La gente era la que se organizaba. Cuidaban por zonas toda la noche." ²².

En realidad, los pobladores de frontera sufrían la represión desde ambos frentes: el Ejército los acosaba desde el valle, SL desde las partes altas. Allí, pagos como Capote, Sanabamba, quedaron en poder de SL. Según Simeón: "a todos los pagos de la parte alta los tenían controlados y no consentían que bajaran". Durante 1983, en los pagos de las partes altas SL había desarrollado "escuelas populares". La exposición de su línea y la persuasión fueron los medios iniciales para ganar adeptos y colaboradores, llegando a tener gente de confianza, sobre todo jóvenes: "Los señores adultos por temor les seguían. Les decían sí, pero disimulaban después". En octubre de ese año, como ya relatamos, pasaron de los discursos a los hechos en Sivia, con las consecuencias conocidas.

También hacia fines de 1983, se incrementaron las acciones de SL en la confluencia del Apurímac con el Mantaro, en Canaire, Boca Mantaro y lugares aledaños (ver mapa 2). Recorrían pago por pago exigiendo apoyo; quienes se negaban a colaborar:

"Eran automáticamente declarados traidores y muertos en el acto. Eran calificados de soplones, Belaundipa allqunkuna, perros de Belaunde ... Entonces uno casi a la fuerza tenía que ir. Teníamos que seguir con un susto disimulado" ²³.

Según Julián, durante 1984: "uno tenía que ir durante uno o dos días íntegros a lugares lejanos, a veces con hambre, descalzos. Nos decían: así se tiene que sufrir para liberarnos". En cada pago nombraban un responsable del partido, el comisario "encargado de hacer justicia". En esas zonas, SL se desarrolló lado a lado con el narcotráfico. Según los testimo-

22. Carmela, profesora de Llochegua y testigo de los acontecimientos.

23. Según cuenta Julián, joven agricultor de Canaire, quien en muchas oportunidades tuvo que acompañar "disimulado" a los senderistas.

nios, los senderistas decían que: "el narcotráfico es un trabajo libre y puede hacerse con libertad... El jefe decía que la gente podía hacer *cachipa*, pero con mucho cuidado, porque era un negocio de los pobres".

Con las bases militares del Ejército establecidas en Sivia y Llohegua, y las insistentes visitas que hacían los ronderos de Pichiwillca²⁴, las rondas de Sivia, Llohegua y Boca Mantaro comenzaron a participar en la guerra con mayor intensidad, armados con algunas escopetas, lanzas, machetes, chafles. Según el Ejército, los grupos de autodefensa tenían una función concreta: "perseguir, capturar y eliminar senderistas". El mayor tiempo se invertía en la defensa: "solo tres días se dedicaban a la chacra, los demás a las patrullas". La zona estaba patrullada las 24 horas del día, ninguna persona extraña podía ingresar, los comuneros tenían un "cartón" con el cual se identificaban al ingreso y a la salida de la comunidad.

El valle se había militarizado. Pero antes de continuar con el desarrollo de los acontecimientos, quedan pendientes algunas preguntas. ¿Por qué, por ejemplo, la población del sur del valle estuvo más dispuesta a enfrentarse a SL, mientras que hacia el norte fue el Ejército, a través de brutal represión, el que organizó a la población contra SL?

La historia nos ayuda a precisar esta diferencia. En la colonización del valle convergieron distintos sectores sociales. Los que colonizaron el sur del valle provenían en su mayoría de comunidades serranas de La Mar, mientras que los del norte eran en su mayoría parcelarios, minifundistas provenientes muchos de ellos del valle de Huanta.

Según Nuria Sala (1995), Chungui y Anco eran zonas donde el latifundio coexistía con comunidades de altura que, de acuerdo al viejo patrón de verticalidad andina (Murra 1975), habían logrado el reconocimiento de su dominio sobre ciertas tierras bajas en el valle: Anchiuay, Pungui, Chikintirca. (Sala 1995:15-16). Ya en épocas anteriores, los comuneros de Chikintirca y Huayllaura, en defensa de sus intereses se habían resistido al pago de la alcabala de la coca. Esa experiencia organizativa ayudó a la respuesta contra SL. A ello se sumó la visión evangélica pentecostal, como en el caso de Anchiuay.

De Ayna hacia el norte del valle, por el contrario, la colonización fue protagonizada por colonos a título individual, procedentes mayoritariamente de los pueblos de Luricocha, Huanta y Macachacra. Fue un grupo

24. A las rondas de la zona sur, entre Anchiuay y Santa Rosa, la población llegó a conocerlas genéricamente como "rondas de Pichiwillca".

de productores más dinámico, que pretendía colocar su producción en los mercados y perfiló una estructura de mediana propiedad: "Fueron estos sectores los que a la búsqueda de crear las bases para el juego de libre mercado y modernización económica, en sentido capitalista estricto, se enfrentaron con los hacendados tradicionales de La Mar" (Sala 1995: 17).

Si bien esta información no es completa²⁵, ayuda a avanzar en la comprensión de las distintas actitudes campesinas frente a SL. Puede resultar sorprendente pero en el valle son los sectores que tienen una menor experiencia de articulación al mercado pero con una fuerte organización comunal "tradicional", los que reaccionan más decididamente en contra de SL. Como se puede ver en el texto de José Coronel en este mismo volumen, algo semejante sucede en la parte serrana de Huanta. A diferencia de las comunidades de las alturas de la provincia, que se enfrentaron a SL desde muy temprano, los parcelarios del valle de Huanta lo hicieron tardíamente hacia 1990. Aunque carecemos de suficiente información al respecto, no podemos descartar que la comunicación con los migrantes del valle de Huanta que llegaban al Apurímac, especialmente los jóvenes que eran los más receptivos al mensaje de SL, haya jugado un papel importante en las diferentes reacciones frente a SL en el valle del Apurímac.

3. El triunfo de los ronderos

La violencia recrudecía y se multiplicaba el número de muertos. Los comentarios y los presagios hacían prever una "guerra sin fin". La nostalgia y el fatalismo cundían entre la población.

Como recuerda la gente, las matanzas en 1983 y 1984 eran cosa de todos los días, especialmente en la parte norte del valle. En 1984, incursionó en Rosario un contingente militar, supuestamente de presuntos "mercenarios"²⁶, quienes luego de concentrar a la población seleccionaron por lista a jóvenes a quienes asesinaron. También los ronderos cometieron matanzas. Los de Pichiwillca incursionaban frecuentemente en poblados

25. Sobre el lugar de procedencia de los colonos de los diversos pagos del valle en la década de 1970, véase también: Araujo 1976:5.

26. Probablemente la crueldad de las matanzas hacía difícil entender o aceptar que militares peruanos pudieran realizar tales actos, por ello los habitantes señalan como responsables a "mercenarios", de rasgos semejantes a los personajes de las pantallas cinematográficas. La entrevista sobre Rosario fue hecha a Negro (35 años), actualmente residente en San Francisco, quien logró huir de la matanza.

desorganizados) acusándolos de apoyar y colaborar con la subversión. Llegaban y maltrataban a la gente, como sucedió más de una vez en Quimbori, sin que nadie pudiera interceder por los pobladores. Por las noches ingresaban a las casas, cubiertos con pasamontañas, y secuestraban a jóvenes supuestamente vinculados a SL, que días después eran hallados muertos en los ríos o expuestos a la intemperie. La represión más brutal, por el lado del Ejército, se dio en Sivia y Llochegua en 1984, como viéramos en el capítulo anterior.

Las noches eran las horas peores; nadie dormía sin estar acosado por el terror. Todos eran sospechosos, todos podían ser víctimas de cualquiera de las partes: senderistas, soldados, marinos o ronderos. Ya nadie sabía de dónde venía la muerte. Los cadáveres discurrían a diario por el río, en diversos estados de putrefacción y víctimas de las más armas más distintas. La población los veía sin pesar ni consternación. "Ya se había(n) acostumbrado". Cuentan que a veces pescaron cadáveres en el río. Sin pavor alguno ni curiosidad por la víctima, devolvieron los cuerpos al lugar donde los habían hallado.

Así, en 1984 se da la concentración generalizada de las poblaciones dispersas en las "bases civiles", al estilo de las "aldeas estratégicas" de los norteamericanos en Vietnam. Alrededor de Santa Rosa se concentran quince pagos; ocho en Anchiuay, cuatro en los alrededores de Palmapampa, una decena en Llochegua. Además, sin ningún diseño o planificación, nacen un sinnúmero de pagos antes inexistentes. Hasta mediados de 1985 los CDC y el Ejército estuvieron a la ofensiva, mientras SL se batía en retirada. Los comités de defensa se multiplicaron y lograron un progresivo control del valle.

Entonces vino el cambio de gobierno, un período clave para entender el desarrollo de la violencia en la región. El 28 de julio de 1985 asumió la presidencia de la República Alan García Pérez, del Partido Aprista. El nuevo gobierno tenía previsto cambiar la estrategia antisubversiva, articulando la represión militar con el trabajo de promoción y desarrollo y la promesa de un respeto irrestricto a los Derechos Humanos.

Sin embargo, en el primer mes del gobierno aprista una patrulla militar arrasó la comunidad de Accomarca, en la provincia de Víctor Fajardo, en cuyos alrededores había sido emboscado poco antes un convoy militar. García destituyó al jefe del Comando Conjunto de las FF AA y posteriormente relevó al jefe de la Segunda Región Militar y también al jefe del Comando Político Militar de Ayacucho (véase DESCO 1989). Estas medidas presagiaban una estrategia antisubversiva en la cual el gobierno reto-

maría la dirección política de la guerra y la autoridad en las zonas de emergencia. Pero la nueva estrategia nunca se plasmó. Más aún, la ilusión de un gobierno respetuoso de los Derechos Humanos naufragó en la masacre de presos inculpadados por terrorismo en las cárceles de Lima en junio de 1986 y en la creación en 1988 del grupo paramilitar "Rodrigo Franco", vinculado al gobierno según muchos indicios.

Ante la falta de una estrategia alternativa y con el precedente de la destitución de los mandos militares responsables de la masacre de Accomarca, las FF AA entraron en una suerte de compás de espera. En el valle, militares y marinos se replegaron a sus cuarteles y optaron por ser testigos pasivos de la guerra, parapetados en sus guarniciones.

El repliegue militar hizo posible la contraofensiva senderista. Entre 1985 y 1987, como señalan los ronderos, los senderistas "levantaron la moral". Los ataques a los CDC se multiplicaron y cobraron decenas de vidas humanas. A pesar de ello, los militares se mantuvieron impasibles no obstante que los ronderos les exigían salir a enfrentar a los senderistas, quienes cometían sus matanzas casi en la puerta de los cuarteles. Los ronderos quedaron en el desamparo, sin armas ni municiones con qué combatir. Desde entonces, no quisieron saber nada con las fuerzas del orden, llegando a enfrentarlas en diversas ocasiones.

En algunas zonas la contraofensiva senderista contó al parecer no sólo con la neutralidad sino con el consentimiento de algunos militares. Los senderistas ofrecían regalos, dinero y compañía femenina a los oficiales para que los dejaran actuar. En 1989, un comandante EP llegó a Quimbiri y desarmó a los ronderos del lugar, acusándolos de ser "una tira de abusivos" y advirtiéndoles de no volver a organizarse. Como afirma un dirigente rondero:

"El 86, 87, Sendero volvió a retomar el valle, llegó hasta Rinconada, tierra de 'Huayhuaco'".²⁷ Un tiempo, en 1986, los de arriba y los de abajo ya estaban desanimados. Inclusive el Ejército los apoyaba a los senderos. Estos iban

27. La personalidad de Pompeyo Rivera Torres, "comandante Huayhuaco", fue promocionada en esta segunda etapa de la guerra por la prensa nacional. Como cuentan los propios ronderos, Huayhuaco fue un "terrero arrepentido", quien a principios de la década había curado la dentadura de "Benjamín", líder senderista de la zona. De profesor rural devino en técnico dental, para pasar desde 1988 a liderar los CDC.

con cualquier regalo, con cariño, le tapaban el caso y luego lo soltaban a los senderistas” (Susi) ²⁸.

El proceso de reconquista senderista abarcó desde Santo Domingo, en Boca Mantaro, hasta Siato, en las cercanías de Palmapampa. En Rinconada Alta, tierra del celebrado "comandante Huayhuaco", SL mató a 16 campesinos y continuó avanzando sin reparos ni límites. A principios de 1988 decidió atacar una de las principales bases de las rondas: Pichiwillca. Horas antes del ataque, un destacamento de la Marina había pasado por Palmapampa sin ser atendido por los ronderos. Según ellos cuentan, no los recibieron porque "eran como nuestros enemigos". El descontento contra las FFAA provocaba roces, por lo cual los marinos decidieron acampar en San Agustín. En ese momento los ronderos de Anchiuay recibieron la noticia de que Pichiwillca sufría el ataque de los *tucos*. La respuesta no se hizo esperar: cientos de ronderos salieron de inmediato, acompañados esta vez de los marinos. Una vez que dieron alcance a los subversivos, el 13 de abril de 1988 libraron una gran batalla, quedando como saldo más de una decena de senderistas muertos. Según un testigo presencial: "la sangre corría como agua". Este no fue un enfrentamiento más, sino el inicio de la contraofensiva de los CDC. Desde entonces, SL volvió a replegarse ante los ronderos que en dos años recuperaron el control del valle hasta la actualidad.

La figura de Huayhuaco, comando de la ronda de Pichiwillca, fue popularizada en todos los medios de comunicación como líder de los CDC. La acción más importante de Huayhuaco fue rescatar poco después a Santa Rosa de manos de la subversión, comandando un ejército civil integrado por cientos de hombres armados que constantemente peinaban la zona. Bajo su mando, los CDC alcanzaron una sólida organización y una alta capacidad operativa. En una ocasión llegaron hasta el distrito serrano de Tambo, a sólo 70 Km. de Ayacucho, logrando atravesar por lo menos diez controles militares²⁹. Fue el período de consolidación de los CDC, en

28. En este caso nos basamos fundamentalmente en el testimonio de Susi, dirigente de los CDC y pastor de la iglesia pentecostal de San Agustín, testigo directo de los enredos de la guerra.

29. El 25 de marzo de 1989, Huayhuaco declaró en el diario *Expreso*: "si el gobierno a mi me diera, fiscalizándome con un grupo de oficiales conscientes, nada más unos cien fusiles, cien FAL, hasta noviembre o diciembre devuelvo la paz al departamento de Ayacucho". (*Expreso*, 25.3.89). (Véase: *Resumen Semanal*, año XII N° 512:2).

el cual llegaron a alcanzar estabilidad militar y económica, en parte por su relación con el narcotráfico. Por esa oscura relación y acusado además de una serie de abusos y muertes, Huayhuaco fue apresado en 1990.

Capturado Huayhuaco, asumió la dirigencia Andrés Choqayo, de Maritea Baja. Bajo su liderazgo y ya con ayuda del Ejército, los CDC llegaron a expulsar a los senderistas de Boca Mantaro e incursionaron incluso en el Ene³⁰. Puerto Roca, Selva Virgen (ver mapa 2) se convirtieron en la frontera con los territorios "liberados" por la subversión. Hasta 1993 los CDC vivían en permanente alerta ante cualquier eventualidad; por las noches minaban los alrededores, para no ser presa fácil en la oscuridad de la superioridad bélica de los grupos terroristas.

Ya en diciembre de 1989, el entonces presidente Atan García entregó rifles a los ronderos del valle, reunidos en Rinconada Baja (*Resumen Semanal*, año XII, N° 551). Pero es recién a partir de 1991 que el Ejército buscó aproximarse a la población civil con un nuevo trato y una actitud distinta; buscó dialogar y coordinar acciones conjuntas con los CDC, desarrolló labores de promoción, como mantenimiento y conservación de carreteras. Desde entonces, el Ejército: "se ganó a la gente de la parte de río abajo", hacia el Ene. La relación rondas-ejército se hizo más horizontal, llegándose a superar, no del todo por cierto, los problemas iniciales de desconfianza y discriminación. Este acercamiento se dio desde antes del

30. Hasta la década de 1970 el río Ene estuvo poblado básicamente por asháninkas. En 1979 se inició un flujo migratorio desde Ayacucho. En 1983 la zona estaba ocupada ya en un 47% por colonos. La población sumaba entonces unas 10,000 personas (Benavides 1992). En 1988 SL ejercía cierto control desde Valle Quisto hasta Boca Mantaro. En 1989 llegó hasta Santo Domingo, Puerto Roca, Selva de Oro, Selva Virgen y Puerto Mayo (ver mapa). Allí organizó a la población, especialmente a los jóvenes, buscando avanzar hacia el norte del Ene, conectando así las serranías de Huanta y La Mar con la selva central. En 1989 SL asesinó a Isaías Charate, líder principal de la Organización Campa del Río Ene (OCARE). La organización quedó inactiva después de esa muerte. En junio de ese año SL llegó a la misión franciscana de Cutivireni y cinco meses después la destruyó. Desde entonces SL se adueñó de la zona. La mayor parte de la población fue sometida y los jóvenes reclutados. Los que no quisieron pertenecer al "nuevo Estado" tuvieron que huir y esconderse en el monte hasta que el Ejército junto con las rondas del Apurímac ingresaron a la zona en mayo de 1991. Para entonces, muchos de los que se internaron en el monte habían muerto. En ocasiones, han participado en el "rescate" de poblaciones asháninkas los ronderos de Palmapampa, Miraflores y Santa Rosa, por períodos que se prolongaban de uno a dos meses. En 1991 lograron establecer una base en Puerto Roca, desde donde continuaron las acciones de rescate. Sobre la guerra en territorios asháninka, véase: Espinoza 1995.

autogolpe de abril de 1992. Ya en 1991 se hicieron nuevas entregas de armamentos (Winchester) a las rondas y el 12 de noviembre de ese año se reconoció legalmente a los CDC mediante el Decreto Legislativo 471.

Repentinamente, los ronderos fueron presentados como los defensores de la patria contra los enemigos de la democracia. Aparte de un notorio cambio de estrategia, el gobierno sentía la necesidad de legitimarse ante la población organizada en rondas, dado el creciente poderío de los CDC; y ante la opinión pública en general. Pero la nueva estrategia, si bien mejoró las condiciones de lucha contra SL, tuvo serios límites. Los campesinos sabían que las armas entregadas no tenían punto de comparación con las usadas por los grupos subversivos, además de ser insuficientes. A esto había que agregar la crisis económica, la pobreza y el problema agrario (monocultivo cocalero) irresuelto. En el valle, el gobierno no impulsó ningún proyecto para resolver los problemas estructurales, sólo se interesó en la pacificación desde la óptica militar.

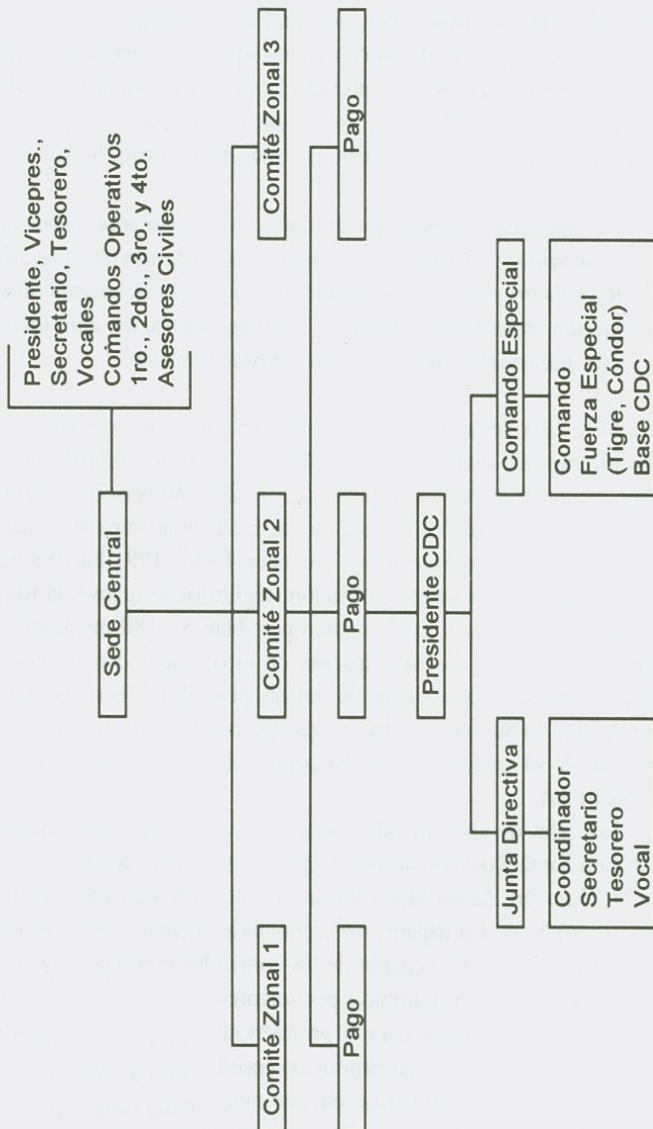
4. La estructura organizativa de los CDC

La coordinación de las rondas de todo el valle se logró luego de la derrota de SL en Pichiwillca, en abril de 1988. Desde entonces, los Comités de Defensa Civil Antisubversiva (DECAS)³¹ se fueron articulando en todo el valle y se integraron bajo la coordinación de una Sede Central. Hacia 1993 se estimaba que existían alrededor de 280 poblados fuertemente armados y organizados. Los DECAS han dividido el valle en quince zonas, que desarrollan las acciones de defensa con cierta autonomía, pero cuentan con una dirección centralizada. Los pagos existentes en cada zona coordinan las acciones a realizar. Por ejemplo, en la zona de Palmapampa se integran dieciséis pagos, entre ellos Pichiwillca. Los comités se organizan tal como se muestra en el gráfico 1.

Desde que se constituyeron los CDC, todos los miembros de una comunidad tienen la obligación de participar en las tareas de defensa: realizar guardias diurnas y nocturnas, patrullas, rebusques. En los primeros años las exigencias eran dolorosas; en cualquier momento los ronderos tenían que salir a patrullar las zonas en las cuales se detectaba presencia senderista. Como recuerda un rondero: "uno ni dormir podía".

31. DECAS es la sigla que asumen los antiguos CDC cuando se centralizan. Para facilitar la exposición, mantendremos la sigla CDC para los comités individuales, utilizando DECAS sólo para la instancia centralizadora.

Gráfico 1



Frente a esa angustiante realidad, en 1990 se crearon los comandos especiales *Tigre* y *Cóndor*, llamados también Escuadrones Civiles Antisubversivos. La formación de los comandos especiales, además de responder a la necesidad de dar mayor seguridad a la población, apuntó a "darle mayor tiempo a la chacra". Lo cual ofrece sumo alivio para esta población que tuvo que vivir en estado de guerra por más de un lustro. Según Susi:

"Ahora ya hay comando especial estable, cuando hay peligro ellos salen. Ellos sí son rentados. Ya nosotros trabajamos, casi a tiempo completo. Más antes sí, cualquier casita se escuchaba y tocaban cornetilla: necesito 50 hombres, necesito tantos hombres armados. Y aunque sea dos, tres días, una semana, doce días teníamos que ir. Así hemos sufrido siete años".

Hoy cada zona cuenta con su propio comando especial, compuesto por jóvenes que oscilan entre los 18 y los 35 años, que patrullan permanentemente. Integran los comandos entre 20 y 30 personas, según los recursos y las necesidades de cada zona. En Palmapampa son más de 50, mientras que en San Francisco 27 jóvenes. Desde 1991 los comandos son remunerados por la propia población, según los recursos y el número de familias. En 1993, en San Francisco percibían S/. 180 mensuales, en Palmapampa S/. 280. La participación en estos comandos se convierte así para los jóvenes en una fuente de trabajo en medio de la crisis. Son fuerzas entrenadas en sus propias bases, que desarrollan una alta autoestima en función de su capacidad de lucha contra SL, que muchas veces supera la de las FFAA.

Los jefes de los comandos, asumen seudónimos. Así, a mediados de 1993 en Santa Rosa comandaba *Lagarto*, en Luisiana *Kishka*, en San Francisco *Chato*, en Puerto Mayo *Bestia*, en Puerto Roca *Gato*... Algunos pueblos como Sivia, Palmapampa o Pichiwillca, cuentan con su propia "Base Civil Antisubversiva" o cuartel de los comandos especiales. Cada base elige a sus comandos en asambleas por sectores y zonas. El Ejército no interviene ni propone temas para la presidencia ni el comando de los CDC. Esto no significa que los comandos no coordinen con el Ejército.

Las tareas de seguridad tienen, por tanto, tres niveles: 1) labor de inteligencia dentro de los pagos; 2) resguardo permanente; 3) rondas o peñados periódicos en los cuales participan no sólo los comandos sino la población; unas 60 personas en promedio salen de cada pago.

El valle se encuentra "militarizado"³². Se estima en 20,000 la cantidad de hombres armados³³. Si bien inicialmente contaban con armas rudimentarias, en muchos casos fabricadas por ellos mismos, conocidas como "hechizos", en la actualidad están armados con escopetas de caza, fusiles FAL, Kalashnikovs —más conocidas como "coreanas"—, escopetas Winchester entregadas por el gobierno, fusiles Mauser, metralletas y revólveres de todo tipo.

Adquirir armas de mayor alcance ha sido una preocupación constante para los CDC. En el valle lo han logrado por lo general de contrabando, debido al *boom* de la coca y al narcotráfico; en otros casos, gracias a los sacrificios de la misma población. Las rondas de Qano y Calicanto, comunidades ubicadas en las laderas por encima del valle, han comenzado a dar servicio de mantenimiento de la carretera entre Qano y Rosario en las temporadas de verano en que caen torrenciales lluvias, trabajando en los lugares afectados por los *huaycos* y deslizamientos. En enero de 1993 los transportistas pagaban de 5 a 10 nuevos soles. El monto recaudado iba a ser destinado a la compra de dos "coreanas", afirmaban los ronderos.

Más allá de sus tareas militares, los DECAS pasarán a la historia del valle como la primera organización en la cual confluyeron los distintos sectores sociales, a partir de lo cual ha sido posible construir niveles de identidad común. Si bien la FECVRA había logrado reunir a los medianos productores alrededor de los servicios que ofrecía, no llegó a construir una identidad como la que en la actualidad representan los CDC y que se hace evidente en el compromiso de la población con la organización de las rondas de autodefensa.

Es cierto que esta identidad tiene un alto componente militar y por ende jerárquico. Los CDC nacieron por una necesidad de defensa, incurrieron en arbitrariedades contra poblaciones supuestamente vinculadas a la subversión. Pero de la "ley de la selva" se pasó a una racionalización de sus funciones y actividades. Ya no cometen las mismas arbitrariedades y

32. Escribo "militarizado" entre comillas, para diferenciar la existencia de territorios con población civil organizada y armada para la defensa, de aquellos donde se da la presencia directa de las FFAA.

33. Los 20 mil hombres no constituyen un ejército regular. Además de los comandos especiales, incluimos a la población que participa en los CDC, armada con sus propios medios. Cada familia cuenta por lo menos con un arma: escopeta, revólver o, en el peor de los casos, "tiracha" o "hechizo". La situación no es muy distante de la de las películas del Lejano Oeste norteamericano, donde todos están armados. Pero en el valle el poder y la justicia no están en manos del *sheriff*, sino de los propios CDC.

no se limitan a las actividades castrenses. Se vienen dando cambios importantes en su estructura organizativa y sus funciones. Hoy los CDC administran justicia, regulan la vida dentro de los pagos, solucionan conflictos familiares, de linderos, etc. En abril de 1992 se presentó en Palmapampa un brote de cólera que en menos de 15 días causó la muerte de diez personas. El presidente de los CDC de la zona viajó a Lima a solicitar medicamentos y sales rehidratantes. En abril de 1993, con sus propios recursos Pichiwillca concluyó la construcción y puso en funcionamiento una posta médica. La misma comunidad, últimamente, viene apoyando con alimentos a las poblaciones recuperadas del bajo Ene; actitudes de solidaridad que van más allá de la mera militarización.

Todo esto no niega la existencia de importantes conflictos dentro de los CDC. Lo más saltante es el caudillismo de los comandos con respecto a la población en general. Muchas veces hacen valer su autoridad para solucionar a su favor problemas personales; se habla de apropiación de recursos, de maltratos contra personas desconocidas o que no apoyan la defensa. Esta actitud se percibe de manera más clara en las zonas donde las posibilidades de ataque de SL son mayores.

III. LOS GUERREROS DEL APOCALIPSIS

1. "Guerra Santa" en el valle del río Apurímac

"En una oportunidad Sendero Luminoso llegó y concentró a la comunidad y dijo: (Formen dos columnas, en una pónganse los que quieren apoyar y los que no quieren en otra. Los hermanos evangélicos por aquí, quienes morirán, y por el otro lado quienes quieren vivir'. Mucha gente se puso al lado de los evangelistas, por tener esa fe. El jefe senderista habló, dirigiéndose a la comunidad: (deberían ser como ellos, que tienen fe en su Dios, no le tienen miedo a nada, ni a la muerte, al igual que nosotros. Ellos son valientes, son personas que vivirán, y no como estos cobardes, que deben morir'. A estos últimos, quienes habían elegido la columna de querer seguir viviendo, los han matado" (Pedro)³⁴.

34. Miembro de la iglesia presbiteriana de Llochegua.

En el valle del río Apurímac, especialmente en la parte sur, los evangélicos, que bordean el 50% de la población, han cumplido un rol preponderante en la respuesta organizada contra SL. Vidal Trujillano, un viejo presbiteriano que entregó toda su vida al evangelio en la selva ayacuchana, trabajando desde 1957, cuenta que: "Los evangelistas no aceptan el plan de ellos, por eso ellos persiguen a los hermanos para terminarlos".

Al principio, cuando SL ingresó a las comunidades exigía a los evangélicos que dejaran de reunirse y de realizar el culto; que abandonaran lo que según ellos era un "engaño". Al mismo tiempo, presionaban a los jóvenes para que los acompañaran en sus acciones. Al comienzo las más frecuentes eran las de adoctrinamiento, pero luego comenzaron a robar ("expropiar") y a asesinar ("ajusticiar") a personas supuestamente "soplonas" o "explotadoras", así como a autoridades políticas y dirigentes sociales quienes, según SL, eran un obstáculo para la conquista del poder.

La preocupación inmediata de los evangélicos era simple: cómo participar en acciones contrarias a la doctrina cristiana. No podían seguir tolerando a personas que los obligaban a realizar tales acciones. La acción inicial fue advertir a los senderistas que no tenían derecho de quitar vidas. Para la salvación no era necesario matarse entre hermanos; ya Cristo había muerto por todos en la cruz. Por lo tanto, no había justificación alguna para seguir derramando sangre. Por esa razón, al principio los evangélicos inclusive pedían al Espíritu Santo por las almas de los senderistas, considerados hasta esos momentos hijos de Dios, para que abandonen el "camino del mal". Pero los senderistas continuaron matando, obligando a la población evangélica a desobedecerlos y dejar de brindarles apoyo. La respuesta de SL fue inmediata. Los evangélicos pasaron a ser enemigos principales de la revolución y fueron el primer sector de población que sufrió una ofensiva generalizada senderista.

En Valle Quisto, cuando SL ingresó al pueblo a predicar el camino de la lucha armada, advirtiéndole que todos lucharían sin excepción, un hermano salió al frente y les dijo: "yo soy evangélico, sólo creo en Dios, no quiero aceptar sus doctrinas"³⁵. Como nadie debía desobedecer, lo asesinaron delante de la multitud. El hecho, según SL, tenía que servir de ejemplo. Pero la intimidación no funcionó con ellos. Muchos pagaron con su vida, pero los evangélicos mantuvieron alta la moral y el enfrentamiento continuó.

35. Vidal Trujillano, pastor de la iglesia presbiteriana.

El caso más importante, que relataremos con mayor detenimiento, fue el de Anchiuay, poblado que agrupa ocho pagos (ver mapa 2) y cuenta con ocho iglesias evangélicas. Entre el 50 y 60% de la población es evangélica. Al principio Anchiuay acogió pacíficamente a los senderistas, pero a medida que SL fue exigiendo a los campesinos que abandonen el evangelio y los apoyen en la conquista del poder, surgió el cuestionamiento: no se podía servir a dos señores. Decidieron aterrarse a su fe: "la palabra dice, hay que seguir el camino del Señor Jesús nada más, y con eso nosotros nos apoyamos" ³⁶.

La oposición de los evangélicos preocupó desde un principio a SL, pues hasta ese momento ningún sector del valle se le había opuesto. Tenían que sancionar cualquier desobediencia. Así, los atentados contra las iglesias evangélicas y sus miembros se multiplicaron; casi todas las iglesias del valle sufrieron algún ataque, como se ve en el cuadro 2:

Cuadro 2
Iglesias presbiterianas víctimas de ataques de SL

Iglesia	Caso
Vista Alegre	Hubo muchos desaparecidos y cerraron la iglesia.
Iribamba	La iglesia sufrió varios ataques de SL.
Monterrico	Los presbiterianos fueron obligados a dejar el evangelio.
Rosario	SL y las FFAA atacaron a los fieles.
Nueva Jerusalem	Amenazada por SL.
Arequipa Alta	Atacada por SL con el saldo de 30 muertos.
Gringo Yacu	Iglesia incendiada y muchos muertos.
Sivia	Iglesia ametrallada.
Yana Rumi	Víctima de numerosos atentados.
Chuyas	Víctima de numerosos atentados.
Ccanopampa	Ataques y muertes.
Granja	El Ejército atacó a los feligreses.
Yaruri	SL prohibió predicar el evangelio.
Comunpiari	Feligreses golpeados por SL
Teresa	Iglesia saqueada por SL y quemada con un feligrés en su interior.

Fuente: Manuscrito del evangélico Bladimiro Chuquimbalqui.

36. Jesús Meneses, miembro de la iglesia pentecostal de Palestina Alta.

Otras iglesias tuvieron que dejar de funcionar: Rinconada Alta, Cedrocucho, Huayrapata, Yanarumi y Umay, entre otras. Entre 1980 y 1992, en la región Ayna-San Francisco desaparecieron diez iglesias presbiterianas, y dieciocho en la región Unión-Pichari³⁷.

La iglesia presbiteriana de Iribamba guardó registro escrito de los atentados cometidos por SL (ver anexo 2). De allí extraemos los siguientes párrafos³⁸:

"En 1984 SL atacó la comunidad y mataron al Hno. Honorato Quintanilla, porque era presidente de la comunidad; quemaron la iglesia y se llevaron una lámpara, micrófono, saxofón, etc."

"El segundo ataque fue en 1985, nuevamente robaron a la iglesia y a las familias de la comunidad; quemaron a la iglesia ..."

"En 1988 construimos la iglesia de adobe, que sufrió un tercer ataque y nuevamente se llevaron una lámpara, quemaron biblias, himnarios, etc."

Antes de optar por la resistencia armada a SL, los evangélicos se preguntaron de qué manera lo harían sin entrar en contradicción con la Biblia, que advierte en uno de sus mandamientos: "no matarás". La realidad exigía interpretar el evangelio de acuerdo a las circunstancias, leer la Biblia ateniéndose a sus propias intelecciones³⁹. Los hermanos de la iglesia Pentecostal, en conversación con el reverendo Justino Aliaga —pastor pentecostal de Huancayo— llegaron a "revelar" el mensaje bíblico y decidir un curso de acción. El reverendo les contó la historia de David y Goliath. Los filisteos perseguían y mataban a miles de judíos, el pueblo de Dios. En respuesta, por órdenes y con el poder de Dios, David organizó un ejército compuesto por pequeñas fuerzas con las cuales comenzó a comba-

37. Los atentados no sólo se dieron en el valle del Apurímac, sino también en la sierra de Ayacucho. En Mosoqllaqta (Huanta) y en Chilcas (San Miguel) incendiaron las iglesias. Los ataques no sólo llegaron del lado de SL sino igualmente de las fuerzas contrainsurgentes. El 1º de agosto de 1984, en la comunidad de Callqui (Huanta) los infantes de Marina asesinaron a siete fieles de la iglesia presbiteriana.

38. Situación de la Iglesia Presbiteriana Iribamba, 22/06/92, manuscrito de Bladimiro Chuquimbalqui.

39. "Contra la fe en la autoridad de la prédica y de la tradición, el protestantismo afirma la dominación de un sujeto que reclama insistentemente la capacidad de atenerse a sus propias intelecciones" (Habermas 1989:29).

tir contra los enemigos del Señor, derrotándolos sin sufrir mayores daños y víctimas. El mensaje estaba dado: en tiempos de guerra, matar en defensa del cristianismo no era pecado. Así tuvieron argumentos para pasar de la sanción moral a la respuesta armada.

Es más, la actitud de los evangélicos ante SL experimentó cambios sustanciales. De hijos de Dios, por cuyas almas oraban, pasaron a calificarlos como "diabólicos", "condenados" y "demonios". Eran el rostro del Anticristo en pie de guerra, que buscaba destruir la doctrina del evangelio. Los filisteos que querían terminar con los cristianos. Susi, uno de los organizadores de los CDC, primer presidente de los Comités de Defensa Civil del valle del río Apurímac y pastor de la iglesia Pentecostal de San Agustín, dice sobre los senderistas: "Es un condenado, más que el diablo. Son peor. No tienen nombre esos miserables, porque los senderistas comen carne humana, su hígado ... chupan la sangre". Vidal Trujillano señala en el mismo tono que: "Sendero es un diabólico. Ya no es como verdadero hombre. Es como un perro digamos ¿no?, así es. Como un animal ya pues. No temen morir ni vivir, no hay interés ni en vivir ni en morir, lo mismo es". Otro evangélico dice: "los senderistas están llenos de demonios, en ellos está el demonio, el odio y la venganza"⁴⁰.

Años después, recordando estos hechos, Jesús Meneses los valora así: "gracias a la organización, que Dios mismo ha puesto esa organización, ahora tenemos amplia libertad para adorar a Dios ..."⁴¹. Los evangélicos aprendieron a responder con los mismos métodos de SL, llegando a afirmar: "por un cristiano muerto morirán cien *terrucos*".

A Susi, por liderar los comités de autodefensa, SL lo buscaba por todo el valle para asesinarlo; dejaba mensajes advirtiéndole su muerte. En 1984, el amedrentamiento llegó al límite. Susi temía por su vida y en más de una ocasión pensó dejar la dirección de los CDC. En una ocasión, cuando en su desconsuelo y soledad leía la Biblia, encontró un párrafo que decía: "Si alguno está con Dios, quién más contra nosotros"⁴². Según cuenta, eso le dio la confianza de que Dios lo protegía. Según su propia

40. Testimonio de Adriano Laurra, 30 años, pentecostal de Palestina Alta.

41. La entrevista fue hecha en Huanta a Jesús, presbítero de Palmapampa (28-1092).

42. El párrafo transcrito es testimonio de Susi, a partir de su lectura personal de la Biblia. Para él, todo "temeroso de Dios" está bajo la protección divina, no hay razón para temer. Otros testimonios van más allá de la superación del temor, hasta la seguridad en la victoria contra SL.

versión: "ya no era un simple luchador, sino luchador de Dios". Ahora: "Dios nos está protegiendo, nos está defendiendo". En referencia a esa protección, Susi cuenta una experiencia:

"Cuando estaba en mi chacra, me encontraba solo y vi que se acercaba una persona vestido de militar, con dos FALes. En eso, pensé que venían a matarme, no sabía cómo huir. Ese se acercó, lloraba, hablaba de mi nombre, hasta agregó también mi chapa, lloraba saliéndole lágrimas. Lloraba, decía: —a mi Susi quieren matarlo—, llorando, pero no se dejaba ver su cara, se fue..."

Según él, ahora lo defienden dos guardias celestiales. La presencia del hombre armado fue la señal del poder y del resguardo de Dios. Los dos FALes simbolizaban a los dos guardias celestiales que lo protegen. "Dios en los últimos tiempos aumenta atalayas. Tenemos guardias celestiales que nos protegen. No debemos preocuparnos mucho del enemigo". La guerra terrenal la definían los poderes sobrenaturales. Desde esa fecha, según él: "los senderistas se olvidaron de mí, ya se olvidaron, ya nadie me recuerda. Viajo por los caminos y nadie me molesta". Gracias al poder de Dios, la protección del Espíritu Santo y sus ángeles guardianes, Susi se transformó en un líder invisible e invencible.

Los testimonios recogidos sobre la protección de Dios en la guerra son muchos y valiosos para entender la entrega de los evangélicos:

*"Se ha vivido allá Anchiuay esto: parece que un grupo de Sendero han llegado a la casa de un hermano, habían rodeado. Entonces este hermano había presentado. Empezó a orar dentro de su casa. Entonces, dice, los senderos entraron a matar ya. Entonces, dice, vieron soldados con armas. Viendo se escaparon los senderistas. Eso es la protección de Dios. O sea, los senderistas vieron a soldados dentro de la casa, pero en realidad no eran soldados, eran ejércitos celestiales que protegen a un temeroso de Dios".*⁴³

Esta participación de los evangélicos no sólo se dio en Anchiuay y San Agustín, sino en múltiples lugares. Un rondero no evangélico de San Francisco, refiriéndose a los hermanos, recordaba: "los evangelistas están dispuestos a morir cuándo y dónde sea, pues su alma es de Dios y está con

43. Adrián, miembro de la iglesia pentecostal de Palestina Alta.

Dios"⁴⁴. En muchos lugares son los evangélicos quienes dirigen la organización de autodefensa, como en Llochegua, Sivia, Boca Mantaro, Santa Rosa y Miraflores. En otros lugares se ubican en las bases de la organización. Un evangélico, Jorge Aucasimi, jugó un papel importante al liderar la Sede Central en una primera etapa. En Miraflores, quien lideró el CDC desde un principio fue el hermano Zambrano, miembro de la iglesia Pentecostal. Zambrano asumió la responsabilidad al ser victimados por SL dos miembros de su iglesia. Lideró el CDC desde 1984 hasta 1991, fecha en que fue asesinado. En honor a su valor, meses después de su sepelio se organizó en Miraflores el Escuadrón Civil Antisubversivo "Zambrano", integrado por 30 jóvenes.

Zambrano leía historias y citas bíblicas a su ejército, compuesto por cristianos de distinto credo, para darle confianza y seguridad. Contaba que estaba protegido por Dios, que no temía a nada, que nunca lo matarían. Armado de citas bíblicas llegaba a la población, comprometiendo a la gente a luchar con mayor entrega y decisión. Según un rondero, Zambrano decía: "yo no tengo miedo, tenemos que luchar, ustedes tienen que creer en mí. Siganme, no les pasará nada". Es que: "los hermanos dicen que están en tiempo del juicio final. No tienen miedo a la muerte porque Dios los protege"⁴⁵. Tienen seguridad en el triunfo porque: "el señor mismo va a alzar su mano, con su lanza, entonces defiende a sus hijos escogidos".⁴⁶

Con sus acciones, SL reafirmaba en su fe a los evangélicos, pues era difícil encontrar una prueba más palpable de la llegada del Anticristo. En Santa Rosa, el 24 de julio de 1984 SL ingresó a la comunidad en busca de Emilio Marmolejo, gobernador y pastor pentecostal de la localidad, calificándolo de *yanauma*. Marmolejo se encontraba en la iglesia, celebrando el culto, cuando llegó el grupo armado dispuesto a matarlo. La resistencia de sus familiares impidió que se consumara el hecho, pero quedaron malheridos dos de sus hijos⁴⁷. No contentos, el 27 del mismo mes unos 60 senderistas vestidos sólo con truzas, "con el cuerpo y la cara pintados con

44. Negro, 35 años, miembro de las rondas de San Francisco, quien además se dedica a fabricar artesanalmente armas de fuego.

45. Rolando, 25 años, miembro de las rondas de Miraflores, quien escuchó y acompañó a Zambrano.

46. Testimonio de un "obrero" de la iglesia presbiteriana de Arequipay.

47. Testimonio del evangélico Oswaldo Quispe, que salió al encuentro de los senderistas y los condenó; "fuera, enviados del demonio".

achiote y betunes", portando metralletas, pistolas y escopetas se dirigieron a la iglesia, la rodearon y desde la puerta lanzaron petardos de dinamita y dispararon ráfagas contra los evangélicos que oraban en su interior. Antes de retirarse dejaron un cartel que rezaba: "así mueren las mesnadas traidoras del pueblo". El ataque dejó seis evangélicos y un católico muertos, además de siete heridos, entre ellos Alfredo Vásquez, pastor de la iglesia, quien había respondido en voz alta a los lemas senderistas: "nosotros servimos a Dios, no queremos dos patrones"⁴⁸. Consumado el ataque a la iglesia, saquearon algunas tiendas del pueblo. Minutos después explotaron dos granadas que fueron activadas por un rondero evangélico. Los senderistas abandonaron el lugar. Horas después, en reunión de los pobladores, una madre mostró la Biblia llorando y dijo: "está escrito en la Biblia, el Anticristo volverá".

Lo mismo ocurrió en Callqui. En plena ceremonia religiosa SL ametralló y prendió fuego a los fieles que se encontraban en la iglesia. En Monterrico, SL incendió la iglesia, porque el jefe del CDC era un evangélico. En Canaire, en 1989, SL asesinó a 40 hermanos dentro de la iglesia, los ametralló y destrozó los cuerpos con granadas y dinamita. En 1990 SL atacó, saqueó y quemó el templo presbiteriano de Teresa, con una persona en su interior. De mayor impacto en la opinión pública fue el asesinato de 30 pentecostales en la comunidad de Qano, en 1991. Siendo las 11 p.m., en el silencio y la oscuridad de la noche, un grupo de senderistas ingresó a bordo de tres camionetas, se dirigió a la iglesia pentecostal donde los evangélicos realizaban "ayuno y vigilia". Parapetados en la puerta de la iglesia descargaron ráfagas de metralleta hacia el interior; luego ingresaron y remataron a golpes a los agonizantes. No contentos, rociaron los cuerpos y el local con gasolina y les prendieron fuego. Entre las víctimas se encontraban niños, mujeres, ancianos y jóvenes. El presidente del CDC, pastor pentecostal, se encontraba dirigiendo el culto pero alcanzó a escapar. La matanza fue en respuesta al poder que habían alcanzado los ronderos de Qano, que eran los más organizados y bravos, "los más odiados" por SL. Además, dada su ubicación, para SL Qano era un punto estratégico de tránsito entre la sierra y la selva.

48. Testimonio del pastor Alfredo Vásquez, *Caretas* 815, 3 de setiembre de 1984.

2. Tiempos de guerra y de dioses

He aquí ahora el tiempo aceptable.
He aquí ahora el día de Salvación.
y todo aquel que invocare el nombre del
Señor será salvo. (*Hechos 2:21*)

Iglesia Presbiteriana Monte de los Olivos

Estos versículos cubren la portada de la iglesia presbiteriana de Quimbiri. En las iglesias del valle se leen similares mensajes de salvación y vida eterna; visiones apocalípticas, anuncios de la inminente llegada de Cristo.

Como dijimos, entre fines de 1983 y 1984, los sectores pudientes huieron del valle mientras desde las alturas bajaban campesinos pobres. Quienes se quedaron fueron: "los mis pobres, los que no podían viajar, los que no tenían posibilidades de hacerlo a falta de dinero" (Susi). Ante la frustración de no hallar en el valle un lugar de refugio y en medio de la violencia y la pobreza, cundió el desconcierto entre los campesinos empobrecidos. ¿Cómo entender la hambruna, las enfermedades, las matanzas? Una lectura posible fue la bíblica apocalíptica: era el castigo de Dios por los pecados de los hombres, ya llegaba el fin del mundo. Las adversidades del presente y la proximidad de la muerte favorecían que la gente desarraigada se aferrara a una fe. Muchos asumieron los mensajes de esperanza y salvación del evangelio. Como señala Susi:

"la gente se recuerda de Dios en tiempos difíciles. SL ha ayudado a las iglesias, a la evangelización, porque los hermanos por las matanzas comienzan a ingresar a la iglesia. Cuando uno está por morir recién se recuerda de Dios".

Silvestre Cabezas, recordando por qué decidió entregarse a Dios en esos años nos dijo: "por intermedio de los hermanos y por la crisis socio-política acepté a Jesucristo". Víctor Contreras, por su parte, acotó que: "en estos tiempos de *terruco* la gente ha venido y hoy está animándose a seguir el evangelio; las iglesias Presbiteriana, Pentecostal y Asamblea de Dios están animándose",

Al principio el evangelio fue refugio ante el desconcierto, la ansiedad y la frustración. Pero al asumirlo, revolucionaron su resignación: se alimentaron de esperanzas espirituales con las cuales se sobrepusieron a la crisis e ingresaron a luchar contra el Anticristo. A su vez, esa lucha servía

para la mayor gloria de Dios y para incrementar la gracia que recibían del divino, en tanto luchaban por defender el cristianismo. La guerra política y la guerra religiosa quedaron, para ellos, superpuestas.

Cuando los pudientes abandonaron el valle, se dio también un éxodo masivo de los pastores de las iglesias evangélicas, los "profesionales" del evangelio. En el valle quedó una población que lee la Biblia con un escaso conocimiento del tema, interpretando el evangelio según sus propias "intelecciones", desde sus propias frustraciones y temores, sus desconsuelos y nostalgias, sus tradiciones culturales y la nueva realidad de la guerra. Fue entonces que se produjo lo que hemos denominado proceso de "pentecostalización". La interpretación fundamentalista avanzó desde la iglesia Pentecostal y la Asamblea de Dios hacia otras iglesias. Muchas iglesias presbiterianas se "contaminaron" influenciadas por la doctrina pentecostal. En algunos casos iglesias enteras han abandonado sus doctrinas para asumir la pentecostal. Como precisa un campesino de la iglesia presbiteriana: "con el antojo del arribamiento, algunos hermanos se han volteado..."

Las iglesias presbiterianas de Choque, Pampalca, Luz y Verdad, se pentecostalizaron. Lo mismo pasó en Yaruri, San Gerónimo y Rinconada, donde las iglesias presbiterianas fueron "invadidas" por los de la Asamblea de Dios. Porque, según dicen: "ellos hablan lenguas, profecías. Los presbiterianos no tienen el Espíritu Santo, no tienen dones". El abandono de los profesionales obligó a los "temerosos de Dios" a interpretar el evangelio según su propia visión: "ahora cada iglesia tenía que dirigirse, ellos nomás ya dirigían la iglesia"⁴⁹.

*"Ya no venían a enseñar los hermanos que antes venían, pues cada presbiterio debía desarrollar su propia estrategia. Al formarse el Sínodo Selva, ya no venían los hermanos conocedores del presbiterianismo, sino que fueron reemplazados cayendo en manos de Pentecostales... No hay claridad en la forma de llegar los cultos, hay mucha tembladera, vicio de los himnarios y la predicación mal, mal hecha. Al parecer no acatan los catecismos mayor, menor, tampoco la constitución, debido a la influencia de la línea Pentecostal"*⁵⁰.

La pentecostalización, proceso al cual podríamos llamar mutación dialéctica de la fe o también "revolución religiosa" (Morse 1982:27), no

49. Jesús Meneses, presbítero de Palmapampa.

50. Vidal Trujillano, Pastor Presbiteriano que en 1984 tuvo que abandonar la selva para pasar a vivir a la ciudad de Huanta.

sólo respondía al repliegue de los profesionales del evangelio, sino sobre todo al mensaje de los pentecostales. Ellos se definen como los "verdaderos cristianos" por la espontaneidad y el énfasis en la oración, por las vigili-
as y los ayunos permanentes, por tener la fuerza actuante del Espíritu Santo (esas tembladeras a las que se refiere Vidal Trujillano), el don de lenguas y de santidad. Son los "relámpagos espontáneos" de Morse o lo que Weber llama: "la habilidad neumática de experimentar el éxtasis". En sus propias palabras:

"Lo que Dios había revelado a los apóstoles no fue todo lo que pudo y quiso revelar; al contrario, el único signo de la verdadera Iglesia era la subsistencia de la palabra no como documento escrito, sino como fuerza actuante del Espíritu Santo en la vida cotidiana de los creyentes que quisieran oírle. Partiendo de esta idea de revelación continuada se formó más tarde la conocida doctrina, sobre la importancia decisiva en última instancia del testimonio interior del Espíritu en la razón y la conciencia. Con esto no desapareció la vigencia, pero sí el imperio exclusivista de la Biblia. Sólo la 'luz interior' de la revelación continuada capacitaba para comprender incluso las revelaciones bíblicas de Dios" (Weber 1990: 160-161).

Se trata de un sentimiento sustancial de Dios, una efectiva penetración de lo divino en el alma del creyente. Es a ellos a quienes Dios se les presenta, por medio de la revelación individual. Esta revelación los lleva a desarrollar su propia lectura del evangelio. Frente a esto, perdió importancia el valor de la fe como conocimiento de la doctrina de la Iglesia o como medio de recibir la divina gracia por el arrepentimiento. Weber analiza esta "apropiación interior de la obra de la redención" para el caso de los bautizantes. La revelación no exigía formas ni colores, podía llegar a cualquiera, incluso a las personas del último peldaño de la escala social, pobres y analfabetos ⁵¹.

51. Morse hace una distinción interesante. "Mientras el catolicismo —la 'aristocracia religiosa de los santos'— es un conocimiento 'teórico' basado en el reconocimiento intuitivo de un principio verdadero; el evangélico es un conocimiento 'acústico' adquirido por la palabra concretamente oída como la voz de Dios, la aprehensión directa de la palabra de Dios desde el más allá. El primero vinculado a un sentido de la vista interior, o intuición, guía la conducta; el segundo, vinculado a un sentido interior del oído, o audición, transforma la persona. Dos modos de conocimiento: la racionalidad formal-objetiva del catolicismo y la racionalidad dialéctica-personal de la teología protestante" (Morse 1983:55).

Según algunos profesionales del presbiterianismo, los pentecostales "leen por leer la Biblia": son una especie de informales del evangelio. Por ello, una de sus demandas es que los visiten pastores que conozcan el evangelio, que les envíen materiales, biblias, cánticos, himnarios. Pero sin ellos, desde el centro del conflicto y en medio de la represión sangrienta, sin los profesionales de la iglesia, los evangélicos comenzaron a "leer" a SL como el Anticristo. La fuerza espiritual maléfica contra quien se tenía que combatir bajo la protección de Dios: una guerra santa.

SL y los evangélicos se enfrascaron así en una lucha por la conquista de los excluidos y los desamparados, en medio de un mundo que se desencantaba en el sentido weberiano. Ambos llegaron al valle a conquistar los corazones y las almas de los menesterosos: SL ofreciendo la revolución, los evangélicos el paraíso. Para alcanzar la meta se necesitaba, según SL, la "guerra popular prolongada"; según los evangélicos, la "arribación" apocalíptica, es decir, el juicio final. La guerra completó la contraposición ideológica: para SL matar a los evangelistas era acabar con los "traidores del pueblo", los *yanauumas*; para los evangélicos, enfrentar a SL era luchar contra los demoníacos, contra el Anticristo. Ambos dispuestos a morir por sus libros sagrados: los senderistas por el Pensamiento Gonzalo y los hermanos por el Evangelio. Triunfaron los evangélicos.

3. Alianzas peligrosas: ronderos, cocaleros y narcotraficantes

La estabilización militar de los CDC, a partir de 1988, no se podría entender sin el financiamiento del narcotráfico. El espíritu religioso y la capacidad organizativa jugaron un papel muy importante, pero la organización se consolidó a partir de esa alianza. La compra de armamentos de largo alcance no se hizo con la venta de cacao o café, que ya no eran cultivos rentables, sino con los dólares del narcotráfico, que comenzaron a financiar ciertos gastos de los CDC: armas, alimentos, promoción comunal. La brutal represión de SL y la falta de armas y municiones para enfrentarlo; el repliegue de las FFAA desde mediados de 1985 y la subsecuente contraofensiva senderista, obligaron a los ronderos a recurrir al narcotráfico. Financiamiento a cambio de dejar "limpia" la zona, no sólo de *terrucos* sino de policías y militares, garantizando el cultivo generalizado de la coca, así como la elaboración y comercialización de la pasta básica de cocaína (PBC).

Hasta 1983 y 1984 el centro de operaciones del narcotráfico estaba ubicado al norte del valle, río abajo, en Selva de Oro y luego en Curiato.

Llochegua era el centro comercial gracias a capitales provenientes del narcotráfico, por lo demás, todavía no muy extendido. Posteriormente, más o menos a partir de 1985 el centro de operaciones se fue desplazando hacia el sur del valle, río arriba, hacia Palmapampa.

En los primeros años de la década de 1980, Palmapampa no tenía mayor significado económico en comparación con Llochegua. La violencia y la demanda de la pasta básica reordenaron los espacios económicos. En la actualidad, Llochegua ha dejado de tener importancia debido al creciente poder de Palmapampa, muchísimo mayor inclusive que el del mismo San Francisco, capital histórica del valle.

Hasta 1979 la sede principal del Estanco Nacional de la Coca (ENACO) se encontraba en Santa Rosa, desde donde se ejercía un mejor control de la producción de la hoja. Al comenzar la década de 1980 ese cultivo no era el más importante y el narcotráfico apenas comprometía a muy pocas personas. Hacia 1984, como consecuencia de los ataques senderistas la población de Santa Rosa solicitó al Ejército establecer una base militar en la zona. "La gente no tenía qué ocultar, no éramos narcos", recuerda un campesino. El Comando Político Militar nunca dio respuesta a esa solicitud. La violencia se agudizó. Cayeron los precios del café, cacao, maní y otros productos legales. Se expandieron progresivamente los cultivos de la hoja de coca, que tenía una creciente demanda y un mercado seguro con precios en ascenso. Como alguien señaló irónicamente: la guerra, la pobreza y la crisis agraria han facilitado el tránsito de la "mama coca" a la "mama pasta".

Mientras unos depositaban su esperanza en ideales espirituales, otros, pequeños productores y comerciantes, tenían una esperanza material concreta. Ellos constituyeron la base del que podríamos llamar "proyecto Huayhuaco": los CDC en alianza con el narcotráfico. La población migrante sin recursos ni propiedades fue el contingente principal que asumió el evangelio, mientras que por la coca y la pasta se inclinaron más los pequeños agricultores venidos a menos. Una región donde la presencia del Estado se circunscribía a instancias represivas como ENACO y las Fuerzas policiales, con necesidades estructurales irresueltas, definió posiciones y tejió alianzas: la contraofensiva senderista de 1985-1987, el repliegue de las FFAA parapetadas en sus guarniciones, la falta de armamento de largo alcance y municiones, obligaron a los ronderos a recurrir al apoyo del narcotráfico.

En la actualidad, la exportación de la coca hacia la sierra para el consumo tradicional es mínima. Lo poco que sale es confiscado por los poli-

cías y los empleados de ENACO. En los puestos policiales de Machente, Tambo y Quinua los campesinos que retornan a la sierra después de haberse empleado como peones, reciben maltratos por portar pequeñas cantidades de coca para su consumo diario. En el valle queda alrededor del 95% de la producción, para su maceración.

La alianza reconquistó la tranquilidad de la zona y al mismo tiempo liberó al valle no sólo de senderistas sino de militares y policías. La región quedó abierta a la libre elaboración y al tráfico de la pasta. Se dio así un proceso de relativa autonomización política y de gestión de gobierno en el valle. Los CDC no sólo mantuvieron el control de las fronteras, sino que comenzaron a establecer sus propias reglas de juego dentro del valle. Ellos tenían en sus manos desde la defensa hasta la administración de justicia. Eran los responsables de la seguridad pero también solucionaban problemas internos de diversa índole: pleitos de familia, robos, conflictos por linderos, choques de carros, etc. Según el juez de paz de San Francisco, este control lo tuvieron hasta hace poco, lo que llevó a que se cometieran muchos abusos al imperar la "ley de la selva".

Militares y policías no tenían acceso a ciertas zonas del valle como Marintari, Iribamba o Palmapampa, donde ningún extraño podía ingresar sin previa autorización. Los civiles que querían llegar a la zona, tenían que tener justificado argumento. Aun así, todos solicitaban autorización —"pase"— del CDC de San Francisco.

Los casos registrados de enfrentamiento entre ronderos, militares y policías son muchos. En diciembre de 1991 los ronderos de Palmapampa se enfrentaron a militares que querían ingresar a la zona. Alejandro, rondero de Palmapampa, contó en tono risueño que: "el ejército tiene miedo de ingresar, un día lo hemos enfrentado; a la DEA mismo nosotros hemos enfrentado"⁵².

Circunstancialmente fuimos testigos de los hechos que a continuación se relatan, ocurridos en Sivia el 26 de enero de 1993. Alrededor de la 1 p.m., cuando se desarrollaba la tradicional feria de los martes en Sivia, se informó de la presencia de un número no determinado de policías de San Francisco, que venían por las partes altas de Sivia. Sin pérdida de tiempo, salieron de la Base Civil Antisubversiva algo de diez ronderos armados haciendo disparos al aire. Después de diez minutos, alrededor de treinta ronderos ingresaron al pueblo trayendo "capturados" a cinco policías. Otros

52. DEA = División de Lucha Antidrogas de Estados Unidos.

ronderos capturaron en las riberas del río a cinco policías más. Los llevaron al centro de la plaza entre la muchedumbre que exigía que los golpearan, gritando: "al calabozo". Los insultos y los golpes de las mujeres aumentaban, dando la sensación de que el episodio terminaría en una matanza. Los ronderos argumentaban que los policías no tenían autorización ni derecho para ingresar a la zona sin el permiso, ya sea de ellos o del comandante del Ejército de la base de Pichari. Se decía que sólo venían a robar: "ladrones acostumbrados". Con la llegada del Comandante "Ronco" y más de 20 efectivos militares de Pichari, se apaciguaron los ánimos. Después de varias horas los policías fueron liberados luego de algunos acuerdos como la prohibición de ingresar sin la autorización respectiva, pues los ronderos no se responsabilizarían de lo que podría sucederles⁵³.

Los policías se dirigían a Sivia con el objeto de capturar a algunos narcotraficantes pues se decía que habían bajado muchos *traqueteros* a comercializar pasta en la feria. La defensa implícita de los ronderos a los narcos era parte de la alianza. Los ronderos tenían la obligación de mantener "limpia" la zona a cambio del apoyo económico de los narcos. Como cuenta un empleado del puesto de salud de Sivia: "cuando ellos piden armas, comida, sogas, los narcos rápido les dan".

Según múltiples testimonios, cada avioneta que aterriza para recoger pasta en Palmapampa abona US\$ 5,000 a los CDC. Al mes se registraban en 1993 un promedio de cinco vuelos. Según versiones oficiosas, el dinero recaudado se invertía en armas, municiones, alimentos, labores de promoción comunal, viajes oficiales a Ayacucho y Lima.

La alianza probablemente se mantenga sólida mientras continúe floreciendo la economía de la coca y no haya un plan de desarrollo alternativo, que comprometa a los distintos sectores sociales de la región y otorgue prioridad estratégica al sector agrario. Si ello no sucede, atacar el narcotráfico supondrá atacar un ejército civil dispuesto a defender la alianza que le permite subsistir.

53. Según los ronderos, en algunas ocasiones los senderistas habían ingresado disfrazados de policías o militares. Por ello, para evitar cualquier percance, si los policías querían ingresar a la zona, sea en busca de traficantes o por otros motivos, debían pedir la autorización correspondiente de los CDC o de los militares.

4. Los menesterosos de Cristo y los ricos de la coca

*"Ellos [evangélicos] ni sembrar ya quieren. Teniendo chacra no siembran coca, para ellos es pecado hasta coger las hojas de coca. Dicen: 'para qué necesitamos plata, sólo que podamos comer'. Se dedican sólo a cantar, orar y ayunar, ya no trabajan sus chacras. Por eso están enfermos, anemia ya tienen, sus hijos se mueren. Ya no quieren trabajar sus tierras. Otros que no son hermanos, tienen carro, hartó dinero"*⁵⁴.

La opinión pública maneja el estereotipo del selvático como narcotraficante, con un carro Toyota y mucho dinero. Si bien cierto sector cumple esos requisitos, la mayoría de la población es de condición económica pobre, quechuahablantes y con un índice elevado de analfabetismo. En este sector se ubican fundamentalmente los miembros de las distintas iglesias evangélicas de la región, así como la población que migra al valle para emplearse como peón. Según un diagnóstico socioeconómico realizado por la iglesia presbiteriana en el valle durante el primer semestre de 1992, el 80% de las familias evangélicas no cuentan con una infraestructura económica adecuada, muchos viven en condiciones de extrema pobreza y la gran mayoría está afectada por enfermedades.

En la iglesia presbiteriana "Estrellas de Belén" de Pichiwillca se reúnen aproximadamente 30 familias, de las cuales casi el 50% viven en condiciones de extrema pobreza, casi todos peones y mayoritariamente analfabetos. Del total de miembros, 27 padecían distintas enfermedades, las más frecuentes: paludismo, tifoidea, hepatitis y TBC. Como producto de la mala alimentación, la anemia afecta a un porcentaje importante, sobre todo a mujeres y niños. De los miembros del presbiterio de Palmapampa, el 100% son agricultores; algunos de ellos alternan la agricultura con el pequeño comercio de abarrotes. Según el informe mencionado, entre sus miembros no existe ningún comerciante importante. Todos sin excepción afrontan dificultades económicas.

Existen, pues, dos procesos económicos y dos sectores sociales en el valle: aquellos vinculados al narcotráfico, que dinamizan la economía y el comercio; y otros con una economía de sobrevivencia, vinculados en alto

54. Entrevista a Tato (25), católico, rondero de los DECAS-Tigres de Palmapampa.

porcentaje a iglesias evangélicas. Tendencialmente, los menesterosos de Cristo y los ricos de la coca.

Esta estructura social "dual" es posible por la ideología de los menesterosos. Para muchos evangélicos, sobre todo para los pobres de los pobres, no tiene mayor valor la riqueza material; lo más importante es la riqueza espiritual, que sólo se logra con una verdadera fe en Dios. La entrega total al Señor asegura el estado de gracia, la salvación y la vida eterna. La vida terrenal es pasajera, la segunda venida de Cristo es inminente, acumular riqueza material en la tierra no tiene ningún sentido. Al preguntarles si tenían tierras y por qué no las trabajaban, dos jóvenes pentecostales respondieron: "para qué ya pues hermano, si ya el Señor está por llegar", y recitaron la frase bíblica: "no hagáis riqueza en la tierra, donde el orín y la polilla la corrompen".

Si bien esta posición no es generalizada entre la población evangélica, se nota claramente entre aquellos ubicados en el último peldaño de la escala social. Por el contrario, los productores de coca y quienes están vinculados al narcotráfico vivieron una era de derroche durante los años dorados en que la coca alcanzó precios elevados. Hasta enero de 1993, la arroba de coca se cotizaba en 60 nuevos soles. De una hectárea cultivada se cosechan aproximadamente 80 arrobas y la cosecha es trimestral. Eso significa un ingreso de 19,200 nuevos soles al año⁵⁵, cantidad muy respetable dados los pocos cuidados que requiere el cultivo de la hoja.

La elaboración de la pasta proporciona ingresos todavía mayores. El kilo de pasta cuesta entre \$ 800 y 900. Se decía en 1993, que mensualmente volaban un promedio de cinco vuelos de avionetas que transportaban entre 500 y 900 kilos de PBC cada una. Escapa a los límites del presente trabajo averiguar a dónde van a parar los dólares del narcotráfico. Los pueblos del valle carecen de infraestructura básica: luz, agua potable, saneamiento ambiental. Tampoco existen importantes inversiones productivas. Las casas hechas de ladrillo y cemento y los carros Toyota, símbolo de status minuciosamente cuidados, son los únicos signos exteriores de riqueza que exhiben las familias comprometidas con el narcotráfico. Parte de los dólares salen hacia Ayacucho y Lima. Las inmensas casas construidas en estos últimos años en una ciudad pobre, en guerra y sin centros de trabajo ni industrias como Ayacucho, sólo se explican por el narcotráfico.

Los dos sectores de esta economía "dual", coexisten bajo el referente

55. Equivalente a US\$ 11,288.23 (1 US\$ = S/. 1.70 en enero de 1993).

de los CDC, único espacio donde confluyen. Fuera de ellos, cada quien marcha según sus propias opciones económicas y sus propios valores espirituales, disímiles y contradictorios, pero que coinciden en la defensa contra SL y en la participación en las rondas, alrededor de las cuales han construido niveles de identidad común.

Esta realidad cuestiona en buena medida la imagen convencional de los denominados "nuevos movimientos sociales"⁵⁶, y cuestiona también la imagen convencional de los CDC como simples defensores del Estado. Su motivación no sólo es la defensa del Estado, frente al cual, por el contrario, observamos mucho descontento. Para los evangélicos es la salvación eterna; para aquellos vinculados al narcotráfico, el progreso económico. Si bien la economía explica la reproducción de los CDC, la religión les da su impulso excepcional. Mientras los cristianos viven la era del "arribamiento" apocalíptico y la lucha contra el "Anticristo", los nuevos ricos⁵⁷ idealizan el poder y la gloria plasmados en un universo de héroes cinematográficos. Sus seudónimos lo revelan: "Rambo", "Depredador", "Los Indestructibles", "Los Inmortales"⁵⁸.

IV. PROCESO DE AUTONOMIZACIÓN POLÍTICA DEL VALLE DEL RÍO APURÍMAC

Son los campesinos quienes inician la colonización de las tierras orientales de montaña en busca de mejoras económicas. Progresivamente, esas zonas selváticas fueron articulándose al mercado a partir del cultivo de productos de exportación como barbasco, cate, cacao, sembrados sobre todo por grandes propietarios para satisfacer la demanda del mercado nacional y extranjero. Contrariamente, el Estado casi nunca promovió políticas de desarrollo y de integración de las zonas orientales, limitándose, en

56. Véase al respecto el artículo de Orin Starn en el presente volumen.

57. No es el grupo de poder existente hasta 1982, que huyó de la guerra, sino otro surgido de los pequeños productores venidos a menos por la crisis, quienes gracias a la coca reflataron su economía a partir de 1987. Un nuevo grupo de poder, emergente de la guerra gracias a la coca y su influencia sobre los CDC, que se personifica en el comandante Huayhuaco.

58. En el valle existen sólo dos importantes centros de "esparcimiento", a los que acude la población joven masculina: primero, los bares y cantinas; segundo, los videos. En estos, sólo se proyectan cintas de acción o de guerra. En San Francisco, por ejemplo, existen ocho casas-video, donde matinee y vermouth se proyectan películas de acción.

el mejor de los casos, a impulsar políticas de colonización sin una planificación estructurada, razón por la cual muchas veces estos procesos fueron en desmedro de las poblaciones nativas.

La articulación del valle al mercado se consolidó desde mediados del siglo XX, concretamente desde la década de 1960 con la producción del café. En 1964, al quedar concluida la carretera Ayacucho-San Francisco, se potenció el desarrollo del sector comercial. El crecimiento económico favoreció a los grupos de poder, quienes acapararon la producción para comercializarla en el mercado externo. Frente a ese predominio de los grandes propietarios y comerciantes, los medianos y pequeños productores se organizaron en cooperativas y luego en la FECVRA. En 1980, esos tres actores sociales pugnaban por articular la zona al mercado.

Este proceso fue bloqueado por la insurrección armada del Partido Comunista del Perú-SL, que impulsó una "economía de guerra", expulsó de la zona a los grupos de poder y desestructuró la FECVRA. Las acciones militares de SL, así como la violencia represiva de las FFAA, obligaron a la población rural a abandonar sus tierras. Tanto la migración desde el valle hacia las ciudades, como el descenso forzado de las poblaciones de altura hacia el valle, supusieron el abandono masivo de cientos de hectáreas de cultivos.

A los desplazamientos forzados, producto de la violencia, se sumó la caída de los precios de los cultivos de exportación, dando paso a la crisis agraria y económica en la que se vio envuelta la región desde 1983 hasta 1987. En ese contexto se expandieron los cultivos de coca, que en la actualidad son los más importantes. La fabricación local de PBC proporciona mayores ingresos e incrementa el comercio en el valle. Si bien disminuye la exportación de productos como café, cacao y otros, en dirección contraria la importación de alimentos y abarrotes se incrementa exponencialmente. Al especializarse en la coca, el valle pasa a depender todavía más de los productos de la sierra y de la costa. A su vez, ciudades como Huanta y sobre todo Huamanga, viven en grado significativo de los ingresos provenientes del valle del Apurímac.

Gracias al financiamiento económico proveniente del narcotráfico, la región quedó "libre" no sólo de subversivos, sino también de policías y en cierta medida de militares. Desde 1988 la administración política y el control militar del valle se encuentran en manos de los CDC. Nacidos como estrategia de sobrevivencia en la guerra, al conquistar cierta tranquilidad pasan a cumplir otras funciones de carácter social y de gobierno. Frente a la violencia subversiva y las arbitrariedades de las fuerzas contrainsurgen-

tes, con un Estado ausente y ajeno a sus demandas, se construye desde la población civil una opción capaz hacerse un lugar entre las fuerzas en conflicto. Políticamente se advierte una construcción relativamente autónoma, capaz de cuestionar cualquier imposición.

Este cuestionamiento no sólo se da contra las FFAA sino contra la institucionalidad estatal. Autoridades políticas como el gobernador, no tienen la representatividad e influencia que tiene un miembro de los comandos especiales o un presidente de los CDC, nombrados por las mismas bases. Lo corrobora la misma actitud de la población en las últimas elecciones municipales de enero de 1993, celebradas en calma. El número de concurrentes fue mínimo, los alcaldes electos, tanto de San Francisco como de Quimbiri, no alcanzaron el 5% de votos, si tomamos como referencia el total de electores registrados⁵⁹.

Los CDC no sólo suponen fuerzas civiles militarizadas, sino sociedad organizada más allá de los ámbitos restringidamente castrenses. Una región construyendo sociedad y referentes de identidad, sobre la base del proceso de autoafirmación, al valorarse frente a las distintas fuerzas en conflicto como los actores que redefinen el curso de la historia, al dar su organización un viraje al curso de la guerra y salir victoriosos frente al enemigo. Los CDC, además de convocar, identifican a los distintos sectores sociales: ricos y pobres, católicos y evangélicos, comerciantes, campesinos y narcotraficantes. Una identidad frágil por sus carencias, no por su unidad ni por su voluntad de combate. Por un lado, la organización es unilateralmente masculina. Mientras las mujeres de la sierra participan en cierta medida de la organización y de las decisiones políticas, en el valle se ven más relegadas; no han logrado niveles de organización como los Clubes de Madres, comités de Vaso de Leche o Federación de Mujeres, desarrollados en la sierra. Por otro lado, se podría pensar que tal vez se trate de una identidad efímera pues, concluida la guerra, al desaparecer la necesidad de la defensa, la organización que le da sustento desaparecería y la identidad se disiparía.

Sin embargo, el proceso no parece ser tan simple. Los CDC fueron capaces no sólo de derrotar a SL, sino de ordenar la vida dentro del valle en plena guerra. Aun dándose arbitrariedades, conflictos internos y caudillismo de los dirigentes, los CDC representan una opción que sobrepasa la valoración estrictamente militar. Una opción construida con sus propios

59. Observación del autor.

medios y sus propias armas. "No le deben nada a nadie", como señalan muchos de ellos: ni al ejército ni al Estado. En los últimos años, sin embargo, las FFAA han evolucionado en el trato con la población, han aprendido de la guerra: ya no son los abusivos del 1983-1984, ni quienes se cruzaron de brazos en 1986-1987. El rencor hacia ellos es menor. Por el contrario, las FFPP no aprendieron de la guerra, probablemente porque no participaron directamente en ella. Su trato con la población y los ronderos es distante y arbitrario. No entienden que, abandonados a su suerte, los ronderos han construido sus propias normas autónomas, contra las que se estrellan cuando buscan interferir. Distinta es la actitud de los militares, quienes ahora valoran y respetan esos márgenes de autonomía e instancias de gobierno de los CDC.

Sólo los ronderos entienden lo que les ha costado construir lo que hoy defienden de senderistas y policías: un espacio político, militar y económico que con el tiempo llegó a adquirir su propia dinámica. Una región en busca de autonomía, con su propia administración política, sus propias normas, su propio ejército; por último, sus propias confesiones religiosas. Esto no niega la coordinación e, inclusive, niveles de subordinación a las FFAA. Parafraseando a Hobbes, una región que hizo de la necesidad virtud al trascender la organización defensiva para ordenar la vida política y social dentro del valle. Todo en medio de una guerra sin fin, que pobló el valle de cementerios, de coca y de dioses. Una guerra en la cual la población logró, a costa de cientos de muertos, construir autonomía e identidad. Los CDC, en medio del dolor y la guerra, llenaron un vacío. Como dice un habitante de la comunidad de Iribamba: "nosotros nos defenderemos vivos o muertos".

EPÍLOGO

El presente texto se terminó de escribir a mediados de 1993. Han pasado más de dos años. Mucho ha cambiado en el país y en el valle del río Apurímac, donde el derrumbe de SL ha sido total. A su repliegue y a la pérdida de bases que ya discutimos, se sumó la deserción de sus fuerzas. El episodio más importante tuvo lugar en octubre de 1993, cuando 184 miembros de base del Comité Popular "Sello de Oro", que operaban en las cabeceras del distrito de Santa Rosa, capitularon y se entregaron al CDC de esa localidad luego de asesinar a tres mandos senderistas. Por otro lado, la base Viscatán fue tomada por el ejército y los CDC en agosto

de 1994, al igual que partes del valle del Ene, que todavía se mantenían en manos de la subversión. Estas acciones han eliminado la presencia de SL en la zona, aunque algunos contingentes se mantendrían aún en los alrededores de Viscatán.

Si bien la seguridad sigue siendo todavía un problema, en los últimos dos años la reconstrucción se ha convertido en la preocupación prioritaria en el valle. Los que llegaron a concentrarse en las riberas del río y alrededor de los centros poblados, comienzan a volver a sus lugares de origen: las cabeceras de montaña. Sólo en Santa Rosa han regresado diez pagos, entre ellos San Pedro, Patacocha, Huayrapata, Ccahuasana, que bajaron en 1984.

La diferencia sustancial que observamos entre las experiencias de reconstrucción en las comunidades de la sierra y en los centros poblados de la selva ayacuchana, es la forma distinta de articulación con la sociedad nacional y especialmente con el Estado. A diferencia del campesinado de la sierra, que busca insertarse en la vida política nacional, negociando y participando de distintas instancias del Estado, hasta hace muy poco el valle del Apurímac vio distante e innecesaria la relación con el Estado. La alianza entre ronderos, cocaleros y narcotraficantes, que se forjó en los años de la guerra, favoreció la tendencia a una autonomía relativa frente al Estado, que se manifiesta incluso en esta etapa de reconstrucción. Mientras en la sierra, en plena guerra, las comunidades buscaban que se les reconociera legalmente a ellas y/o a sus CDC y ahora exigen carretera, escuela, posta médica, planos para urbanizar sus pueblos, agua potable, electrificación, articulación al mercado; en el valle los pagos fortalecían su relación con el narcotráfico.

Sin embargo, la situación ha dado un vuelco dramático. En lo que va de 1995, el narcotráfico ha sufrido duros golpes por la desarticulación de las grandes "firmas" colombianas y el apresamiento de importantes "capos" peruanos. La hoja de coca, que en un momento llegó a costar hasta S/. 150 la arroba, ahora vale S/. 5. La pasta básica que costaba US\$ 900 el kilo, se vende ahora a sólo US\$ 150. Ha cesado el gran movimiento comercial que caracterizó a centros poblados como San Francisco, Santa Rosa, Palmapampa, que ahora parecieran pueblos desolados. Los comerciantes y trabajadores eventuales comienzan a salir hacia las ciudades y los pueblos de la sierra; mientras los campesinos serranos que iban a trabajar la coca en condición de peones por un jornal diario de S/. 15, ahora se quedan en sus comunidades.

El problema de la coca, como hemos señalado anteriormente, no es

sólo del río Apurímac, sino un problema regional. Los dólares provenientes del valle se distribuían no sólo en ciudades como Huanta y Ayacucho, sino que también llegaban a las comunidades de la sierra. La selva, por ejemplo, fue un mercado para los tubérculos serranos; mantenía de alguna manera el precio de los productos y siempre fue un mercado seguro para la venta de la fuerza de trabajo campesina.

La crisis de esta "falsa economía" construida alrededor del narcotráfico, podría ayudar a reconstruir la producción sobre bases más sólidas y a revertir ese divorcio del Estado, si éste decidiera apoyar a estas poblaciones, que desde muy temprano tomaron parte en el proceso que se ha venido en llamar pacificación. Aunque, lamentablemente, conforme SL deja de ser una amenaza para el país y la estabilidad democrática, la preocupación por las regiones más golpeadas por la violencia comienza a decrecer. El campo, que fue el ámbito más afectado, recibe principalmente alimentos como "apoyo social" mientras la agricultura, la inversión productiva y el mercado de precios quedan a su suerte.

Aún así, en el valle se ven tendencias crecientes de cambio. Los agricultores se resignan y abandonan sus cultivos de coca. Si bien, sobre todo entre los jóvenes, persiste alguna esperanza de que se recupere la economía de la coca, los mayores comienzan a preocuparse por sembrar otros productos. Ahora exigen capacitación técnica para volver en mejores condiciones a sus cultivos tradicionales⁶⁰. Los agricultores en algunos lugares han comenzado a sembrar otros productos en medio de los cocaleros. Las cooperativas vuelven a interesar a algunos, al tiempo que entre los menos pudientes se generalizan los comedores populares, que no existían en el valle. La educación vuelve a ser vista como vía de ascenso social para los hijos. Un campesino, tratando de asimilar la pérdida de ingresos que significa el fin del boom cocalero, volvía a incluir la educación de sus hijos entre sus prioridades. "Teníamos ingresos pero mira cómo estaban nuestros hijos, mientras conozco gente de Vilcashuamán que tiene hijos ingenieros".

Por otro lado, no toda la población estuvo igualmente comprometida con el narcotráfico. Muchos, si bien se orientaron mayoritariamente hacia el cultivo de la coca, no dejaron de producir cacao, café y productos de autoconsumo como yuca o arroz. Ahora vuelven con mayor facilidad a los

60. En Santa Rosa, del 7 al 9 de setiembre último, se llevó a cabo un curso de capacitación técnica para promotores agropecuarios, con auspicio de las Naciones Unidas. Asistieron 80 pequeños y medianos productores. Meses atrás, un cursillo para mejorar la producción de café y cacao, hubiera sido inconcebible.

cultivos tradicionales. Si bien se ven golpeados por la crisis, pueden sostenerse de alguna manera con los cultivos que mantuvieron de "reserva", a diferencia de los agricultores comprometidos directamente con el narcotráfico, y de los jóvenes que sustituyeron todos sus cultivos por la hoja de coca. Es este sector el más afectado al perder de pronto todo lo que tenía⁶¹.

Se pensaba —me incluyo— que el derrumbe de la economía cocalera llevaría a una reacción violenta, donde los ronderos y sobre todo los comandos especiales lucharían defendiendo esa economía. La realidad se muestra distinta. En medio de la crisis comenzó a circular el rumor de que los ronderos de Pichiwillca —entre 600 a 700— se organizarían para enfrentar a la policía y los militares y luchar contra el gobierno. En los meses de mayo y junio crecieron los rumores de que bajarían a saquear las tiendas de Santa Rosa, San Francisco, Rosario, como medida de protesta. Es probable que los más beneficiados por el narcotráfico hayan tenido en algún momento esa idea. La Sede Central, por ejemplo, que se benefició abiertamente desde 1991, así como algunas autoridades de Palmapampa. Una antigua autoridad reconoció haber cobrado por vuelo entre US\$ 5 a 10 mil. Sólo en su gestión habrían habido 220 vuelos. Aun cuando las cifras sean muy exageradas, las obras que se ven en el poblado aparecen hoy totalmente exiguas: un tractor y un generador de luz.

En los meses siguientes, el rumor de posibles saqueos y protestas dejó de circular, entre otras causas porque las autoridades y la Sede Central venían siendo cuestionadas ya desde antes de la caída de precios por corrupción y enriquecimiento ilícito. Hoy han perdido la legitimidad necesaria para encabezar protestas, más aún si son violentas. La influencia y capacidad de coordinación de la Sede Central está disminuyendo, así como su capacidad logística, al derrumbarse su fuente de financiamiento. Todo esto resquebraja la organización y legitimidad que alcanzaron los CDC en todo el valle desde 1984. Si bien en algunos lugares la organización sigue vigente, la corrupción de las autoridades y la distorsión de la organización ha generado desgano entre los miembros. En tiempos recientes, los nuevos grupos de poder, beneficiados por el *boom* de la coca, comenzaron a asumir la dirigencia de la organización con el aval de la Sede Central. Sin mayor compromiso con la organización, la asumieron para beneficiarse de

61. Al momento de entrar a imprenta este libro, los diarios anuncian que centenares de familias del valle, organizadas en una Asociación Colonizadora de la Costa, han invadido tierras eriazas ubicadas entre Cañete y Chíncha y piden que se las adjudiquen. Afirman ser la avanzada de un millar de familias (*El Comercio*, 10.10.95:B8).

ella. En ese contexto, en abril último comenzaron a desactivarse los comandos especiales de autodefensa, que eran rentados por cada base. Hoy, con sus ingresos menguados y con SL en desbande, la población no está dispuesta a continuar sustentando a los comandos. Sin embargo, aun cuando debilitados, los CDC de pagos y zonas siguen vigentes. Otro factor que coadyuva al debilitamiento de las rondas es que, desaparecida la violencia senderista, las FFAA tienden a tomar distancia de ellas ⁶².

La identidad más sólida y persistente se encuentra entre las poblaciones evangélicas, quienes se fortalecieron doctrinalmente y reforzaron su identidad, construyeron relaciones comunales y consolidaron una dirigencia, legitimada por su protagonismo en estos años de guerra.

En el nuevo capítulo que se inicia una vez superada la violencia y el narcotráfico, en el valle proliferan las interrogantes, pero la experiencia acumulada durante todos estos años, puede servir a sus pobladores para enfrentar el futuro con la tenacidad de siempre y hasta con un cierto optimismo.

62. El 25 de setiembre, el diario *La República* informó que por pugnas entre el Ejército, la Policía (División contra el terrorismo/DINCOTE) y los ronderos del valle, no se había podido capturar en San Francisco a "Feliciano", el líder disidente de SL, que continúa desarrollando acciones militares. El despacho de prensa mencionaba comunicaciones de los CDC al Comando Conjunto de las FFAA, quejándose de que: "De un tiempo a esta parte ha sido notorio el cierrapuertas para nuestra organización, los ronderos ya no somos escuchados y nuestras sugerencias han caído en saco roto". En su respuesta., el jefe político-militar del Frente Huamanga, alegaba que los CDC hacen rastri-lajes urbanos sin tener autorización, participan en asaltos de vehículos en las carreteras y tienen "un desmesurado afán de ganar autoridad y notoriedad y una errada pretensión de constituir una fuerza paralela al Ejército". (Véase: *La República*, 25.9.95:8-9).

ANEXO 1
Comités de Autodefensa (CAD) por departamento (1993)

Nº	Departamentos	CAD	Integrantes	Armas
1	Tumbes	70	2,871	
2	Piura	282	17,778	
3	Lambayeque	105	5,730	194
4	Cajamarca	443	27,927	916
5	La Libertad	219	14,018	858
6	Ancash	27	1,350	142
7	Junín	525	34,537	3,855
8	Cerro de Paseo	68	6,072	626
9	Ayacucho	1,564	61,450	5,583
10	Huancavelica	198	10,658	646
11	Lima	33	2,869	506
12	Puno	86	3,627	160
13	Loreto	30	911	
14	Amazonas	112	8,295	250
15	Apurímac	63	3,616	100
16	Cusco	106	5,802	440
17	Madre de Dios	20	1,432	60
18	Huánuco	163	13,578	868
19	San Martín	55	11,658	882
20	Ucayali	36	1,286	170
TOTALES		4,205	235,465	16,196

Fuente: Comando Conjunto de las FFAA

ANEXO 2

Atentados de Sendero Luminosos contra la comunidad de Iribamba del valle del río Apurímac

Solicita: Municiones y granadas para el Comité de Defensa Civil del Centro Poblado de Iribamba del valle de Samugari, del distrito de San Miguel de la provincia de La Mar del departamento de Ayacucho.

Señor Capitán del Ministerio de Marina del Destacamento de Lusiana.

Las autoridades y pobladores en general del Centro Poblado de Iribamba del valle de Samugari del distrito de San Miguel de la provincia de La Mar del departamento de Ayacucho. Ante Ud. con el debido respeto nos presentamos y exponemos lo siguiente:

PRIMERO.- A que en nuestra organización, del Comité de Defensa Civil del Centro poblado de Iribamba hemos sufrido por varias veces el ataque de terroristas, causando muertes y penas.

SEGUNDO.- El primer ataque fue el 25 de diciembre de 1984 en donde nos hemos enfrentado frente a frente y donde que ellos los malos elementos murieron 5 entre varones y mujeres y 2 fueron capturados, fue entregado al poder de la Infantería de Marina del destacamento de Lusiana.

TERCERO.- El segundo ataque fue el día 15 de marzo de 1985, en tal ataque perdieron la vida nuestra autoridades, como teniente gobernador y agente municipal.

CUARTO.- El tercer ataque hemos sufrido el día 6 de julio de 1986 en tal ataque murieron 3 de nuestras comunidades y resultó un herido y han quemado 22 viviendas con todo su contenido y nos saquearon como artefactos, víveres, medicinas, ropas, etc.

QUINTO.- El cuarto ataque fue el 12 de marzo de 1987, y nos han saqueado 20 cosas, como artefactos, víveres, ropas, etc.

SEXTO.- El quinto ataque fue el 13 de marzo de 1987 en tal enfrentamiento hemos luchado frente a frente en donde nos hemos defendido con una granada que nos apoyó el Comandante Odín del destacamento de Lusiana.

SEPTIMO.- El sexto ataque fue el 14 de abril de 1987, hemos luchado frente a frente, en donde a los malos elementos les hemos herido con retrocarga y a nosotros ningún daño, nos defendimos como valientes.

OCTAVO.- El séptimo ataque fue el 15 de agosto de 1987, el ataque

fue a las 3 de la tarde, del lado oeste de nuestro lugar, en este ataque solamente estaban las mujeres, los varones estaban en la chacra trabajando, mientras tanto han aprovechado en saquear nuestras cosas, como artefactos, víveres, medicinas, ropas y quemaron 26 viviendas con sus contenido y al escuchar la bulla hemos corrido a nuestra base y los subversivos ya estaban escapando lejos de nuestra base y después hemos reunido una patrulla de 15 personas, los hemos seguido a 3 kilómetros de nuestra base, la huella lo encontramos defrente a la organización de Huanchi, para entrar al mencionado base nos faltó solamente 2 cuadras y ya era 6.30 p.m., y ahora también los terroristas siguen fastidiando, persiguiéndonos y amenazando nuestros vivos, poniendo banderas y carteles en nuestros caminos de tránsito y haciendo luminares en los cerros, los carteles ponen para que dejemos el camino libre, que nosotros dejaremos el camino libre a esos malos elementos, nosotros nos defenderemos vivos o muertos.

EN TAL VERDAD

Señor Capitán del Ministerio de la Infantería de Marina del Destacamento de Lusiana, sufriendo demasiadamente los ataques, lo solicitamos para que nos apoye con municiones para nuestra retrocarga calibre 16 y con sus granadas que nosotros ya sabemos el manejo mediante el apoyo del Comandante Odín, del destacamento de Lusiana, de esta manera nos defenderemos nuestras vidas.

Es gracia que esperamos alcanzar, gratitud y anticipado de nuestro pueblo. Rogamos pues a Ud. Señor Capitán del Ministerio de la Marina del destacamento de Lusiana, a que nos acceda nuestra solicitud, y al pie de este documento firmamos todas las autoridades y comunidades en general.

Iribamba, 19 de diciembre de 1987.

(El documento es transcripción textual de la solicitud que dirigieran las autoridades del Centro Poblado de Iribamba al Capitán de la Infantería de Marina del destacamento de Lusiana. Iribamba, 19 de diciembre de 1987).

BIBLIOGRAFÍA

ARAUJO, César

- 1976 *Proceso de colonización en la cuenca del Piene (valle del río Apurímac)*, tesis para optar el grado de bachiller en Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, Ayacucho.

ARAUJO, César y Juan ARGUEDAS

- 1982 *El proceso de migración-colonización en la margen izquierda del valle del río Apurímac*, tesis para optar el título de licenciado en Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, Ayacucho.

BENAVIDES, Margarita

- 1992 "Autodefensa asháninka, organizaciones nativas y autonomía indígena", en: *Perú: el problema agrario en debate/SEPIA IV*, C. I. Degregori, J. Escobal y B. Marticorena editores, Lima, pp. 539-559.

BERG, Ronald

- 1986 "Sendero Luminoso and the Peasantry of Andahuaylas", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, invierno 1986-1987, pp. 165-196.

CONEP 1989

- 1989 *Entre el dolor y la esperanza. Testimonios evangélicos desde la zona de emergencia 1984-1989*. CONEP, Departamento de Acción y Servicio Social.

CORONEL, José

- 1983 "Pugnas por el poder local. Don Manuel Jesús Urbina y la creación del Colegio González Vigil", en *Libro Jubilar del Colegio Gonzalez Vigil, 1933-1983*, González Vigil/Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga editores, Huanta, pp. 217-240.

CORONEL, José y Carlos LOAYZA

- 1992 "Violencia política: formas de respuesta comunera en Ayacucho", en: *Perú: el problema agrario en debate/SEPIA IV*, C. I. Degregori, J.

Escobal y B. Marticorena editores, SEPIA/UNAP, Lima, pp. 509-538.

DEGREGORI, Carlos Iván

1986 *Ayacucho, raíces de una crisis*, IER J. M. Arguedas, Ayacucho.

1989a "Sendas peligrosas: la guerra del comandante Huayhuaco", *Quehacer* N° 58, Lima, abril-mayo, pp. 6-31.

1989b *Qué difícil es ser Dios. Ideología y violencia política en Sendero Luminoso*, El zorro de abajo ediciones, Lima.

1991 "Ayacucho 1980-1983: Jóvenes y campesinos ante la violencia política", en: *Poder y violencia en los Andes*, Enrique Urbano editor, Centro Bartolomé de las Casas, Cusco, pp. 395-417.

DEL PINO H., Ponciano

1990 *Huamanga en la guerra con Chile, 1879-1884*, tesis para optar el grado de bachiller en Historia, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, Ayacucho.

1992 "Los campesinos en la guerra. O de cómo la gente comienza a ponerse macho", en: *Perú: el problema agrario m debate/SEPIA IV*, C. 1. Degregori, J. Escobal y B. Marticorena editores, SEPIA/UNAP, Lima, pp. 487-508.

DESCO

1989 *Violencia política m el Perú 1980-1982*, 2 tomos, Lima.

ESPINOZA, Oscar

1995 *Rondas campesinas y nativas m la Amazonía Peruana*, CAAAP, Lima.

FAVRE, Henri

1984 "Sendero Luminoso, horizontes oscuros", *Quehacer* N° 31. Lima, octubre, pp. 25-34.

FLORES GALINDO, Alberto

1987 *Buscando un Inca. Identidad y utopía en Los Andes*, IAA, Lima.

FLORES GALINDO, Alberto y Nelson MANRIQUE

1985 *Violencia y campesinado*, IAA, Lima.

GONZALES, José

- 1989 "Perú: Sendero Luminoso en el valle de la coca", en: *Coca, cocaína y narcotráfico. Laberinto en los Andes*, Diego García Sayán (ed.), CAJ, Lima, pp. 207-222.
- 1992 "Guerrillas and Coca in the Upper Huallaga Valley" en: *Shining Path of Peru*, David S. Palmer editor, Sto Martin's Press, New York, pp. 105-126.

GONZÁLEZ, Raúl

- 1984 "¿y ahora qué ... ? El terror en Ayacucho", *Quehacer* N° 30, Lima, agosto, pp. 6-29.
- 1987 "Coca y subversión en el Huallaga", *Quehacer* N° 48, Lima, septiembre-octubre, pp. 59-72.

GORRITI, Gustavo

- 1990 *Sendero, historia de la guerra milenaria en el Perú*, tomo I, Editorial Apoyo, Lima.

HABERMAS, Jürgen

- 1989 *El discurso filosófico de la modernidad*, Taurus, Madrid.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA E INFORMÁTICA (INEI)

- 1994 Censos Nacionales 1993, IX de Población, IV de Vivienda, Departamento de Ayacucho, t. 1-4, INEI, Lima.

LÓPEZ, Sinesio

- 1991 *El Dios Mortal. Estado, sociedad y política en el Perú del siglo XX*, IDS, Lima.
- 1992 "Perú: una modernización frustrada (1930-1991)", en: J. Abugattás, R. Ames y S. López: *Desde el límite. Perú, reflexiones en el umbral de una nueva época*, IDS, Lima, pp. 109-220.

MANRIQUE, Nelson

- 1981 *Campesinado y nación. Las guerrillas indígenas en la guerra con Chile*, CIC, Lima.
- 1989 "La década de la violencia", *Márgenes* N° 5, Lima, pp. 137-182.

MARZAL, Manuel

- 1988 *Los caminos religiosos de los inmigrantes en la gran Lima*, PUC, Lima.

MONTERO, Edith; A. ARÉSTEGUI, E. NIETO y T. PAREDES

- 1972 "Notas sobre la diferenciación campesina en la provincia de La Mar", *Ideología* N° 3, revista de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, Ayacucho, pp. 42-59.

MORSE, Richard

- 1982 *El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del nuevo mundo*, Siglo XXI, México-España-Argentina-Colombia.

MURRA, John V.

- 1975 *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, IEP, Lima.

O'HIGGINS, Demetrio

- 1953 "Informe del Intendente de Guamanga Demetrio O'Higgins al Ministro de Indias Miguel Cayetano Soler", en: J. Juan y A. de Ulloa, *Noticias Secretas de América*, Ediciones Mar Oceánico, Buenos Aires.

PÉREZ LIU, Rosario

- 1990 "Acumulación en el valle del río Apurímac", en: *Perú: El problema agrario en debate/SEPIA III*, A. Chirif, N. Manrique y B. Quijandía editores, CBC/SEPIA, Lima, pp. 451-468.

RÉNIQUE, José Luis

- 1991 "La batalla por Puno. Violencia y democracia en la sierra sur", *Debate Agrario* N° 10, Lima, CEPES, enero-marzo, pp. 83-108.

SALA, Nuria

- 1995 "Los proyectos de ocupación de la amazonía sur-andina: el caso ayacuchano (1830-1930)", en: J. P. García coordinador: *La construcción de la amazonía andina (s.XIX-XX)*, Biblioteca Abya-Yala, Quito.

STARN, Orin

- 1991 "Sendero, soldados y ronderos en el Mantaro", *Quehacer* N° 74, Lima, noviembre-diciembre, pp. 60-69.

STRONG, Simon

- 1992 *Sendero Luminoso. El movimiento subversivo más letal del mundo*, Perú Reporting, Lima.

VILA GALINDO, Flavio

- 1974 *Movimiento campesino en la provincia de La Mar, 1922-1923*, tesis para optar el título de licenciado en Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, Ayacucho.

WEBER, Max

- 1990 *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Ediciones Tiempos Nuevos, Lima.

IV

COSECHANDO TEMPESTADES

Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso en Ayacucho

Carlos Iván Degregori

"¿Puede una chispa rebelarse
contra la hoguera? ¿Cómo los granos
podrían detener las ruedas del molino?
Serían hechos polvo"

Abimael Guzmán
La nueva bandera

*Introducción*¹

Cuando inició su guerra en mayo de 1980, Sendero Luminoso era un partido conformado mayoritariamente por maestros de escuela, profesores y estudiantes universitarios. Su presencia entre el campesinado regional era débil. Sin embargo, cuando después de las navidades de 1982 las FFAA asumieron el control político-militar de Ayacucho, SL había logrado desalojar fácilmente a las Fuerzas Policiales de amplias áreas rurales de

1. El presente trabajo se centra en las provincias norteñas del departamento de Ayacucho. Utilizo como insumo importante, partes reelaboradas de un artículo que publiqué en 1991: "Jóvenes y campesinos ante la violencia política: Ayacucho 1980-1983" (en: Urbano, edit. 1991 :395-416). Reproduzco de allí testimonios recogidos a mediados de la década pasada en comunidades de Cangalla, Huanta, La Mar, Sucre y Huancasancos, en especial una larga entrevista con Nicario, joven de Rumi (nombre supuesto de una comunidad de Cangallo), que fue miliciano senderista entre 1980-1983. En los testimonios no constan nombres sino seudónimos. Tampoco se mencionan los lugares específicos de donde proceden los testimonios, sólo las provincias. Para mayores datos remito al mencionado artículo.

las provincias norteñas del departamento, y se preparaba para cercar la capital departamental ².

1. LOS JÓVENES RURALES Y EL CAMPESINADO

El eslabón clave que permitió esa expansión vertiginosa fue un número significativo de jóvenes rurales con educación secundaria, o incluso de últimos años de primaria, que engrosaron las filas partidarias, constituyeron el sector más activo de los "organismos generados" por SL en el campo y, posteriormente, de los órganos de poder del "nuevo estado" senderista en construcción. Se puede afirmar que SL *necesitaba* la existencia de esa capa. Allí donde ella no existía le fue muy difícil establecer vínculos sólidos con el campesinado ³.

Eran jóvenes política y socialmente "disponibles", que en los colegios habían sido expuestos al discurso senderista, o por lo menos a lo que Portocarrero y Oliart (1989) denominan "idea crítica del Perú", cuestionadora del orden de una manera confrontacional pero autoritaria. La presencia, si bien tenue, de otros partidos de izquierda en algunas partes de la región, abonaba al radicalismo juvenil. Además, eran jóvenes en busca de identidad, en tanto la identidad tradicional andina de sus padres comenzaba a parecerles lejana luego de su exposición al "mito del progreso" (Degregori 1986), que difundían la escuela, los medios de comunicación y que sus propios padres fomentaban. Eran jóvenes, finalmente, con escasas esperanzas de progresar por la vía del mercado, especialmente a través de la migración y/o una mayor escolarización. Mas he ahí que de repente se les presenta la posibilidad concreta de ascenso social por la vía del (nuevo)

2. Esa debilidad era, en parte, consecuencia de una opción que SL fue perfilando a lo largo de la década de 1970 y que lo convirtió en un proyecto fundamentalista a nivel ideológico; en un antimovimiento social (Wieviorka 1988) a nivel político, y a nivel orgánico en una "máquina de guerra" que no priorizaba el trabajo político en organizaciones sociales, comunidades o federaciones, sino en los que denominaba "organismos generados" por el partido, que constituían la "correa de transmisión" entre éste y las "masas". Sobre la composición de SL hacia 1980 y sobre la evolución del proyecto senderista, véase: Degregori 1996.

3. Eso ocurrió en las punas de Huanta, según relata José Coronel en este volumen.

estado senderista ⁴. La militancia en SL puede ser vista entonces, también, como un canal de movilidad social. Arturo, joven de la comunidad de Rumi, relata:

"Decían que Ayacucho iba a ser zona liberada en 1985. Una famosa ilusión que han creado a los muchachos era que ya pues estamos en el 81, para el 85 va a ser una república independiente, ¿acaso no quieres ser un ministro? ¿acaso no quieres ser un jefe militar? Ser algo, ¿no?"

El poder seduce a estos jóvenes colegiales, captados a su vez por otros jóvenes, los universitarios-convertidos-en-guerrilleros, que mayoritariamente conformaban las columnas senderistas. Nicario, también de Rumi, relata su encuentro con uno de ellos:

"Cuando yo estaba en segundo año de secundaria me invitó uno que era de la Universidad de San Cristóbal. Entonces yo, bueno, fácilmente acepté... porque en ese tiempo, era el 82, ya tenía bastante acción el Sendero. A la Asamblea fue un mando militar, que dirigía. Vino con su metralleta, yo con miedo todavía me acerqué. Se presentó y tenía voz gruesa: sí compañero, así, con sus botas, todo, me saludó..."

El poder aparece en todo su esplendor atemorizante, y gana a la mayoría de los jóvenes de Rumi a los cuales promete investir de los mismos atributos. Los jóvenes hacen derroche de ese poder. Sus primeras acciones son pintar paredes y reventar dinamita en el pueblo, quebrando la quietud de las noches rurales. Según Arturo: "reventaban por reventar nomás",

Para los universitarios que conformaban el núcleo duro senderista, el partido era una "identidad total". También un sector de los jóvenes rurales llegó a asumir la militancia en SL de esa forma⁵. Pero para muchos, jugó un papel importante el que la posibilidad de movilidad social estuviera asociada al ejercicio concreto del poder en sus propias localidades, y

4. Vía de movilidad que no les era ajena, si tenemos en cuenta que la burocracia de los pequeños pueblos formó tradicionalmente parte del viejo poder local *misti*.

5. El hermano menor de Nicario, por ejemplo, que se integró a la columna guerrillera y vivió como *tuta puriq* (caminante de la noche) entre 1983 y 1986, hasta que, enfermo, aceptó por fin el llamado de su familia y bajó a Lima. Pero incluso tiempo después, cuando ya no tenía vínculo orgánico con SL, no quiso decirme nada sobre su experiencia, que no fuera la repetición de la línea oficial del partido.

además con ribetes de aventura juvenil, especialmente en los primeros años, cuando la violencia no se había desbordado y todo parecía relativamente fácil. Arturo cuenta:

"Eran jóvenes que estudiaban en Cangallo. Muchachos adolescentes y que estaban desesperados de repente por conocer las armas, por ejemplo una metrallera, que para ellos manejar dinamita era una gran cosa. Lo hacían únicamente los valientes... para ellos agarrar arma era una cosa ya de otro nivel, más jerárquico..."

Juega finalmente un papel importante algo que podríamos llamar efecto de demostración. Se integraban a una organización en ascenso, prestigiosa, que se mostraba eficaz, que les daba poder y los transformaba. La incorporación a SL tenía mucho de rito de pasaje o de iniciación en una secta religiosa: la secta armada.

A partir de esa cabecera de playa juvenil, SL incursionó entre el campesinado y tuvo más éxito allí donde existía una significativa brecha generacional educativa. Esa brecha ubicaba a los jóvenes, ni tan cerca de sus padres como para someterse a los dictados de la tradición, ni tan lejos como para desinteresarse por la suerte de sus pueblos: querían transformarlos. Convertidos en la generación armada, en muchos pagos y comunidades sedujeron/convencieron/sometieron a los adultos, que habían enviado a sus hijos a la escuela para que dejaran de ir a tientas por el mundo y encontraran vías de ascenso en una sociedad compleja y discriminadora. Si los jóvenes educados lo decían, algo de razón tendrían. Ellos eran *ñawiyoyq* (tenían ojos), *veían* cosas que los padres, "ignorantes", tal vez no habían advertido⁶. Incluso cuando en su fuero íntimo rechazaran el discurso juvenil, la reacción de los adultos era ambigua debido a los lazos familiares y culturales que anudan a las generaciones.

Más allá de los vínculos de parentesco, ante el campesinado el PCP-SL hizo gala de toda su capacidad de coerción, que incluyó desde un principio dosis de terror. SL ocupó así el lugar del patrón andino tradicional, apareciendo como un nuevo patrón, duro e intlexible pero "justo", que desplazaba a otros por lo general injustos o abusivos. Desde esa ubicación, SL trató de lograr beneficios concretos para el campesinado. Por un lado,

6. Sobre cómo para el campesinado asistir a la escuela y obtener una educación, entendida sobre todo como alfabetización en castellano, significa pasar de la ceguera a la visión, o de la noche al día, véase: Montoya 1980, Degregori 1989.

el partido se ubicaba en el eje de las contradicciones existentes en el lugar. Berg (1992) ha hecho hincapié en cómo SL aprovechó las contradicciones entre comunidades y cooperativas en algunas zonas de Andahuaylas; Isbell (1992) ha anotado cómo en Chuschi Sendero colocó en el blanco de sus ataques a algunos abigeos; Manrique (1989) se ha referido a cómo SL trabajó a partir de las contradicciones entre el campesinado y la SAIS Cahuide en las zonas altas de Junín. Por otro lado, el partido implantó un orden moral muy estricto.

En Ayacucho, donde entre las ruinas del gamonalismo subsistían pequeños poderes locales *mistis* abusivos; zona de baja densidad de organizaciones campesinas y alta densidad de estudiantes, donde la educación tenía además un especial prestigio y donde el principal movimiento social en las décadas previas no había sido un movimiento por la tierra sino por la gratuidad de la enseñanza (Degregori 1990), SL encontró un escenario por demás favorable, con un campesinado relativamente dispuesto a aceptarlo como un nuevo patrón, que por lo demás aparecía más poderoso que los viejos poderes locales o que el patrón estatal, cuya cara represiva, las FFPP, habían sido barridas por SL. Fue una aceptación básicamente pragmática, a cambio de ventajas personales, familiares o comunales muy concretas, como lo ha mostrado Berg (1992) en Andahuaylas. Pero a partir de esa aceptación táctica, se abría la posibilidad para una identificación estratégica, de largo plazo, con el proyecto senderista.

Eso parecía a punto de suceder en el segundo semestre de 1982, cuando la región vivió un momento muy especial. Para el PCP-SL era la euforia. El partido había celebrado su II Conferencia Nacional y había comenzado a desarrollar la última etapa de su plan de "Desplegar Guerra de Guerrillas", que consistía en "Batir para avanzar hacia las Bases de Apoyo" (Gorriti 1990: cap.xv). La influencia del partido se expandía como reguero de pólvora en las zonas rurales y crecía en la capital departamental, donde en marzo habían atacado exitosamente la cárcel y liberado decenas de sus cuadros presos; y donde el entierro de la joven lideresa senderista Edith Lagos congregó en setiembre más de diez mil personas.

Pero como sucede con frecuencia, inadvertidas en medio de los éxitos se incubaban los factores de fracaso. Para comenzar, ni los jóvenes ni tampoco los cuadros parecían tener una idea concreta del mediano plazo. Vivían un presente de triunfo y soñaban un futuro con ribetes de utopía campesinista: las FFAA sufrirían desercciones masivas y los helicópteros podrían ser derribados con huaracas; Lima sería estrangulada y los pobres

urbanos regresarían a la nueva república rural⁷. Hacia octubre, en muchas partes el partido se preparaba para la primera campaña agrícola en el nuevo estado en construcción, donde pronto no habría más hambre.

II. PRIMER PUNTO DE QUIEBRE

Fue una utopía que marcó a fuego la imaginación de los cuadros, pero encendió apenas y/o sólo efímeramente el entusiasmo de las masas. SL tuvo éxito en "batir el campo" (Gorriti 1990). Sin embargo, sus problemas comenzaron cuando sobre ese terreno desbrozado comenzó a construir su nuevo poder. Fue entonces que a diferentes niveles comenzaron a advertirse varias de las fallas geológicas del proyecto senderista, fisuras entre la estrategia partidaria y la dinámica regional y campesina.

I. La organización de la producción

SL privilegió las formas de organización colectiva y a ese nivel, al menos a fines de 1982, en el momento de la siembra, pareció no encontrar mayores resistencias. Nicario estuvo en la primera siembra partidaria en Chuschi (Cangalla), comunidad donde SL inició su lucha armada el 17 de mayo de 1980. Su relato hace recordar los estados prehispánicos o las mitas coloniales: la siembra en las tierras del sol, del Inca o del terrateniente. En las ocho hectáreas de tierras comunales se congregaron 60 yuntas de Chuschi y comunidades vecinas; en las cuatro esquinas de la chacra plantaron una bandera roja: "Al empezar reventó doce dinamitas, a las doce seis dinamitas, en la tarde doce dinamitas. El trabajo era exitoso, pero no logró cosechar el partido porque entró el ejército" (Nicario). Pero en otras partes el partido sí cosechó y hubo casos en los cuales éste fue el momento de la ruptura, cuando los campesinos advirtieron que lo producido colectivamente se destinaba al partido⁸.

7. Sucedió absolutamente lo contrario: migración masiva a las ciudades en aquellas zonas donde se desataba la violencia y empezaba la guerra sucia. Sobre las ideas utópicas de los jóvenes senderistas, véase el testimonio completo de Nicario en: Degregori 1991.

8. Fue el caso de Chaca (Huanta) en 1983. Véase el trabajo de José Coronel en este volumen.

En otros lugares, finalmente, los problemas surgieron cuando pretendió que se siembre sólo para el partido y para el autoconsumo, y procedió al cierre de ferias. Aquí la estrategia de conquistar territorios y cerrarlos para bloquear el flujo de productos y asfixiar las ciudades, chocó con las estrategias mayoritarias que desbordan los límites del pago o la comunidad y se desarrollan a lo largo de redes de parentesco y paisanaje que incluyen una serie de nudos en diferentes partes del campo y la ciudad (Golte y Adams 1987, Steinhauß 1991). Las ciudades, por otra parte, no se abastecen fundamentalmente y a veces ni siquiera mayoritariamente de su *hinterland* rural⁹. Se han señalado las dificultades que encontró SL hacia fines de 1982 al clausurar la feria de Lirio en las alturas de Huanta, donde campesinos iquichanos, supuestamente aislados, se abastecían de un conjunto de productos manufacturados (Degregori 1985). Pero las fisuras a este nivel se profundizaron de manera incontenible recién hacia finales de la década.

2. El nuevo poder

Fue en la construcción del nuevo poder donde SL encontró más pronto dificultades mayores. En el segundo semestre de 1982 y como parte de su plan de "batir el campo", SL decidió reemplazar a las autoridades comunales por los comisarios representantes del nuevo poder.

El libreto maoísta prescribe que para desarrollar con éxito la guerra popular el partido debe basarse en los campesinos pobres, "los más dispuestos a aceptar la dirección del Partido Comunista" (Mao 1971a). Sorprendentemente para SL, los mayores problemas se le presentaron en las zonas más pobres, que eran al mismo tiempo las más "tradicionales". Este es uno de los aportes más importantes del trabajo de José Coronel sobre lo ocurrido en las comunidades iquichanas donde todavía funcionaba el sistema de varas, un sistema de autoridad jerarquizado y ritualizado en cuyo vértice se ubica el *varayoc* o *alcalde vara*, que personifica a la comunidad y llega al cargo a una edad avanzada, luego de ascender una escalera de cargos cívico-religiosos (véase: Vergara y otros 1985). El reemplazo de esas autoridades por los jóvenes cuadros senderistas atentaba no sólo contra el ordenamiento comunal, sino contra toda una cosmovisión. Pero

9. Lima es un caso extremo, pero tampoco las ciudades medianas de la sierra dependen fundamentalmente de su entorno rural (véase: Gonzales 1992).

para SL el mundo campesino aparecía plano, sin densidad histórica ni complejidad social; dividido sólo en campesinos ricos, medios y pobres. Al proceder de esta manera, usando sus descaminadas categorías economicistas podemos decir que SL acabó basándose muchas veces en los jóvenes de los estratos medios y ricos, ganando o neutralizando a sectores de adultos de esos mismos estratos, e imponiéndose o reprimiendo y finalmente masacrando a los campesinos pobres.

Fue sobre todo a partir del desconocimiento de las autoridades comunales, que se produjeron las primeras rebeliones abiertas contra SL. Pero también en las comunidades donde ya no se elegían *varayoc* y el gobierno comunal se adecuaba a la legislación nacional, la entronización de las nuevas autoridades tendió a generar problemas. En algunas, los vínculos familiares entre "el viejo y el nuevo poder", para usar terminología senderista, neutralizaron en un principio cualquier resistencia, como en Rumi donde:

"Ya en esos tiempos se llegó a nombrar nuevas autoridades. Nosotros convocamos [una asamblea] para nombrar nuestras autoridades verdaderas de la comunidad. Las antiguas no protestaban porque del presidente su hijo mismo estaba ya en el partido, decidido. También su hijo lo ha convencido a él" (Nicario).

Pero en muchas otras partes, la juventud de los mandos senderistas resultó chocante. No sólo porque quebraba las jerarquías etarias, sino porque el pensamiento Gonzalo no logró desenredar a los jóvenes rurales que asumían los cargos de la tupida red de relaciones de parentesco y paisanaje en la que se hallaban inmersos, con su propia dinámica de reciprocidades, rencillas, odios y preferencias. Los representantes del nuevo poder resultaron arrastrados con frecuencia por las disputas intracomunales. Un relato de una comunidad de Tambo/La Mar, explica una de las formas en que se desencadena esta dinámica:

"Lo peor que habría hecho Sendero de repente es haberse confiado con gente muy joven de cada localidad, con muy poca experiencia... Ellos ya tergiversaron totalmente los planes de gobierno que tenía Sendero, entonces ya optaron por tomar actitudes de venganza, de rencilla, de repente un papá con otro papá ha tenido algún lío por cuestión de linderos en sus chacras, de animales, de robo) de pérdida, peleas de marido y mujer; como Sendero les había dado responsabilidad a los de la localidad, entonces comenzaron a tomar re-

presalias, tomar venganzas, ahí es donde se producen las matanzas, de ahí viene toda la disconformidad de la gente." (José, profesor)

La columna parte sin saber que detrás suyo deja un avispero de contradicciones, que luego no podrá resolver¹⁰. Si bien en estos casos no se registraron rebeliones abiertas, a partir de la imposición de nuevas autoridades surgieron los primeros resentimientos, los primeros aliados campesinos de las FFAA, "soplones" en la terminología senderista.

3. El nuevo orden

Hacia 1980, el gran escenario "semifeudal" en el cual SL imaginaba librar sus épicas batallas, estaba en realidad en escombros, destruido por la acción del mercado, el Estado, la presión campesina, las grandes migraciones y la Reforma Agraria. Inspirándose en Mao, SL programó para 1980-1981 "levantamientos de cosechas" e invasiones de tierras. Los resultados fueron magros, pues sólo tomaron algunas haciendas supérstites (Gorriti 1990, Tapia 1995). En 1982, en la única acción que, aun cuando bajo banderas radicalmente diferentes, recuerda por su masividad a las movilizaciones por la tierra de la década de 1960, arrasaron Allpachaka, fundo experimental de la Universidad. También afectaron algunas cooperativas surgidas de la Reforma Agraria, como relata Coronel. Pero aparte de los policías ahuyentados en los primeros años a dinamitazos de sus puestos rurales, sus blancos más importantes fueron más bien comerciantes abusivos, abigeos, jueces corruptos, maridos borrachos.

Todos ellos constituían sin duda problemas muy reales para el campesinado. Sin embargo, para enfrentarlos no era necesario construir una "máquina de guerra" y menos montar el desmesurado tinglado de horror que ensangrentó la región. Lo prueban las rondas de Piura y Cajamarca,

10. En otros casos, los cuadros foráneos son valorados negativamente y los milicianos locales aparecen más comprensivos. Alejandro, joven universitario, ruja de campesinos, opina sobre uno de estos casos, en el que se advierte además la forma irresponsable en que los cuadros encaran la confrontación militar: "Parece que no eran buenos cuadros los que dirigían el grupo de Allpachaka; planteaban que vamos a ganar la guerra, que vamos a quitarles sus helicópteros, que no se preocupen que armas va a haber para todos". Y añade: "yo creo que depende de la zona, en otras zonas habían buenos elementos". Esta anotación es importante porque nos hace concientes de la amplia variedad de situaciones concretas que se presentan.

que enfrentaron con significativo éxito problemas similares prácticamente sin violencia (Starn 1993, Huber 1995).

Pero SL tenía tres rasgos que lo diferenciaban de las rondas norteñas: una ideología que absolutizaba la violencia; una estrategia "molecular" de construcción de un contrapoder; y un proyecto político totalitario. La ideología senderista llevaba la violencia más allá de los clásicos confines maoístas de la guerra popular. La senderista era, además, una violencia purificadora, donde lo viejo (el mal) tenía que ser extirpado de raíz a sangre y fuego. Y el celo ideológico de los militantes era alimentado de manera constante por la dirección y el líder máximo, propenso a caer en verdaderos arrebatos en torno a la violencia purificadora¹¹. Ante la ausencia de blancos regionales importantes, grandes terratenientes por ejemplo, SL terminó concentrando todo ese celo purificador en la dinámica del micropoder, en la vida cotidiana y en la "limpieza social"¹². Por otra parte, la estrategia de SL era ir "batiendo del campo" y liberando zonas donde construir no sólo un nuevo estado sino una nueva sociedad controlada por el partido hasta en sus más mínimos detalles.

Celo ideológico, estrategia militar y proyecto totalitario se conjugaron en el IV Pleno del Comité Central de SL, celebrado en mayo de 1981, donde Guzmán abordó el tema de "la cuota" (de sangre), necesaria para el triunfo de la revolución y advirtió sobre la necesidad de prepararse para el "baño de sangre" que inevitablemente se produciría. Los militantes debían estar dispuestos a cruzar "el río de sangre" de la revolución "llevando la vida en la punta de los dedos". La IV sesión plenaria acordó entonces "intensificar radicalmente la violencia" (Gorriti 1990: cap. x), justificando esa escalada en los siguientes términos: "ellos (la reacción) forman lagunas (de sangre), nosotros empapamos pañuelos". (Gorriti, *ibid.*).

11. Hablando sobre quienes sostenían posiciones opuestas a iniciar la lucha armada dentro de Sendero Luminoso, Guzmán (1979), afirma: "Desarraiguemos las hierbas venenosas, eso es veneno puro, cáncer a los huesos, nos corroería; no lo podemos permitir, es putrición y siniestra pus, no lo podemos permitir... comencemos a quemar, a desarraigar esa pus, ese veneno, quemarlo es urgente". Sobre el discurso senderista y la violencia purificadora en la coyuntura previa al inicio de la lucha armada, véase: Degregori 1996. Sobre la necesidad de intensificar la violencia para el avance de la revolución hacia 1982, véase: Gorriti 1990: cap.viii).

12. "Sobre la línea, nos hablaban de que había mucha burocracia en el Perú y muchos delincuentes, muchos rateros, violadores y el objetivo de SL era hacer desaparecer a todo eso" (Nicario).

Es sobre ese trasfondo que hay que ubicar la decisión de "batir el campo", tomada en 1992. "En Batir, la clave es arrasar. Y arrasar es no dejar nada". Había que: "descoyuntar el poder de los gamonales, descompaginar el poder de las autoridades y golpear las fuerzas vivas del enemigo...limpiar la zona, dejar pampa"¹³.

Los dos siguientes testimonios, de las provincias de Huancasancos y Cangallo respectivamente, se refieren a los "juicios populares" senderistas, en los cuales la estrategia de "batir" se concretó con resultados desgarradores:

"Entonces a la mujer castigaron con cincuenta latigazos porque había hablado quejándose de la mala distribución de las cosechas. Era una familia pobre y le echaba también su traguito. Y le han cortado su pelo todo cachi y al otro también le han tirado cincuenta latigazos y le han cortado una oreja con tijeras, hasta ahora está qoro rinri (mocho).

- Y la gente, ¿qué dijo?

Nada pues: (castiga pero no mates), eso nomás han dicho". (Juvenal, campesino, adulto).

"Ahora la gente esta descontenta porque los de SL han hecho muchas cojudezas. Han matado a la gente inocente diciendo son soplones. Yo pienso, ¿no?, que si han cometido error le hubieran castigado nomás, le hubieran tirado con látigo, le hubieran cortado su pelo...pero no como han hecho, como chancho han matado al alcalde.

- Y la gente, ¿qué hizo?

Nada, pues, como estaban armados, qué cosa íbamos a hacer pues) nada. Por eso digo, han cometido muchas cojudezas". (Mariano, pequeño comerciante).

La frase "castiga pero no mates" marca el límite de la aceptación campesina, al menos en el ámbito de los llamados juicios populares. Es un límite que llega a desesperar a los cuadros senderistas, como se ve en el siguiente testimonio de una comunidad de Cangallo, que proporciona un joven profesor que por entonces participaba también en un "organismo generado" por SL:

13. En: Gorriti 1980:283. Gorriti cita el documento del PCP-SL: "Pensamiento militar del partido", de diciembre de 1982.

"Entonces una persona había recolectado dinero a nombre de SL y lo habían capturado. A estas personas le han hecho juzgamiento en la plaza del pueblo. Ahí recién han preguntado al pueblo: (Estos señores han hecho esto, esto, esto), diciendo, (qué dicen ustedes, ¿vamos a matarlos o vamos a castigarlos?'. Recién la comunidad habló: (Por qué pues van a matarlos, que se someta a un castigo', dijo la comunidad. (Ah, ustedes siempre están con esas ideas arcaicas de defenderse todavía. De acá en lo posterior ya no vamos a preguntar, ya sabíamos que ustedes iban a defender. Nosotros tenemos que bajarles la cabeza, porque a la mala yerba hay que exterminarlo total, porque si nosotros vamos a estar perdonando a la mala yerba nunca vamos a triunfar) nunca vamos a superarnos), así dijeron." (Cesáreo, profesor)

Aflora en este testimonio uno de los trágicos desencuentros de esos años, entre el ansia de "superarnos" de los jóvenes cuadros y lo que ellos conciben como "ideas arcaicas" de la comunidad, es decir, entre el proyecto senderista y la "racionalidad andina". Los senderistas, ideologizados hasta el fundamentalismo, dispuestos a matar y morir por su proyecto, no conocen ni respetan los códigos campesinos. La suya es una utopía de cuadros, que no logra hacerse de masas, son vicarios de un dios que habla, a veces literalmente, chino¹⁴.

Expliquémonos. En un medio donde el gamonalismo, aunque en escombros, proporciona todavía en parte, los códigos de dominación y subordinación; en una región con poca densidad de nuevas organizaciones campesinas, escaso desarrollo del mercado y que no tuvo la oportunidad de explorar los espacios democráticos abiertos en otras partes del país a partir de 1980 con las elecciones municipales, los campesinos parecen dispuestos a aceptar a un nuevo patrón e incluso sus castigos. Ni la violencia estructural ni la política les son ajenas. Los castigos corporales, lo azotes, los cortes de pelo, son continuidad de la vieja sociedad andina señorial y del viejo poder misti; saben cómo soportarlos y también cómo combatirlos. Pero sí les es ajena la violencia política hiperideologizada de SL, que

14. En agudo contraste aparecen, por ejemplo, los Guardias de la Revolución iraníes, muriendo como mártires en la frontera con Iraq. En un interesante trabajo sobre la revolución iraní de 1979, Khosrokhavar (1993) presenta un perfil de los revolucionarios que tiene semejanzas con el caso peruano: intelectuales provincianos de rango mediano (en ese caso ayatollahs), jóvenes educados, radicalizados y decepcionado/marginalizados por el proceso de modernización emprendido por el Sha. Pero las dinámicas y los resultados, como se sabe, fueron muy diferentes.

no se desenvuelve de acuerdo a los códigos tradicionales. En el testimonio que acabamos de citar, el diálogo con Cesáreo continúa así:

- *Pero, si eran delincuentes, ¿por qué la gente se negaba a que los maten?*
- *¿Y sus hijos? ¿Quién se iba a hacer cargo de sus familias?*

En otras palabras, la muerte es el límite, pero no sólo porque los campesinos tengan una "cultura de vida". Son más bien razones muy pragmáticas de una sociedad de bases económicas muy precarias, que establece intrincadas redes de parentesco y estrategias muy complejas de reproducción, y que tiene que cuidar en grado sumo su fuerza de trabajo. Matar, eliminar un nudo de esas redes, tiene repercusiones más allá de la familia nuclear del condenado. Dijimos que cuando SL inició su guerra, los terratenientes prácticamente habían desaparecido de Ayacucho. Por tanto, en muchos casos los "blancos de la revolución" fueron pequeños explotadores locales, prepotentes y muchas veces abusivos, pero ligados por vínculos de parentesco, paisanaje y vida cotidiana a las comunidades, o por lo menos a sectores de comuneros. Un comentario sobre Allpachaka, recogido después de su destrucción, lo corrobora:

"En Allpachaka había muchos abigeos y los han matado. Entonces su familiares se han vuelto antisenderistas y han comenzado a denunciar y a indicar a gente inocente como senderista. Yo pienso que no han debido de matarlos sino castigarlos para que se corrijan" (Alejandro, universitario, hijo de campesinos).

"Castigar para corregir" es una de las potestades fundamentales de la autoridad legitimada, sea comunal o *misti*. Al matar, SL desgarrar un tejido social muy delicado y abre una caja de Pandora que no es capaz de controlar.

Utilizando jerga hoy en día prestigiosa, podríamos decir que en lo que se refiere a la economía de la violencia, los supuestos macroeconómicos de SL no estaban en concordancia con la conducta microeconómica de los agentes. El punto de partida del análisis macroeconómico de la violencia que hace SL es que la violencia estructural resulta más mortífera. Criticando el discurso de Monseñor Dammert en la inauguración del Consejo por la Paz, Guzmán (1991: 17) comenta:

"Predica la paz de los muertos por hambre... En el Perú, por el inicuo sistema dominante mueren anualmente 60 mil niños menores de un año según

datos del 90, cifra que obviamente ha sido mayor por el azote del cólera. Compárese con las cifras de muertos reconocidas oficialmente...en diez años de guerra popular ha muerto la tercera parte del total de niños menores de un año muertos en un sólo año. ¿Quién asesina niños en la cuna? Fujimori y el viejo estado reaccionario”.

SL afirmaba que su modelo era más expeditivo y, en el mediano plazo, menos costoso en vidas humanas en tanto la revolución eliminaría la pobreza, el hambre y la violencia estructural en general ¹⁵. Desde el punto de vista de los agentes campesinos, sin embargo, la violencia política se sumaba a la violencia estructural, que ya era más que suficiente, volviendo intolerable el corto plazo mientras, como dijo Keynes, en el largo plazo, el de la utopía senderista, todos estaremos muertos.

Por otro lado, en términos jurídicos, las penas que imponía SL resultaban crecientemente desproporcionadas con respecto a la magnitud de los supuestos delitos que, por cierto, sólo ellos tipificaban como parte de un Derecho totalmente ajeno, tanto a las normas denominadas consuetudinarias como al ordenamiento jurídico nacional. Según Gálvez (1987), en lo que él llama con propósitos sólo descriptivos "derecho campesino", las penas incluyen con frecuencia la coacción física, pero muy rara vez la muerte. Esta se toma en consideración sólo cuando se cree en peligro la seguridad del grupo, especialmente alrededor del abigeato, y después de agotar todas las otras posibilidades. Porque lo fundamental del llamado Derecho consuetudinario andino es la persuasión, el convencimiento para llegar a la restitución de la unidad del grupo¹⁶. Por eso al nombrar a las autoridades comunales y a los jueces de paz (que son propuestos por la comunidad y reconocidos por el Estado), la asamblea comunal toma en cuenta principalmente a quienes considera "justos", "rectos" y reconocidos por el grupo. Las autoridades son personas que conocen a la gente y las costumbres del pueblo.

Esta es por cierto una situación ideal, erosionada además, entre otras causas, por los conflictos derivados de la expansión del mercado, la dife-

15. Escapa a los marcos del presente trabajo una discusión sobre violencia política y violencia estructural. Baste decir que esta última da sustento a la famosa frase de Mao, copiada por SL: "la rebelión se justifica". La cuestión es: qué tipo de rebelión.

16. Muchas veces los conflictos se resuelven en competencias o incluso batallas ritualizadas, por ejemplo en carnavales. Detrás de esta vocación por la restitución de la unidad luego del conflicto está el concepto de *tinkuy* (Ansión 1985).

renciación campesina, el creciente peso de los intereses familiares por sobre los comunales y la consolidación de grupos de poder dentro de la comunidad (Gálvez, ibid). Pero, por un lado, en este terreno SL se muestra tan ajeno a la realidad que lo rodea que, en vez de aprovechar esas contradicciones se tropieza en ellas y queda atrapado en conflictos intra o inter-comunales. Por otro, las grietas no son tan profundas como para anular los principios generales expuestos.

Pero existen, por cierto, otras razones de tanto o mayor peso para el rechazo campesino, más allá de la economía. Nicario narra un episodio durante la destrucción de Allpachaka, que revela la complejidad del tema:

"Del ganado hemos matado lo que hemos podido. Pero cuando estábamos matando las campesinas empezaron a llorar: al pobre ganado por qué lo matan así, qué culpa tienen. Como empezaron a llorar las señoras, pobrecito, que esto, que el otro, lo dejamos... Era nuestra intención matar todos los ganados, pero no hemos podido matar porque empezaron a llorar las campesinas".

La imagen de las pastoras abrazadas a vacas y toros para evitar su muerte no es sólo romántica y telúrica. Son, además, pastoras, y la muerte del ganado es para ellas el equivalente a lo que significaría para un obrero el cierre de la fábrica en que labora. Pero si bien las pastoras no eran sólo telúricas y amantes de la vida, eran *también* personas que apreciaban la vida de sus animales.

Tanto en Umara como en Purus (Huanta), he visto llorar desconsoladamente a señores mayores, antiguas autoridades, cuando rememoraban la forma desquiciante, insoportable en que SL asesinaba: como a chancho (*cuchi hina*), haciendo arrodillar a la víctima, degollándola, dejando que su sangre corriera y, a veces, chancándole la cabeza con una piedra. En lenguaje senderista: "aplastar como sapo con piedra". Todo con el alucinante pretexto de "ahorrar municiones". Y luego, con frecuencia, no permitía el entierro de las víctimas, los universales rituales del duelo. Si tomamos en cuenta la violencia ejercida por las FFAA, que en el período 1983-1985 y en muchas partes hasta 1988 superó con creces la violencia senderista, podemos comenzar a hacernos una idea del infierno que vivió la región¹⁷.

17. Escapa también a los límites de este trabajo el análisis de la violencia las FFAA en Ayacucho. Un testimonio sobre la violencia vesánica, racista, ejercida por miembros de las FFAA en esos mismos años se encuentra en: Degregori y López Ricci 1990.

Recuérdese siempre que si el Perú hubiera sufrido el mismo nivel de violencia que Ayacucho, en este conflicto hubieran muerto 450 mil peruanos y no 25 mil.

Pero es Ponciano del Pino quien nos presenta en este volumen el caso más sorprendente de rechazo campesino a SL por razones que desbordan la mera "elección racional". Son los evangélicos pentecostales del valle del río Apurímac, que se enfrentan a SL a partir de otra "identidad total". El resultado: una guerra no tan santa que se sella con el triunfo de los evangélicos que, sin que éstos se lo propusieran, resultó ser también el triunfo de los narcotraficantes.

La frecuencia, la cercanía social de las víctimas y el contexto traumático en el que esas muertes se producen, afecta también a los jóvenes rurales, tensados entre la ideologización del partido y sus lazos familiares, sus vínculos comunales, su sentido común:

"Claro, los familiares tenían pena, pero no sabían... cuando se hacía esta clase de ajusticiamientos, era de un momento a otro... La gente miraba y decían, si en caso nos enteramos algo o si vemos a alguien que está haciendo algo del partido, es mejor quedamos callados. Si los policías vienen, nuestra palabra tiene que ser: no sabemos, no sabemos. Nosotros también teníamos que dar esa recomendación. Algunos no estaban de acuerdo pero se aguantaban, no decían nada, se quedaban callados y algunos campesinos, algunas campesinas, se iban llorando. Siempre daba miedo y pena cuando se mataba delante de la gente" (Nicario).

El dolor y la pena son dos de los varios hilos sueltos a partir de los cuales, en los años siguientes, la familia extensa y posteriormente las rondas jalan del ovillo senderista, hasta que lo comienzan a deshilar. Nicaragua, por ejemplo, tensionado entre su hermano menor que lo conminaba a integrarse a la columna y sus otros hermanos que desde "el otro sendero" lo llamaban de Lima, optó en 1983 por esta segunda opción y comenzó una carrera como microempresario. En los años siguientes se produjeron casos aislados de arrepentidos, que se convirtieron en un flujo importante con la masificación de las rondas.

4. La seguridad de la población

La entrada de las FFAA reveló una cuarta fisura, producto de la discrepancia entre las estrategias tradicionales de dominación y la estrategia

de la guerra popular. Según las leyes de la guerra maoísta: "cuando el enemigo avanza, retrocedemos". Por tanto, cuando las FFAA ingresaron a Ayacucho, SL se replegó para proteger a sus cuadros. Pero al hacerlo entró en contradicción con el rol del patrón tradicional, que protege a sus clientes¹⁸. Por ello, cuando SL se repliega la decepción en muchos lugares es muy grande. El siguiente relato de lo sucedido en un pago del valle de Huanta, se repite con ligeras variantes en varios otros testimonios:

"A nosotros nos decían: hay que estar preparados para la guerra, para derrotar al enemigo. Nosotros estábamos creídos pero una vez han atacado a Huanta y después de atacar y matar a dos guardias se han escapado por aquí y a nosotros nos han jodido, nos han entregado, prácticamente nos han vendido; eso no es de hombres, pues" (Walter, campesino).

Para sectores de la población a los cuales SL no fue capaz de proteger, las FF AA se convirtieron en el "mal menor" o, en todo caso, en un patrón todavía más poderoso que SL, con el cual había que estar en buenas relaciones. Ese fue, por lo demás, uno de los objetivos de la ofensiva genocida de 1983-1984: secar el agua al pez senderista aterrorizando al campesinado e inhibiendo el apoyo a SL. Lo sorprendente es que, a pesar de su dureza, en muchos lugares esa estrategia tampoco funcionó a cabalidad.

III. BLOQUEO DEL PRIMER PUNTO DE QUIEBRE

En realidad, si bien hizo visibles fisuras ya existentes, la principal consecuencia de la estrategia de las FFAA en esos años fue bloquear el desarrollo de las contradicciones entre SL y el campesinado. Los senderistas fueron capaces de reabsorber ese primer punto de quiebre, pues al desatar un verdadero genocidio las FFAA convirtieron al campo ayacuchano en un Armagedón en el cual muchas veces SL apareció como el "mal menor". Tal fue el caso del valle de Huanta, como argumenta José Coronel. En palabras de SL: ellos encendieron la pradera y "la reacción atizó el fuego".

18. SL ofrece hacerla. "No se preocupen, nosotros las vamos a proteger", le dicen a las señoras de Rumi cuando lloran al ver los camiones del Ejército descendiendo por la carretera hacia la comunidad. Pero en la mayoría de casos, no están en condiciones de cumplir su promesa.

I. Adaptación-en-resistencia

Pero el "mal menor" es externo, no genera identidad sino lo que Stern (1989) llama "adaptación-en-resistencia". De la aceptación pragmática de los primeros años, no se pasó a la identificación de largo plazo. Salvo en algunos bolsones, la relación se congeló en esa adaptación-en-resistencia, ubicada entre la aceptación y la rebeldía abierta. El siguiente testimonio, de una comunidad de la provincia de Sucre, resume nítidamente lo que entendemos por adaptación-en-resistencia:

"El teniente gobernador [autoridad estatal] sigue pero clandestino, o sea, cuando vienen los compañeros decimos que no tenemos teniente, que no tenemos hace tiempo, que nos han quitado nuestros sellos, así... y cuando viene la reacción, bueno, las autoridades salen para que no haya problemas con el pueblo, o sea clandestinamente nada más están..." (Pedro, adulto joven).

El concepto es afín, en cierta medida, a lo que Scott (1985) llama "las armas de los débiles", que en la situación límite de esos años eran las únicas disponibles para el campesinado. En el siguiente relato de una campesina de 61 años de Acos-Vinchos, recogido por Celina Salceda (*Ideología* 10:72), la astucia de la adaptación-en-resistencia adquiere ribetes de picaresca:

"Cuando han venido los tuta puriq nos han dicho: 'mañana en la tarde se van a formar y allí vamos a saber', nos han dicho, y todos estábamos con miedo, pensando, ¿qué nos harán? Seguramente nos van a matar. Cuando se fueron nos hemos reunido todos, hombres y mujeres, grandes y chicos; y hemos dicho: 'vamos a formamos como nos han dicho y luego diremos que vamos a vigilar, y después, cuando estén todos, gritaremos: ¡vienen los cabitos!¹⁹ y así se irán', nos dijeron. Así al día siguiente tal como quedamos, los que vigilaban empezaron a gritar: ¡vienen los cabitos!, ¡vienen los cabitos!. Entonces los tuta puriq empezaron a correr, escapar alocadamente. Desde entonces ya no vienen."

19. Cabitos es la denominación que se les da a los soldados en la región y viene del nombre del cuartel "Los Cabitos", ubicado en las afueras de la capital departamental.

2. Externalización

Un episodio estremecedor simboliza el retroceso de SL nuevamente a la condición de actor externo: la masacre de más de 80 campesinos en la comunidad de Lucanamarca (Víctor Fajardo) en abril de 1983, reivindicada por el propio Abimael Guzmán:

"Frente al uso de mesnadas y la acción militar reaccionaria le respondimos contundentemente con una acción: Lucanamarca. Ni ellos ni nosotros la olvidamos, claro, porque ahí vieron una respuesta que no se imaginaron, ahí fueron aniquilados más de 80, eso es lo real, y lo decimos, ahí hubo exceso, ... nuestro problema era dar un golpe contundente para sofrenarlos, para hacerles comprender que la cosa no era tan fácil. En algunas ocasiones, como en ésa, fue la propia Dirección Central la que planificó la acción y dispuso las cosas, así ha sido... reitero, ahí lo principal fue hacerles entender que éramos un hueso duro de roer, y que estábamos dispuestos a todo, todo" (Guzmán 1988:19-20).

SL decidió competir de igual a igual con el Estado en el ejercicio de la violencia sobre la población, y derrotarlo también en ese terreno. Dentro de esa lógica, años después el propio Guzmán comenzó a proclamar que: "el triunfo de la revolución costará un millón de muertos"²⁰.

Así, salvo excepciones, la región fue asolada a partir de 1983 por dos ejércitos objetivamente externos. Pero ambos partían hacia el campo de batalla desde extremos opuestos. Uno de los principales *slogans* de SL decía: "el partido tiene mil ojos y mil oídos". Para ponerlo en términos brutales, en esos tiempos por lo general SL sabía a quién mataba, incluso en Lucanamarca, y si el campesinado se sometía a sus dictados, podía sobrevivir. Pero mientras el partido tenía mil ojos y mil oídos, las FFAA eran ciegas o, mejor dicho, daltónicas. Recién llegadas a la región, tratando de reproducir en los Andes estrategias que habían resultado victoriosas en el Cono Sur, no discernen y donde ven piel oscura, disparan.

Por su parte, la trayectoria de los jóvenes rurales en los años posteriores a la intervención militar puede servir como hilo conductor para rastrear el curso seguido por SL. Esos jóvenes, eslabón clave para la expan-

20. En agudo contraste con SL se desarrollan las acciones del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Véase: Collier 1994.

sión senderista en el campo, se encontraron siempre tensionados entre dos lógicas y entre dos mundos. Tensados en Allpachaka entre la orden del partido de eliminar el ganado y el llanto de las pastoras. Tensados en La Mar entre la lógica de gobierno del partido y las lealtades locales, las rencillas y venganzas familiares. Tensados entre el partido y el mercado como posibles vías al "progreso" y la movilidad social. La entrada del Ejército acrecentó esas tensiones. Y al decidir SL responder al estado con sus mismas armas en el terreno militar, reproduciendo como en un espejo su violencia, produjo un decantamiento decisivo entre ellos.

Lo sucedido con los jóvenes de Rumi nos muestra en una nuez ese decantamiento. Nicario "se quiebra", pero otros, incluyendo a su hermano menor, optan por integrarse al partido y se convierten en el semillero que permite, junto con otros factores, que SL se extienda por diferentes partes del país. SL pierde masas campesinas pero gana cuadros juveniles. Una vez más convierte un retroceso social en victoria política ²¹. Pero en ninguna parte se repetirá el escenario ayacuchano de principios de los años ochenta, que fue la época más "social" y consensual de SL. En años posteriores, conforme se expanda a otras zonas, el recurso al terror y el carácter de antimovimiento social tenderán a potenciarse.

En Ayacucho, SL queda en muchas partes viviendo en el limbo, en las fronteras de la sociedad campesina que se adapta y/o resiste; convertido en un actor entre otros, armado y por tanto poderoso, pero sin la hegemonía de la primera etapa; se vuelve una fracción dentro de algunas comunidades; o se implanta en una o varias comunidades enfrentadas a otras dentro de un área más amplia, inmerso en contradicciones que a veces se remontan hasta épocas prehispánicas (Degregori 1985); o captura y somete poblaciones con las cuales construye "bases de apoyo" que en el mediano plazo revelan su carácter forzado.

IV. SEGUNDO PUNTO DE QUIEBRE

Con altibajos, esa situación se prolongó en la región durante un lustro. Lo que para grandes sectores de la población era un empantanamiento desgastante, era para SL el normal desarrollo de la estrategia de guerra prolongada:

21. Sobre esa dinámica en la década de 1970, véase: Degregori 1985, 1990.

"El 83 y 84 son años de lucha en turno a restablecimiento-contrarrestablecimiento, esto es, de la guerra contrarrevolucionaria por aplastar al nuevo Poder y restablecer el Viejo y de la guerra popular por defender, desarrollar y construir el Poder Popular recién surgido...del 85 a hoy la continuación de la defensa, desarrollo y construcción para el mantenimiento de las bases de apoyo y la expansión de la guerra popular a todo el ámbito de nuestras serranías de Norte a Sur" (PCP 1986:220).

Así habla de esos años el folleto *"Desarrollar la guerra popular sirviendo a la revolución mundial"*, que hace un recuento de seis años de violencia, del cual desaparecen las contradicciones y fisuras que hemos advertido. Pero era cierto que SL seguía disputando partes de la región a las FFAA y, sobre todo, que logró "romper el cerco" y expandirse a otras zonas del país, especialmente al valle del Huallaga, principal productor de hoja de coca del mundo, y a Lima. En 1988 el partido celebró su I Congreso. Tiempo después, SL consideró llegado el momento de conquistar el "equilibrio estratégico". De acuerdo a Mao (1971b), la "guerra prolongada" se desarrolla a lo largo de tres grandes fases estratégicas: defensiva, equilibrio y ofensiva. A partir de 1989 SL creyó llegado el momento de pasar de la defensiva al equilibrio²². Para alcanzarlo, a nivel militar requería más combatientes, que podía conseguir en la franja juvenil que siempre constituyó su semillero, o mediante la fuerza en las zonas rurales donde tenía presencia; necesitaba más y mejores armas, que podía también adquirir a partir de su asentamiento en el valle del Huallaga, y su conexión con el narcotráfico. Pero si, como decía Mao, el ejército guerrillero debía moverse entre las masas "como pez en el agua", entonces SL necesitaba ya no sólo la neutralidad o el consenso pasivo del campesinado, sino su consenso activo. Y es allí donde se incrementaron sus problemas con la población, porque sus demandas crecieron y atentaron contra el frágil equilibrio de la adaptación-en-resistencia, que prevalecía en muchos lugares. Reclutamiento de un mayor número de jóvenes, entrega de más víveres, mayor participación de la población como "masa" en acciones militares, incremento de la disciplina senderista propensa a la aplicación rápida y sumaria de la pena de muerte: los nuevos requerimientos dificultaban la adaptación y favorecían la resisten-

22. Escapa a los límites del presente trabajo una discusión sobre el voluntarismo extremo que lleva a Guzmán a considerar que SL podía alcanzar ya el equilibrio estratégico. Tapia (1996) analiza en detalle las diferencias entre el equilibrio en la China de Mao y la situación que vivía el Perú hacia 1990. Véase también: Manrique 1995.

cia. El rechazo se volvió más rotundo en tanto en 1989-1990, a la crisis económica nacional se sumó una prolongada sequía²³.

Sendero Luminoso incrementó entonces la violencia contra el campesinado. Sin embargo, lo que logró fue que las rondas comenzaran a multiplicarse hasta que, al iniciarse la nueva década, SL había quedado atrapado en una suerte de guerra de trincheras contra los Comités de Defensa Civil. Fue la primera victoria estratégica de las FFAA y la primera derrota real de SL en toda una década de guerra, aunque el hecho quedó oscurecido por los avances de SL en la Amazonía, especialmente en las zonas cocaleiras; así como en las ciudades, especialmente en Lima.

¿Por qué esta derrota senderista? Si lo vemos desde el punto de vista de la sociedad campesina, SL y las FFAA siguieron trayectorias contrapuestas. Mientras el primero se alejaba, la segunda se acercaba; mientras SL se volvía más externo, las FFAA se volvían más internas a la población.

En 1983 las FFAA ingresan a un territorio desconocido en el que reprimen indiscriminadamente: cualquiera es un enemigo potencial. La Marina, el arma más costosa y racista, con reclutas mayoritariamente costños/criollos, juega en esos años un papel destacado en las provincias de Huanta y La Mar. A partir de 1985 es reemplazada por el Ejército, con una composición más serrana. Hacia fines de la década, cuando pasan de la represión indiscriminada a la selectiva, podemos decir que las FFAA se instalan en la frontera de la sociedad campesina e incursionan en ella, primero a partir de los licenciados que han hecho el servicio militar obligatorio (SMO), y en la presente década crecientemente a través de políticas asistencialistas y obras de infraestructura, como representantes de un estado que a pesar de su crisis tenía a esas alturas más ases bajo la manga que SL, que sólo ofrecía la austeridad más radical. Finalmente, el reclutamiento de jóvenes para que hicieran el SMO en sus propios lugares de origen y el reparto de armas a las rondas, aun cuando sólo fueran escopetas²⁴, mos-

23. En Junín y otros departamentos de la sierra central, con un mayor desarrollo mercantil, los acontecimientos tuvieron un ritmo más acelerado, hacia 1987-1988, el campesinado de las zonas altas había presenciado con estupor, no exento de simpatía, cómo SL destruía las grandes SAIS de esa región. Pero pronto la población pasó mayoritariamente a la oposición, especialmente en los valles del Mantaro, Cunas y Tullumayo, graneros de Lima, cuando SL pretendió restringir su participación en el mercado de manera directa, o indirecta a través de la voladura de puentes y destrucción de carreteras (véase: Manrique 1989).

24. Los repartos comienzan en 1990, en las postrimerías del gobierno de Alan García. La situación se legaliza en 1992 con el Decreto Legislativo 741, que reconoce a

tró que las FFAA —y a través de ellas el Estado— habían ganado la hegemonía en la zona.

Cabe mencionar un elemento importante de esta reconquista: las FFAA no pretenden controlarlo "todo sin excepción", como SL. Si bien las visitas semanales de los "comandos" campesinos a los cuarteles, la participación en los desfiles y las atenciones a las patrullas en las comunidades podían ser una incomodidad, las FFAA no interferían mayormente con la vida cotidiana de la población, agobiada por el celo senderista.

Por contraste, SL se alejaba del campesinado, que pasó tendencialmente de la aceptación pragmática a la adaptación-en-resistencia y a la rebeldía abierta contra el partido. De esta forma, si en los primeros años de la guerra se hicieron tristemente célebres nombres como Pucayacu, Accomarca, Umaru, Bellavista, Ccayara, poblaciones arrasadas por las FFAA; a partir de 1988 son las masacres perpetradas por SL las que pueblan de muertos la región. En poco más de cuatro años, entre diciembre de 1987 y febrero de 1992, una revisión nada exhaustiva nos da un total de dieciséis masacres senderistas en las que se supera la docena de víctimas (véase: IDL 1992). Si graficáramos el horror, la curva ascendente de SL y la descendente de las FFAA se cruzarían definitivamente alrededor de Ccayara. El 14 de mayo de 1988 28 campesinos murieron en esa comunidad, en la última matanza masiva perpetrada por las FFAA en la región. Pocos días antes, el 20 de abril, SL había asesinado a 18 ronderos en Azángaro, Huanta (IDL 1992). Embarcados en esta contabilidad macabra, es notorio que mientras las FFAA desarrollan una represión más selectiva²⁵, SL pasa de los "aniquilamientos selectivos", justificados según SL porque se cumplían: "sin crueldad alguna, como simple y expeditiva justicia" (PCP 1986), a las grandes masacres. En muchas partes, sectores decisivos del campesinado optaron entonces por una alianza pragmática con las FFAA, como explican Coronel y del Pino en este volumen.

Dos hechos grafican esta evolución. En los primeros años de la intervención militar se formó toda una mitología alrededor de la Marina. Se decía que contaba con mercenarios extranjeros, argentinos; tal vez, porque ni siquiera los campesinos más discriminados imaginaban que se pu-

los Comités de Autodefensa Civil y permite: "la tenencia y uso de armas y municiones de uso civil".

25. La represión sigue cobrando víctimas. Así, durante esos mismos cuatro años de masacres senderistas, el Perú ocupa el primer lugar en el mundo en detenidos-desaparecidos (Ideéle 1992).

diera tratar así a compatriotas. En abril de 1994, en una camioneta que se dirigía a la feria de Chaca, en las alturas de Huanta, conversamos con un dirigente de esa comunidad, que había estado en el río Apurímac en los peores años de la violencia y recordaba el pánico que despertaban esos supuestos mercenarios:

"Bajaban del helicóptero disparando sus ráfagas. Aunque sea una hoja que caía del árbol y ya estaban ráfagas disparando. No sabían caminar, no conocían el monte, eran sobra de la guerra de las Malvinas que habían pedido asesoramiento. Paraban tirados oyendo otra música. También tenían a los Matadores. En una jaula nomás paraban, no salían. Por una ventanita les daban alimento. Eran varones pero hasta acá [señala la cintura] tenían el pelo. Una vez a un tuco lo metieron a la jaula y le abrió el corazón y la sangre que salía chupaban, chupaban, qué rico diciendo" ²⁶.

Llegados a Chaca, encontramos a un solitario oficial del Ejército paseándose entre cientos de feriantes, campesinos y comerciantes, como pez en el agua, con sólo una pistola y "dos piñitas" (granadas) al cinto, "por si acaso". Mucha agua había corrido bajo los puentes. En San José de Secce, capital distrital, los conscriptos que hacían el SMO en el cuartel eran campesinos quechuahablantes del lugar.

Por su parte, SL terminó en muchas partes identificado con el demonio, con el anticristo o con el temible *ñakaq* o *pishtaco*²⁷. Tanto o más que las masacres de comuneros, el hecho que mejor ejemplifica la externalización de SL en la región es la suerte de "quinteo" que emprendieron hacia 1991 contra los camioneros de la ruta Ayacucho-San Francisco. En uno de los frecuentes bloqueos que SL realizaba en dicha carretera para exigir cupos y saldar "cuentas de sangre", uno de los choferes escapó y avisó a un destacamento militar, que cayó sobre los senderistas y les produjo varias bajas. Como represalia, en distintos caminos SL inició una matanza indis-

26. Si alguien cree erróneamente que esos personajes, mezcla de pishtacos y rambos de video, son producto exclusivo de la imaginación alucinada de nuestro interlocutor, remito al feroz testimonio de "Pancho", infante de marina que sirvió por esos años en Ayacucho, en: Degregori y López Ricci 1990.

27. En Purus, en 1994, recordando la forma en que mataban, un antiguo dirigente insistía en que los senderistas no eran humanos sino demonios. Sobre la identificación de SL con el anticristo, véase el artículo de Ponciano del Pino en este volumen. Sobre la identificación con el *ñakaq* de la tradición andina, que asesina a sus víctimas para robarles la grasa, véase Isbell 1992.

criminada de transportistas, escogidos prácticamente al azar²⁸: el tipo de reflejos que solía tener la FFAA hacia 1983-1984.

V. PUNTOS CIEGOS Y DERROTA DE SENDERO LUMINOSO

Es extraño que el significado de la generalización de las rondas y la nueva relación entre campesinado y FFAA haya escapado a los propios senderistas, que no lo consideraron una derrota importante pues el mismo año 1991 proclamaban que ya estaban alcanzando el "equilibrio estratégico".

Hasta 1991, en los documentos de SL no se encuentran análisis de fondo sobre la masificación de las rondas. Ese año, en el documento titulado "¡Que el equilibrio estratégico remezca más el país!", se las define como parte de los mecanismos de la "guerra de baja intensidad", contrarrevolucionaria, que desarrollan Fujimori, los militares y el imperialismo yanqui (PCP 1991:52). Y luego se hace un engorroso análisis ilegal! del Decreto que legalizaba los CDC, por entonces en discusión²⁹. La edición de fin de año de 1991 de *El Diario*, vocero oficioso, va más allá de la definición y realiza un balance, radicalmente alejado de la realidad, en el cual se afirma que las rondas que ellos llaman "mesnadas", "tocaron fondo": "sólo el 5% se mantiene desde que fueron creadas por la marina o el ejército. Las demás han sido recompuestas muchas veces y últimamente decenas se debaten sin rumbo entre disolverse o enfilarse contra sus mentores...". Recién en 1992 parecen comenzar a darse cuenta, en el III Pleno del Comité Central, se afirma:

"El problema es que se expresa una inflexión, ese es el problema...han ocupado algunos puntos y nos han desalojado. Entonces han sometido a las masas... con amenazas hasta de muerte y ahora son masas presionadas por el enemigo. Entonces, nuestro problema aquí, ¿cuál es?, que estamos restringidos en nuestro trabajo de infiltración en las mesnadas y esto debemos corregirlo para penetrarlas, desenmascararlas, socavarlas, hasta hacerlas volar". (PCP 1992).

28. Ponciano del Pino, en comunicación personal, llamó mi atención sobre este hecho. TV Cultura, filmó en video una columna de vehículos atacados, varios de ellos incendiados, en la carretera de Los Libertadores (Ayacucho- Pisco) en 1991.

29. Es evidente que al menos esa parte del documento es una intervención oral de Guzmán, transcrita literalmente. El DL se analiza casi artículo por artículo, con numerosas acotaciones muy puntuales.

La directiva que incluía también un mayor énfasis en la persuasión llegó demasiado tarde.

Esta desorientación total tiene que ver con varios puntos ciegos del PCP-SL o, si se quiere, del "pensamiento Gonzalo", que advertimos al analizar la coyuntura 1982-1983 y que ahora aparecen agudizados: su culto desmedido a la violencia; el "fatalismo optimista" de su concepción teológica de la historia; su comprensión de los actores sociales y políticos como 'esencias en acción', portadores de estructuras que determinan inapelablemente su trayectoria; su comprensión del campesinado como un actor incapaz de iniciativa; su estrategia de guerra prolongada a través de la construcción de bases de apoyo y zonas liberadas; su desprecio por la cultura andina³⁰.

I. Violencia de aparato

Ya me he referido al tema de la violencia y la discordancia entre la lógica partidaria y la dinámica de la sociedad. Sólo resta concluir que, en 1982, la decisión del aparato partidario de incrementar una violencia que no respondía a ningún interés social real, y el consiguiente inicio de los "ajusticiamientos", contribuyeron a abrir fisuras entre SL y la población. Y hacia fines de la década pasada, la escalada de violencia contra las rondas fue un factor importante para reafirmar a los convencidos, convencer a los indecisos y empujar a comunidades enteras a una alianza con las FFAA.

2. Esencias en acción

Según los documentos de SL, la historia no avanza de manera lineal sino con zigzags y retrocesos. Pero éstos se dan estrictamente dentro de una trayectoria general predeterminada, inevitable; más que un libreto, un destino.

Las FFAA, por ejemplo, etiquetadas una y otra vez en los documentos de SL como "especialistas en derrotas", no podían realmente cambiar, sólo ir revelando fatalmente su esencia genocida y su dependencia del imperialismo. Pero en la realidad concreta, las FFAA los dejan literalmente

30. En otras palabras, su lectura de la situación peruana y mundial no calzó con la dinámica real del Perú y del mundo. Para análisis más específicamente estratégicos, véase: Manrique 1995, Tapia 1996.

en *off-side* cuando no incrementan de manera exponencial la represión indiscriminada en la presente década ³¹.

Los campesinos, por su parte, eran: "arena de contienda entre revolución y contrarrevolución" (PCP 1991:4), actores pasivos, ceros que sólo adquirirían valor al ser sumados a uno u otro bando. Y SL era el depositario de la Verdad, con un líder que era "garantía de triunfo" en tanto era capaz de interpretar las leyes de la historia: estaban "condenados a triunfar". Tarde o temprano, a través del desarrollo de la guerra popular prolongada, los campesinos seguirían finalmente su destino y gravitarían hacia SL como las mariposas hacia la luz. Porque:

"Objetivamente ellos [la contrarrevolución] no representan los intereses del pueblo, nosotros sí, ellos no pueden ganar a la masa, tienen que forzarla, oprimirla para que los sigan y eso engendra resistencia; en nuestro caso sí podemos ser seguidos porque podemos hacerles ver lo que es objetivo, que representamos sus intereses..." (PCP 1991:4).

No había problema entonces. Al menos no un problema gravísimo. Según SL, el establecimiento del "nuevo poder" en una zona podía ser seguido por el restablecimiento del viejo poder durante un período y luego el contrarrestablecimiento del nuevo poder y así sucesivamente, hasta la consolidación de zonas liberadas y de la nueva república. La masificación de las rondas fue vista como un episodio más de "restablecimiento".

3. Concepciones del tiempo y el espacio

Sendero Luminoso no advirtió que el carácter prolongado de la guerra y su estrategia de construir bases de apoyo, chocaban con las concepciones de tiempo y espacio del campesinado, porque al fin y al cabo esas concepciones le importaban poco o nada. El desenlace de la historia de Nicario, es en cierta medida paradigmático de un campesinado cuya re-

31. No sobreestimamos los cambios en las FFAA, ni olvidamos el grado de desmoralización en que parecía sumida hacia el cambio de década. Tampoco puede decirse qué hubiera pasado si Guzmán no era capturado. Pero hacia fines de la década de 1980 la acción contrasubversiva parecía a punto de desembocar en una "solución guatemalteca". Felizmente, la historia transcurrió por otros rieles y las FFAA desarrollaron más bien una estrategia que podría describirse como "autoritaria no-genocida" (Degregori y Rivera 1993).

producción, a pesar de la pobreza, pasa en medida significativa por el mercado. Especialmente los jóvenes, tienen aspiraciones de movilidad social difundidas a través de la escuela y los medios de comunicación. Los plazos en los cuales las familias hacen planes tienen que ver con el ciclo vital y el crecimiento de los hijos, no con una guerra popular que hacia fines de los años ochenta parecía alargarse en ciclos interminables de establecimiento, restablecimiento y contrarrestablecimiento... *ad infinitum*. Cuando SL trata de imprimir un ritmo todavía más duro a la guerra, precisamente en años de sequía y crisis económica, la pita de la adaptación acaba por romperse.

Por otro lado, los espacios en los cuales se reproduce el campesinado son amplios y, a través de redes de parentesco y paisanaje, incluyen ciudad y campo, pueden abarcar minas en las punas y cocalas en la selva. Eso choca con la estrategia de SL de imponer su dominio sobre espacios circunscritos, convirtiéndolos en bases de apoyo que necesariamente tendían a aislarse. Luego de los primeros años y especialmente cuando las FFAA entran en acción, al quedar entre dos fuegos, todos los que podían huían. En muchas partes, SL terminaba dueño de espacios semivacíos, en los cuales quedaban atrapados los más débiles: campesinos pobres monolingües sin vínculos urbanos, nativos asháninkas, sujetos a la "dominación omnimoda" de SL.

4. La cultura andina

El choque de SL con las nociones de tiempo y espacio del campesinado es parte de un choque más amplio con la cultura andina. No me refiero a concepciones como el mito de Inkarrí o la inversión del mundo a través de un Pachacuti, sino a un conjunto de instituciones importantes para el campesinado quechua ayacuchano, en especial la familia extensa, la comunidad, las reglas de reciprocidad, la jerarquización etaria, los rituales, las fiestas y la dimensión religiosa en general.

Según relata del Pino, al PCP-SL le disgustaba el celo militante de los evangélicos y su negativa a "servir a dos señores". De la religión andina y del catolicismo popular le disgustaban las creencias, que consideraba arcaicas, los rituales y fiestas, que trataron de suprimir. Los cuadros aducen los gastos que ellas representan.

Pero además, el partido parecía sentirse incómodo con los aspectos de "inversión del mundo" de las fiestas. El "poder total", no podía permitir esos resquicios. No les faltaba razón. En varios lugares —Huancasancos,

Huaychao— fue durante fiestas que la población se rebeló contra SL. Y en una comunidad de Vilcashuamán, los senderistas suprimieron las fiestas: "porque de repente cuando estamos en la fiesta nos pueden traicionar, puede pasar problemas, dicen ellos" (Pedro).

El menosprecio senderista por las manifestaciones culturales del campesinado quechua tienen una base teórica: "el maoísmo nos enseña que una cultura dada es el reflejo, en el plano ideológico, de la política y la economía de una sociedad dada" decía *El Diario*, el 13.9.1989. Si esto es así, entonces las manifestaciones artísticas y culturales andinas son apenas rezagos del pasado:

"...reflejo de la existencia del hombre bajo la opresión terrateniente, que refleja el atraso tecnológico y científico del campo, que refleja las costumbres, creencias, supersticiones, ideas feudales, anticientíficas del campesinado, producto de siglos de opresión y explotación que lo han sumido en la ignorancia" (Márquez 1989).

A partir de esa teoría y esa práctica, me sigue pareciendo válido caracterizar a los senderistas como nuevos *mistis*, influenciados por la escuela y el marxismo³², en un trabajo anterior (Degregori 1989) asemejé a los senderistas con un tercer hermano de los Aragón de Peralta, protagonistas de *Todas las Sangres*. Si tomamos como ejemplo otra novela de Arguedas, *Yawar Fiesta*, es fácil identificar a don Bruno con los *mistis* tradicionalistas (Julián Arangüena, por ejemplo) que están a favor de la 'corrida india'; a don Fermín con las autoridades nacionales y con los *mistis* 'progresistas', que se oponen a la corrida india y tratan de 'civilizada' llevando a Puquio un torero español. Este grupo incluiría a los estudiantes universitarios *chalos* que buscan 'el progreso del pueblo' y ayudan a contratar el torero. Pero los indios del ayllu Qayau logran capturar al feroz toro Misitu; los universitarios se rinden ante la fuerza de los comuneros y se llenan de alegría y

32. Queda por ver la utilización de la lengua quechua, la música ayacuchana y la música 'chicha' por parte de los senderistas. El uso del quechua parece ser instrumental. Los huaynos, con un simple cambio de letra, quedaban convertidos en "arte de nuevo tipo". Pero no se sabe aún en qué medida tras el arte nuevo se ocultaba el *chalo* que disfrutaba de su música "sin querer queriendo". En todo caso, los hermanos Montoya (1987:40) han anotado agudamente: "extraño y terrible país el nuestro; la clase dominante que desprecia y abusa de los indios se sirve de la lengua de éstos para expresar sus mayores emociones".

orgullo, poniendo entre paréntesis sus 'ansias de progreso'; el español fracasa en la corrida y son los indios los que se lanzan al ruedo para alegría de los propios *mistis* progresistas. En la última línea de la novela, el alcalde le dice al oído al subprefecto: "¿Ve ud. señor Subprefecto? Estas son nuestras corridas. ¡El *yawar fiesta* verdadero!".

Diferente habría sido el final si hubiera estado allí el tercer hermano, a quien sería fácil identificar con algunos hipotéticos estudiantes o profesores senderistas, que no hubieran sucumbido ante la fuerza de los *runas* de Qayau. Si el partido hubiera estado presente, posiblemente hubiera matado al Misitu y/o prohibido la fiesta. Si la permitía hubiera sido una concesión estrictamente táctica, pero tal vez no habría estado acompañada del orgullo que invadió a los estudiantes puquianos.

Es impactante advertir cómo en los años ochenta en la sierra peruana se reproduce en alguna medida el conflicto entre *mistis* e indios de *Yawar Fiesta* y cómo, nuevamente y por última vez, los *mistis* convertidos en revolucionarios resultan derrotados por los "indios" transformados en ronderos.

BIBLIOGRAFÍA

ANSIÓN, Juan

- 1985 "Violencia y Cultura en el Perú", en: *Siete Ensayos sobre la violencia en el Perú*, Felipe Mac Gregor, José Luis Rouillón, Marcial Rubio, editores. APEP/Fundación Friedrich Ebert, Lima. Pp. 59-78.
- 1989 *Pishtacos. De verdugos a sacaojos*. Tarea, Lima.

AMERICAS WATCH

- 1986 *Civil Patrols in Guatemala*. New York/Washington, agosto.

ARCE BORJA, Luis (editor)

- 1989 *Guerra Popular en el Perú. El Pensamiento Gonzalo*. Bruselas.

BASOMBRÍO, Carlos

- 1994 "Para la historia de una guerra con nombre: ¡Ayacucho!", en: *Ideé-le*, N° 62, abril, Lima. Pp. 27-33.

BERG, Ronald

- 1992 "Peasant Response to Shining Path in Andahuaylas", en: *Shining Path of Peru*, David S. Palmer edited, St. Martin's Press, New York.

CARMACK, Robert

- 1988 *Harvest of Violence: Guatemala's Indians in the Counterinsurgency War*. University of Oklahoma Press, Norman.

COLLIER, George and Elizabeth LOWERY

- 1994 *Basta! Land and the Zapatista Rebellion in Chiapas*. A Food First Edit., California.

CORAL, Isabel

- 1994 *Desplazamiento por violencia política en el Perú*. IEP/CEPRODEP, Lima.

DEGREGORI, Carlos Iván.

- 1985a "Entre dos fuegos", en: *Quehacer* No. 37, octubre-noviembre, Lima. Pp. 53-54

- 1985b *Sendero Luminoso: I. Los hondos y mortales desencuentros. II Lucha armada y utopía autoritaria*. Documentos de Trabajo 4 y 6. IEP, Lima.
- 1986 "Del mito de Inkarrí al 'mito' del progreso. Poblaciones andinas, cultura e identidad nacional", en: *Socialismo y Participación* N° 36, diciembre, Lima. pp. 49-56
- 1989 *Qué difícil es ser Dios. Ideología y violencia política en Sendero Luminoso*. El zorro de abajo ediciones, Lima.
- 1990 *Ayacucho 1969-1979: el surgimiento de Sendero Luminoso*. IEP, Lima.
- 1991 "Los hijos de la guerra. Jóvenes andinos y criollos frente a la violencia política", en: *Poder y Violencia en los Andes*, Enrique Urbano editor, Centro Bartolomé de las Casas, Cusco, pp. 395-417.
- 1996 *La última tentación del Presidente Gonzalo y otros escritos sobre el auge y colapso de Sendero Luminoso*. IEP, Lima. En prensa.

DEGREGORI, Carlos Iván y Carlos RIVERA

- 1993 *Perú 1980-1990: fuerzas armadas, subversión y democracia. Redefinición del papel militar en un contexto de violencia subversiva y colapso de régimen democrático*. IEP, Lima.

DESCO

- 1989 *Violencia Política en el Perú: 1980-1988*, tomo I. DESCO, Lima.

EL DIARIO

- 1991 "Mejores condiciones para Gran Salto en Equilibrio Estratégico. 1991 inició la Década del Triunfo", en: *El Diario*, diciembre, Lima. p.2-4

GÁL VEZ, Modesto

- 1987 "El derecho en el campesinado andino del Perú", en: *Derechos Humanos y Servicios Legales en el campo*, Diego García Sayán editor, Comisión Andina de Juristas/Comisión Internacional de Juristas, Lima.

GITLITZ, John y Telmo ROJAS

- 1985 "Las rondas campesinas en Cajamarca-Perú", en: *Apuntes* N° 16, Lima, pp. 115-141

GOLTE, Jürgen y Norma ADAMS

- 1990 *Los caballos de troya de los invasores: estrategias campesinas en la conquista de la gran Lima*. IEP, Lima.

GONZALES, Raúl

- 1985 "Sendero: cinco años después de Belaúnde", en: *Quehacer* N° 36, agosto-setiembre, Lima. pp. 37-40

GONZALES, Efraín

- 1992 *La Economía Regional de Lima*. Consorcio de Investigación Económica/IEP, Lima.

GORRITI, Gustavo

- 1991 *Sendero: historia de la guerra milenaria en el Perú*, tomo I. Apoyo, Lima.

GUZMÁN, Abimael

- 1988 Presidente Gonzalo rompe el silencio. Entrevista en la clandestinidad. *El Diario*, 24.07.88, Lima.
- 1989 "Por la Nueva Bandera", en: *Guerra Popular en el Perú. El Pensamiento Gonzalo*, Luis Arce Borja editor, Bruselas. pp.139-160

HUBER, Ludwig

- 1995 *Después de Dios y la Virgen está la ronda. Las rondas campesinas de Piura*. IEP /IFEA, Lima.

IDEOLOGÍA

- 1987 "Testimonios rurales", en: *Ideología*, No. 10, setiembre, Ayacucho. pp. 31-92

INSTITUTO DE DEFENSA LEGAL (IDL)

- 1990 *Perú 1989. En la espiral de violencia*. IDL, Lima.
- 1991 *Perú 1990. La oportunidad perdida*. IDL, Lima.
- 1992 *Perú Hoy. En el oscuro Sendero de la guerra*. IDL, Lima.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA (INE)

- 1983 Censos Nacionales VIII de Población, III de Vivienda, 12 de julio de 1981, Departamento de Ayacucho, t. 1. INE, Lima.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA E INFORMÁTICA (INEI)

- 1994 Censos Nacionales 1993, IX de Población, IV de Vivienda, Departamento de Ayacucho, t. 1-4. INEI, Lima.

ISBELL, Billie Jean

- 1992 "Shining Path and Peasant Responses in Rural Ayacucho", en: *Shining Path of Perú*, David S. Palmer edited, St. Martin's Press, New York.

KHOSROKHAVAR, Farhad

- 1993 *L 'Utopie Sacrifiée. Sociologie de la révolution iranienne*. Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, Paris.

KIRK, Robin

- 1993 *Grabado en piedra. Las mujeres de Sendero Luminoso*. IEP, Lima.

MANRIQUE, Nelson

- 1989 "La década de la violencia", en: *Márgenes*, N° 5-6, Lima. pp. 137-182
1995 "La caída de la cuarta espada y los senderos que se bifurcan", en: *Márgenes*, N° 13-14, noviembre, Lima. pp. 11-42.

MAO, Zedong

- 1971a "Informe sobre una investigación del Movimiento Campesino de Junan", en: *Obras Escogidas*, t. I. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekin. pp. 19-59.
1971b "Sobre la Guerra Prolongada", en: *Obras Escogidas*, t. II, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekin. pp. 113-200.

MÁRQUEZ, Gabriel

- 1989 "¿Cuál arte alienante?" en: *El Diario*, 24.5.89, Lima. p.16.

MAUCERI, Philip

- 1989 *Militarismo, insurgencia y democratización en el Perú: 1980-1988*. IEP, Lima.

MONTOYA, Rodrigo

- 1980 *Capitalismo y no capitalismo en el Perú. Un estudio histórico de su articulación en un eje regional*. Mosca Azul ed., Lima.

MONTOYA, Rodrigo y otros

- 1987 *La Sangre de los Cerros. Urqkunapa Yawarnin*. CEPES/Mosca Azul ed./UNMSM, Lima.

MURRA, John

- 1975 *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. IEP, Lima.

NOEL, Roberto Clemente

- 1989 *Ayacucho: testimonio de un soldado*. Publinor, Lima.

NUN, José

- 1989 *La rebelión del coro. Estudios sobre la racionalidad política y el sentido común*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.

OBANDO, Enrique

- 1991 "Diez años de estrategia antisubversiva: una pequeña historia", en: *Quehacer*, N° 72, agosto, Lima. pp. 46-53.

PALMER, David S. edited

- 1992 *Shining Path of Peru*. St. Martin's Press, New York.

PCP

- 1988 "Documentos Fundamentales del Primer Congreso del Partido Comunista del Perú". (Congreso marxista, congreso marxista-leninista-maoísta, pensamiento Gonzalo), en: *El Diario*, 7.2.88, Lima.
- 1989 "Desarrollar la Guerra Popular sirviendo a la Revolución Mundial", en: *Guerra Popular en el Perú. El Pensamiento Gonzalo*, Luis Arce Borja editor, Bruselas. pp. 219-304.
- 1991 *¡Que el Equilibrio Estratégico remezca más el país!*, noviembre, Lima, mimeo.
- 1992 *III Pleno del Comité Central del PCP*, mimeo
- 1992 *"Sobre las dos colinas: la guerra contrasubversiva y sus aliados"*, mimeo.

PORTOCARRERO, Gonzalo

- 1991 *Sacaajos: crisis social y fantasmas coloniales*. TAREA, Lima.

PORTOCARRERO, Gonzalo y Patricia OLIART

- 1989 *El Perú desde la escuela*. IAA, Lima.

SCOTT, James

- 1985 *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*. Yale University Press, New Haven.

SMITH, Carol

- 1990 *Guatemalan Indians and the State: 1540 to 1988*. University of Texas Press, Austin.

STARN, Orin

- 1991 *Reflexiones sobre rondas campesinas, protesta rural y nuevos movimientos sociales*. IEP, Lima.

STEINHAUF, Andreas

- 1991 "Diferenciación étnica y redes de larga distancia entre migrantes andinos: el caso de Sanka y Colcha", en: *Bulletin del Institut Français de Etudes Andines*, Vol. 20, N° 2. Lima. pp. 93-114.

STERN, Steve J.

- 1990 "Nuevas aproximaciones al estudio de la conciencia y las rebeliones campesinas: las implicancias de la experiencia andina", en: *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes. Siglos XVIII al XX*, Steve J. Stern compilador. IEP, Lima. pp. 25-41.

STOLL, David

- 1993 *Between Two Armies in the Ixil Towns of Guatemala*. Columbia University Press, New York.

TAPIA, Carlos

- 1995 *Autodefensa armada del campesinado*. CEDEP, Lima.
1996 *Del 'Equilibrio Estratégico' a la derrota de Sendero Luminoso*. IEP, Lima. En prensa.

URRUTIA, Jaime

- 1985 "Ayacucho: los frutos de la guerra", en: *El zorro de abajo*, N° 3, noviembre-diciembre, Lima. pp. 51-53.

VARGAS LLOSA, Mario y otros

- 1983 *Informe de la Comisión Investigadora de los sucesos de Uchuraccay*. Editora Perú, Lima.

VERGARA, Abilio

- 1983 "Subregión de Huanta: apuntes para su comprensión", en: *González Vigil, Libro Jubilar 1933-1983*, González Vigil/UNSCH editores, Huanta. pp. 125-177.

VERGARA, Abilio y otros

- 1985 "Culluchaca: Algunos elementos sobre la ideología comunal", en: *Comunidades campesinas de Ayacucho. Economía, ideología y organización social*, IER "José María Arguedas"/CCTA, editores, Ayacucho.

WIEVIORKA, Michel

- 1988 *Société et terrorisme*. Fayard, Paris.

y asesinar a supuestos rebeldes. Poco después, y bajo acusaciones de colaborar con los militares, Sendero Luminoso empezó también a asesinar estudiantes y catedráticos. El temor se cernía sobre la universidad y sobre todo Ayacucho —nombre que en quechua significa "Rincón de los Muertos"—, mientras el terror de la guerra sucia entre las Fuerzas Armadas y los insurgentes abrumaba la sierra sur-central.

SENDEROS INESPERADOS

Ahora, en cambio, mi amigo (un joven profesor de la historia) me aseguraba que la universidad estaba lo suficientemente tranquila como para recibir la visita de un conferencista gringo. Ante un salón repleto (la conferencia era obligatoria para alumnos de ciencias sociales), di una charla sobre antropología en los Estados Unidos. Aún así, estaba inquieto al acercarse el momento de responder las preguntas de los estudiantes. Unos pocos años antes, al presentar una ponencia en la universidad limeña de San Marcos, un militante de Sendero Luminoso se levantó para denunciar al "imperialismo yankee" y lanzar un llamado a renovar el compromiso con la "guerra popular" desatando una revuelta en la cual sus compañeros terminaron por arrojarle las carpetas unos a otros. En esta ocasión, sin embargo, el clima fue completamente distinto. Un estudiante hizo una pregunta acerca de Clifford Geertz; otro estaba interesado en debates recientes sobre antropología andina. Después de la clase, los estudiantes tenían interrogantes más urgentes. ¿Qué tan difícil es obtener una visa a los Estados Unidos? ¿Había tenido yo la oportunidad de conocer a Yoko Ono y John Lennon?

El leninismo ha reemplazado al leninismo? Otro amigo describió así el suceso, al referirle yo la anécdota. Con toda seguridad, la memoria del pasado reciente y violento no se ha desvanecido. Muchos ayacuchanos, fundada originalmente bajo el virreinato, fue reabierta en 1959 como parte del intento del gobierno por "modernizar" los interiores "retrasados" del territorio nacional. Como se sabe, sin embargo, la universidad se hizo precepto del crítico cultural Walter Benjamin (1968:257) de que "si las masas conocidas por ser la cuna del Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso". Allí, Abimael Guzmán fue profesor de Filosofía y Decano de la facultad de Letras durante los años sesenta, y el grueso de sus seguidores eran estudiantes. Tras ocupar Ayacucho a fines de 1982, tropas del Ejército realizaron frecuentes incursiones en la universidad para secuestrar a rendirse ante los deseos oficialistas por erradicar el uso del terror de la memoria colectiva. Al mismo tiempo, sin embargo, pocos ayacuchanos se sienten actualmente atraídos por un Sendero Luminoso que, en nombre de su lucha por una utopía marxista, ha dejado a su paso un espeluznante rastro de comuneros masacrados, alcaldes asesinados y aldeas incendiadas. Sendero Luminoso, Kirk (1993b) hace una fascinante revisión del importante papel de las mujeres en Sendero Luminoso. Palmer (1992) ha editado en inglés una colección de algunos de los mejores trabajos sobre el movimiento Sendero. Los revolucionarios se han

desvanecido a lo largo de América Latina, las bandas de Sendero sobreviven a duras penas entre las áridas mesetas y las cumbres azul-grisáceas de este departamento andino de medio millón de almas. Prevalece una calma relativa en toda la zona que contradice la visión exotizante de los Andes peruanos como un lugar de eterno exotismo y peligro. Entre el regreso de los turistas y el renacimiento del comercio, muchos lugareños expresan sentir que "hemos pasado lo peor".

Gran parte del análisis político sobre el retroceso de la guerra se ha centrado en la captura de Guzmán en 1992. En la barahúnda que siguió al arresto del hombre considerado por sus seguidores como "el más grande marxista-leninista viviente", mucho menos atención se confirió a que la influencia senderista ya había declinado en gran parte de los Andes. Los maoístas anticipaban el sitio a las ciudades del país desde la periferia para, en palabras del propio Guzmán (cit. en Arce Borja 1989:165), "poner dogales al cuello del imperialismo y los reaccionarios, [...] atezarlos y estrangularlos".³ Sin embargo, al inicio de la presente década, más de 2,500 poblados en los departamentos de Apurímac, Huancavelica y Junín⁴ habían organizado lo que se ha venido a conocer como *rondas campesinas*⁵

3. Se trata del discurso pronunciado por Guzmán el 19 de abril de 1980, anunciando el inicio de la lucha armada.

4. Estas cifras provienen de un estudio inédito del Instituto de Investigación y Defensa Nacional.

5. El nombre de las milicias es objeto de confusión. En un primer momento se hicieron ampliamente conocidas como "Comités de Defensa Civil", y tal sigue siendo su nombre en los estatutos que les dan reconocimiento legal. Sin embargo, y probablemente en un intento por mejorar la imagen de las organizaciones establecidas mayormente a la fuerza en ese entonces, los oficiales del Ejército empezaron a usar el nombre de *rondas campesinas*, a ejemplo de las patrullas creadas por los campesinos en la sierra norte del país para detener el abigeato, resolver disputas y supervisar pequeñas obras públicas (*infra* pp. 20-21). Por criterios de simplicidad, usaré en este ensayo las palabras *rondas campesinas* y *ronderos* para referirme a las patrullas organizadas contra Sendero Luminoso como parte de su estrategia contrainsurgente, el gobierno peruano intentó también formar *rondas urbanas* en Lima, aunque en ninguna otra localidad han surgido organizaciones con la fuerza y proporciones de sus contrapartes rurales. Añadiendo un elemento adicional de complejidad, con el propósito exclusivo de combatir el crimen se organizaron también *rondas urbanas* de manera independiente, tanto en Lima como en barrios pobres de las ciudades norteñas de Chiclayo, Trujillo, Sullana y Piura. A pesar de sus diferentes historias y objetivos, la aparición de organizaciones de autodefensa de tan variado cuño se origina en el amplio contexto del fracaso del asediado aparato estatal peruano por garantizar el orden durante la década de 1980 e inicios de los años noventa.

para enfrentarse a Sendero. A pesar del asesinato de cientos de ronderos, la alianza inesperada entre campesinos y militares sacó a los rebeldes casi por completo de sus antiguos baluartes, desde los cañones pedregosos de Huanta en Ayacucho y los nevados picos de Comas en Junín, hasta el lluvioso valle del Apurímac. La lógica "científica" del plan de Guzmán fue trastocada en un revés tan asombroso como el del *pachacuti* —la inversión del cielo y la tierra predicha en la mitología andina—, cuando los campesinos se alzaron en armas contra una revolución librada en su nombre.

Este ensayo examina la historia de las rondas campesinas.⁶ Parto de la presuposición que las simplistas caracterizaciones de los ronderos, ya sea como embrutecidos rufianes hobbesianos, o como nobles defensores tolstoiianos de tradiciones pastoriles o de la soberanía nacional, sucumben a la luz de tan inesperado giro de la guerra peruana. Como apunta la antropóloga Irene Silverblatt (1995:223-224) al hablar de las representaciones de poblaciones indígenas en el Perú durante el siglo XVII, "giros de noble salvaje a salvaje asesino, de víctima apabullada a heroico baluarte, han consumido la vida y las lecciones" de historia andina. Para evitar cometer el mismo error con los campesinos post-coloniales, será necesario asir las historias complementarias —los límites rígidos y las consecuencias imprevistas, las lealtades divididas, las oportunidades perdidas y las complicidades— que nos convierten en "seres contradictorios, y parte de mundos contradictorios". La necesidad de forzar los confines del dualismo y del pensamiento lineal se manifiesta no solamente en la fragmentación, incertidumbre y sincretismo de las megalópolis post-industriales latinoamericanas o estadounidenses. En las regiones rurales del Tercer Mundo, precisamente en esos poblados "aislados" y "remotos" que siguen siendo objeto de tantos discursos metropolitanos sobre autenticidad y otredad, los salvajes contornos del paisaje social resultan ser igualmente desafiantes a nuestras categorías y modelos preconcebidos, y nos dan a conocer un mundo que también se mueve en más de una dirección.

6. José Coronel (1992 con Carlos Loayza; 1994) y Ponciano del Pino (1992) han escrito algunos de los mejores trabajos sobre las rondas; estoy en deuda con ambos estudiosos radicados en Ayacucho por darme a conocer sus apreciaciones en nuestras múltiples conversaciones. Otras fuentes sobre las rondas incluyen los trabajos escritos por Starn (1991,1992,1993), otro editado por Starn (1993), y el Instituto de Defensa Legal (s.f.).

I. LA CULTURA DE LA GUERRA Y LAS RONDAS CAMPESINAS

1. "Poblados medievales" y "andinismo"

Cuando llegué en 1993, Cangari-Viru Viru se ubicaba sobre una cordillera seca sobre el río Cachi. Con adobes y tejas rojas, los lugareños habían apostado 18 torres de vigilancia en el muro de barro que circunda el fortín en que estaban asentadas 90 familias a ocho kilómetros al sur-oeste del pueblo de Huanta. En la frágil luz del amanecer andino, una fila de mujeres y hombres se encaminaba al damero de campos verdes y marrones en el valle para atender sus cosechas y animales. Regresaban al anochecer, pastoreando cuesta arriba cabras y vacas a través del sinuoso sendero de pisadas que conducen al interior del muro. Provistos con armas caseras de un solo disparo —llamadas "hechizos"— construidas con tubos de hierro, escopetas y rifles Mauser, los hombres de la ronda nocturna se colocaban en sus puestos a las 8 p.m., listos a defenderse contra incursiones del otro lado del río, poco caudaloso. De no ser por los rifles, el paralelo más inmediato sería un pueblo medieval europeo ubicado en la cima de una colina, quizá Avila o San Gimignano, en los que los habitantes de las sociedades agrarias del siglo XI se retiraban también por la noche a sus enclaves amurallados para protegerse contra lo que el historiador judío Marc Bloch —asesinado después por la Gestapo— calificó como el "desorden y los estragos" de un mundo peligroso.⁷

Desde luego, muchos forasteros han comparado a los Andes con la Europa medieval. "Feudal", "arcaica" y "supersticiosa", son sólo algunos de los adjetivos que Mario Vargas Llosa utilizó en su renombrado ensayo sobre la masacre de siete periodistas ocurrida en el año 1983 en Uchuraccay, a sólo ocho horas cuesta arriba desde Cangari-Viru Viru.⁸ Ya sea que se trate de dignos defensores de las tradiciones indígenas o que sean, como implica Vargas Llosa, brutos salvajes, los comuneros figuran en la amplia tradición de lo que se puede denominar "andinismo", considerados como los habitantes de un "mundo andino" primigenio, aislados del rit-

7. Bloch (1961:39) escribió: "Las murallas y palizadas con las cuales Europa empezó a erigirse eran el símbolo de una gran angustia".

8. Ver Vargas Llosa (1983:65-90). Útiles reflexiones sobre Vargas Llosa y Uchuraccay están contenidas en las obras de Salcedo (1987) y Mayer (1991). El periodista Philip Bennet está escribiendo también un libro sobre Uchuraccay, el primer análisis extenso realizado a partir del testimonio directo de los pobladores.

mo acelerado y de la avanzada tecnología del Occidente contemporáneo. En el Perú, tal visión indica una geografía imaginada que presenta a la costa, y especialmente a la ciudad de Lima fundada por los españoles, como "moderna", "oficial" y "occidental", en contraste con los Andes "premodernos", "profundos" y "no occidentales". Como apuntó Vargas Llosa (1983: 69, 82) en relación a los comuneros de Uchuraccay, "ellos vienen de un Perú distinto al... Perú europeo moderno... en el cual vivo yo, un antiguo Perú arcaico que ha sobrevivido en esas sagradas montañas a pesar de siglos de aislamiento y adversidad".

Un aporte básico de la antropología reciente gira en torno a la necesidad de evitar la trampa de representar a las culturas contemporáneas de los grupos indígenas y comunidades campesinas como los artefactos osificados de un pasado perdido. De hecho, no resulta sorprendente que, en una mirada más cuidadosa a Cangari-Viru Viru, la analogía medieval se deshaga. Esta aldea fue establecida recién en 1990. El entonces comandante del Octavo Batallón de Huanta, Teniente Coronel Alfonso Hurtado Robles —conocido como "El Platanazo" por su piel blanca y su inusual estatura—, junto con su lugarteniente principal, Sargento Jhonny Zapata, o "Centurión", lideraron una agresiva campaña para organizar a los 56,000 habitantes de la zona rural de la provincia en contra de Sendero Luminoso.⁹ En las colinas cubiertas de cactus del valle bajo, el Ejército ordenó a los comuneros abandonar sus alquerías dispersas, juntarse en asentamientos nucleares o agrupaciones, y organizarse en un sistema de patrullas. Antonio Quispe, propietario de una chacra de una hectárea y trabajador de construcción en el pueblo de Huanta, recuerda: "Centurión llegó y nos ordenó agruparnos y empezar las rondas, o ya veríamos".¹⁰ Las familias que habitaban en dos asentamientos dispersos a lo largo del río Cachi —Cangari y Viru Viru— construyeron conjuntamente el poblado y se mudaron allí. Dos comuneros que gozaban de la confianza del Ejército fueron nombrados como "Comando" y "Presidente del Comité de Defensa Civil", y todos lo demás se convirtieron en ronderos.¹¹ Otra muestra de la

9. Muchos soldados y oficiales toman nombres de guerra para protegerse de futuras represalias de Sendero Luminoso, así como de ser juzgados por violaciones a los derechos humanos.

10. En ésta y muchas otras notas, por razones de seguridad, he alterado los nombres de personas y lugares.

11. En la estructura de la mayoría de las rondas, el "Comando" es el encargado de las tareas militares de la defensa, mientras el "Presidente de la Defensa Civil" supervisa las tareas administrativas como la convocatoria a reuniones y la preparación de soli-

futilidad de la ficción del Otro eterno, o la distinción de sociedad "con" y "sin" historia, Cangari-Viru Viru resulta ser el producto de estos últimos años del siglo XX y, de manera más particular, de la contrainsurgencia contra Sendero Luminoso.

Y sin embargo, ¿se limita acaso Cangari-Viru Viru a una cuestión de coerción? Especialmente en la década de 1980, voces críticas lanzaron acusaciones de que los militares organizaban las rondas por la fuerza, colocando a campesinos desarmados en la línea de fuego de una guerra salvaje. Trazaban los paralelos entre la historia de las rondas campesinas de la sierra sur-central y la de las "aldeas estratégicas" y patrullas civiles del Ejército guatemalteco inspiradas en la contrainsurgencia norteamericana en Vietnam. Desde este punto de vista, las rondas significarían la extensión del tratamiento brutal de las mayorías pobres a manos de los regímenes represivos en América Latina.¹²

Por cierto, había antecedentes históricos para sospechar lo peor. El reclutamiento de campesinos por parte del Ejército peruano hasta podría invocar el espectro de la Conquista, cuando los 150 aventureros de la banda de Pizarro emplearon una masa de auxiliares nativos para derribar al Imperio Incaico.¹³ El reasentamiento forzado tenía también una genealogía colonial. Como parte de una estrategia para "civilizar" a los pobladores andinos y establecer un constante suministro de fuerza de trabajo para las enormes minas de Potosí y Huancavelica en la década de 1570, el virrey Francisco de Toledo forzó a la dispersa población nativa a juntarse en las llamadas "reducciones," bajo la supervisión de los españoles.¹⁴ Tales antecedentes fueron invocados por el historiador Alberto Flores Galindo en 1987, en la descripción que hacía de las fuerzas contrainsurgentes como un "ejército colonial", y los protagonistas de una guerra de desapariciones y masacres contra los empobrecidos quechua-hablantes en Ayacucho (Flores Galindo 1987:395). Bajo la supervisión de los generales Clemente

citudes al Ejército y el gobierno civil. En la práctica, las funciones de ambos se cruzan mucho.

12. Ver el informe de Americas Watch sobre las patrullas guatemaltecas (1986), así como varios artículos en el libro editado por Carmack (1989).

13. Muchos grupos étnicos andinos estaban dispuestos a rebelarse contra los Incas, y el propio imperio se encontraba dividido tras la guerra civil de sucesión entre Atahualpa y Huáscar. Una de las mejores y más accesibles historias de la conquista es la escrita por Hemming (1970).

14. Stern (1982) ofrece una buena introducción a las reducciones y su papel en la estructura social impuesta por Toledo.

Noel, y luego Adrián Huamán, las Fuerzas Armadas formaron las primeras rondas, más conocidas en esa época como "Comités de Defensa Civil", mayormente con métodos de abierta intimidación, incluyendo el asesinato de opositores de las patrullas.¹⁵ Los primeros asentamientos o "bases civiles" también fueron formados a la fuerza, como en el caso de Ccarhuapampa en el distrito de Tambo, donde la infantería de Marina mantenía a los campesinos bajo una vigilancia panóptica. Mientras tanto, Sendero asesinaba a sospechosos de colaborar con el Ejército, apodándolos *yanau-mas*, o "cabezas negras", como el caso en julio de 1986 del degollamiento de 18 comuneros, incluyendo a una niña de cuatro años y una anciana de 82 (Balaguer 1993:15). En fin, una parte de la historia de la contrainsurgencia presta apoyo a una visión de las rondas campesinas como un elemento que acrecienta el sufrimiento del campesinado andino, profundizando lo que otro distinguido historiador, Nelson Manrique (1989), denominó el "*manchay tiempo* —tiempo del miedo".

Pero Cangari-Viru Viru sirve para contradecir un intento de reducir todo el surgimiento de las rondas campesinas a una simple historia de coerción. Al principio, Sendero se ganó cierta simpatía de muchos ayacuchanos, incluyendo los de río Cachi, por castigar a los adúlteros y ladrones, y por su llamado a un orden más justo. Fue en parte por esta razón que algunos periodistas y estudiosos proclamaron a los maoístas como una "rebelión indígena" o una "revuelta agraria". Tal visión también encajaba con la concepción antigua de los Andes como un espacio primitivo de tumulto y rebelión perennes, así como con el concepto del poblador insurreccionario que era un soporte del mundo intelectual de la izquierda, tanto en el Perú como en los EE.UU. de ese entonces, tras Cuba y Vietnam. Sin embargo, esta visión pasaba por alto que Sendero había sido iniciado por intelectuales en la ciudad de Ayacucho. Lejos de ser un levantamiento orgánico de los oprimidos, el partido operaba a través de una rígida jerarquía que reproducía la estratificación general de la sociedad peruana en términos de raza y clase. Muchachos de piel cobriza nacidos en la pobreza llenaban las últimas filas de un Ejército Guerrillero Popular liderado por élites compuestas mayormente por individuos de piel blanca.¹⁶

15. Noel (1989) ha escrito un interesante e interesado anecdotario de sus sangrientos años en Ayacucho.

16. Chávez de Paz (1989) ofrece estadísticas de la composición social de Sendero Luminoso, basándose en los registros judiciales.

Aunque gozó de las simpatías de los agricultores pobres de lugares determinados durante épocas específicas, Sendero nunca formó parte de lo que el antropólogo norteamericano Eric Wolf llamó "las guerras campesinas del siglo XX".¹⁷

Raíces tan tenues ayudan a comprender el declive de Sendero a lo largo del río Cachi. Tal como lo explica José Coronel en su contribución a este libro, la mayoría de los comuneros gradualmente se dieron cuenta de que los militares no iban a "sucumbir ante el glorioso avance de la guerra popular", como habían prometido los primeros revolucionarios en Cangari en 1982. Aunque sería un error considerar a los pobres del campo como sujetos que hacen "opciones racionales" independientemente de su cultura e ideología, el historiador Steve J. Stern (1982:30) subraya acertadamente que "para sobrevivir, las sociedades campesinas son notoriamente sensibles a los cambios en el equilibrio de poder". Es claro que la abundante evidencia de la debilidad de Sendero disminuyó claramente el lustre de la revolución. Muchos campesinos se cansaron también del fervor savonarolesco de los maoístas, un ejemplo del cual lo constituye la orden en el río Cachi del "Comandante Perci"¹⁸ de reemplazar la expresión común "Ay, Jesús" por "Ay, Gonzalo". Los rebeldes enfurecían aún más a los campesinos con sus reclutamientos forzados, exigencias de alimentos, y ejecuciones de supuestos "soplones" de los militares.¹⁹ Una década de guerra revolucionaria sólo había intensificado la inseguridad y empobrecimiento de un mundo ya de por sí duro, donde nadie sabía de quién sería el próximo cuerpo mutilado que aparecería en la carretera, o al fondo del cañón rocoso. Sendero no era más el depositario de sueños por un futuro más igualitario. Por el contrario, pasó a ser culpado por la pesadilla de una guerra que parecía no tener fin. Como concluye José Huamaní, encorvado hombre de 45 años de edad, quien por muchos años vivió en una colonización en la selva antes de retornar a su nativo Cangari: "Todos los apoyamos al inicio, pero todo lo que nos han traído es miseria".²⁰

Por añadidura, los militares estaban en condiciones de explotar el creciente descontento hacia los revolucionarios. La violencia cruel de las fuer-

17. Título del excelente libro sobre revueltas campesinas de Wolf (1969).

18. La mayoría de los líderes de Sendero Luminoso eran conocidos por los pobladores sólo a través de seudónimos.

19. Tal información proviene de mis propias entrevistas en la región en junio de 1993, y del trabajo de Coronel en este libro.

20. Entrevista en Cangari, 29 de junio de 1993.

zas contrainsurgentes en 1983-1984 canceló la posibilidad de establecer una alianza con las tropas. Poco a poco, sin embargo, los militares cambiaron su imagen de invasores foráneos y construyeron, como también, afirma Coronel, una mejor relación con el campesinado. En 1990 "El Platanazo" ya asistía a fiestas de cumpleaños y festivales en el campo huantino, mientras pronunciaba discursos sobre el "sufrimiento de los pobres y los campesinos", que hacían recordar al populismo izquierdista de Velasco. Este nuevo estilo era, desde luego, un populismo autoritario e incluso fascista. "El Platanazo" y "Centurión" no tenían reparos en hacer volar en pedazos con una granada de mano a un líder rebelde capturado. Los restos de los Comandantes "Percy" y "Raúl" fueron encontrados en la Plaza Cáceres una madrugada de julio de 1991, como un recordatorio a toda la provincia del terrible precio por apoyar la revolución. Sin embargo, el declive de la violencia indiscriminada por parte del Ejército contribuyó a una nueva actitud de cooperación por parte de los campesinos en la resistencia a Sendero.

Por eso, muchos lugareños en Cangari y Viru Viru estuvieron dispuestos a mudarse a un agrupamiento en 1990, aunque sabían que ello equivaldría a una declaratoria abierta de guerra a Sendero. A la mayoría de las familias les tomó menos de un mes levantar sus casas de adobe sobre la colina. Al año siguiente, los insurgentes lanzaron tres incursiones nocturnas. En una ocasión, desde una roca saliente, catapultaron granadas de mano al interior del asentamiento. Pero los comuneros, atrincherados tras muros de tierra y un seto exterior de arbustos, no sufrieron bajas. Más que infundir temor, los ataques reforzaron la sensación de compartir una causa común. Mientras los comuneros construían una capilla, una escuela, una posta médica y una polvorienta plaza bautizada "Juan Quispe" —el nombre de un rondero de Cangari asesinado en 1989, en 1992, el Ejército donó cinco escopetas, y todos reunieron fondos para comprar un rifle Mauser de largo alcance. "Cuando llegó Centurión, pensamos que iba a matarnos a todos... pero ahora les estamos agradecidos a él y al 'Platanazo', porque vivimos con más tranquilidad", afirma Juan Sinchitullo, quien retornó a Cangari-Viru Viru para plantar frijoles y maíz en su parcela al lado del río, después de trabajar en Lima durante seis meses como vigilante en una fábrica de papel.²¹ En este inesperado giro de la historia andina,

21. Entrevista en Cangari- Viru Viru, 27 de junio de 1993.

un par de oficiales del Ejército ocupan un lugar privilegiado en la memoria colectiva de cientos de campesinos en el campo huantino.

2. Diferencia(s) andina(s)

El caso de Cangari-Viru Viru no debe considerarse como "típico". Incluso antes del advenimiento de los Incas, ya el mosaico de diversas etnias contradecía el concepto de una única "cultura indígena" o "cosmovisión andina". Las rondas han demostrado no ser la excepción de esta historia de variedad regional en la sierra. El establecimiento de las organizaciones coincidió con el reagrupamiento de Cangari-Viru Viru y otros poblados del río Cachi. En otras zonas andinas, los campesinos construyeron muros y montaron guardia en los asentamientos ya existentes, ya fueran campos de refugiados, o aldeas o poblados establecidos. También la fuerza de las rondas difiere, entre, por ejemplo, las incipientes patrullas en las provincias de Víctor Fajardo y Lucanas en Ayacucho, y las milicias para profesionales del valle del Apurímac. Sin embargo, como se ha puesto en claro en estudios recientes del fenómeno, el desencantamiento con Sendero Luminoso y la nueva alianza con los militares constituyen los temas centrales en el explosivo crecimiento de estas organizaciones desde Andahuaylas a Junín: la salida de miles de campesinos a la incierta oscuridad para cumplir con su turno de patrullaje semanal o mensual, la mantención de cientos de garitas de control y torres de vigilancia y la masiva participación en las reuniones de las rondas. Las federaciones agrarias de afiliación izquierdista fracasaron en su mayoría como consecuencia de la represión de Sendero y del Ejército, así como del desmembramiento de los partidos políticos de la izquierda legal. Por lo menos por el momento, éstas han sido reemplazadas por las rondas como la organización campesina más difundida en los Andes sur-centrales. Del espeluznante patrón de sangre y muerte, la resistencia campesina a Sendero se reprodujo como los hongos para convertirse en una poderosa y hasta decisiva fuerza en el conflicto que por más de una década ha sembrado la destrucción en las serranías peruanas.

Otro signo sobresaliente de los cambiantes términos de la contrainsurgencia vino en 1991. En ese año el Ejército empezó la masiva distribución a los campesinos andinos de más de 10,000 escopetas Winchester modelo 1300. A lo largo de la zona de guerra, en ceremonias presididas por algún general o incluso por el propio presidente Alberto Fujimori, y haciendo bendecir las Winchester por un sacerdote como si fueran destinadas a librar una Guerra Santa, las armas eran entregadas a los campesi-

nos en placitas de aldeas o pueblos. Durante la colonia, los españoles estipularon estrictas prohibiciones para evitar que cualquier indígena entraran en posesión de caballos o espadas, los instrumentos de supremacía ibérica en las mortales artes de la guerra. Entregarles armas hubiera sido igualmente impensable para los oficiales peruanos durante los primeros años de la lucha contra Sendero Luminoso, dado que los militares no tenían más confianza en la lealtad de los campesinos andinos de la que les habían tenido los conquistadores europeos originales. Por cierto, muchos campesinos, entre ellos los de Cangari-Viru Viru, protestaron por la insuficiencia de las entregas —cuatro o cinco escopetas por poblado. Ellos también querían armas automáticas como Kalashnikovs y FALs, y radios para llamar al Ejército. No obstante, en cientos de poblados las Winchesters fueron bienvenidas como la culminación de meses y a veces años de pedidos a las autoridades para contar con medios para autodefenderse, además de sus machetes, lanzas, granadas de mano caseras —hechas con latas de leche "Gloria", pólvora y tachuelas—, y *tírachas*, rifles caseros de un solo disparo. En 1992, una ley nacional reconoció el derecho de los ronderos a la posesión de armas, marcando el fin de una falta de acceso legal a la tecnología guerrera que data de la época colonial, y mostrando la confianza de Fujimori y sus generales en la fortaleza de esta improbable alianza con el campesinado contra los seguidores de Guzmán.

3. Imágenes de *otredad*

Los campesinos en los Andes siempre han vivido dentro de extensas estructuras de comercio y gobierno imperial. Ya durante los reinados de las etnias precolombinas, y todavía más durante la Conquista, el tráfico era intenso a través de las permeables fronteras de la política local y el aparato del Estado, la costumbre provincial y la religión oficial, el trueque en la aldea y el comercio regional, contradiciendo la proclividad a imaginar la separación nítida —en la jerga de la antropología norteamericana de mediados del Siglo XX— entre "lo folklórico" y "lo urbano", o entre la "Pequeña Tradición" y la "Gran Tradición". La incorporación del interior del país a la vida nacional y transnacional se ha intensificado de manera innegable en este siglo. Hoy los agricultores andinos, los protagonistas de las rondas, compran zapatillas deportivas y Nescafé, sintonizan con sus radios a pilas Radioprogramas de Lima, y se dirigen a la capital del país e incluso a los EE.UU. y Europa para trabajar por meses, a veces años, como empleadas domésticas, jardineros, obreros de construcción y vendedores am-

bulantes, con sueños de progreso.²² Por cierto, el advenimiento de la modernidad en los Andes, de ninguna manera ha significado la pérdida de un distintivo sentido de cultura independiente, en evidencia desde el gusto por el cuy hasta el aprecio por los huaynos. Al mismo tiempo, lo que significa ser tradicional ya no puede comprenderse —si es que alguna vez lo fue— como la herencia petrificada de un pasado "arcaico" o "feudal". De cerca, descubrimos que el cuy se prepara con "aji-no-moto" y los cantantes intercalan melodías incaicas con ritmos de cumbia colombiana, reflejando la heterogeneidad y la movilidad de las tradiciones andinas. En la sierra, como en cualquier otro punto del planeta, nos encontramos con tradiciones culturales y visiones políticas que se despliegan en el contexto cargado-de-poder del campo interconectado de comunidades, clases y naciones en el sistema global contemporáneo.

Sin embargo, y al principio, para muchos observadores la irrupción de Sendero sólo parecía confirmar la eterna alteridad de los provincianos, los cholos, y "lo andino". Conversaciones en San Isidro o Las Casuarinas, así como muchos de los escritos iniciales de analistas políticos en los EE. UU. en el naciente campo de la "Senderología," ignoraban el hecho de que Sendero fuese un partido marxista, notable por su falta de conexión con raíces "indígenas" o "andinas", y que su líder fuese un intelectual de raza blanca que en sus discursos más famosos citaba a Kant, Shakespeare y Washington Irving. Por el contrario, los maoístas eran considerados como rebeldes primitivos procedentes de un mundo "no occidental". Según el sensacionalismo orientalista de un periodista británico, que escribía tardíamente en 1992, esta sublevación fue un producto "del mundo mágico de los indios", y de la "crueldad" y la "ferocidad" de "la mente indígena" (Strong 1992: 34, 72). Entre las clases privilegiadas limeñas, mayormente de ascendencia europea, muchos dieron en pensar en "ayacuchano" o incluso en "serrano" como sinónimos de "terrorista", dadas las viejas ansiedades sobre la irracionalidad de "lo andino", entrelazadas con los nuevos temores del "terrorismo internacional" característicos de los años de Reagan y Thatcher, en la estigmatización de los rebeldes como "subversivos sicópatas" o "criminales dementes".

22. La diáspora de migrantes procedentes de algunos poblados andinos, como Cabanaconde en el departamento de Arequipa, se extiende desde Lima hasta Europa y los Estados Unidos, como lo muestra magistralmente la nueva película *Transnational Fiesta*, realizada por los antropólogos Paul Gelles y Wilton Martínez.

De otro lado, el gobierno de Fujimori utiliza las rondas para probar que ha recanalizado de manera exitosa la peligrosa energía de los peruanos más pobres, enfocándola hacia la defensa de la democracia y la nacionalidad. Durante los últimos tres años, el Ejército ha transportado a Lima camiones repletos con centenares de ronderos para desfilar en la parada militar con que se celebra el 28 de julio. Las imágenes de los campesinos emponchados, junto a unos cuantos milicianos Asháninkas ataviados con collares de dientes de jaguar y pintura de guerra, desbordan las fotos de los diarios y los noticieros. Tales imágenes exhiben, e incluso refuerzan, la antigua convicción de la perenne *otredad* de los indígenas y campesinos. En este contexto, la carga de la diferencia opera para electrificar lo que Fujimori llama "nuestra lucha contra los enemigos de la democracia", mientras las legiones de comuneros con las escopetas Winchester al hombro marchan por el Campo de Marte, aliado de columnas de enfermeras, ingenieros, escolares y doctores, y escuadrones de policías y soldados. A pesar de su marginalidad respecto al liderazgo de las rondas —como veremos más adelante—, las mujeres ataviadas con su indumentaria "tradicional" de sombreros redondos y polleras de lana marchan también con lanzas y escopetas, extendiendo la garantía del gobierno para controlar los poderes peculiares de multivocalidad y diversidad, en este caso las características "femenina" y "andina". Los extremos de violencia y razón, masculino y femenino, "lo andino" y "lo occidental", "lo primitivo" y "lo moderno", convergen en un espectáculo público de unidad nacional, puesto en escena por el gobierno como parte de una política cultural de consolidación del Estado tras duros años de violencia política y crisis económica que han desgarrado tan profundamente la ficción de la comunidad imaginada de una nación unida.

Sin embargo, las marcas de opresión y división difícilmente desaparecen. El triunfalismo del desfile minimiza los costos humanos de la guerra, incluyendo las masivas violaciones a los derechos humanos bajo Fujimori y sus dos predecesores. Mientras tanto, las Winchester de los campesinos parecen armas de juguete aliado de los lanza-cohetes y bazookas de las tropas regulares, un obvio recordatorio de la supremacía militar. Lustrosos generales y ministros ocupan las posiciones privilegiadas en el estrado oficial, magistralmente elevados sobre las columnas desfilantes de los campesinos e indígenas, en una referencia directa al poder de los blancos sobre los cobrizos, de los ricos sobre los pobres, de la ciudad sobre el campo, de Lima sobre las provincias. De hecho, los criollos ricos pagan por sus perros Doberman, "guachimanes" armados, rejas eléctricas y muros de concreto con los cuales se protegen de la proliferación del crimen y la violencia política. En

contraste, la gente del campo sólo tiene la opción desesperada de la organización colectiva, un ejemplo más de cómo las amargas desigualdades de raza y clase en el Perú gobiernan incluso la lógica de la supervivencia. Incluso mientras juega sobre las políticas de inclusión y diversidad, el espectáculo subraya los términos subordinados de la incorporación de las identidades andina y campesina en la trama de la nacionalidad.

Tras participar en el desfile de 1993, la mayoría de los quince rondos de Cangari-Viru Viru permanecieron en Lima para visitar a parientes en las grises barriadas de Huaycán y Villa El Salvador. Finalmente, Antonio Quispe y sus paisanos retornaron de uno en uno a las montañas, de vuelta a los animales y parcelas que les ofrecen una frágil subsistencia. En Cangari-Viru Viru, la vida es dura: las rivalidades políticas locales, las preocupaciones por sequías o aniegos, el peligro de una incursión de Sendero procedente de las desiertas colinas a lo largo del río Cachi. Sin embargo, y en medio de la precaria seguridad garantizada en gran medida a partir de su propia iniciativa al organizar las rondas, los comuneros también obtienen momentos de alivio, ya sea la tranquila alegría del nacimiento de una criatura o la estrepitosa energía de la fiesta del Día de San Juan. Contra el panorama de carencia y terror, el tramado de la desesperación y la esperanza, el dolor y el deleite, la pérdida y el gozo prestan testimonio tenaz —si bien agri dulce— a las palabras uno de los últimos poemas de Arguedas: “*kachkaniraqmi* —todavía existo”.

II. MOVIMIENTOS SOCIALES Y RONDAS CAMPESINAS

I. La Contrarrevolución como movimiento social

Hasta hace muy poco, cualquiera que hablase sobre “movilización campesina” en el Perú se refería a los sindicatos de afiliación izquierdista (como la Confederación Campesina del Perú o la Confederación Nacional Agraria); o a las patrullas nocturnas en los departamentos norteños de Cajamarca y Piura, también conocidas como rondas campesinas, que se multiplicaron rápidamente durante los años setenta y ochenta con el objeto de poner un alto al abigeato y, luego, para resolver disputas y supervisar pequeños proyectos de obras públicas.²³ Periodistas e intelectuales de iz-

23. Para mayor información sobre las rondas, consultar Gitlitz y Rojas (1983), y Starn (1992).

quierda, incluyéndome, enmarcaron el fenómeno de los Comités de Defensa Civil en un contraste entre las patrullas "autónomas" e "independientes" en el norte, y sus homónimas "impuestas" y "manipuladas" en la zona de guerra. El nombre "rondas campesinas" tiene una sonoridad de base comunitaria, a causa de su asociación con el movimiento original del norte. Cuando los militares copiaron el nombre para sus patrullas en contra de Sendero a principios de la década de 1980, parecía tratarse de un patente intento por paliar el carácter compulsivo y la muy distinta misión de las nuevas organizaciones en el sur y el centro. Nadie imaginó que también esas patrullas se convertirían en un movimiento masivo con un importante grado de participación popular y autonomía en relación al Estado. La existencia misma de las rondas sugiere lo que a veces puede ser la inestabilidad de la frontera entre iniciativas "de base" e "impuestas", "autóctonas" y "forzadas", "autónomas" y "manipuladas", a la vez que reitera el imperativo de apertura hacia cómo el activismo de las bases puede desafiar nuestras expectativas sobre y para los desposeídos.

Sin embargo, como ya he resaltado, tal flexibilidad no significa abandonar el intento por practicar análisis; a la vez críticas y sensibles de cualquier movimiento por el cambio. Un buen lugar para comenzar dicha tarea puede ser la cuestión de las causas, que es ya un foco de debate en la extensa literatura sobre revolución rural. En retrospectiva, gran parte de estos estudios estaban empantanados en una búsqueda ilusoria por establecer un modelo único para explicar la revuelta campesina, como si las circunstancias particulares tras la multiplicidad de los levantamientos pudieran ser asimiladas en una fórmula unitaria. En el extremo opuesto, sin embargo, el aura de indiferencia —y a veces incluso rebeldía— hacia las "metanarrativas" y "teleologías" en la teoría post-estructuralista, puede llevar a un análisis poco prolijo que hace más por mistificar que por iluminar las políticas de protesta. En lugar de un descarte abrupto de todas las disquisiciones acerca del "autoritarismo" o "totalitarismo" de la búsqueda por orígenes, los estudiosos de los movimientos sociales podrían reconocer la necesidad de contar con especificidad y precisión, y evitar reducir el estudio de estos movimientos a una simple lista de sus "causas", sin que ello signifique un total abandono del cuidadoso cuestionamiento de las fuerzas ubicadas detrás de la crucial decisión de organizarse para alterar la historia que toma un sector del pueblo en un momento y lugar específicos.

El desencantamiento con Sendero representa una causa básica para la expansión explosiva de las rondas. Como varios estudios han indicado, hubo un patrón de aceptación o al menos de tolerancia al fenómeno rebel-

de en muchos lugares de la sierra sur-central, seguido por un creciente desapego.²⁴ Aunque la pérdida de tal apoyo está muy vinculada a la llegada de las Fuerzas Armadas y la toma de conciencia sobre las consecuencias mortales de una oposición al gobierno, también representa una reacción contra la miope inflexibilidad de Sendero y su planificado uso de la violencia masiva. En 1983 en las alturas de Huanta, y nuevamente en 1988 y 1989 en el valle del Mantaro, la orden de los maoístas de detener la venta de excedentes de las cosechas a otros pueblos y ciudades —como parte de un plan estratégico para "estrangular" a estos últimos—, provocó un airado descontento, por cuanto la prohibición de comerciar cancelaba una fuente de intercambio social e ingreso económico que por mucho tiempo había sido un punto de apoyo de la vida andina. El autoritarismo senderista también resultó ser un problema cuando éstos se negaron a dar por terminado el reclutamiento de menores —algunos bordeando aún los ocho o diez años— para su causa. Lo mismo puede decirse de la fiera y fracasada campaña por barrer con las iglesias pentecostales en el valle del Apurímac a mediados de los años ochenta, documentada por Ponciano del Pino en este libro. El resultado fue el desarrollo entre los protestantes de una visión apocalíptica de los seguidores de Guzmán, presentándolos como los ejércitos del Anticristo, y eventualmente una movilización de los fieles en contra de la revolución maoísta. Además, en muchas áreas de los Andes, los comuneros resintieron la "justicia popular" de los rebeldes. La ejecución de un abigeo o de un alcalde corrupto pudo haber sido aplaudida en un principio. En muchas áreas, sin embargo, el creciente número de asesinatos por parte de Sendero, especialmente de supuestos "colaboradores" y "siervos de la reacción", así como los macabros métodos con que fueron perpetrados los crímenes —a menudo a pedradas o degollamientos, para infundir mayor temor y ahorrar balas— tuvieron eventualmente un efecto contraproducente. Los asesinatos generaron fuertes resentimientos en amigos y familiares de las víctimas, y extendieron la erosión del aura inicial que había rodeado a los maoístas como abanderados del campesinado. La absoluta e incluso arrogante certidumbre de los dictados del "Marxismo-Leninismo-Pensamiento Gonzalo" y la infalibilidad de la revolución, resultaron ser una carga pesada para Sendero, en tanto le impidieron llegar a posiciones intermedias entre sus objetivos y los del campesinado. En

24. Consultar, por ejemplo, los trabajos de Coronel (1992), del Pino (1992), e Isbell (1992).

lugar de un progresivo respaldo rural a la manera del Ejército Rojo en China o del Viet Cong en Vietnam, Sendero sembró los fundamentos para la explosión de una revuelta armada contra su diseño para la transformación social.

La otra fuerza clave en el crecimiento de las rondas fue la mejora de las relaciones entre los militares y el campesinado. A diferencia de sus contrapartes en, digamos, Chile o Colombia, existe una tradición de militarismo populista en Perú. El Ejército, en particular, ha servido como una extraña avenida de movilidad social en el Perú del siglo XX, con la permanente presencia de una pequeña cuota de oficiales de piel oscura y orígenes humildes. Esta rama —la más numerosa— de las Fuerzas Armadas, condujo la reforma agraria y nacionalización de compañías extranjeras durante la presidencia de Velasco. En 1983-1984, la contraofensiva del general Noel desplegó el lado más violento e imperial de los militares. En los años que siguieron, la tortura, violación y asesinato de supuestos rebeldes siguió siendo una pieza principal de la contrainsurgencia, llevando al Perú a ocupar el primer lugar en el mundo en relación al número de "desaparecidos" entre los años 1988 y 1991. Ya en 1985, sin embargo, y en especial a raíz de la evidente capacidad de resistencia de los rebeldes ante la abrumadora violencia del Ejército, muchos oficiales reconocieron la necesidad de combinar la intimidación con la persuasión, en lo que dieron en llamar "estrategia integral", que incluía el "desarrollo sociopolítico" y la "acción cívica" para ganar el apoyo del campesinado. Si bien la mayoría de los militares insistieron en su absurda, hasta fascista, visión de los organismos de derechos humanos como "apologistas del terrorismo", los asesinatos selectivos empezaron a predominar sobre la matanza indiscriminada. Tras el período 1983-1984, el número de muertes de civiles a manos de los militares declinó en más de dos tercios. Se reclutaron más soldados procedentes de poblados y sedes provinciales locales; y, al estilo de Hurtado, varios oficiales comenzaron a desarrollar una actitud menos encerrada con la población civil, al salir a beber y bailar en fiestas y participar en la vida cívica desde la inauguración de escuelas hasta torneos de fútbol. A fines de la década de 1980 los nuevos vínculos se vieron reflejados en un rápido crecimiento del número de solicitudes por parte de los campesinos para que se establezcan guarniciones en sus aldeas y pueblos, una muestra del giro parcial en la imagen de los militares: de invasores a protectores. Conforme lo enfatiza en una reciente retrospectiva el historiador Jaime Urrutia —quien fuera él mismo secuestrado y torturado en el temido cuartel ayacuchano de Los Cabitos al inicio de la guerra—, "el comporta-

miento del Ejército también se ha modificado; del tristemente célebre 'Comandante Butcher' que hace años jefaturaba el cuartel más importante de Cangallo, no queda sino el amargo recuerdo, y los campesinos de la zona no viven ya aterrorizados por las desapariciones y detenciones arbitrarias" (Urrutia 1993:88).

Las rondas se desarrollaron en la intersección de los nuevos vínculos entre los campesinos y los militares. En 1990, oficiales quechua-hablantes se desplazaron a las altas planicies de Ayacucho y Huancavelica, vestidos con ponchos y *chullos*, para urgir a sus "hermanos campesinos" a alzarse en armas contra "los enemigos del Perú". "Ronderos y Fuerzas Armadas-Juntos Construiremos un Perú de Paz", proclamaba una banderola confeccionada por el Ejército y colgada en un muro de la municipalidad de Quinua en Ayacucho, centro de producción de cerámica que visité en 1993. Para consolidar la imagen de una asociación fructífera, los militares también prometieron —y a veces suministraron— donaciones de herramientas, medicinas y alimentos, así como armas. Asistí en 1991 a una reunión con 50 líderes de las rondas, celebrada en la base amurallada del Ejército en Huancayo, en la cual un General entremezclaba promesas de herramientas y tractores con la exhortación de "continuar con sus rondas". A continuación, los militares donaron 200 camionetas procedentes de Japón, luego conocidas por los campesinos como "Fujis", como recompensa —según palabras del General— por su colaboración contra Sendero. Difícilmente podría decirse que la imposición había desaparecido y, de hecho, algunos habitantes de Quinua recuerdan cómo en 1989 un Teniente bigotudo amenazó con tomar "drásticas medidas" contra aquellos que se rehusaran a participar en las patrullas. A la misma vez, la retórica inclusiva y los incentivos materiales, junto al resentimiento contra Sendero, estimularon el interés y, en ocasiones, incluso el entusiasmo por los reasentamientos y patrullas que se aprecian en Cangari, Viru Viru, y docenas de otros poblados.

Finalmente, se puede hablar de una lógica de autorreforzamiento en la expansión de las rondas. Al inicio, Sendero tuvo frecuente éxito en derrotar por la fuerza a las patrullas, como en el caso de la masacre de 80 campesinos en el poblado de Lucanamarca en Ayacucho, justificado por Guzmán como una acción de "aniquilamiento con el propósito de defender... la guerra popular..., demoler la dominación imperialista... y borrarla de la faz de la Tierra" (Comité Central del PCP-SL 1989: 68, 80). En los años noventa, sin embargo, los rebeldes fueron crecientemente desplazados a una posición defensiva en muchas áreas, y expulsados casi por com-

pleto en algunos casos, como en el valle del Apurímac. Tal éxito infundió valor a los campesinos para mantener las rondas, así como para agrupar aldeas y poblados, sobre todo después de darse a conocer la captura de Guzmán. La resistencia a Sendero se acrecentó con sorprendente velocidad en 1991 y 1992, de manera más notable en Huanta y el valle del Mantaro, donde en poco más de un año miles de campesinos se organizaron en una fuerte red de patrullas y reasentamientos a lo largo de cientos de millas en la región andina. En muchos lugares, como en el caso de Cangari-Viru Viru, los ataques de Sendero orientados a derrotar la resistencia comunitaria, sólo tuvieron por efecto profundizar el rechazo a los rebeldes y fortalecer las rondas. La propaganda de Sendero prometía que el movimiento de los "miserables mercenarios sería desinflado como un globo de circo".²⁵ Todo lo contrario, las rondas se expandieron en 1993 a Vilcashuamán, Víctor Fajardo, Cangallo y Huancasancos, las últimas provincias ayacuchanas sobre las cuales Sendero conservaba influencia significativa. El sentimiento de impotencia menguaba en las zonas rurales, mientras las rondas evolucionaban en un movimiento que estalló más allá de la capacidad de contención de Guzmán y sus seguidores.

2. Las contradicciones de la militarización

Junto con la atención prestada a la relación de causalidad, la literatura sobre movimientos sociales ha enfatizado la urgencia de contar con una cuidadosa evaluación de los límites y logros de cualquier iniciativa de cambio social. A fines de los años ochenta, la cautela atemperó el entusiasmo inicial y a veces utópico de muchos intelectuales progresistas sobre el potencial emancipador de la movilización social en América Latina. En una inspección cuidadosa, los fantasmas del clientelismo, faccionalismo y caudillismo surgían incluso en las iniciativas populares aparentemente más democráticas y de base, como las federaciones indígenas ecuatorianas y las organizaciones chilenas de mujeres, en contradicción a la proclividad de muchos analistas a asumir una distinción tajante entre las "viejas" y las "nuevas" estrategias de lucha. De manera más amplia, resultaba difícil de ignorar —al menos en el corto plazo, y con la parcial excepción del Partido de los Trabajadores en Brasil— el fracaso de los movimientos de base

25. Esta cita proviene de una declaración de Sendero Luminoso que, bajo amenazas de muerte, fuera leída por un relator de noticias en una estación radial en Huanta en 1989.

en trascender las políticas nacionales de transformación estructural, mientras la izquierda mayormente se desvanecía ante la avalancha de victorias neoliberales en elecciones parlamentarias y presidenciales. Como concluye la politóloga Sonia Alvarez (s.f.:23), "un cierto pesimismo se asentó [a fines de los años ochenta]" en relación a "las aparentemente limitadas conquistas de los movimientos sociales frente a la violencia política y la crisis económica en América Latina".

Quizás el problema más obvio en las rondas se centra en el tema del género. Muchas mujeres hablan entusiasmadas de la mayor tranquilidad con las rondas. Ellas se ocupan de preparar los alimentos y del cuidado de los niños que permite a sus hijos y maridos participar en las patrullas. Las mujeres, armadas con bastones y lanzas que llevan cuchillos de cocina en la punta, actúan también como vigías y última línea de defensa. Sin embargo, la confluencia de ideologías sobre el liderazgo público y la guerra como dominios masculinos, han llevado a las rondas a perpetuar e incluso a fortalecer un vieja tradición de participación subordinada femenina en el manejo de la comunidad y, de manera general, en la política nacional. A excepción del escenario público de las marchas en Lima, sólo los hombres portan armas, que representan el símbolo supremo del poder de las rondas. Ninguna mujer ha sido elegida como comando o presidente de un Comité de Defensa Civil. Al contrario, comuneros de ambos sexos repiten la frase "El pueblo se puso macho", en una masculinización del movimiento que borra el papel vital de la mujer. La antropóloga Marisol de la Cadena (1991) asegura que las mujeres campesinas tienden a ser vistas negativamente como "más indias" que los hombres, en virtud de la mayor probabilidad de que no dominen el castellano y mantengan roles más "tradicionales" en cuanto a su vestido y ocupaciones, tales como el pastoreo y la confección de textiles. Las rondas refuerzan la ideología que otorga un *status* de segunda clase a las mujeres y a "lo femenino" en los Andes.

Un segundo problema, vinculado al anterior, está contenido en la corrupción y el caudillismo. Los poblados serranos han sido siempre mucho menos igualitarios y armónicos de lo que cabe suponer a partir de la categorización pretendidamente orgánica de "comunidad campesina".²⁶ Apropiación ilícita de fondos o abuso de autoridad por parte de líderes locales, ya sea que ocurran en los comités de irrigación o en las asambleas de los

26. Mossbrucker (1990) ofrece un útil análisis de la vena utópica de gran parte de los estudios sobre comunidades andinas.

poblados, constituyen un rasgo familiar del paisaje social. En el caso de las rondas, muchos comandos y presidentes de Comités de Defensa Civil han enfrentado las más diversas acusaciones, justificadas en algunos casos, que van desde el robo de dinero donado por el gobierno hasta la exoneración a familiares de la obligación de patrullar. En algunas localidades, los estrechos vínculos entre los dirigentes ronderos y los militares pueden suponer para los primeros una indebida influencia en asuntos de política local, como en el caso de Comas, donde los presidentes de varias comunidades han protestado por el deterioro de su autoridad. En el caso extremo producido durante la década de 1980 en el valle del Apurímac, donde el rápido desarrollo de la coca como una fuente de ingresos en dólares exacerbó el clima de incertidumbre y peligro, los primeros líderes de las rondas las convirtieron en sus feudos personales. Tal es el caso de Pompeyo Rivera Torres, maestro convertido en técnico dental, más conocido como "Comandante Huayhuaco", quien operaba como jefe de las rondas en la región de la selva hasta ser detenido en 1989 por narcotráfico.²⁷ Todas esas historias contradicen el intento tanto por reducir las rondas a una simple historia de inocentes campesinos enfrentados a perversos subversivos, como por imaginar que tales organizaciones gozaban de un respaldo unánime.

La corrupción y el caudillismo se extienden a la relación con las autoridades civiles y militares. En efecto, algunos políticos se han valido de las rondas para comprar votos. El anterior alcalde de Huanta, por ejemplo, habría realizado su campaña política en el campo en 1992 con la entrega de balas, y habría persuadido a algunos comandos y presidentes de Comités de Defensa Civil a interceder en su favor en asambleas de los poblados, según se afirma con el ofrecimiento de futuros favores. De una manera más específica, los militares mantienen una fuerte influencia sobre las rondas, una capacidad de fiscalización codificada en el Decreto Legislativo N° 741 que enfatiza que cada comité rondero "debe estar autorizado por el Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas... y operar bajo el control de los respectivos Comandos Militares [en su región]".²⁸ Aflora en este testimonio uno de los trágicos des encuentros de esos años, entre el ansia de

27. Para una historia más completa de las rondas en el valle del río Apurímac, consultar la contribución de Ponciano del Pino en este libro. El trabajo del Instituto de Defensa Legal (1989) brinda mayor información sobre el "Comandante Huayhuaco", incluyendo su participación en graves violaciones a los derechos humanos.

28. Decreto Legislativo No. 741 promulgado el 8 de noviembre de 1991, y dado a conocer en el diario oficial *El Peruano* el 12 de noviembre de 1991, p. 101687.

"superarnos" de los jóvenes cuadros y lo que ellos conciben como "ideas arcaicas" de la comunidad, es decir, entre el proyecto senderista y la "racionalidad andina". Los senderistas, ideologizados hasta el fundamentalismo, dispuestos a matar y morir por su proyecto, no conocen ni respetan los códigos campesinos. La suya es una utopía de cuadros, que no logra hacerse de masas, son vicarios de un dios que habla, a veces literalmente, chino²⁹.

De hecho, el poder militar asume una variedad de formas en las operaciones cotidianas de las rondas, que van desde reuniones obligatorias en los cuarteles hasta exigencias para que los soldados reciban albergue de la noche a la mañana. En estas relaciones existen ejemplos de corrupción, tales como la venta de municiones, que supuestamente deben ser donadas por el gobierno. De manera más amplia, aunque muchos ronderos no se resisten a cumplir con las órdenes de los militares, la sola aparición de las rondas supone la explotación del trabajo no pagado de los comuneros para garantizar la seguridad pública, antes tarea del Estado. "Nos sentamos aquí en la oscuridad esperando el próximo ataque, manteniendo la paz", explica el comando de Cangari-Viru Viru, "mientras el Comandante y el dueño de la cervecería bailan y toman en el pueblo". Lejos de constituir una inequívoca historia de iniciativa rural, las rondas marcan la parcial reinscripción del dominio de la ciudad sobre el campo y del Estado sobre el campesinado.

Por último, las rondas no se funden en un programa amplio por el cambio social. Hasta se podría aseverar que sus logros han reforzado convicciones sobre la inutilidad de la "política" y de "los políticos". Algunos de los índices más bajos de participación en recientes elecciones regionales y nacionales han tenido lugar en los lugares donde las rondas tienen mayor fuerza. Alberto Fujimori se ha presentado a sí mismo como el primer defensor de las rondas, volando en helicóptero a los pueblos olvidados para presidir la distribución de alimentos y medicinas, así como de armas, y elogiándolos en la televisión como "algunos de los más grandes patriotas

29. En agudo contraste aparecen, por ejemplo, los Guardias de la Revolución iraníes, muriendo como mártires en la frontera con Iraq. En un interesante trabajo sobre la revolución iraní de 1979, Khosrokhavar (1993) presenta un perfil de los revolucionarios que tiene semejanzas con el caso peruano: intelectuales provincianos de rango mediano (en ese caso ayatollahs), jóvenes educados, radicalizados y decepcionados/marginalizados por el proceso de modernización emprendido por el Sha. Pero las dinámicas y los resultados, como se sabe, fueron muy diferentes.

del Perú". Sin embargo, inclusive este maestro del populismo conquista sólo un tibio respaldo por parte de la mayoría de los campesinos, lo que da cuenta de un difundido descrédito del sistema político. Dados los antecedentes de flagrante corrupción y promesas incumplidas por parte del gobierno, es comprensible la falta de entusiasmo por la democracia representativa. Obviamente, además, la intensidad de la lucha por la supervivencia puede tomar una abrumadora ventaja sobre lo que ocurre en la costa y la capital. Sin embargo, la indiferencia también apunta hacia la acometida preeminentemente local de las rondas, y hasta a un espíritu "post-ideológico" que deja el terreno de las políticas nacionales al autoritarismo populista de Fujimori y sus aliados militares. De manera harto congruente con el terrible desgastamiento de las utopías en el mundo post-Guerra Fría, el desinterés de los ronderos en las políticas electorales y el cambio nacional puede no ser duradero.³⁰ Quizá la organización se convierta en una plataforma para la recomposición de estructuras económicas y políticas estatales. Actualmente, sin embargo, el movimiento se engrana con el fin de los días de huelgas, marchas y protestas masivas, y con la virtual ausencia de una respuesta colectiva a las políticas de privatización y austeridad, que hasta ahora han ofrecido tan poco en términos de trabajo u oportunidad a las mayorías peruanas.³¹ En la incertidumbre queda la cuestión de alternativas a lo que el novelista uruguayo Eduardo Galeano (1992:282) llama las "estructuras de impotencia" de América Latina en las fauces del neoliberalismo económico.

3. La heterogeneidad y el riesgo del relativismo

Una de las lecciones obvias de este análisis sobre los límites de las rondas es la reiteración de la heterogeneidad en la composición de todo tipo de movilización social. De esta manera, como hemos visto, las mujeres juegan un papel distinto al de los hombres, mayormente subordinado, en tanto que los dirigentes están mejor ubicados que los seguidores para ganarse el favor de políticos y oficiales de las Fuerzas Armadas. El sonido unificador del calificativo "movimiento", así como los referentes familiares de "cultura" o "sociedad", no deben hacer que perdamos de vista las inevitables diferencias en cuanto a los plurales intereses y perspectivas en que se

30. Tomo algo de este lenguaje de Ajani (1993:5).

31. Seligmann (1992) discute sobre las respuestas de las mujeres comerciantes del Cuzco a los programas de austeridad de Fujimori.

ubican los participantes de las iniciativas populares, que son siempre tanto un confuso tinglado de tensión y lucha, como una unida fuerza avasalladora de colectividad y unión. En lugar del enfoque unilateral sobre los modelos liberales y funcionalistas que ponen el énfasis sobre el consenso, de manera opuesta, el acento en la de fragmentación y la parcialidad en algunos tipos de teoría post-estructuralista, las rondas sugieren la urgencia de una sensibilidad hacia la delicada y a veces explosiva dialéctica de la diferencia y comunidad, polifonía y solidaridad, conficito y consenso, presentes en cada intento de transformación social.

Como hemos visto, tercas contradicciones y límites caracterizan la movilización rural contra Sendero. Sin embargo, sería tan errado ignorar como exagerar las incursiones de cualquier movimiento social en América Latina o en cualquier parte del mundo, quizá incluso más a la luz del tremendo y a veces absurdo coraje requerido para hacer siquiera modestas conquistas contra la corriente de los salvajes peligros del orden contemporáneo. En docenas de casos, desde los comedores populares en las barriadas hondureñas hasta las federaciones indígenas brasileñas, y las rondas tanto en el norte como el sur del Perú, el activismo social puede significar no sólo el margen de supervivencia cotidiana sino también desafiar —a menudo de maneras tanto sutiles como abiertas— los propios términos de dominación cultural y exclusión política entre la élite y los desposeídos, los blancos y los cobrizos, los gobernantes y los gobernados. Más que la gloria de los esclavos, si bien menos que el presagio de la revolución, tales iniciativas dinámicas siguen siendo un bienvenido resquicio de esperanza en la lucha por la dignidad social en el mundo actual.

4. Los avances de la movilización

El logro más evidente de las rondas está representado por una creciente paz. Sendero aún lleva a cabo ataques a patrullas y asentamientos. En general, sin embargo, las rondas han reducido grandemente la capacidad de los insurgentes para operar en las zonas rurales andinas. En Huanta, su antiguo baluarte, un grupo de senderistas desaharrapados y hambrientos sólo descende de las heladas planicies de Razuhilca para robar comida y ganado en incursiones esporádicas. Las garitas de control y patrullas han expulsado a los rebeldes de los valles del Alto y Bajo Tulumayo en Junín, donde los campesinos —en palabras de uno de sus líderes— empezaron a luchar en 1990 con "palos, machetes, piedras y hondas" (citado en Starn 1993 :47). Con casi ninguna ayuda de los militares, las rondas han expul-

sado también a Sendero de otro de los más sangrientos campos de batalla de esta guerra, el valle del Apurímac. En ésta y muchas otras áreas de la zona de guerra, numerosos campesinos confiesan compartir un mayor sentido de seguridad y calma con las rondas. "Ya no hay más masacres, ni siquiera ataques, nada", concluye Juan Pardo, comando del poblado de Vinchos, ubicado en las punas ásperas y ventosas sobre la ciudad de Ayacucho (*Ibid.* :43).

Con toda seguridad, muchas rondas no han tenido reparos en recurrir a la violencia mortal. En 1991, contraté a un taxista para que me condujera al distrito de Comas, a seis horas de Huancayo. A mitad del sinuoso camino a las montañas heladas, el silenciador del oxidado Nissan se desprendió, obligándonos a dar media vuelta. En el camino de regreso cuesta abajo, nos cruzamos con una "Fuji" repleta de ronderos que regresaban de una reunión en la base en Huancayo. La "Fuji" se detuvo, bloqueando nuestro camino en una curva rocosa. En la luz grisácea del amanecer andino, observé con un sentimiento de ahogo cómo 20 ronderos saltaban del vehículo, agarraban piedras, barretas de hierro y escopetas, y se movían silenciosamente para rodearnos. Afortunadamente y en el último momento, uno de los agricultores azotados por el clima reconoció al taxista, su primo. La tensión se disolvió. "Los terroristas nos emboscan, y tenemos que estar preparados para defendernos", explicó a manera de disculpa uno de los comuneros armados. Sin embargo, mi preocupación no era sólo producto de estereotipos negativos acerca de la ferocidad de los campesinos. Sólo un año antes, los campesinos de Comas habían apedreado, decapitado y colocado las cabezas de trece supuestos rebeldes en un saco de yute que llevaron al general en Huancayo como una especie de trofeo de guerra.³²

Cualquier discusión sobre la violencia rondera corre el riesgo de reproducir en la antigua y pernicioso visión de la esencial brutalidad del campesinado andino. Pronunciamientos incautos de varios observadores del comportamiento de Sendero y las fuerzas contrainsurgentes han caído en esta trampa, como la aseveración del normalmente perspicaz Nelson Manrique (1989:167) sobre de que "la presencia de una crueldad desbordada es común a las guerras con una participación campesina dominante". Sin embargo, sería también irresponsable ignorar los asesinatos de "supuestos subversivos" a manos de las rondas, que van desde Huaychao en

32. Esta historia llegó a publicarse en *The New York Times*, "Peasant Farmers Said to Kill Rebels" [Campesinos habrían asesinado a rebeldes], 14 de marzo de 1990, sección 1, p. 13.

1983 a Paccha en 1992.³³ Tales ejemplos de terror por parte de los ronderos retratan la manera comprensible, si bien no justificable, en que éstos reaccionan ante la explosiva historia de temor, venganzas personales y comunales, y violencia masiva de los rebeldes y los militares, socavando el esencialismo inverso —y finalmente tan paternalista como su opuesto— que subyace a la visión del campesinado andino como portador universal de un noble precepto de "castiga, pero no mates". Una vez más, las rondas desafían el juicio fácil o la generalización totalizadora, que en este caso comprende las categorías de "dador de vida" o "asesino", "violento" o "pacífico", y anuncia el imperativo reconocimiento de los móviles y múltiples contornos de la forma potencial de cualquier movimiento social.

No pretendo minimizar la violencia rondera. La referencia fría al "aniquilamiento" de un supuesto senderista en el libro de actas de una aldea en Tambo en 1983 muestra como la lógica dehumanizadora de la violencia podía extenderse más allá de Sendero y los militares hasta los ronderos.³⁴ Sin embargo, debe enfatizarse que los asesinatos por parte de éstos han decrecido sustancialmente, y constituyen ahora una rareza. En este aspecto, las rondas son similares a sus homónimas en el norte andino. Allí, los linchamientos de sospechosos de abigeato, aunque nunca tan frecuentes como el de supuestos subversivos en el centro y sur andino, también declinaron tras el restablecimiento de un sentido del orden y la disminución de las amenazas a la supervivencia y los medios de subsistencia. En un número sorprendente de casos, senderistas arrepentidos han sido inclusive reincorporados al ámbito social del poblado, si están dispuestos a abandonar las filas del partido. Para ponerlo en las palabras con que Hugo Huillca, líder del valle del Apurímac, explica esa poderosa, si no universal, ideología del perdón: "Vivíamos en la miseria, y es comprensible que algunos cometieran el error de unirse a los terroristas".³⁵ Varios de los actuales comandos y presidentes de Comités de Defensa Civil en el valle del Apurímac y Huanta han sido anteriormente colaboradores de Sendero, lo que constituye una gráfica ilustración de la elasticidad de las rondas en su evolución hacia organizaciones de masas.

33. Para una historia de los sucesos en Paccha, ver el trabajo de Amnistía Internacional (1992:25)

34. La cita proviene de un libro de actas de una aldea en Tambo de una reunión del 26 de noviembre de 1983. Agradezco a Ponciano del Pino por haberme obtenido una copia.

35. Entrevista del 12 de diciembre de 1991.

En una visión amplia, un intrincado arsenal de factores subyace al declive de la violencia en las zonas de guerra, incluyendo la captura de muchos de los dirigentes máximos de Sendero y la disminución del número de desapariciones y masacres por parte de los militares. Pero hasta una mirada superficial a las estadísticas de los últimos años apoya las versiones de Pardo, Huillca y otros respecto al significativo papel de las patrullas en restaurar la paz. La masiva expansión de estas organizaciones en 1990 y 1991 coincide con una disminución del 30 por ciento en el registro de incidentes y de muertes en los departamentos de Apurímac, Ayacucho y Junín. En una fecha tan reciente como 1991, algunos observadores aún aseguraban que "las patrullas han contribuido a la escalada de violencia".³⁶ Ya no puede sostenerse tal cosa. En contraste a, digamos, el caso de las provincias occidentales de Angola o la región del Magdalena Medio en Colombia, la militarización de la población civil ha servido como un camino precario para salir de una de las guerras más fieras y sangrientas de fines del siglo XX en América Latina.

Inclusive las voces críticas admiten actualmente que las rondas han contribuido a una sorprendente resurrección de la sociedad civil, un segundo beneficio de esas organizaciones. Con el propósito de discutir asuntos concernientes a las rondas, ya se trate de actividades para generar fondos con qué adquirir armas o para organizar el cronograma de las patrullas, todos los comuneros se reúnen periódicamente. Al igual que en sus homólogas del norte del país, todos los hombres del poblado deben participar en las patrullas y asambleas. Quienes incumplen sus turnos pueden ser multados e incluso azotados. Sin embargo, en la mayoría de los casos, tal participación no descansa ya tanto en la intimidación militar como en la convicción colectiva entre los campesinos de que las rondas son algo deseable. En la mayoría de los poblados, los líderes ronderiles ya no son nombrados por el Ejército. En lugar de ello, son elegidos en asambleas abiertas a la manera en que se designan a otros dirigentes de la comunidad, como parte de lo que Ponciano del Pino llama "interiorización" de las rondas en la trama cotidiana de los poblados andinos (citado en Starn, ed. 1993:53). Una panoplia de otras organizaciones civiles, tales como las Asociaciones de Padres de Familia y Maestros, Clubes de Madres y Comités de Irrigación, han sido también reactivados por la nueva segu-

36. Tal cita proviene de un reporte de Americas Watch (1991: 15); quisiera enfatizar, sin embargo, mi admiración por el usualmente acertado trabajo de esta organización en nombre de los derechos humanos en América Latina.

ridad obtenida a través de las patrullas, extendiendo espacios de participación local en organizaciones comunales antes desbaratadas por la guerra. Asimismo, y de manera creciente, las propias rondas se han expandido más allá de su misión meramente militar. Por ejemplo, cuando el cólera irrumpió en Palmapampa, en el valle del Apurímac, una delegación de la ronda local viajó a Ayacucho para solicitar sales rehidratantes a organizaciones de desarrollo y agencias gubernamentales. Muchas rondas inclusive incorporan modalidades andinas "tradicionales" de cooperación comunal, celebrando "mingas" y "faenas" para construir torres de vigilancia y muros o, en el caso de Chaca, un proyecto de agua potable. Los comuneros han bautizado como "chasquis" al sistema de mensajeros que funciona en las alturas de Huanta para avisar de la cercanía de los rebeldes, y los comuneros. En otras palabras, las rondas han sido "andinizadas", reconfiguradas dentro de la lógica local de necesidad y cultura. Antes que apresurar el fin de tradiciones o instituciones serranas, las rondas se han convertido en un vehículo para la defensa de los intereses y la vida de la comunidad, un capítulo más en la dolorosa historia de recomposición y transformación que por tantos siglos ha caracterizado a las sociedades andinas.

Un logro final e interrelacionado ha sido la restauración de un sentido de iniciativa entre los comuneros de las zonas de conflicto. Las dificultades de la vida rural en Apurímac, Ayacucho y Huancavelica —tres de los departamentos más necesitados en un país de por sí empobrecido— explican en parte la inicial receptividad al llamado senderista por un cambio radical. Pero la guerra hizo girar el mundo andino en lo que los campesinos llaman *chaqwa*, palabra quechua que significa caos y desorden, en una tormenta de desplazados y masacres.³⁷ En contraste, las rondas se han convertido para muchos campesinos en un signo de su capacidad para ser algo más que las eternas víctimas. El presidente del Comité de Defensa Civil de Vinchos, en Ayacucho, dice en quechua: "Ya no somos mansos corderos para ser llevados al matadero" (citado en Starn, ed. 1993:53). En el Apurímac, los comuneros incluso celebran el aniversario de la fundación de la ronda local con bailes folklóricos, poemas y discursos. Con orgullo, se refieren a sí mismos como "ronderos", de la misma manera en que se identifican como "campesinos", "comuneros" y "peruanos". En toda la región sur-central de los Andes, es común oírles hablar en térmi-

37. Kirk (1991, 1993a) ha realizado el mejor trabajo sobre la situación de los refugiados internos en el Perú.

nos de superioridad, incluso ante los militares. Un hombre en Chaca dice: "Nosotros somos capaces de hacer lo que ellos nunca pudieron, es decir, restaurar la tranquilidad en estas comunidades". Gran parte de la cultura nacional peruana aún atribuye las características de retraso a "lo campesino" y "lo andino". Pese a decir representar a los comuneros, la vanguardia urbana de Sendero también presupone un entendimiento superior de la "ciencia" y el destino histórico, arrogándose a sí mismos la obligación de "remachar las ideas en la mente de las masas con hechos contundentes", según proclama uno de los documentos del partido (citado en Degregori 1989b:24). En oposición al estigma de ignorancia e inferioridad perpetuado tanto por los maoístas como por la ideología nacional, los campesinos han convertido las rondas en una afirmación de control parcial sobre su difícil mundo.

5. Teoría de la vigilia

Debería resultar obvio que los límites y los logros de las rondas no pueden ser desagregados de una manera nítida. Como subraya la antropóloga Lila Abu-Lughod (1990:31), "los sistemas de poder son campos múltiples que se juxtaponen e intersectan". Un movimiento social puede reforzar mecanismos de opresión en un nivel y, sin embargo, oponerse a la corriente de dominación y miseria en otro plano. Las rondas siguen atrapadas en medio de las lógicas perturbadoras del sexismo, la corrupción y el autoritarismo por un lado, y la ofensiva neoliberal por el otro, inclusive en momentos en que producen una prometedora estabilidad en medio del temor y trauma de la guerra. Con toda seguridad, la trama de lo positivo y lo negativo es especialmente densa en este inesperado ejemplo de movilización rural, incluso cuando —como debe resultar ya obvio a estas alturas— mis propios sentimientos se inclinan hacia la admiración e incluso el asombro ante los logros, de los ronderos a contracorriente de una historia difícil. Sin embargo, la trayectoria de las rondas en sus múltiples niveles, y sus a veces diversas lealtades, es también válida en tanto norma y en tanto excepción en estos tiempos confusos de fin de siglo, epistemológica y políticamente inciertos, emblema de la voluntariosa renuencia del mundo a descansar dentro de las categorías que creamos en el mundo académico para contener y explicar la historia y la sociedad. No debemos descartar la esperanza de comprender y cambiar, mucho menos, como he subrayado, perder el respeto o la capacidad de identificarnos con la ingenuidad y osadía de tantas de las iniciativas políticas de los desposeídos.

Empero, con seguridad, el buen análisis depende de la habilidad para hurgar más allá del legado imperial de las polaridades inmóviles y las narrativas preconcebidas, siempre de una forma que reconoce los entrelazamientos entre la cultura y la economía política, la representación y el poder, lo significativo y lo material. En este terreno, definitivamente inseguro e inestable, se luchará por definir los términos con qué rehacer el pensamiento social.

En *Más allá del bien y del mal*, Friedrich Nietzsche (1990:31) hace una advertencia en contra del "solemne aire de finalidad" en la teoría social, que no constituye "nada más que un noble infantilismo o un vicio de principiante". Este crítico mordaz del vacío y la pretensión del siglo XIX, lanza un ataque salvaje contra la "generalización audaz" y la "filosofía dogmática". Se imagina que no existe espacio puro fuera de la historia o la política para el estudioso social, insistiendo siempre en que nosotros también somos, como queda escrito en el título de otro de sus más famosos tratados, "Humanos, Demasiado Humanos". Y sin embargo, incluso Nietzsche se resiste a abandonar la posibilidad de un entendimiento limitado y a la vez serio del curso de la historia. Tal como nos recuerda con desesperada intensidad la insólita irrupción de la revuelta en contra de Sendero, la "tarea es la vigilia en sí misma" hacia una "filosofía del futuro" para comprender la belleza y la agonía de las faenas del mundo (*Ibid.*: 32).

III. EL POST-MODERNISMO Y LAS RONDAS CAMPESINAS

1. Cultura en las fronteras

Algunos observadores continúan representando a las rondas dentro del viejo marco de los Andes peruanos como un lugar de costumbres primordiales y milenarias. "El tiempo quedó suspendido en el campo ayacucho", escribe una periodista limeña, mientras otro compara a los ronderos con "guerreros incaicos" (citado en Balaguer 1993:15). Sin embargo, la historia singular de las rondas podría ser vista de una manera más productiva como un indicador de la problemática más amplia de América Latina a fines de siglo. Después de todo, muchos críticos enfatizan que los temas de fragmentación, desplazamiento y transculturación han sido siempre fundamentales para millones de latinoamericanos, desde la Zona Este de Los Angeles hasta Caracas y Sao Paulo. Ya a inicios del siglo XVIII, antes de cualquier discurso sobre intertextualidad o post-modernismo, el

joven Topa Inca posó para un retrato ataviado con un chaleco español y la borla real de los Incas, o *llautu*, colgada sobre la frente. Doscientos años después, José María Arguedas vinculó su admiración por las máquinas de Occidente con una elegía a los *apus* andinos o espíritus de las montañas, en su famoso poema quechua "Oda al Jet". Como teórico literario, Alberto Moreiras (1990:6) concluye que "la marginalidad y el postergamiento de todas las sociedades coloniales con respecto a lo que ocurre en las metrópolis, llevaron a la cultura latinoamericana desde sus inicios a ser una cultura de traducción y transculturación". Moreiras y una serie de intelectuales aseguran que la post-modernidad llegó a América Latina antes que al Primer Mundo. Según esta versión, el pasado del subcontinente debe ser entendido en un continuo con su presente y futuro como flujos de transculturación, con el advenimiento de las comunicaciones instantáneas, el célere cambio tecnológico, la acumulación "flexible" de capital y otras marcas distintivas de lo que el geógrafo David Harvey (1989:289) llama "la compresión del tiempo-espacio" en todo el mundo.

Sin embargo, al hablar de los fenómenos "post-moderno" y "post-colonial", muchos críticos —latinoamericanos inclusive— insisten en dejar fuera a la vida rural. El usualmente acertado autor argentino Néstor García Canclini, por ejemplo, describe al subcontinente en su obra *Culturas Híbridas* en términos de "una heterogeneidad multitemporal" de "lo tradicional" y "lo moderno". Su vínculo de "lo tradicional" a "lo pastoral", "lo rural" y "lo folklórico", marca un retorno parcial a la cronología evolutiva que niega la contemporaneidad de los 50 millones de pequeños agricultores de América Latina, presentando sus costumbres y visiones como artefactos de un pasado pre-moderno. Como vimos en el caso de Cangari-Viru Viru, poblado de adobe construido hace sólo tres años en medio del calor de la guerra, tal enfoque pasa por alto el hecho de que incluso los latinoamericanos ostensiblemente más "tradicionales" no viven —como muchos estudiosos una vez creíamos— "sumergidos bajo la marea de la historia" (Valcárcel 1950:1). Por el contrario, los campesinos latinoamericanos también construyen sus vidas en la tenue intersección entre los mundos local, regional y global. Los valores y tradiciones del mundo rural sólo pueden ser comprendidos al interior de las mismas redes temporal y espacial que nos unen a todos en la sorprendente realidad de la interdependencia a escala global, sin importar que uno elija llamarlo "post-modernidad", "post-colonialismo", "post-Fordismo", "capitalismo tardío" o incluso, como un crítico sugiere, ninguno de los calificativos anteriores

que pueden convertirse en "términos tan vacíos y cambiantes... [que puedan] llegar a significar cualquier cosa" (Hall 1992:22).

Si el campo ha de formar parte de nuestro pensamiento sobre la mixtura cultural y el flujo político en América Latina, las rondas subrayan también los peligros de presentar tal condición como un alegre carnaval de politonía rabelaisiana. Tal vez a causa de su concentración en el arte, la música y la literatura de las ciudades latinoamericanas, y de su escasa atención a las zonas rurales y barriadas en las cuales los relatos de pobreza y terror son probablemente más la norma que la excepción, muchos teóricos convergen en la categorización de la lógica heterónoma de la post-modernidad como logro netamente positivo, "un deleite de dirección y espectáculo", en opinión de una crítica (Olalquiaga 1992:1). En las rondas se despliega el espectáculo de los "comandos" que hablan quechua y rinden culto a los espíritus de las montañas, aun cuando respondan a nombres como "Jehovah" y "Rambo". Al mismo tiempo, las enormes dificultades y peligros que enfrentan estos agricultores profiere una advertencia en contra de una ingenua celebración del "pastiche" o del "bricolage", en contra de un "post-modernismo lúdico" donde la dimensión política se reduce al "juego" y al "placer", resaltando la necesidad de evitar el neo-regionalismo del síndrome de ser "más-post-modernista-que-tú-en-virtud-de-nuestro-carácter-híbrido" que algunos intelectuales latinoamericanos ostentan, como si la pluralidad o la hibridez fueran de alguna manera y por su propia naturaleza signos de lo bueno, lo "subversivo", lo "trasgresivo", o lo políticamente progresista.³⁸ Las dimensiones improvisadas e interactivas de la vida contemporánea reflejan la alegría y la posibilidad, pero también el dolor y la destrucción, especialmente para los que ocupan los precarios márgenes de la sociedad global.

El axioma de García Canc1ini (1992:91), empero, de que "en todas partes la cultura está en las fronteras", propone una manera de reconsiderar la difícil lucha de los ronderos. Durante los últimos días que pasé en Ayacucho en junio de 1993, viajaba con un amigo periodista por una carretera de la sierra hacia el poblado de Chaca, situado a más de 3,000 metros de altitud en las planicies de Iquicha. Tanto los sacerdotes del siglo XIX como los observadores contemporáneos han descrito a los iquichanos como parte de un "Perú arcaico y antiguo" de "extrañas costumbres" y

38. Tomo prestada esta versión del título de un artículo de Teresa Ebert (1992), y de George Yudicé (1992:546).

"enigmas incomprensibles" (Vargas Llosa 1983:70). En la pequeña plaza, un tenaz sentido de pasado distintivo se desplegaba en las vestimentas "indígenas" de los hombres ataviados en *chullos* y ponchos, y de las mujeres vestidas con blusas bordadas y polleras de lana. Como de costumbre, sin embargo, no había que buscar demasiado para encontrar signos de creación y recombinación. Las hojas de papel platina de las cajetillas de cigarrillos "Nacional" brillaban elegantemente entre los claveles y rosas que las mujeres solteras han colocado desde antaño en sus redondeados sombreros negros. En oposición a la versión que habla del arraigo de los campesinos a la tierra, tres de los hombres con ponchos acababan de retornar de Lima, situada a dieciocho horas de viaje en bus y camión. La mayoría de los comuneros de Chaca son refugiados procedentes de zonas más altas en las mesetas. Ellos quieren ahora repoblar sus aldeas andinas, recrear la vida comunal que ha asumido un brillo nostálgico tras su huida forzada y sus experiencias de pobreza y racismo en las barriadas de Ayacucho y Lima. Del espacio del terror, y a través de las rondas, puede recrearse "lo tradicional", "lo campesino", "lo iquichano", como ha ocurrido tantas veces en esta accidentada región con una larga historia de conmociones y desplazamientos periódicos.³⁹ La tradición, como ya lo resaltaba Mariátegui en 1927, está "viva y móvil... siempre en movimiento ante nuestros ojos... la matan los que la quieren muerta y fija, prolongación de un pasado en un presente sin fuerzas".⁴⁰ En lugar de ser un retorno a los orígenes esenciales o primordiales, la reconstrucción de la sociedad iquichana desplegará las intersecciones de los viejos legados y las nuevas influencias, el peso del pasado y la impredecibilidad del futuro.

Aquella noche, los profesores de la escuela en Chaca me advirtieron que, al ir a dormir en su grupo de viviendas techadas con esteras, tuviera a la mano mis zapatillas y que, en caso de que se produjera un ataque senderista, corriera al cañón. Pero los únicos sonidos que rompieron la quietud de la oscuridad fueron los himnos en quechua de una iglesia pentecostal cercana. En el helado amanecer, un grupo de ronderos de Purus llegó para conducirnos por el sinuoso sendero hacia su poblado abandonado. Las abandonadas ruinas de piedra se ubican sobre una cuesta abatida por el viento que parece la cima del mundo. Allí, hombres y mujeres hablaban de sus planes de retorno, de construir una escuela y una posta médica

39. Husson (1992) ha publicado una fascinante historia de las revueltas de Iquichán durante el siglo XIX.

40. José Carlos Mariátegui, *Mundial*, 25 de noviembre de 1927, p. 21.

—así como puestos de vigilancia para protegerse contra el aún vigente peligro de incursiones por parte de los rebeldes—, y de rehacer su sociedad comunal. Su odisea personifica las frágiles luchas de millones de individuos en todas partes por asumir el control de sus propias vidas, en medio de la tumultuosa violencia de un mundo en que tanto de lo que se consideraba sólido se ha desvanecido en el aire. Como concluye la escritora chilena Celeste Olalquiaga (1992:94), "estamos frente a un paisaje transitorio, en el cual nuevas ruinas se amontonan unas sobre otras, y es en estas ruinas donde tenemos que buscarnos a nosotros mismos".

2. "Jeremías" y "El Salvaje"

Mientras dejaba Ayacucho en avión tras mi ponencia en la universidad, la nave voló entre las nubes sobre el valle del Mantaro antes de zambullirse desde los Andes para aterrizar en el lúgubre aeropuerto limeño. La historia del Mantaro ofrece un escenario para el futuro de las rondas. Allí, Andrés Avelino Cáceres había reclutado campesinos para que lucharan contra los chilenos en la Guerra del Pacífico, mientras la mayoría de los aristócratas de la región colaboraban con los invasores. Al término de la guerra, Cáceres se apresuró a tomar partido con la élite regional para reprimir las demandas de sus ex seguidores por el derecho a la propiedad. Cuatro líderes montoneros fueron ahorcados en la plaza principal de Huancayo.⁴¹

Un siglo más tarde, los líderes del Perú volvieron nuevamente su mirada a los pobladores de la sierra para salvar a la nación. Si las rondas terminan de la misma manera, constituirán otra parábola de la persistencia de terribles desigualdades en el Perú y el mundo. La dificultad, quizá imposibilidad de cualquier escape de las garras del infortunio constituyó el tema favorito del César Vallejo, apodado "El Indio" y nacido en Huamachucho, quien desde París escribió "Los Nueve Monstruos" a la sombra de la Guerra Civil Española: "El dolor nos agarra, hermanos hombres / por detrás, de perfil / y nos aloca en los cinemas / nos clava en los gramófonos, / ya no puedo con tanto cajón, / tanto minuto, tanta / lagartija y tanta / inversión, tanto lejos y tanta sed de sed".⁴²

De hecho, mucho ha cambiado desde la época de Vallejo. Desde la traición a los comasinos, el Perú ha sido removido por lo que el antropó-

41. Mallon (1983) detalla esta historia.

42. César Vallejo, "Los Nueve Monstruos" en *Poemas Humanos*.

logo José Matos Mar llamó "desborde popular": la irrupción de la "economía informal" y la cultura popular, la explosión de Lima como una megalópolis laberíntica de casi diez millones de habitantes, el difundido descontento de la población con los partidos políticos tradicionales, y el término de la oligarquía del Estado.⁴³ Si bien el Perú sigue dividido por la exclusión y la jerarquía, no es ya lo que Manuel González Prada calificó como una nación de "señores y siervos". Aunque no pueden ofrecer una gran promesa de mayor progreso, las rondas casan con la terca resistencia de las mayorías peruanas a aceptar el perenne papel de espectadores pasivos de la historia, o de ciudadanos de segunda clase en una nación que promete igualdad para todos.

El futuro de las rondas se escribirá en la tensión entre los deseos de ser reconocidos, y las fuerzas de exclusión y marginalización. Como en Purus, lo "andino" puede renacer en el proceso. O tal vez puede tomar caminos menos familiares. En uno de mis últimos días en Huanta, asistí a una fritada de pescado y torneo de fútbol organizado en las lomas de un valle bajo de la sierra rodeado de cactus. Aliado de una granja experimental incendiada por una columna rebelde cinco años atrás, comuneros de Cangari-Viru Viru y de muchos otros reasentamientos y poblados, incluyendo a comandos llamados "Jeremías" y "El Salvaje", corrían y gritaban detrás de la pelota. En un castellano con fuerte acento quechua, uno de los ronderos con una Winchester colgada a la espalda me explicó que los pescados provenían de una nueva laguna artificial, y que un reasentamiento cercano quería convertir el campo de fútbol en un complejo turístico que incluyera un hotel, canchas de vóleybol e instalaciones para canotaje. Es difícil imaginar el éxito de un complejo turístico en montañas donde aún vagan rebeldes y soldados. Pero, con una risa socarrona, el rondero me recuerda que en un inicio nadie imaginó que las rondas forjarían la paz en medio de la guerra. Frente al bullicio de bromas y comida y canciones de este día de fiesta andina, y en el borde de un futuro incierto, sólo podemos esperar los sonidos de más risas borgesianas "que hacen estallar los confines familiares de nuestro pensamiento y las superficies y planos ordenados", y que traigan un mejor porvenir para estos hombres y mujeres.

43. *Desborde Popular y Crisis del Estado* es el título de la importante obra de Matos Mar (1983).

BIBLIOGRAFÍA

ABU-LUGHOD, Lila

- 1990 "The Romance of Resistance: Tracing Transformations of Power through Bedouin Women", *American Ethnologist* 17 (1): 41-55.

AJANI, Fouad

- 1993 "The Summoning", *Foreign Affairs*, setiembre-octubre: 2-9.

ALVAREZ, Sonia

- s.f. "Theoretical Problems and Methodological Impasses in the Study of Contemporary Social Movements in Brazil and the Southern Cone: An Agenda for Future Research", manuscrito inédito.

AMERICAS WATCH

- 1986 *Civil Patrols in Guatemala*. Washington, DC: Americas Watch.
1991 *Into the Quagmire: Human Rights and U.S. Policy in Peru*. New York: Human Rights Watch.

AMNESTY INTERNATIONAL

- 1992 *Human Rights During the Government of Alberto Fujimori*. New York: Amnesty International.

ARCE BORJA, Luis

- 1989 *Guerra Popular en el Perú: El Pensamiento Gonzalo*. Bruselas: Communist Party of Peru.

BALAGUER, Alejandro

- 1993 *Rostros de la Guerra*. Lima: Peru Reporting.

BENJAMIN, Walter

- 1968 *Illuminations: Essays and Reflections*. New York, Harcourt, Brace and World.

BHABA, Homi

- 1991 "'Race', Time and the Revision of Modernity", *Oxford Literary Review* 13.

BLOCH, Marc

- 1961 *Feudal Society*, vol. 1. Traducido por L. A. Mannion. Chicago: University of Chicago Press.

BURDICK, John

- 1993 "Everyday Resistance is Not Enough: Anthropology and Social Movements", manuscrito inédito.

BURNEO, José y Marianne EYDE

- 1986 *Rondas campesinas y defensa civil*. Lima: SER.

CALDERÓN, Fernando, Alejandro PISCITELLI y José Luis REYNA

- 1992 "Social Movements: Actors, Theories, Expectations", en *The Making of Social Movements in Latin America*, editado por Arturo Escobar y Sonia Alvarez. Boulder: Westview.

CARMACK, Robert

- 1989 *Harvest of Violence*. Austin: University of Texas Press.

CHÁVEZ DE PAZ, Dennis

- 1989 *Juventud y terrorismo. Características sociales de los condenados por terrorismo y otros delitos*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

COMITÉ CENTRAL DEL PCP-SL

- 1989 "Entrevista al Presidente Gonzalo", mimeo.

CORONEL, José

- 1994 "Comités de Defensa: un proceso social abierto", *Ideéle*, 59-60: 113-115.

CORONEL, José y Carlos LOAYZA

- 1992 "Violencia política: formas de respuesta comunera en Ayacucho", en *Perú: El problema agrario en debate/SEPIA IV*, Carlos Iván Degregori et al., eds. Lima: SEPIA.

DEGREGORI, Carlos Iván

- 1989a "Comentario a la década de la violencia", *Márgenes*, 3 (5-6):186-190.
1989b *Qué difícil es ser Dios*. Lima: El zorro de abajo Ediciones.

- 1990 *Ayacucho 1969-1979: El surgimiento de Sendero Luminoso*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

DE LA CADENA, Marisol

- 1991 "Las mujeres son más indias": Etnicidad y género en una comunidad del Cusco", *Revista Andina*, 9 (1): 7-29.

DEL PINO, Ponciano

- 1992 "Los campesinos en la guerra. O de cómo la gente comienza a ponerse macho", en *Perú: El problema agrario en debate/SEPIA IV*, Carlos Iván Degregori *et al.*, eds. Lima: SEPIA.

EBERT, Teresa

- 1992 "Luddic Feminism, the Body, Performance, and Labor: Bringing *Materialism* Back into Feminist Cultural Studies", *Cultural Critique*, Winter: 5-50.

EDELMAN, Marc

- 1990 "When They Took the "Muni": Political Culture and Anti-Austerity Protest in Rural Northwestern Costa Rica", *American Ethnologist*, 17 (4): 736-757.

ESCOBAR, Arturo y Sonia ALVAREZ, eds.

- 1992 *The Making of Social Movements in Latin America: Identity, Strategy, Democracy*. Boulder: Westview.

FLORES GALINDO, Alberto

- 1987 *Buscando un Inca*. Lima: Horizonte.

FOUCAULT, Michel

- 1971 *The Order of Things: An Archaeology of the Human Sciences*. New York: Pantheon.

GALEANO, Eduardo

- 1992 *We Say No: Chronicles 1963-1991*. New York: Norton.

GARCÍA CANCLINI, Néstor

- 1990 *Culturas Híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Ciudad de México: Horizonte.

GITLITZ, John y Telmo ROJAS

- 1983 "Peasant Vigilante Committees in Northern Peru" [Comités de vigilancia campesinos en el norte peruano], *Journal of Latin American Studies*, 15 (1): 163-197.

GONZÁLEZ, Raúl

- 1982 "Por los caminos de Sendero", *Quehacer* 19: 39-47.

GORRITI, Gustavo

- 1990 *Sendero: Historia de la guerra milenaria en el Perú*. Lima: Apoyo.

HALL, Stuart

- 1992 "What is this 'Black' in Black Popular Culture?", en *Black Popular Culture*, Gina Dent ed. Seattle: Bay Press.

HARVEY, David

- 1989 *The Condition of Postmodernity*. Londres: Basil Blackwell.

HEMMING, John

- 1970 *The Conquest of the Incas*. New York: Harcourt, Brace, Jovanovich.

HERSHATTER, Gail

- 1993 "The Subaltern Talks Back: Reflections on Subaltern Theory and Chinese History", *Positions* 1 (1): 103-130.

HUSSON, Patrick

- 1992 *De la guerra a la rebelión: Huanta, Siglo XIX*. Lima: Centro de Estudios Regionales "Bartolomé de las Casas".

INSTITUTO DE DEFENSA LEGAL (IDL)

- s.f. *El papel de la organización social campesina en la estrategia campesina*. Lima: Instituto de Defensa Legal.

ISELL, Billie Jean

- 1992 "Shinning Path and Peasant Responses in Rural Ayacucho", en *Shining Path of Peru*, David Scott Palmer, ed. Londres: Hurst.

KHOSROKHAVAR, Farhad

- 1993 *L'Utopie Sacrifiée. Sociologie de la révolution iranienne*. Paris: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.

KIRK, Robin

- 1991 *The Decade of Chaqwa: Peru's Internal Refugees*. Washington: U.S. Committee for Refugees.
- 1993a *To Build Anew: An Update on Peru's Internally Displaced People*. Washington: U.S. Committee for Refugees.
- 1993b *Grabado en piedra: Las mujeres de Sendero Luminoso*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

MALLON, Florencia

- 1983 *The Defense of Community in Peru's Central Highlands: Peasant Struggle and Capitalist Transition, 1860-1940*. Princeton: Princeton University Press.

MANRIQUE, Nelson

- 1989 "La década de la violencia", *Márgenes*, 3 (5-6): 137-182.

MATOS MAR, José

- 1983 *Desborde popular y crisis del Estado*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

MAYER, Enrique

- 1991 "Inquest in the Andes", *Cultural Anthropology*, 6 (4): 466-504.

MOREIRAS, Alberto

- 1990 "Transculturación y pérdida del sentimiento". *Nuevo Texto Crítico*, 6: 15-33.

MOSSBRUCKER, Harald

- 1990 *El concepto de la comunidad: un enfoque crítico*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

MUSHAKOJI, Kinhide

- 1993 "Foreword", en *New Social Movements of the South: Empowering the People*, Ponna Wignaraja, ed. Nueva Delhi: Vistaar.

NIETZSCHE, Friedrich

1990 *Beyond Good and Evil*. Traducido por Michael Tanner. Londres: Penguin.

NOEL MORAL, Roberto

1989 *Ayacucho: testimonio de un soldado*. Lima: Publinor.

OLALQUIAGA, Celeste

1992 *Megalopolis: Contemporary Cultural Sensibilities*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

PALMER, David Scott, ed.

1992 *Shining Path of Peru*. Londres: Hurst.

PRED, Allen y Michael WATTS

1992 *Reworking Modernity*. New Brunswick: Rutgers University Press.

SALCEDO, José María

1987 "El caso Uchuraccay, cuatro años después", *Quehacer*, 45: 14-15.

SELIGMANN, Linda

1993 "Between Worlds of Exchange: Ethnicity Among Peruvian Market Women", *Cultural Anthropology* 8 (2): 187-213.

SHANIN, Teodor, ed.

1989 *Peasants and Peasant Societies*. Harmondsworth: Penguin.

SILVERBLATT, Irene

1995 "Becoming Indian in the Central Andes of 17th Century Peru" en *After Colonialism: Imperial Histories and Postcolonial Displacements*, Gyan Prakash, ed. Princeton: Princeton University Press, pp.279-298.

STARN, Orin

1991 "Sendero, soldados y ronderos en el Mantaro", *Quehacer* 74: 60-68.

1992 "'I dreamed of Foxes and Hawks': Reflections on Peasants Protest, New Social Movements and the Rondas Campesinas of Northern

Peru", en *The Making of Social Movements in Latin America*, Escobar y Alvarez, eds. Boulder: Westview.

1993 "La resistencia en Huanta", *Quehacer*, 84: 34-41.

STARN, Orin, ed.

1993 *Hablan los ronderos: La búsqueda por la paz en los Andes*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

STERN, Steve J.

1982 *Peru's Indian Peoples and the Challenge of Spanish Conquest: Huamanga to 1640*. Madison: University of Wisconsin Press.

STRONG, Simon

1992 *Shining Path: The World's Deadliest Revolutionary Force*. Londres: Harper Collins.

URRUTIA, Jaime

1993 "Ayacucho: un escenario post-Gonzalo, ¿ya?", *Ideéle*, 59-60:88-90.

VALCÁRCEL, Luis

1950 "Introduction", en *Indians of Perú*, libro de fotografías de Pierre Verger. New York: Pantheon.

VARGAS LLOSA, Mario

1983 "The Story of a Massacre", *Granta* (9): 62-83.

WIGNARAJA, Ponna

1993 *New Social Movements of the South: Empowering the People*. Nueva Delhi: Vistaar.

WOLF, Eric

1969 *Peasants Revolutions of the 20th Century*. New York: Harper & Row.

YUDICÉ, George

1992 "Postmodernism on the Periphery", *South Atlantic Quarterly*, 92 (3): 543-556.

La composición de *Las rondas campesinas y la
derrota de Sendero Luminoso* fue realizada en el
Instituto de Estudios Peruanos y estuvo a cargo de

Aída Nagata y Carlos Mejía.

El texto se presenta en caracteres Galliard
de 10p. con 2 p. de interlínea, las notas de
pie de página en 8.5 con 1.5 de interlínea.

La caja mide 26 x 39 picas.

Se terminó de imprimir
en junio de 1996
en el taller de *Gráficos SR. Ltda.*
Av Lima 194 Barranco.
Teléfono: 467-5978
Lima - Perú



Sendero Luminoso ha sido derrotado. Sin embargo, uno de los artífices fundamentales de esta derrota no ha recibido todavía el reconocimiento que merece. Nos referimos al campesinado organizado en Comités de Autodefensa Civil o rondas campesinas.

Porque la primera derrota estratégica de SL no se produjo con la captura de Guzmán sino con la masificación de las rondas, que empantanó a SL en una guerra de usura, lo aisló y arrinconó, especialmente en una franja que va de Ayacucho a Junín, contribuyó a dejar expuesta a su dirección nacional en la ciudad y facilitó en alguna medida la captura de su líder.

Los trabajos que componen este volumen tratan sobre las rondas de Ayacucho, sobre el largo y doloroso proceso a través del cual el campesinado de ese departamento logró encontrar su camino en el laberinto de una guerra ajena, mezclando astucia y paciencia, audacia y prudencia, adaptándose, resistiendo o huyendo cuando no había alternativa, hasta optar pragmáticamente por una alianza con las FFAA y emerger victoriosos, más pobres que antes y con cicatrices todavía no plenamente conocidas, pero orgullosos y a veces sorprendentemente optimistas sobre su futuro.



*IEP Instituto de Estudios Peruanos
Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga*